



Tipo de documento: Tesis de Doctorado

Título del documento: Discursos y estrategias : Michel Foucault y la política

Autores (en el caso de tesis y directores):

Luciano Ezequiel Nosetto

Hugo Mario Vezzetti, dir.

Daniel García Delgado, co-dir.

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis: 2010

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR



Luciano Ezequiel Nosetto

**DISCURSOS Y ESTRATEGIAS.
MICHEL FOUCAULT Y LA POLÍTICA.**

Tesis para optar por el título de Doctor en Ciencias Sociales

**Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires**

**Director: Hugo Vezzetti
Codirector: Daniel García Delgado**

Buenos Aires

2010

Resúmenes

La recepción crítica de la obra de Michel Foucault ha caracterizado su analítica del poder en términos hiperpolíticos, indicando con ello que la omnipresencia de las relaciones de poder diluye la especificidad de la política, desmultiplicándola en todos los puntos del cuerpo social. Esta concepción de la política obstaría a la posibilidad de pensar las lógicas efectivas de confrontación, dando lugar a un efecto inmovilizante. La intención de esta tesis es la resistir esta extendida caracterización de la obra de Foucault, mediante una reposición de su conceptualización del poder político. La hipótesis que vertebra este trabajo sostiene que una lectura de la obra de Foucault atenta a las inflexiones que el autor opera hacia mediados de la década del '70 permite cernir una conceptualización y analítica de la política el tanto campo estratégico de coordinación y finalización de las relaciones de fuerza. Al interior de este campo estratégico, se distinguen, por un lado, las tecnologías globales de poder y su marco de racionalidad (en los términos de biopolítica y gubernamentalidad); y, por otro lado, las estrategias globales de confrontación (identificadas con los discursos políticos de la soberanía y de la guerra). Este trabajo se orienta especialmente a reponer las investigaciones foucauldianas en torno a los discursos jurídico- e histórico-políticos, entendidos como superficies y operadores de las luchas en torno al poder.

The critical literature concerning Michel Foucault's oeuvre has characterized his analytics of power in terms of an hyper-political thesis. Since power relations traverse every point of the social body, politics tends to blur its margins, becoming an all penetrating and insidious realm. This hyper-political characterization prevents from taking into account the effective logics of confrontation, hence deriving a demobilizing effect. The aim of this thesis is to resist this common characterization of Foucault's work, by means of an account of his conceptualization of political power. The hypothesis underlying this effort sustains that a close reading of the changes in Foucault's thought by the mid-seventies allows to grasp a conceptualization and analytics of politics, considered as the strategic realm of coordination and finalization of relations of force. Within this strategic realm, it is possible to distinguish two *versants*: on the one hand, the overall technologies of power and their framework of rationality (in terms of biopolitics and governmentality); on the other, the overall strategies of confrontation (identified with the political discourses of sovereignty and war). This thesis is specially aimed at exploring Foucault's researches concerning the juridical- and historial-political discourses, considered as surfaces and instruments of power struggles.

Índice de contenidos

Introducción	5
1. La definición de un problema, 5; 2. La hipótesis de trabajo, 14; 3. Consideraciones sobre el método de lectura, 17; 4. El programa de lectura, 22	
Capítulo 1. La regularidad del poder político	26
1. La regularidad del poder, 26; 2. La inteligibilidad bélica de la política, 33; 3. La apuesta de las genealogías, 38	
Capítulo 2. La política como estrategia	52
1. La emergencia del dominio político, 52; 2. Los dominios estratégicos, 62	
Capítulo 3. Los discursos estratégicos	71
1. La autonomía del saber, 73; 2. La policía discursiva, 76; 3. Superficie y operador del poder, 79; 4. Discursos y estrategias, 87	
Capítulo 4. El derecho como discurso político	90
1. La mecánica soberana, 93; 2. La tecnología disciplinaria, 102; 3. Disciplinas y derecho, 109; 4. El discurso jurídico, 115	
Capítulo 5. La historia como discurso político	128
1. Defenderse de los normandos, 134; 2. Defenderse de los romanos, 142; 3. Defenderse de los germanos, 147; 4. Nación, clase, raza, 152	
Capítulo 6. La política como racionalidad	159
1. El abandono de la hipótesis bélica, 159; 2. La incidencia de la biopolítica, 162; 3. La emergencia de la gubernamentalidad, 181	
Capítulo 7. La economía como racionalidad política	193
1. Las artes de gobierno, 193; 2. La razón de Estado, 198; 3. La economía política, 207; 4. El arte de no ser gobernado; 219	
Conclusiones	222
1. Recapitulación del argumento, 222; 2. Poder y política, 228; 3. Política de la verdad, 229	
Bibliografía	235

Reconocimientos

En el trabajo que se lee a continuación están implicados el esfuerzo, la inventiva y la generosidad de varias personas. Quisiera reconocer, en primer lugar, el acompañamiento permanente de Hugo Vezzetti y Daniel García Delgado. A ellos, mi agradecimiento por la confianza, el trabajo y la generosidad constantes.

Quisiera reconocer también el esfuerzo de Martín Plot, codirector de la tesis de maestría que antecede a este trabajo. En esta misma línea, debo reconocer que muchas de las ideas vertidas en este texto surgieron de las indicaciones a instancias de la defensa de mi tesis de maestría. Agradezco en particular la ayuda de Susana Murillo.

En tercer lugar, quisiera agradecer a los miembros del Centro Michel Foucault por la lectura y comentario de mis avances de tesis en el marco de las Jornadas Doctorales.

El reconocimiento se extiende a los alumnos de Teoría Política Contemporánea de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, verdaderos demoledores de certezas. Quisiera mencionar también la ayuda de Mario Pecheny.

Menciono asimismo la ayuda y facilitación permanentes de parte de Héctor y Élide Nosetto, de Leticia Femia y Agustín Ingratta.

Finalmente, debo un reconocimiento mayor al trabajo de lectura de Dolores Amat, Rodrigo López Gadano y María Cristina Ruiz del Ferrier; y, muy especialmente, a la infatigable ayuda de Alejandro Cantisani y Diego Conno.

Introducción

1. La definición de un problema

Michel Foucault abre *Las palabras y las cosas* refiriendo a un texto de Borges; a la risa que sacude nuestro pensamiento ante “cierta enciclopedia china” que establece una taxonomía animal a partir de las rúbricas más heterogéneas: “a] pertenecientes al Emperador, b] embalsamados, c] amaestrados, d] lechones, e] sirenas, f] fabulosos, g] perros sueltos, h] incluidos en esta clasificación...” Conocido es el gesto: en el asombro que produce esta taxonomía, Foucault indica la edad y la geografía de nuestro pensamiento; y, a partir de aquella risa y de este asombro, pone en marcha su arqueología del saber. Si nos fuera posible desplazar este gesto, descargándolo de sus remisiones epistemológicas (las de Borges y las de Foucault); si nos fuera posible prorrogar este juego a dominios más circunscritos y más familiares, tal vez podríamos decir que el trabajo que se lee a continuación nació, también él, de aquel texto de Borges.

La pregunta que motiva este trabajo tiene su edad y su geografía. Emerge de la conmoción con que Argentina se abre a la década que hoy estamos cerrando. Emerge allí donde la entropía política, social y económica fue intersectada por los acontecimientos de diciembre de 2001. En este punto, se desplegó una multiplicidad de prácticas de resistencia; prácticas tan heterogéneas como puedan ser las rúbricas de cierta enciclopedia china. La pregunta que motiva este trabajo encuentra allí su nacimiento: ¿cómo es posible que esta heterogeneidad de prácticas de resistencia conduzca unos efectos políticos relevantes? ¿Cómo es posible salvar el carácter discreto y desarticulado de estas prácticas? ¿Cómo es posible que estas ofensivas dispersas, fragmentarias, repetitivas conjuren a un tiempo el riesgo de su aislamiento y la amenaza de su neutralización institucional?

Queda claro, en este punto, por qué la obra de Michel Foucault aparece como una superficie dilecta a efectos de esta pregunta. Y ello no porque Foucault venga a resolver la pregunta por la efectividad de estas prácticas; más bien porque su pensamiento adolece de iguales riesgos y de iguales amenazas. Si indicamos una multiplicidad de puntos de resistencia y de lucha todo a lo largo del cuerpo social; si indicamos en estos puntos de resistencia múltiples el trabajo de una politización, ¿cómo es posible que esta politización produzca efectos en las relaciones de poder? Esta pregunta implica la puesta en marcha de las

nociones de poder y política en la obra de Foucault; nociones profundamente elusivas a toda resolución conceptual y a toda estabilización analítica. De esta inestabilidad y, probablemente, de esta irresolución haya surgido mi interés por la política en la obra de Foucault.

El interés por la política es, en la opinión de Foucault, tan insoslayable que no merece siquiera justificación. En un célebre debate con Noam Chomsky, transmitido por la televisión holandesa en 1971, el moderador solicitó a Foucault explicitara el porqué de su interés en la política. La respuesta de Foucault fue tan vehemente como elusiva.

Su pregunta es: ¿por qué me interesa tanto la política? Si pudiera responder de una forma muy sencilla, diría lo siguiente: ¿por qué no debería interesarme? Es decir, qué ceguera, qué sordera, qué densidad de ideología debería cargar para evitar el interés por lo que probablemente sea el tema más crucial de nuestra existencia, esto es, la sociedad en la que vivimos, las relaciones económicas dentro de las que funciona y el sistema de poder que define las formas regulares, la regularidad de lo permitido y lo prohibido de nuestras conductas. Después de todo, la esencia de nuestra vida consiste en el funcionamiento político de la sociedad en la que nos encontramos. De modo que no puedo responder a la pregunta acerca de por qué me interesa; sólo podría responder mediante la pregunta respecto de cómo podría no interesarme.*¹

Más allá de sus elisiones y sus equívocos, esta respuesta permite caracterizar primeramente el pensamiento político de Foucault, indicando, por un lado, la centralidad indiscutible que la política adquiere en su obra; e identificando, por otro, la expansión virtualmente indefinida del dominio político a todos los niveles y ámbitos de lo social. La centralidad de la política no viene dada por la relevancia del Estado y sus instituciones, sino por el hecho de identificar que la política se juega todo a lo largo de la sociedad en que vivimos. Esta centralidad de la política coincide, entonces, con un decentramiento respecto de toda localización institucional y una desmultiplicación de su dominio al punto de la ubicuidad. El silogismo es simple: si la política es lo relativo al poder, y si el poder es omnipresente, de aquí se sigue, sin más, que todo es político. Precisamente, ésta ha sido la

* Me permito en este punto una aclaración respecto de las citas. Dado que las referencias a la obra de Foucault son aquí muy numerosas, se opta en esos casos por eludir el nombre del autor, citando sus obras directamente a partir del título. De modo que toda cita en la que no se explicita autor remite a Foucault. Por otro lado, en varios casos, hemos trabajado directamente con las ediciones en su idioma original. De disponer también de las traducciones al español, estas ediciones se consignan entre corchetes. A partir de la segunda ocurrencia de cada cita, se consigna directamente el número de página de la edición en su lengua original y, entre corchetes, el número de página correspondiente a la traducción. En caso de haber rectificado o corregido la traducción disponible, estas ligeras modificaciones se indican con las abreviaturas "lig. mod." Por último, en caso de no disponer de ediciones en español, las traducciones son propias.

¹ Chomsky, Noam y Foucault, Michel. "Human nature: justice versus power." Elders, Fons (ed.) *Reflexive Water: The Basic Concerns of Mankind*. Londres: Souvenir Press, 1974, p. 168 [Traducción: *La naturaleza humana: justicia versus poder. Un debate*. Buenos Aires: Katz, 2006, pp. 53-54 (lig. mod.)].

caracterización canónica del pensamiento de Foucault; un pensamiento que expande el dominio de la política a todos los puntos del cuerpo social.

Politización general que pone en marcha dos evaluaciones divergentes. Por un lado, afirmar que todo es político contribuye a identificar el trabajo cotidiano y persistente del poder en todos los puntos del cuerpo social; contribuye a indicar que ninguna asimetría social es necesaria ni va de suyo, bajando así los umbrales de lo tolerable y reactivando en estas relaciones unas sedes de resistencia. La política no se apacigua en la topografía discreta del ejercicio del poder ni en la lógica jerárquica de articulación de resistencias. Muy al contrario, Foucault indica en todo los puntos del cuerpo social el trabajo de unas relaciones de fuerza y la sede de unas luchas permanentes. Fatigado *dictum* foucauldiano: “donde hay poder, hay resistencia.”² La politización general tiene así un efecto inquietante, movilizante, emancipador.³

Por otro lado, afirmar que todo es político contribuye a desmultiplicar los focos de dominación en todo el cuerpo social, diluyendo el ejercicio del poder en un todo funcional anónimo, insidioso y omnipresente. Indicar la politización general equivale aquí a tramar una red de coacciones cotidianas, que apresa sin lagunas a todos los individuos. *Dictum* foucauldiano de recambio: “El poder es coextensivo al cuerpo social, no existen, entre las mallas de su red, playas de libertad elementales.”⁴ La politización general tiene así un efecto paralizante, inmovilizante, conservador. Axel Honneth nos permite claridad en este punto:

...dentro de una y misma argumentación, aparecen contrapuestas dos tesis: la confirmación teórica de una “batalla incesante” y una imagen detallada del modo de funcionamiento de las instituciones administrativas de coacción, cuya condición genético-social es precisamente la interrupción de esa “batalla incesante;” a la primera de las tesis sólo se ajusta la idea de una pluralidad de actores sociales en competencia; la idea de una conducta corporal irresistiblemente manipulada sólo es compatible con la segunda.⁵

De modo que parecieran convivir en el pensamiento de Foucault dos concepciones

² *Histoire de la sexualité 1: La volonté de savoir*. París: Gallimard, 1976, p. 125 [Traducción: *Historia de la sexualidad. 1- La voluntad de saber*. 2ª edición. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003, p. 116].

³ Nancy Fraser indica: “Esta es tal vez la característica más importante de todas en el pensamiento de Foucault. El provee la base empírica y conceptual para tratar fenómenos tales como la sexualidad, la familia, las escuelas, la psiquiatría, la medicina, la ciencia social y demás como fenómenos *políticos*. Esto sanciona el tratamiento de los problemas en estas áreas en términos de problemas *políticos*. Por ello expande la esfera al interior de la cual la gente colectivamente puede confrontar, entender e intentar cambiar el carácter de sus vidas.” Fraser, Nancy. *Unruly practices: power, discourse, and gender in contemporary social theory*. Minnesota: University Press, 1989, p. 26.

⁴ “Pouvoirs et stratégies.” *Dits et écrits II, 1976-1988*. París: Gallimard, 2001, p. 425 [Traducción: “Poderes y estrategias.” *Microfísica del poder*. 3ª edición. Madrid: La piqueta, 1992, p. 181].

⁵ Honneth, Axel. *Crítica del poder. Fases en la reflexión de una teoría crítica de la sociedad*. Madrid: A. Machado Libros, 2009, p. 265.

incompatibles. Por un lado, una hiperpolitización que concibe a lo social como el espacio de luchas y batallas incesantes; por otro lado, una hiperpolitización que concibe a lo social como el espacio saturado de unas coacciones insidiosas y permanentes. La recepción crítica del pensamiento de Foucault ha fatigado esta segunda concepción, señalando la deriva inmovilizante de su pensamiento. La parálisis que sobreviene a la lectura de su obra ha sido identificada como efecto de una triple elisión: del Estado, de la resistencia, de la norma.⁶

En primer lugar, se imputa a Foucault el hecho de haberse concentrado en el análisis de las relaciones de poder locales, circunscritas y discretas, perdiendo de vista la articulación de estas relaciones en instancias globales de poder. Esta insistencia en la microfísica de poder, en el ejercicio capilar del poder en instituciones locales y fragmentarias, obsta a la identificación de las grandes estrategias políticas asociadas al dominio estatal. Dada esta elisión, los únicos movimientos y transformaciones esperables quedan limitados a reformas locales en instituciones específicas y en espacios restringidos. De modo que, si el pensamiento político de Foucault es inmovilizante, es porque pierde de vista el análisis del Estado. Sea que se lo considere como garante último de derechos,⁷ como reproductor de la dominación de clase,⁸ o como agente imperialista,⁹ el Estado aparece en varios críticos como un elemento

⁶ Estas tres críticas son identificadas por Colin Gordon. "Governmental rationality: an introduction." Burchell, Graham; Gordon, Colin; Miller, Peter. (eds.) *The Foucault effect. Studies in governmentality*. Chicago: University Press, 1991, p. 4.

⁷ Michel Walzer indica: "Sólo quiero insistir en la enorme importancia del régimen político, de la soberanía estatal. Pues es el Estado el que establece el marco general al interior del cual operan todas las instituciones disciplinarias restantes. Es el Estado el que mantiene abierta o cierra radicalmente la posibilidad de resistencias locales." Walzer, Michel. "The politics of Michel Foucault." Hoy, David (ed.) *Foucault. A critical reader*. Oxford: Basil Blackwell, 1986, p. 66. Por su parte, Jürgen Habermas sostiene que, en su historia de las prisiones, Foucault evita prestar atención al derecho penal y al derecho procesal penal: "caso contrario, se hubiera visto en la necesidad de someter a una detallada interpretación en términos de teoría del poder los evidentes progresos en liberalidad y seguridad jurídica, la extensión de las garantías del Estado de derecho también a este ámbito." Habermas, Jürgen. *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid: Taurus, 1989, p. 345.

⁸ Jeffrey Weeks, por ejemplo, se pregunta: "¿Cuáles son los puntos de contacto entre estas entidades sociales? ¿hay algún principio de articulación en funcionamiento permanente entre ellas? ¿o sólo hay un caos de historias no relacionadas, cuyas conexiones efectivas nunca pueden ser completamente elaboradas? Por sobre todo, ¿dónde está el Estado? A pesar de la rigurosidad de su método, la visión del Estado y sus aparatos es muy estrecha y convencional." Weeks, Jeffrey. "Foucault y la historia." Tarcus, Horacio (comp.) *Disparen sobre Foucault*. Buenos Aires: El cielo por asalto, 1993, p. 104. En línea althusseriana, Dominique Lecourt objeta en Foucault el "no tener en cuenta el proceso general de la lucha de clases, cuya tendencia dominante los diversos aparatos ideológicos y represivos del Estado tienen la función de realizar." Lecourt, Dominique. "¿Microfísica del poder o metafísica?" Tarcus, Horacio (comp.) *Disparen sobre Foucault. op. cit.*, pp. 78-79. Perry Anderson, en la misma línea: "el poder pierde cualquier determinación histórica; ya no hay detentadores específicos del poder, ni metas específicas a las que sirve su ejercicio." Anderson, Perry. *Tras las huellas del materialismo histórico*. Madrid: Siglo XXI, 1983, p. 59.

⁹ En esta línea, Edward Said sostiene que "los conceptos de lucha de clases y de clase misma no pueden reducirse por ello –junto con la forzosa toma del poder del Estado, la dominación económica, la guerra imperialista, las relaciones de dependencia o las resistencias al poder– a la categoría de concepciones caducas (...) una gran parte del poder reside en elementos tan burdos como las relaciones y tensiones entre

insoslayable, cuya elisión hiere de ineffectividad todo el análisis foucauldiano del poder.

En segundo lugar, se imputa a Foucault el hecho de haber desatendido la consideración de la resistencia al poder. Por más que Foucault insista en la multiplicidad de puntos de lucha y reversión de las relaciones de poder; por más que Foucault fatigue la idea de una guerra social en curso, la mera mención de estos conflictos no alcanza a configurar una conceptualización de la resistencia a la altura de sus análisis del poder. Es más: al plantear que el poder no actúa de manera represiva sino que produce la subjetividad misma de los individuos, Foucault pareciera estar obturando toda posibilidad de lucha. En esta línea, se denuncia en Foucault una perspectiva unilateral y monolítica del poder, que sólo da cuenta de sus efectos regresivos, sin considerar los efectos positivos y emancipatorios que pueden inherirle.¹⁰ Otros críticos insisten en una insuficiente problematización de las formas en que los sujetos internalizan las coerciones de las que son objeto. De modo que, aquí, el sujeto aparecería como un blanco inerme sobre el cual el poder descarga sus determinaciones, libre de obstáculos, de inercias, de rozamiento.¹¹ Por último, se indica que la desvalorización que

gobernantes y gobernados, entre riqueza y privilegio, entre los monopolios de coerción y el aparato central del Estado.” Said, Edward. *El mundo, el texto, el crítico*. Buenos Aires: Debate, 2004, p. 297. Gayatri Spivak indica, a su turno, la ironía de un análisis eminentemente espacial del poder que elude toda consideración de la división internacional del trabajo y del colonialismo: “Por momentos, parece que el especial brillo de los análisis de Foucault sobre los siglos de imperialismo europeo produce una versión en miniatura de ese fenómeno heterogéneo: gestión del espacio (pero por los doctores), desarrollo de administraciones (pero en los asilos), consideraciones sobre la periferia (pero en términos de enfermos, prisioneros o niños). La clínica, el hospital psiquiátrico, la prisión, la universidad -todos ellos parecen ser pantallas alegóricas que obturan una lectura de las narrativas más amplias del imperialismo.” Spivak, Gayatri. “Can the subaltern speak?” Nelson, C. & Grossberg, L. (eds.) *Marxism and the interpretation of culture*, Basinstoke: Macmillan, 1988, p. 86.

¹⁰ Charles Taylor insiste en denunciar una perspectiva monolítica del poder, que obsta la identificación de los avances que las disciplinas reportaron: las disciplinas “también han tomado la forma de genuinos autodisciplinamientos que han hecho posible nuevas formas de acción colectiva caracterizadas por formas de participación más igualitarias.” Taylor, Charles. “Foucault on freedom and truth.” *Political Theory*, Vol. 12, No. 2 (Mayo 1984), p. 164. En una misma línea, pero en clave marxista, Bob Fine indica que las disciplinas “representan no sólo la dominación del capital sino también el germen en el capital de las fuerzas equipadas con la voluntad y la capacidad para derrocarlo. Estas habilidades y estas disciplinas colectivas son las únicas que pueden proporcionar las condiciones de una lucha.” Fine, Bob. “Las luchas contra las disciplinas. La teoría y la política de Michel Foucault.” Tarcus, Horacio (comp.) *Disparen sobre Foucault*, op. cit., p. 141. Convergentemente, Peter Dews avanza que su noción de resistencia “implica una hostilidad a cualquier modo de formulación consciente de objetivos o cálculo estratégico.” Dews, Peter. “Poder y subjetividad en Foucault.” Tarcus, Horacio (comp.) *Disparen sobre Foucault*, op. cit., p. 176.

¹¹ Stuart Hall indica que el mayor inconveniente de Foucault está vinculado a “la ausencia de toda consideración de los factores susceptibles de interrumpir, impedir o perturbar de cualquier forma la fluida inserción de los individuos en las posiciones subjetivas.” Hall, Stuart. “Introducción: ¿quién necesita 'identidad'?” Hall, Stuart y Du Gay, Paul (comps.) *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003, p. 29. Judith Butler sostiene, en esta línea, la necesidad de complementar el pensamiento de Foucault con una dimensión psicológica, a efectos de dar cuenta de la localización de las resistencias. Butler, Judith. *The psychic life of power*. Stanford: University Press, 1997, pp. 83-105. Por su parte, Slavoj Žižek, sugiere que Foucault intentaría en sus últimos trabajos salvar este déficit en la reflexión sobre el sujeto, recurriendo a la ética antigua: “En su intento de romper el círculo vicioso del poder y de la resistencia, Foucault recurre al mito de un estado 'anterior a la Caída' en el cual uno mismo forjaba su

Foucault descarga sobre los movimientos antirrepresivos, la indicación de su futilidad de cara a un poder que actúa productivamente, equivale al postulado de que la resistencia no es más que una pericia del propio poder.¹² En suma, su perspectiva monolítica y unidireccional del poder, su insuficiente problematización de las formas en las que el sujeto internaliza las coerciones, y su postulación de una resistencia que nunca es exterior al poder configuran un pensamiento políticamente pesimista, conservador y esterilizante. Foucault estaría, en suma, tan preocupado por el análisis y el elogio del poder que habría saturado todo espacio para una resistencia posible.¹³

Por último, se indica que Foucault opera la elisión de todo marco normativo. Al expandir el campo de las relaciones de poder al punto de afectar nuestras concepciones de justicia y verdad; al plantear que todo aquello que consideramos auténtico, deseable o preferible depende de una voluntad de verdad transida por relaciones de poder, Foucault estaría obturando toda posibilidad de subtender un terreno normativo sobre el que asentar las luchas y las apuestas políticas.¹⁴ No obstante, de sólo considerar su actividad militante y sus

propia disciplina.” Žižek, Slavoj. *El espinoso sujeto*. Buenos Aires: Paidós, 2007, pp. 267-268. Peter Dews denuncia en Foucault una “igualación perentoria de la subjetivación a la sujeción [que] borra la distinción entre la imposición del sometimiento a un sistema determinado de normas, y la formulación de una conciencia reflexiva.” Dews, Peter. “Poder y subjetividad en Foucault.” Tarcus, Horacio (comp.) *Disparen sobre Foucault*, op. cit., pp. 185. Finalmente, Jacques Rancière indica la ausencia de una reflexión sobre la subjetividad política: “La idea del sujeto político, de la política como modo de vida (...) no puede ser asimilada a aquello que analiza Foucault: los cuerpos y las poblaciones como objetos del poder.” Rancière, Jacques. “Biopolitique ou Politique?” *Multitudes*, No. 7 (marzo 2000), p. 2.

¹² “En la medida en que es el poder el que crea su propia resistencia, ésta nunca puede ser subversiva. Es sólo la contraparte del poder que la genera.” Fine, Bob. “Las luchas contra las disciplinas. La teoría y la política de Michel Foucault.” Tarcus, Horacio (comp.) *Disparen sobre Foucault*, op. cit., p. 139. Slavoj Žižek denuncia en esta línea la ausencia de una conceptualización del antagonismo: “Las resistencia al poder son generadas por la misma matriz a la que parecen oponerse.” Žižek, Slavoj. *El espinoso sujeto*, op. cit., p. 269.

¹³ Steven Lukes describe en Foucault “una imagen unilateral y monolítica del control” donde “nunca [se] ofrece un relato detallado de la resistencia como fenómeno empírico.” Lukes, Steven. *Power: A radical view (2° edition)*. Wales: Palgrave Macmillan, 2005, pp. 88-95. Para Richard Rorty, Foucault nos “recuerda al conservador que vierte agua fría sobre las esperanzas de reforma.” Rorty, Richard. *Ensayos sobre Heidegger y otros pensadores contemporáneos*. Buenos Aires: Paidós, 2003, pp. 242. Edward Said lo acusa de sostener una “visión hipertrófica del poder” y “una singular falta de interés por las fuerzas de la resistencia efectiva.” Finalmente, agrega, Foucault “no fue tan contestatario ni tan confrontativo como superficialmente parecía ser.” Said, Edward. “Foucault and the imagination of power.” Hoy, David (ed.) *Foucault*, op. cit., pp. 150-154. Finalmente, Michel Walzer sostiene que “más allá de su énfasis en las luchas locales, [Foucault] está mayormente desinteresado en las victorias locales.” Walzer, Michel. “The politics of Michel Foucault.” Hoy, David (ed.) *Foucault*, op. cit., p. 59.

¹⁴ Charles Taylor indica en Foucault una concepción relativista (de ascendente nietzscheano) al tiempo que monolítica (esto es, incapaz de identificar más que los aspectos regresivos de la modernidad). Este relativismo monolítico no ofrecería posibilidad alguna de escape hacia la verdad o la libertad. Es que si la verdad es producto de las maquinaciones del poder, no es posible identificar las ilusiones que el poder despliega; a su vez, si nuestra idea de libertad es también producto del poder, no es posible identificar el carácter opresivo de su ejercicio. Por ello mismo, la perspectiva de Foucault está debatida entre la paralización política y la inconsecuencia teórica: Foucault no puede indicar las ilusiones y opresiones del poder sin renunciar al relativismo monolítico que supuestamente sostendría. Taylor, Charles. “Foucault on

compromisos políticos, es posible identificar en Foucault la subyacencia de valoraciones que, sin embargo, quedan silenciadas. Esta ausencia de explicitación de su marco normativo hiere de inconsistencia de la noción foucauldiana de poder: por momentos, una herramienta heurística a manos de un observador neutral y desapasionado;¹⁵ por otros, una presencia insidiosa y opresiva que debe ser denunciada en su capilaridad y su omnipresencia.¹⁶ Lo que, en todo caso, queda claro es que, al rehusarse a la explicitación de sus apuestas normativas, Foucault no brinda razón alguna para resistir al poder. Sin criterios de valoración, sin posibilidad alguna de distinguir mejor de peor, ¿por qué tomarse el trabajo de resistir?¹⁷

De modo que la expansión foucauldiana del dominio de la política al punto de su ubicuidad tiene por efecto una triple elisión. Elisión de la relevancia del poder estatal; elisión de toda posibilidad de resistencia; elisión de todo criterio normativo. En los tres casos, el pensamiento de Foucault tiene un “efecto esterilizante y anestésico,” que bloquea toda posibilidad de acción política, presentando un poder omnipresente y paralizante.¹⁸

Estas críticas pueden ser contestadas, relativizadas, contrastadas en todo caso con la

freedom and truth.” *Political Theory*, op. cit., p. 177.

¹⁵ Jürgen Habermas indica que la pretendida asepsia normativa de Foucault, su recusación de todos los valores de la modernidad, coexiste con un cripto-normativismo implícito en sus compromisos políticos: “Foucault se entiende a sí mismo como un disidente que hace la guerra al pensamiento moderno y al poder disciplinario disfrazado de humanismo [pero] todos sus trabajos están transidos de *engagement*.” Habermas, Jürgen. *El discurso filosófico de la modernidad*. op. cit., p. 337. Richard Rorty identifica en Foucault un “caballero de la autonomía,” es decir, un ciudadano dedicado a “su *rapport à soi*, a su búsqueda privada de autonomía” que, sin embargo, no intenta imponer sus apuestas y preferencias al resto de la sociedad. De modo que, Rorty sentencia, “no existe un ‘nosotros’ en los escritos de Foucault.” Rorty, Richard. *Ensayos sobre Heidegger*, op. cit., pp. 242, 270-275.

¹⁶ Nancy Fraser sostiene que Foucault “tiende a asumir que su consideración del poder moderno es a la vez políticamente comprometida y normativamente neutral. Al mismo tiempo, no queda claro si suspende toda noción normativa o sólo las normas liberales de legitimidad e ilegitimidad. Peor aún, Foucault por momentos parece no haber suspendido después de todo las normas liberales sino, más bien, estar presuponiéndolas (...) Claramente, lo que Foucault necesita, y necesita de manera desesperada, son criterios normativos para distinguir las formas de poder aceptables de las inaceptables.” Fraser, Nancy. *Unruly practices*, op. cit., pp. 18-19, 33.

¹⁷ Según Michel Walzer, la resistencia pierde sentido desde el momento en que es imposible saber si las relaciones emergentes de estas luchas serán mejores o peores que las actuales. “Foucault no nos brinda razón alguna para esperar que estos [nuevos códigos y disciplinas] sean mejores que aquellos en los cuales vivimos actualmente. Tampoco, en lo que a esto concierne, nos brinda conocimiento alguno respecto de lo que ‘mejor’ podría significar.” De este modo, la propuesta de Foucault se reduce a un “izquierdismo infantil.” Walzer, Michel. “The politics of Michel Foucault.” Hoy, David (ed.) *Foucault*, op. cit., pp. 61, 51. Vincent Descombes, a su turno, denuncia en Foucault la “hipocresía crítica” de celebrar toda resistencia, cualquiera sea. En esta celebración de la resistencia no “hay lugar para preguntarse si ciertas sublevaciones ‘singulares’ no serían abusivas. La singularidad (...) tiene siempre razón de rebelarse.” Descombes, Vincent. *Philosophie par gros temps*. París: Minuit, 1989, pp. 43-44.

¹⁸ Barry Smart resume estas objeciones: “La crítica política más común al trabajo de Foucault ha sido que él elimina ‘todo fundamento para una intervención política progresista’ o, lo que finalmente equivale bastante a decir lo mismo, que tiene un efecto esterilizante y anestésico y no deja ‘lugar alguno para la iniciativa.’” Smart, Barry. “Power, repression, progress. Foucault, Lukes and the Frankfurt School.” Hoy, David (ed.) *Foucault*, op. cit., p. 166.

evidencia textual que la obra de Foucault brinda. En particular, la reciente publicación de sus cursos en el Collège de France de 1978 y 1979 ha contribuido a identificar en el pensamiento de Foucault la emergencia de una conceptualización y un análisis específico del Estado, a partir de las nociones de biopolítica y gubernamentalidad. Si bien ambas nociones estaban presentes en el material hasta entonces disponible, a partir de la publicación de los cursos *Seguridad, territorio, población*¹⁹ y *Nacimiento de la biopolítica*,²⁰ se hizo evidente la preocupación foucauldiana por el poder estatal, por los modos de su ejercicio y por sus formas de racionalidad. De modo que, contra la imputación de desatender el análisis del Estado, surge de la obra ahora publicada un profuso campo de problematización, conceptualización y análisis del poder estatal en las formas específicas de su ejercicio (aprehensibles bajo la noción de biopolítica y sus dispositivos de seguridad) y en las formas de su racionalización (aprehensibles bajo la noción de gubernamentalidad). Esta novedosa consideración de la estatalidad, se señala, no habría sido posible sin operarse un desplazamiento mayor en la concepción foucauldiana del poder.

Es habitual indicar que sus análisis genealógicos del poder estuvieron orientados por una concepción bélica, opuesta a las grillas jurídicas y represivas. En esta línea, Foucault recusa sistemáticamente las concepciones del poder asociadas a la teoría jurídico política de la soberanía: es que el poder no se ejerce de manera preeminente mediante la prohibición y la represión; el poder no se resume en la figura de un soberano y en la forma constrictiva de ley. Foucault señala que, si bien ésta pudo haber sido la forma de ejercicio del poder en la baja Edad Media, a partir del siglo XVII emerge una novedosa tecnología de poder que no se resume en la ley soberana y su ejercicio represivo. Se trata de un poder que atraviesa los cuerpos, produciendo en ellos nuevas fuerzas y habilidades, y sustrayéndolas por medio de su disciplinamiento. Foucault describe el ejercicio de este poder disciplinario en los términos de una guerra permanente y en las coordenadas de unas tácticas, unas estrategias y unas relaciones de fuerza. Esta identificación de las relaciones de poder en términos de guerra subtiende los análisis foucauldianos del poder disciplinario en instituciones locales y circunscritas como el psiquiátrico, la prisión, la fábrica, el hospital. Ahora bien, estas investigaciones habrían obstado a la posibilidad de identificar la cristalización efectiva de

¹⁹ *Sécurité, territoire, population. Cours au Collège de France (1977-1978)*. París: Gallimard, 2004. [Traducción: *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France 1977-1978*. Buenos Aires: FCE, 2006].

²⁰ *Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France (1978-1979)*. París: Gallimard, 2004. [Traducción: *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France 1978-1979*. Buenos Aires: FCE, 2007].

estos poderes y sus articulaciones en estrategias políticas globales.

A mediados de la década del '70, Foucault identifica una segunda tecnología de poder que opera ya no sobre los cuerpos individuales y a nivel local de instituciones discretas y circunscritas, sino a nivel global de las poblaciones. Bajo la rúbrica de “biopolítica,” esta novedosa tecnología de poder abre paso a la consideración del Estado, institución con escala suficiente como para operar un ejercicio global del poder sobre las poblaciones. Ahora bien, la emergencia de la biopolítica conduce a la puesta en cuestión de la grilla de la guerra: es que la gestión global de las poblaciones, ¿puede operar efectivamente en los términos de una guerra? ¿Son pertinentes las nociones de táctica, estrategia, relaciones de fuerza para dar cuenta de las políticas de regulación y la normalización de las poblaciones?

Foucault aborda estos obstáculos, poniendo en cuestión su grilla de inteligibilidad bélica, para finalmente identificar los modos del ejercicio del poder ya no en términos de guerra, sino en términos de gobierno, entendido este último como conducción de conductas. De esta manera, el ejercicio biopolítico del poder estatal ya no consiste en la prosecución de una guerra general y permanente, sino en la disposición racional de procedimientos y mecanismos a efectos de la conducción de las conductas poblacionales. La biopolítica abre paso, de esta manera, a la consideración del marco de racionalidad en que se inscribe el ejercicio del gobierno. Bajo la rúbrica de “gubernamentalidad,” Foucault desbloquea un dominio de reflexiones, programas, cálculos y análisis sobre el gobierno de las poblaciones. En esta línea, Edgardo Castro indica:

...la importancia de las nociones de gobierno y gubernamentalidad será una consecuencia de las insuficiencias de los instrumentos teóricos para analizar el poder. Foucault ha criticado algunos de ellos (el concepto de represión, de soberanía) y, en *'Il faut défendre la société'* ha puesto a prueba lo que denomina la “hipótesis Nietzsche,” es decir, el poder concebido como “lucha,” como “guerra.” A causa de la influencia que ha tenido Nietzsche en el pensamiento de Foucault, se podría extraer una conclusión errónea: creer que la posición de Foucault acerca de la cuestión del poder termina reduciéndose a la “hipótesis Nietzsche.”²¹

Foucault sanciona este pasaje de la guerra al gobierno al sostener que las relaciones de poder “no deberían buscarse por el lado de la violencia o la lucha (...) sino más bien en el área del modo singular de acción, ni belicoso ni jurídico, que es el gobierno.”²² Es posible resumir

²¹ Castro, Edgardo. “Gobierno, gobernar, gubernamentalidad.” *El vocabulario de Michel Foucault*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2004, p. 150.

²² “The subject and power.” Dreyfus, Hubert y Rabinow, Paul. *Michel Foucault. Beyond structuralism and hermeneutics*. 2º edition. Chicago: University Press, 1983, p. 221 [Traducción: “El sujeto y el poder.”

estos desplazamientos a partir de la indicación de dos niveles simultáneos de maniobras. Por un lado, a nivel analítico, se observa un desplazamiento de la grilla represiva a la grilla bélica y, seguidamente, de la grilla bélica a la grilla gubernamental. Por otro lado, a nivel conceptual, se observa un desplazamiento de la noción de soberanía a la noción de disciplinas, seguido de un desplazamiento hacia la noción de biopolítica. De este modo, se delinea la caracterización habitual del pensamiento político de Foucault, en la serie analítica represión-guerra-gobierno y en la serie conceptual soberanía-disciplinas-biopolítica.

En suma, las nociones de gobierno y biopolítica exoneran a Foucault de las objeciones vinculadas a su elisión del Estado.²³ Ahora bien, ¿qué decir de las objeciones restantes? ¿Permite la incorporación de las nociones de biopolítica y gubernamentalidad conceder un lugar a las resistencias? ¿Permiten estas nociones destrabar las elisiones normativas que se imputan a Foucault?

Con la emergencia de las nociones de biopolítica y gubernamentalidad, Foucault abre el dominio político de la articulación global de relaciones de poder. Ya no se trata de un análisis microfísico restringido a relaciones locales y fragmentarias; a partir de aquí, Foucault puede extender su microfísica a efectos de capturar las lógicas globales de coordinación de los poderes. Sin embargo, este análisis del ejercicio del poder a nivel global no parece compensarse con un análisis de las resistencias en condiciones de operar a un mismo nivel. De modo que, salvando la elisión del Estado, Foucault no haría más que profundizar la elisión de las resistencias. Así, Foucault daría acabada cuenta del poder en todos los niveles de su ejercicio, pero no daría cuenta alguna de las luchas que en torno a él se traban. Es en este punto que pretende intervenir mi hipótesis de trabajo.

2. La hipótesis de trabajo

Mi hipótesis es simple: Foucault analiza las estrategias de articulación de las luchas. No digo con esto que Foucault prescribe la ley de las resistencias; tampoco digo que Foucault propone una estrategia de lucha. Mi hipótesis es más bien austera. Simplemente, sostengo que Foucault analiza las estrategias de articulación de las luchas en torno al poder. Ni las prescribe

Dreyfus, Hubert y Rabinow, Paul. *Michel Foucault. Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2001, pp. 253-254 (lig. mod.).

²³ Colin Gordon reseña las tres objeciones que indicamos y sostiene que “Foucault introduce sus cursos sobre gubernamentalidad que son, entre otras cosas, una respuesta a la primera de estas tres objeciones.” Gordon, Colin. “Governmental rationality: an introduction.” Burchell, Graham; Gordon, Colin; Miller, Peter. (eds.) *The Foucault effect, op. cit.*, 1991, p. 4.

ni las propone: las analiza.

Dos preguntas, entonces: ¿en qué consiste este análisis? ¿En qué momento Foucault lo pone en marcha? Empecemos por esta última.

Hemos ya indicado que, hacia mediados de la década del '70, Foucault se llama a una rectificación de su analítica y su conceptualización del poder, que dará lugar a la emergencia de un dominio específico de la política, vinculado a las nociones de biopolítica y gubernamentalidad; esto, mediante la recusación y el abandono de su grilla bélica de inteligibilidad del poder. Esta rectificación en clave gubernamental da lugar, hemos dicho, a un análisis del Estado que, sin embargo, descuidaría la consideración de las resistencias y sus articulaciones posibles.

Ahora bien, de observar con detenimiento este pasaje de la grilla bélica a la grilla gubernamental, es posible identificar un momento durante el cual Foucault refina su hipótesis de la guerra, antes de abandonarla completamente. Este refinamiento de la hipótesis de la guerra opera en su curso en el Collège de France de 1976, *Defender la sociedad*.²⁴ Precisamente allí, Foucault estudia el discurso histórico político de la guerra de razas, a efectos de problematizar la grilla bélica que subtiende sus propias investigación genealógicas. En el transcurso de esta genealogía del discurso bélico, de esta genealogía de la genealogía, Foucault identifica al discurso político como superficie y operador de las estrategias políticas que coordinan y finalizan las relaciones de fuerza. Es allí que Foucault describe la lógica estratégica de articulación de las luchas.

De modo que este análisis consiste en una genealogía del discurso político, entendido como superficie y operador de las estrategias de coordinación de las relaciones de fuerza. Este análisis de los discursos políticos se despliega a partir de la consideración cruzada de los discursos jurídico e histórico. En *Defender la sociedad*, Foucault se consagra, por un lado, a una reposición de la teoría política contractual, a partir de la obra de Thomas Hobbes; y, por otro lado, a una recuperación de los discursos de la guerra de razas que preludieron las Revoluciones inglesa y francesa. Allí indica la emergencia de unos frentes globales de resistencia, que trazan grandes clivajes sociales y permiten la articulación de las relaciones de fuerza.

Sostengo que este análisis de las estrategias generales de lucha sólo fue posible a partir

²⁴ 'Il faut défendre la société'. Cours au Collège de France (1975-1976). París: Gallimard, 1997. [Traducciones: (1) Defender la sociedad. Curso en el Collège de France 1975-1976. 2ª reimpresión. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001. (2) Genealogía del racismo. Buenos Aires: Altamira, 1996. Salvo indicación a contrario, emplearemos aquí la edición de Fondo de Cultura Económica].

del momento en que Foucault comenzó a cuestionar las remisiones clasistas que hasta entonces subtendían su concepción de la guerra. De modo que, previo al abandono de la hipótesis Nietzsche, Foucault habría desbrozado su concepción de la guerra, desmarcándola de la noción de lucha de clases. En suma, entre el abandono de la hipótesis Marx y el abandono de la hipótesis Nietzsche, se abre un intervalo en el que Foucault problematiza su grilla bélica, y da a ver las lógicas estratégicas de articulación de luchas. Es este intervalo el que intentaremos reponer.

Sostengo entonces que, de ralentizar la marcha de esta transición analítica de la guerra al gobierno, de detenernos en las investigaciones contenidas en el curso *Defender la sociedad*, es posible indicar la emergencia de un dominio estratégico de articulación de las luchas, dominio identificado con los discursos políticos.

Episodio a todas vistas discreto y confuso en la obra de Foucault. Episodio que ha merecido, por lo general, la desatención de la mayor parte de sus lectores. Es que la recepción de las investigaciones foucauldianas correspondientes a la segunda mitad de la década del '70 ha insistido de manera casi exclusiva en las innovaciones vinculadas a las nociones de biopolítica y de gubernamentalidad, dando lugar a una profusión de objetos, conceptos y temas de investigación que, huelga decirlo, mantienen el pensamiento de Foucault en una actualidad y una relevancia impares. Por un lado, la noción de biopolítica ha sido recuperada en particular por la filosofía política italiana, dando lugar a una densa articulación de nuevos diálogos conceptuales, nuevas líneas de investigación, nuevos campos de análisis político.²⁵ Por otro lado, una profusa red académica con eje en el ámbito anglosajón ha dado lugar a un conjunto de ensayos teóricos, investigaciones empíricas y trabajos monográficos que abordan el ejercicio del poder político en términos de racionalidad gubernamental o gubernamentalidad.²⁶

²⁵ Una mención a los aportes más salientes de la filosofía biopolítica italiana debería considerar las obras de Giorgio Agamben, Roberto Esposito y Antonio Negri. Ver, en particular, Esposito, Roberto, *Bios. Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu, 2007; Agamben, Giorgio. *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pretextos, 1998; Negri, Antonio y Hardt, Michel. *Imperio*. Buenos Aires: Paidós, 2002. Para una presentación general y revista de esta corriente, ver Giorgi, Gabriel y Rodríguez, Fermín. "Prólogo." *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires: Paidós, 2007, pp. 9-34; y Marzocca, Ottavio. "Introduzione." AA.VV. *Lessico di biopolitica*. Roma: Manifestolibri, 2006, pp. 11-20.

²⁶ El libro que ha funcionado como punto de partida de los llamados *governmentality studies* es el compilado por Burchell, Graham; Collin, Gordon; y Miller, Peter. *The Foucault Effect. Studies in Governmentality*, op. cit. Para una presentación general y revista de esta corriente, ver Dean, Mitchell. *Governmentality. Power and rule in modern society*. Londres: Sage, 1999, pp. 2-8; Ver asimismo De Marinis Cúneo, Pablo. "Gobierno, gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaultianos." García Seglas, Fernando y Ramos Torre, Ramón (comps.) *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1999, pp. 73-103. Indicamos, por último, que los estudios actuales sobre gubernamentalidad fueron precedidos por el trabajo de los mismos discípulos directos y

La suerte que ha corrido la recepción de los trabajos foucauldianos en torno a los discursos políticos ha sido, en cambio, bastante más austera. Con la excepción de algunos trabajos salientes,²⁷ las investigaciones de Foucault en torno a los discursos políticos han quedado eclipsadas por la insistencia de la recepción en las nociones de biopolítica y gubernamentalidad.

Mi propuesta, en este sentido, es la de demorarnos en las investigaciones foucauldianas en torno a los discursos políticos; es la de contener la ansiedad de resolución que ofrece la ulterior emergencia de las nociones de biopolítica y gubernamentalidad. Al proponer esta pausa y esta demora, mi intención es identificar en la obra de Foucault la emergencia de una problematización, una conceptualización y una analítica de las luchas globales, de las estrategias de coordinación y finalización de las relaciones de fuerza.

En suma, el problema que pone en marcha esta investigación está asociado a la posibilidad de articulación y a la efectividad política de las resistencias dispersas. En esta misma línea, la hipótesis que subtiende a lo que sigue identifica, al interior de la obra de Foucault, un análisis de las lógicas de articulación de las luchas en torno al poder. Problematización, conceptualización y analítica asentadas en los discursos políticos, entendidos como superficies y operadores de las estrategias de coordinación y finalización de las relaciones de fuerza.

3. Consideraciones sobre el método de lectura

Hasta el momento, nos hemos movido de manera algo despreocupada sobre la superficie de aquello que llamamos “la obra de Foucault.” Es tiempo de reconocer los inconvenientes que tal despreocupación reporta. Es que, como es habitual indicar, Foucault recusa las nociones de “obra” y de “autor,” indicando en ellas el trabajo de unos agrupamientos que dan continuidad y estabilidad al discurso, a partir de la función sintética de un sujeto. Las ocurrencias más explícitas de estas recusaciones operan ambas en 1969, en su

colegas del entorno de Foucault. Ver Cusset, François. *French Theory: Foucault, Derrida, Deleuze & Cía. y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*. Barcelona: Melusina, pp. 316-325.

²⁷ Ver, en particular, Zancarini, Jean-Claude (dir.) *Lectures de Michel Foucault. À propos de «Il faut défendre la société»*. Lyon: ENS Éditions, 2001; y, recientemente, Kelly, Mark. *The political philosophy of Michel Foucault*. Nueva York: Routledge, 2009. Otros trabajos que no tienen eje en la obra de Foucault, han considerado sin embargo sus análisis de los discursos políticos. Borrelli, Gianfranco. “Despotismo, conquista y guerra civil en *Leviathan* de Thomas Hobbes.” *Deus Mortalis*, no. 3 (2004), pp. 257-277; Senellart, Michel. *Les arts de gouverner. Du régime médiéval au concept de gouvernement*. París: Seuil, 1995; Zarka, Yves Charles. *Figures du pouvoir. Etudes de philosophie politique de Machiavel à Foucault*. París: PUF, 2001.

conferencia “¿Qué es un autor?”²⁸ y en su libro *La arqueología del saber*.²⁹ Respecto de la noción de obra, me permito reponer una cita, de entre las más fatigadas por la recepción de Foucault. Que la solemnidad de su prosa salve el tedio de su repetición indefinida.

¿Hay algo más simple en apariencia [que una obra]? Es una suma de textos que pueden ser denotados por el signo de un nombre propio. Ahora bien, esta denotación (...) no es una función homogénea: el nombre de un autor ¿denota de la misma manera un texto publicado por él bajo su nombre, un texto que ha presentado con un seudónimo, otro que se haya encontrado después de su muerte en estado de esbozo, otro que no es más que un apunte, un cuadernillo de notas, un “papel”? La constitución de una obra completa o de un *opus* supone cierto número de elecciones que no es fácil justificar ni aún formular: ¿alcanza con agregar a los textos publicados por el autor aquellos otros que proyectaba imprimir y quedaron inconclusos por su muerte? ¿Hay que incorporar también todo borrador, proyecto previo, correcciones y tachaduras de libros? ¿Hay que agregar los esbozos abandonados? ¿Y qué consideración atribuir a las cartas, a las notas, a las conversaciones referidas, a las frases transcritas por los oyentes; en una palabra, a ese inmenso bullir de rastros verbales que un individuo deja en torno suyo al momento de su muerte y que, en un entrecruzamiento indefinido, hablan tantos lenguajes diferentes?³⁰

Ante este llamado a suspender y a sospechar de la noción de “obra,” nos es necesario erigir ciertas precauciones de método al momento de la lectura. Máxime, cuando este trabajo se asienta en cursos dictados por Foucault, establecidos póstumamente -claro está- por terceros; pero también se asienta en entrevistas, conferencias, artículos, notas periodísticas, conversaciones y, por último, en los libros publicados del autor. Esta voracidad en el empleo de todo material al que fuera sindicada su autoría se opone en todo a la advertencia de Foucault en torno a la noción de obra. Y, sin embargo, es posible indicar, en esta voracidad, ciertas precauciones de lectura.

Una primera precaución estaría asociada a la consideración de los diversos niveles de fuentes. Se trata, en todo caso, de advertir sus jerarquías, indicando el juego desnivelado en que se traban. Esto no implica que los cursos o las entrevistas deban considerarse como la mera reproducción de los contenidos de los libros; más bien, el juego entre estos niveles de fuentes permite muchas veces la aclaración de ciertos puntos elusivos o confusos y, muchas otras, la complicación de ciertos problemas que en principio no eran evidentes. En esta línea, Judith Revel indica que entre los libros y los textos “periféricos” se traba una relación a la vez evidente y contradictoria: “Todo sucede en efecto como si los textos periféricos fuesen a la

²⁸ “Qu'est-ce qu'un auteur?” *Dits et écrits I*, 1954-1975. París: Gallimard, 2001, pp. 817-849.

²⁹ *L'archéologie du savoir*. París: Seuil Galimard, 1969 [Traducción: *La arqueología del saber*. 2º reimpresión. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002].

³⁰ *Ibid*, p. 37 [37-38].

vez el laboratorio de los libros –allí donde los temas de investigación se dibujan, donde los conceptos se forjan y donde los préstamos aparecen de manera explícita– y, tras su publicación, el lugar de su crítica radical.”³¹ De modo que, primera precaución: se trata de mantener las diversas fuentes consultadas en sus jerarquías y sus desniveles; no a efectos de que los textos “centrales” prescriban la verdad de los “periféricos,” sino a efectos observar el juego desnivelado en que se traban.

En segundo lugar, es de notarse que Foucault ha sido “el primer lector de Foucault.”³² Esto es decir que la relación de Foucault con su propia obra no es tanto la de un pensador despreocupado que libera sus textos a todo uso e interpretación posibles;³³ más bien, puede indicarse la recurrencia de su esfuerzo por inscribir en una coherencia de conjunto sus investigaciones pasadas. En este sentido, Foucault entabla con su obra una relación de permanente recálculo y rearticulación y, a cada paso, vuelve sobre sus textos anteriores a efectos de indicar una “arquitectura” cohesionada.³⁴ Es habitual referir esta arquitectura a las dimensiones del saber, el poder y el sujeto; identificando, no sin inconvenientes, que sus investigaciones en torno al saber corresponden al período arqueológico de la década del '60; su preocupación por las relaciones de poder, al período genealógico de la década del '70; y su concentración en el sujeto, al período ético de la década del '80. Ahora bien, más allá de esta periodización canónica, podría sostenerse que las dimensiones del saber, el poder y el sujeto están presentes todo a lo largo de la obra de Foucault, si bien articuladas de diferentes maneras, con diferentes jerarquías y en función de diferentes ejes.

De este modo, la “arquitectura” foucauldiana es puesta en movimiento a cada momento en función de una preocupación central que, sin embargo, parece nunca ser la misma: Foucault podrá, según el momento, decir que su obra tiene por preocupación central

³¹ Revel, Judith. “La pensée verticale: une éthique de la problématisation.” Gross, Frédéric (coord.) *Michel Foucault. Le courage de la vérité*. París: PUF, 2002, pp. 69-70.

³² Chartier, Roger. “El poder, el sujeto, la verdad. Foucault lector de Foucault.” *Escribir las prácticas. Foucault, De Certau, Marin*. Buenos Aires: Manantial, 1996, p. 103.

³³ Cf. la célebre indicación de su *La arqueología del saber*: “Más de uno, como yo sin duda, escribe para perder el rostro. No me pregunten quién soy, ni me pidan que permanezca invariable.” *L'archéologie du savoir*, op. cit., p. 29 [29]. En esta misma línea, en *Defender la sociedad* Foucault indica: “...los considero enteramente libres de hacer lo que quieran con lo que yo les digo.” *Il faut défendre la société*, op. cit., p. 3 [15].

³⁴ Chartier, Roger. “El poder, el sujeto, la verdad. Foucault lector de Foucault.” *Escribir las prácticas*, op. cit., p. 106.

los límites,³⁵ el saber,³⁶ el poder,³⁷ la verdad,³⁸ el pensamiento,³⁹ el sujeto,⁴⁰ la experiencia.⁴¹ Todo esfuerzo por dar cohesión a la obra de Foucault aparece precedido por alguna de las muchas versiones con las que él propuso articularla.

Ahora bien, esta relación constante y explícita con sus investigaciones anteriores dificulta la posibilidad de establecer una periodización en términos secuenciales y discretos. Ofrecer, en cambio, una lectura unitaria obstaría a identificar las reorientaciones, rupturas y desplazamientos que Foucault opera entre sus investigaciones. Más que conmutar, entonces, la obra de Foucault al interior de las alternativas de una lectura unitaria o evolutiva, propongo concebir la relación de Foucault con su propia obra en los términos de una “caja de herramientas”⁴² o, mejor, de un arcón de “recursos.”⁴³ Es que Foucault, en sus diferentes intervenciones, presenta una profusión de problemas de investigación, intuiciones, programas de estudio y precauciones metodológicas que nunca son agotadas por el libro, el curso o la intervención que los lanza. En virtud de este arcón de recursos acumulados, Foucault despliega la costumbre de acudir a su obra, realzar una apuesta o un problema que parecía secundario u obliterado, y trazar las líneas ulteriores de su desarrollo.

De este modo, nuestra segunda precaución de lectura es la de atender, por un lado, a la

³⁵ “Se podría hacer una historia de los límites – de esos gestos oscuros, necesariamente olvidados a partir del momento en que se completan, por lo cuales una cultura rechaza algo que será para ella el Exterior.” “Préface; in Foucault (M.), *Folie et déraison*.” *Dits et écrits I*, op. cit., p. 189.

³⁶ “La voluntad de saber’ es un título que podría haber dado de manera legítima a la mayor parte de los análisis que he intentado hacer hasta el presente.” *La volonté de savoir. Cours au Collège de France (1970-1971)*. París: Bibliothèque Générale du Collège de France, mimeo, p. 1.

³⁷ “Mi verdadero problema (...) es el del poder.” “Pouvoir et savoir.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 400.

³⁸ “...es una empresa que busca desbrozar algunos de los elementos que podrían ser útiles a una historia de la verdad.” *Historie de la sexualité 2: L'usage des plaisirs*. París: Gallimard, 1984, p. 12. [Traducción: *Historia de la sexualidad. 2- El uso de los placeres*. 2º reimpresión. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003, p. 10].

³⁹ “Aquello que he intentado hacer es una historia del pensamiento.” *Le gouvernement de soi et des autres. Cours au Collège de France (1982-1983)*. París: Gallimard, 2008, p. 4 [Traducción: *El gobierno de sí y de los otros. Curso en el Collège de France 1982-1983*. Buenos Aires: FCE, 2009, p. 19].

⁴⁰ “...no es el poder, sino el sujeto, el tema general de mi investigación.” “The subject and power.” Dreyfus, Hubert y Rabinow, Paul. *Michel Foucault. Beyond structuralism and hermeneutics*, op. cit., p. 209 [242].

⁴¹ “Puede que hayamos cambiado de perspectiva, [pero] hemos rondado alrededor del problema, que es siempre el mismo, es decir, las relaciones entre el sujeto, la verdad y la constitución de la experiencia.” “Une esthétique de l'existence.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 1550. Consideramos, en este punto, que Miguel Morey indica de manera convincente que la noción de experiencia es central todo a lo largo de la obra de Foucault. Morey, Miguel. “Para una política de la experiencia.” *Obras esenciales I: Entre filosofía y literatura*. Barcelona: Paidós, 1999, pp. 16-21.

⁴² “Les intellectuels et le pouvoir.” *Dits et écrits I*, op. cit., p. 1176 [Traducción: “Los intelectuales y el poder. Entrevista Michel Foucault – Gilles Deleuze.” *Microfísica del poder*, op. cit., pp. 85-86]. Esta metáfora, sugerida por Deleuze, es rápidamente apropiada por Foucault. Si bien, aquí la “caja de herramientas” remite a la teoría como instrumento de lucha, sugiero que esta metáfora puede prorrogarse a la relación que Foucault entabla con sus obras anteriores.

⁴³ Esta hipótesis de lectura es propuesta en Artières, Phillippe et.al. “Introduction.” Artières, Phillippe et.al. (eds.) *Les mots et les choses de Michel Foucault. Regards critiques 1966-1968*. Caen: Presses Universitaires de Caen, IMEC, 2009, pp. 26-27.

especificidad de cada momento de la obra de Foucault, identificando su rareza: esto implica evitar el recurso a momentos anteriores o posteriores de su obra a efectos de salvar las lagunas que en cada período pudieran surgir. Pero, por otro lado, dada la relación de Foucault con su propia obra, se hace necesario también reponer en una línea diacrónica la serie de los tratamientos anteriores de una misma noción, a efectos de recortar las innovaciones que la afectan. Por caso: la noción de discurso que Foucault pone en marcha en su curso de 1976 no es la misma que emplea en su libro de 1969, *La arqueología del saber*. A efectos de identificar su especificidad conceptual y analítica en el período, repondremos la serie de ocurrencias de la noción de discurso y recortaremos así el uso específico que recibe en el contexto que nos ocupa. Lo mismo puede decirse de las nociones de estrategia, política, soberanía, guerra, gobierno, gubernamentalidad, biopolítica. De modo que, si bien llevaremos adelante un trabajo apegado a un período circunscrito de la obra de Foucault (el de la década del '70, con énfasis en el año 1976), esto nos obligará a considerar, en torno a los conceptos más salientes, la serie de sus antecedentes y sus innovaciones.

Esto implica, en tercer lugar, que el tratamiento de las nociones centrales de la obra de Foucault no debe ser considerado en los términos de una búsqueda y estabilización de definiciones. Más bien, habría que indicar en Foucault un esfuerzo de conceptualización sin conceptos; esto es, un esfuerzo conceptual que, sin embargo, no está orientado a establecer de manera definitiva los caracteres genéricos y diferenciales de cada término. Más bien, las nociones emergentes funcionan al interior de juegos de oposición circunscritos y delimitados. Por caso, el término “soberanía” no conserva la misma definición cuando se opone, en 1975, al poder disciplinario que cuando se opone, en 1976, al discurso de la guerra. La noción de soberanía debe ser remitida a cada uno de los contextos específicos en que ocurre y conceptualizada en función del juego de oposiciones en que, momentáneamente, está trabada.

Por último, intentaremos cierta fidelidad en la lectura de la obra de Foucault, evitando todo recurso a lo no dicho, a la intención oculta, a la interpretación subjetiva. En este sentido, nos proponemos una lectura superficial de la obra de Foucault: no se trata de buscar en lo dicho el secreto de lo no dicho que le brinda consistencia, coherencia, sentido. Se trata, más bien, de exigirle al texto toda la franqueza de la que sea posible, hostigarlo en su superficie, en sus marcas; ceñirse a lo explícito, sin recursos psicológicos o biográficos. Trabajar en la superficie de una obra superficial. Se trata, por último, de asumir una apuesta metodológica bien simple: Foucault dice lo que dice. No hay clave de bóveda por descubrir. A la obra de

Foucault nada le falta; en su superficie, ella es todo lo que puede ser.

En suma, cuatro precauciones metodológicas en la lectura de la obra de Foucault. La primera, atender a la jerarquía y al juego de las fuentes, sin nivelar las diferentes intervenciones; la segunda, atender a la especificidad de cada período, sin prorrogar ni anticipar elementos; la tercera, atender a la inestabilidad de cada noción, sin estabilizar definiciones; la cuarta, atender a la superficie del texto, sin recurrir a lo no dicho.

4. El programa de lectura

Hemos, hasta aquí, indicado la pregunta que motiva nuestro trabajo y la hipótesis que guía nuestra lectura. Se trata de preguntarse por las lógicas de articulación de las prácticas de resistencia. Se trata de sostener la hipótesis de que Foucault analiza estas lógicas de articulación de luchas a partir de la identificación de los discursos políticos como superficies y operadores de estrategias de coordinación y finalización de relaciones de fuerza. Lo que sigue es el desarrollo y el desbrozamiento de la hipótesis que acabamos de transcribir.

A estos efectos, comenzaremos por caracterizar de manera general la analítica foucauldiana del poder. Propondremos en este punto que Foucault articula una analítica del poder que no se asienta en el elogio de su carácter radical, instituyente o acontecimental. Más bien, caracterizaremos la analítica foucauldiana del poder a partir de las regularidades que subtienden su ejercicio. En esta línea, articularemos las nociones de práctica, relación y dispositivo. Seguidamente, identificaremos el tratamiento foucauldiano de la política bajo la grilla de inteligibilidad de la guerra. Mediante la reposición de las investigaciones foucauldianas de la primera mitad de la década del '70, indicaremos que, al igual que el poder, la política tiene ella también su forma regular; y que Foucault propone analizar esta regularidad mediante la grilla de inteligibilidad de la guerra, con sus tácticas, sus estrategias y sus relaciones de fuerza. Hecho esto, nos detendremos en la primera clase de *Defender la sociedad*, su curso en el Collège de France de 1976. Allí, Foucault manifiesta su “hartazgo” y explicita la necesidad de recalcular la apuesta de sus genealogías. Nos interesará reconstruir las razones de este “hartazgo” de Foucault. En la reconstrucción del hilo argumental de esta clase, indicaremos la emergencia de un déficit en su grilla bélica, asociado a la imposibilidad de dar cuenta de las lógicas de articulación de las relaciones de poder y de las luchas. Vincularemos esta imposibilidad con la persistencia de una codificación clasista de su grilla

bélica. Esta primera maniobra nos ocupará a lo largo del primer capítulo, “La regularidad del poder político.”

En el segundo capítulo, “La política como estrategia,” indicaremos el abandono de esta codificación clasista de la guerra y la emergencia de un dominio específico de conceptualización y análisis de la política. Nos interesa en este punto indicar que, hacia mediados de la década del '70, Foucault elabora una noción específica y ceñida de la política. En este contexto, la política ya no será lo relativo al poder sin más; sino que vendrá definida en los términos del campo estratégico en el que se opera la coordinación de las relaciones de fuerza. Argumentaremos, así, que Foucault desacopla en este período la ecuación entre poder y política, para conceptualizar a esta última en los términos de estrategias globales de coordinación. Esta definición de la política en términos de estrategia importará la consideración de la heterogeneidad de acepciones que la noción de estrategia recibe en la obra de Foucault. Tras reponer estas diferentes acepciones, indicaremos la emergencia de dos dominios políticos: por un lado, el relativo a la articulación de las relaciones de poder (desarrollado en sus investigaciones relativas a la biopolítica y a la gubernamentalidad); por otro lado, el dominio político relativo a la articulación de las luchas en torno al poder (desarrollado en sus investigaciones relativas a los discursos políticos). En suma, el capítulo 2 de este trabajo, “La política como estrategia,” nos permitirá precisamente conceptualizar las nociones asociadas de política y de estrategia.

Ahora bien, habiendo identificado en los discursos políticos el dominio estratégico de coordinación de luchas, nos será necesario considerar la noción de discurso en su conceptualización y su análisis. Esta consideración implicará una reposición diacrónica de la noción de discurso y de sus relaciones con el poder. Articularemos así una presentación de esta noción en diferentes momentos de la obra de Foucault, a efectos de ganar finalmente precisión conceptual y analítica respecto de los discursos políticos. Este tratamiento de la noción de discurso ocupará todo nuestro capítulo 3, “Los discursos estratégicos.”

Hecho esto, los capítulos 4 y 5 están orientados a reponer las investigaciones foucauldianas en torno a los discursos políticos, entendidos como superficies y operadores de las estrategias de coordinación y finalización de las relaciones de fuerza. Ambos capítulos se consagran a una reposición de las investigaciones presentadas en el curso en el Collège de France de 1976, *Defender la sociedad*. En el capítulo 4, “El derecho como discurso político,” identificaremos la emergencia del discurso jurídico político de la soberanía en su operatoria

estratégica. Para ello, nos será necesario en principio desmarcarnos de la ambivalencia de la noción de soberanía. Identificaremos dos acepciones de la soberanía en la obra de Foucault: por un lado, como mecánica de poder opuesta a las tecnologías disciplinarias; por otro, como discurso político opuesto al discurso histórico de la guerra. Presentaremos entonces la mecánica soberana y las tecnologías disciplinarias; identificando allí la problemática relación que Foucault sugiere entre, por un lado, la teoría jurídico política de la representación democrática y, por otro lado, los poderes disciplinarios. A partir de la indicación de estos problemas, haremos emerger el discurso jurídico político, indicando su caracterización general y recuperando el análisis que Foucault le tributa.

Seguidamente, el capítulo 5, “La historia como discurso político,” se consagra a la reposición del discurso histórico político de la guerra. Aquí, nos interesa caracterizar esta superficie discursiva y reponer el análisis de la operatoria específica de este discurso en el contexto del siglo XVII inglés y del siglo XVIII francés. Recuperaremos los trabajos foucauldianos en torno a la tesis del “yugo normando” que proliferó en las preliminares y el desarrollo de la Revolución inglesa. Recuperaremos también la tesis nobiliaria del origen germánico de Francia, que proliferó todo a lo largo del siglo XVIII. Indicaremos, por último, la emergencia, al interior de esta superficie discursiva, de las nociones políticas de nación, clase y raza.

Los últimos dos capítulos darán cuenta de la clausura de estos análisis en torno a los discursos políticos y del definitivo abandono de la hipótesis de la guerra. A partir de aquí, consideraremos el tratamiento de la política en los cursos *Seguridad, territorio, población* (1978) y *Nacimiento de la biopolítica* (1979). Nos interesa, en principio, cernir la emergencia de la noción de biopolítica, identificando sus ocurrencias a lo largo de la obra de Foucault y evaluando su incidencia en la reorientación de sus investigaciones. Hecho esto, nos ocuparemos de las nociones de gobierno y gubernamentalidad, identificando también la inestabilidad conceptual que les es inherente. Argumentaremos que el conjunto de estas nociones constituye el dominio político de articulación de las relaciones de poder, e indicaremos en ellas el definitivo abandono de la hipótesis de la guerra. Estas maniobras ocuparán el capítulo 6, “La política como racionalidad.”

El último capítulo, “La economía como racionalidad política,” repondrá los análisis políticos de Foucault ya no en términos de discursos estratégicos sino en términos de artes de gobierno. A estos efectos, repondremos la genealogía foucauldiana de la economía política, a

partir de la consideración del poder pastoral, de la doctrina de la razón de Estado y, finalmente, del liberalismo y el neoliberalismo. Nos preguntaremos por último cuál es el lugar reservado para las luchas en el contexto de la gubernamentalidad.

En las conclusiones de este trabajo, volveremos sobre la identificación de un dominio específicamente político en la obra de Foucault. Al interior de este dominio, que corresponde a las estrategias globales de coordinación, indicaremos la coexistencia de dos análisis discretos: por un lado, el análisis de las estrategias globales de lucha (asociado a los discursos políticos); por otro lado, el análisis de las estrategias globales de poder (asociado a la biopolítica y la gubernamentalidad). Argumentaremos que las investigaciones en torno a los discursos políticos ofrecen una respuesta posible ante la objeción que indica en Foucault la ausencia de un estudio de las resistencias. Finalmente, intentaremos dar respuesta a la tercera objeción que pesa sobre su obra, a saber, la de no brindar criterio normativo alguno a efectos de una intervención política relevante.

Capítulo 1. La regularidad del poder político

1. La regularidad del poder

La apuesta general de Michel Foucault consiste en introducir la regularidad en el análisis de la experiencia.⁴⁴ Respecto de esta apuesta, toda otra puede reponerse como segunda y derivada. Vocación polémica de la noción de regularidad, que mide su pertinencia y recorta su dominio en oposición a la noción de regla. Contra la regla de una lógica y de una gramática, la regularidad de unos enunciados; contra la regla de un soberano y de una ley, la regularidad de unas prácticas; contra la regla de un código y una moral, la regularidad de unos ejercicios ascéticos.

La apuesta de Michel Foucault en el análisis del poder consiste en introducir la regularidad a partir de los términos de práctica, ejercicio y dispositivo. En el dominio del poder, la práctica manifiesta la regularidad que, en el dominio del saber, expresa el enunciado y, en el dominio de la ética, expresa la ascesis. Y así como, en el dominio del saber, los enunciados forman sistema en unos discursos; así también como, en el dominio de la ética, los ejercicios ascéticos forman sistema en unas tecnologías de sí; asimismo, en el dominio del poder, las prácticas forman sistema en unos dispositivos. Saber, poder, ética; enunciado, práctica, ascesis; formación discursiva, dispositivo de poder, tecnología de sí.

La práctica constituye el elemento del análisis del poder; elemento no en el sentido físico o químico de principio de composición, unidad primera e indivisible; elemento, más bien, en el sentido que la filosofía natural antigua concedía a la tierra, el agua, el aire y el fuego. La práctica, ¿carne del poder? De ser éste el caso, deberíamos conceder que todo aquello que entra en contacto con el poder, todo aquello que en principio se nos aparece como anterior, exterior o refractario al poder -sea el individuo, su cuerpo o la población; sea la verdad o la justicia- es en realidad efecto y pericia de una práctica.

Decir que el individuo, su cuerpo o la población constituyen pericias de una práctica

⁴⁴ “...si entendemos por experiencia la correlación, dentro de una cultura, entre dominios de saber, tipos de normatividad y formas de subjetividad.” *Historie de la sexualité* 2, *op. cit.*, p. 10 [8 (lig. mod.)]. Para una demarcación de la noción foucauldiana de experiencia respecto de la tradición fenomenológica, ver Revel, Judith. “Expérience.” *Vocabulaire de Foucault*. París: Ellipses, 2002, pp. 32-34. Respecto de la centralidad de la noción de experiencia en toda la obra de Foucault, ver Morey, Miguel. “Para una política de la experiencia.” *Obras esenciales I: Entre filosofía y literatura*, *op. cit.*, pp. 16-21. Cf. la indicación de Béatrice Han respecto del carácter novedoso y ambiguo de la noción de experiencia a partir de *Historia de la sexualidad II*. Han, Béatrice. “Les deux acceptions de l'expérience.” *L'ontologie manquée de Michel Foucault*. Grenoble: Millon, 1998, pp. 248-257.

es identificar en estas figuras los efectos móviles de unas prácticas que producen su recorte. Individuo no más que como efecto regular de unas prácticas de individuación; cuerpo, no más que como efecto regular de unas prácticas corporales; población, no más que como efecto regular de unas prácticas poblacionales.

Decir que la verdad o la justicia constituyen pericias de una práctica es decir que el saber es, también él, un hacer regular. Y que nuestros predicados sobre lo verdadero y lo falso, sobre lo justo y lo injusto sólo son posibles al interior de la regularidad de la práctica del saber. Verdad no más que como efecto de unas prácticas informadas por una partición regular de lo verdadero y lo falso; justicia no más que como efecto de unas prácticas informadas por una partición regular de lo justo y lo injusto.

Analizar un hacer en términos de práctica implica inscribir el hacer en un régimen técnico que permite su recurrencia. Práctica del estudio, práctica del trabajo, práctica de la clínica: estos ejemplos permiten identificar que a las prácticas, en tanto hacer regular, inhiere una técnica o un arte. Este arte, esta técnica puede ser reconstruida por el analista a partir de aquellos rastros que rondaron su nacimiento (discursos, instituciones, acondicionamientos arquitectónicos, decisiones reglamentarias...). La reconstrucción que estos ofrecen adolece, sin embargo, de una insuficiencia irremediable: las prácticas son en sí mismas móviles, transformables, reversibles, refractarias a la conservación y convocadas por el régimen de lo mutable.

Práctica de la enseñanza y del aprendizaje; práctica de la supervisión y del trabajo; práctica de la terapéutica y de la confesión: estos ejemplos permiten identificar que las prácticas encuentran su regularidad en las relaciones que traban con otras prácticas. La regularidad les es inmanente, pero de ello no resulta una práctica autónoma. Más bien, la regularidad de una práctica se define en el haz de relaciones asimétricas que traba con otras prácticas. Podemos hablar, entonces, de una naturaleza específica del poder: el poder es relacional.⁴⁵ Pero el poder no es una relación entre individuos; es, más bien, una relación entre aquello que los individuos hacen. Digamos, por lo pronto, que el poder es una relación tal

⁴⁵ “El ejercicio del poder no es simplemente una relación entre 'partenaires', sean individuales o colectivos; es un modo de acción de unos sobre otros.” Foucault, Michel. “The subject and power.” Dreyfus, Hubert y Rabinow, Paul. *Michel Foucault: Beyond structuralism and hermeneutics*, op. cit., p. 219 [252-253 (lig. mod.)]. David Hoy indica que esta concepción del poder en términos de relaciones entre acciones y no entre individuos explica gran parte de los malos entendidos implicados en la recepción de la obra de Foucault de parte del llamado “power debate” anglosajón. Mientras Robert Dahl, Moris Baratz, Peter Bachrach y Steven Lukes consideran, más allá de sus distancias, al poder como una relación entre individuos, Foucault sostiene una concepción del poder irreducible a esta resolución individualista. Hoy, David. “Power, repression, progress: Foucault, Lukes, and the Frankfurt School.” *Foucault*, op. cit., pp. 123-147.

entre dos prácticas que el despliegue de una de ellas determina el despliegue de la otra. En el intervalo entre dos prácticas asimétricas se define el funcionamiento del poder.⁴⁶

Podemos hablar, también, de una caracterización funcional del poder: el poder es del orden del ejercicio. La naturaleza equívoca del término “ejercicio” indica que el poder no es espasmo, fulguración, descarga episódica. Es más bien del orden de aquello que se ejerce y se ejercita. Tanto como a la práctica, al ejercicio del poder inhiere una regularidad que es arte o técnica. Este arte, esta técnica puede ser reconstruida por el analista a partir de aquellos rastros que rondaron su nacimiento (decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos...). La reconstrucción que estos ofrecen adolece, también ella, de una insuficiencia irremediable: el ejercicio del poder es en sí mismo móvil, transformable, reversible, refractario a la conservación y convocado por el régimen de lo mutable.

Ejercicio del poder en la educación, en el trabajo, en la clínica. Estos ejemplos dan cuenta de la estabilización del ejercicio del poder en unos conjuntos prácticos; es decir, en unos dispositivos. La noción de dispositivo da cuenta de un conjunto heterogéneo de “discursos, instituciones, acondicionamientos arquitectónicos, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas;”⁴⁷ conjunto heterogéneo de elementos, que es decir prácticas, formando entre sí una malla de relaciones más o menos estabilizadas. Este dispositivo puede ser reconstruido por el analista a partir de aquellos rastros que rondaron su nacimiento. La reconstrucción que estos ofrecen adolece, ya está claro, de una insuficiencia irremediable: el dispositivo es en sí mismo móvil, transformable, reversible, refractario a la conservación y convocado por el régimen de lo mutable. Y si su génesis responde a una intención, a un objetivo estratégico, a un cálculo y a una racionalidad, el funcionamiento mismo del dispositivo es el del juego endémico de sus transformaciones y sus reversiones.

Podemos hablar, entonces, de una caracterización analítica del poder: el poder es analizable en las formas de racionalidad que estabilizan su ejercicio. Por ello mismo, la naturaleza del poder es siempre excedentaria respecto de aquello que puede capturarse en el análisis. El alcance de su concepto excede al de su análisis. Un principio de austeridad

⁴⁶ “...el poder no es acción de unos sobre otros, a los quienes estos últimos podrían eventualmente responder, cada uno jugando alternativamente el rol del sujeto y del objeto; es acción sobre y *vía* la acción de los otros, y debe inquietarse permanentemente por su resistencia posible en el momento mismo en que 'incita, induce, seduce, facilita o dificulta, expande o limita' sus conductas.” Potte-Bonneville, Mathieu. *Foucault*. París: Ellipses, 2010, p. 61.

⁴⁷ “Le jeu de Michel Foucault.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 299.

determina la analítica del poder: quien analiza el poder no es ni cineasta ni fotógrafo, no se trata siquiera de una linterna mágica.⁴⁸ Se trata, más bien, de una notación topográfica y geológica en un mapa, de una cartografía.⁴⁹

En suma, caracterización del poder: su naturaleza es del orden de la relación entre prácticas, su funcionamiento es del orden del ejercicio, su analítica es del orden de una cartografía de los dispositivos. De aquí, una serie de corolarios que operan como prescripciones metodológicas de prudencia.⁵⁰

1. Inmanencia: No hay que pensar que, sobre el jardín profuso y primero de unas prácticas libres, se descarga un poder que establece su régimen de prohibición y escasez. El poder no tiene la forma segunda del llamado al orden. Su ejercicio excede la instancia de una ley que delimita, reprime, prohíbe. Más bien, el poder es inmanente al haz de relaciones entre aquello que los individuos hacen. Que el poder se ejerza en todos los puntos del cuerpo social convoca a una topografía dispersa, que contesta la localización discreta del poder en una cima o en una base. El poder no tiene la forma de la regla y de la ley; es el nombre que adquiere la regularidad del conjunto de relaciones entre las prácticas de una sociedad dada. “Omnipresencia del poder: no porque tenga el privilegio de reagruparlo todo bajo su invencible unidad, sino porque se está produciendo a cada instante, en todos los puntos, o más bien en toda relación de un punto con otro. El poder está en todas partes; no es que lo englobe todo sino que viene de todas partes.”⁵¹

2. Variaciones continuas: Si la regla existe al interior del régimen del sujeto legisferante, si la ley es siempre obra de un legislador, profeta, tirano o filósofo; la regularidad es en cambio producto del concurso de una multiplicidad de prácticas que forman un conjunto anónimo. Al interior de una sociedad dada, el hacer de los individuos se despliega en función de objetivos, cálculos e intenciones; la manera en que esta multiplicidad de haceres se enjambra en un sistema de regularidades escapa sin embargo a los objetivos, cálculos e intenciones de todo sujeto, sea individual o colectivo. A partir del concurso de una multiplicidad de tácticas y estrategias, se constituye una situación de poder; detrás de ella, sin

⁴⁸ Jean-Paul Sartre acusa a Foucault de un pensamiento antihistoricista, que “reemplaza el cine por una linterna mágica, el movimiento por una sucesión de inmovilidades.” Sartre, Jean-Paul. “Jean-Paul Sartre répond.” Artières, Phillippe *et.al.* (eds.) *Les mots et les choses de Michel Foucault, op. cit.*, p. 76. Ver *infra*, p. 83, n. 183.

⁴⁹ “Pouvoir et corps.” *Dits et écrits I, op. cit.*, p. 1623 [Traducción: “Poder-cuerpo.” *Microfísica del poder*. 3ª edición. Madrid: La piqueta, 1992, p. 117]. Ver también Deleuze, Gilles. *Foucault*. 2ª edición. Buenos Aires: Paidós, 2003, pp. 49 y ss.

⁵⁰ Se sigue aquí la presentación tal vez más programática del método foucauldiano de análisis del poder. *Histoire de la sexualité 1, op. cit.*, pp. 121-135 [112-125].

⁵¹ *Ibid*, p. 122 [113].

embargo, no hay sujeto a quien tributar o sindicarse la autoría. Relaciones de poder intencionales, sí, pero no subjetivas. Más que buscar el poder por el lado del sujeto que lo detenta, hay que analizar el poder en el concurso siempre inestable del haz de prácticas al interior de una sociedad dada. Las distribuciones de poder “nunca representan otra cosa que cortes instantáneos de ciertos procesos, ya de refuerzo acumulado del elemento más fuerte, ya de inversión de la relación, ya de crecimiento simultáneo de ambos términos. Las relaciones de poder (...) no son formas establecidas de repartición; son 'matrices de transformación'.”⁵²

3. Doble condicionamiento: Si el análisis del poder en tanto regla descende desde la instancia de su emanación hasta el punto de su aplicación, el análisis del poder en tanto regularidad opera en un sentido inverso. Análisis ascendente del poder, que parte de las relaciones locales, dispersas y heteromorfas; y observa cómo, en sus encadenamientos sucesivos, éstas van formando conjuntos estratégicos, figuras generales que toman forma en los aparatos estatales, en la formulación de la ley, en las hegemonías sociales.⁵³ Análisis ascendente del poder que parte de relaciones tenues y discretas; y, en la reconstrucción de sus encadenamientos, observa la formación de las grandes estrategias de poder. Y, sin embargo, la metáfora del ascenso podría dar lugar a malos entendidos.⁵⁴ El poder no tiene la unidireccionalidad de lo ascendente; ascendente es más bien la reconstrucción que el analista despliega. Más que unidireccional y ascendente, el poder opera a partir de un doble condicionamiento, a un tiempo ascendente y descendente. Por un lado -momento ascendente- ninguna estrategia general de poder puede funcionar sin asentarse en relaciones locales y discretas que le sirven de soporte y de punto de anclaje. Inversamente -momento descendente- ninguna relación de poder podría funcionar sin encadenarse en un conjunto estratégico. Entre las tácticas locales y las estrategias globales no hay determinación unívoca y unidireccional. Hay más bien condicionamiento doble y cruzado.

⁵² *Histoire de la sexualité 1*, op. cit., p. 131 [120-121].

⁵³ *Ibid*, p. 122 [113].

⁵⁴ Cf. *Ibid*, p. 124 [114]: “...el poder viene de abajo” con Foucault, Michel. “Le jeu de Michel Foucault.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 303-304: “De manera general, pienso que hay que ver más bien cómo las grandes estrategias de poder se incrustan, encuentran sus condiciones de ejercicio en las micro-relaciones de poder. Pero siempre hay también movimientos de retorno, que hacen que las estrategias que coordinan las relaciones de poder produzcan efectos nuevos y avancen en unos dominios que, hasta el presente, no estaban concernidos (...) no creo por ende que el engendramiento de las relaciones de poder se haga *solamente* de arriba abajo.” (énfasis mío). Charles Taylor indica precisamente este punto: “más que decir que el poder viene de abajo, deberíamos decir que hay una relación interminable y un condicionamiento recíproco entre contextos globales y micro.” Taylor, Charles. “Foucault on Freedom and Truth.” *Political Theory*, op. cit., p. 167. De ser pertinente nuestra aproximación, la de Taylor no sería tanto una crítica como una lectura correcta.

4. Polivalencia táctica: A las prácticas, en tanto hacer regular, inhiere una técnica o un arte. Arte o técnica que manifiesta la racionalidad de un hacer. Al momento de su emergencia, estas prácticas respondieron a una urgencia, una intención, un objetivo y un cálculo. Pronto, estas estrategias se estabilizaron en unos dispositivos tecnológicos. Y, sin embargo, la dimensión tecnológica de estos dispositivos puede separarse de su dimensión estratégica originaria. Es allí donde la regularidad de dispositivo puede articularse en función de intenciones, objetivos y cálculos que no fueron los de su emergencia: polivalencia y reversibilidad táctica de los dispositivos. Esto delinea dos pendientes en el análisis de las prácticas: por un lado, la pendiente tecnológica de su racionalidad; por el otro, la pendiente estratégica de sus transformaciones, sus capturas, sus reversibilidades. Y si el análisis del poder en tanto regla prevé la ocurrencia de un límite y una transgresión,⁵⁵ el análisis del poder en tanto regularidad prevé la inherencia de una resistencia en la forma de inversión táctica.

En suma, contra la emanación de la ley y su régimen de localización discreta, la inmanencia del poder a las prácticas y su régimen de ubicuidad; contra la autoría de la ley y su régimen del sujeto fundador, el carácter anónimo de la regularidad y su régimen de variaciones continuas; contra la lógica descendente de la ley, el mutuo condicionamiento entre tácticas y estrategias; contra el límite que en que se traban la ley y su transgresión, la inherencia de puntos múltiples y dispersos de resistencia.

Siendo que el poder se ejerce en todos los puntos del cuerpo social, el poder se encuentra por todos lados expuesto a su inversión. Y, siendo que la política es “la lucha por el poder,”⁵⁶ mal haríamos en concebirla bajo la forma de la ley, la localización discreta, la intención del sujeto, la lógica descendente y el juego de la transgresión. Más bien, la política,

⁵⁵ Al interior de la obra de Foucault, esto implica una caída momentánea de la noción de transgresión. En un principio, ésta adquiere una importancia dilecta y una centralidad incluso programática al interior del “ciclo literario” de la década del '60, y en relación con las obras de Nietzsche, Blanchot y, en particular, Bataille. Respecto de este último, “Préface à la transgression.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 261-278 [Traducción: “Prefacio a la transgresión.” *Obras esenciales I: Entre filosofía y literatura, op. cit.*, pp. 163-180]. Posteriormente, sin embargo, la noción de transgresión es asociada a la hipótesis represiva y a la reducción del poder a la ley: “...el poder es aquello que dice 'no.' Y el enfrentamiento con el poder así concebido no aparece más que como transgresión.” “Pouvoirs et stratégies.” *Dits et écrits II, op. cit.*, p. 423 [179]. Ver también *La Société Punitrice. Cours au Collège de France 1972-1973*. París: Bibliothèque Générale du Collège de France, mimeo, pp. 6-7. Finalmente, el tema de la transgresión recupera algo de su peso programático inicial, ahora en relación con la experiencia límite de la de-subjetivación y con la actitud límite de la crítica. “Entretien avec Michel Foucault.” *Dits et écrits II, op. cit.*, p. 862; “What is Enlightenment?” Rabinow, Paul (ed.) *The Foucault Reader*. Middlesex: Peregrin, 1986. [“¿Qué es la ilustración? (1984)” *¿Qué es la ilustración?* Madrid: La piqueta, 1996]. Cf. la lectura de David Hiley, que insiste en la continuidad de la transgresión todo a lo largo de la obra de Foucault. Hiley, David. *Philosophy in question. Essays on a Pyrrhonian Theme*. Chicago: University Press, 1988, pp. 86-114.

⁵⁶ “Les problèmes de la culture. Un débat Foucault-Preti.” *Dits et écrits I, op. cit.*, p. 1248: “...atribuyo a la política el sentido de la lucha por el poder; pero no se trata de un poder entendido en el sentido de gobierno o de Estado, se trata de un término que comprende también al poder económico.”

en tanto lucha por el poder, se juega en la ubicuidad de las prácticas. “Cada relación de poder reenvía, como a su efecto pero también como a su condición de posibilidad, a un campo político del que forma parte. Decir que 'todo es político' es decir de esta omnipresencia de las relaciones de fuerza y de su inmanencia a un campo político.”⁵⁷ Todo, entonces, es político.

Ubicuidad de la política que es también herida en su promesa transformadora, en su reserva de radicalidad, en su descarga de poder constituyente. “Si la política existe desde el siglo XIX, es porque ha habido la revolución.”⁵⁸ El tiempo abierto por la revolución es el de una política habitada por la tensión entre sus dobles. Por un lado, lo empírico de unos comportamientos regulares; por el otro, lo trascendental de un acontecimiento que todo lo trastoca en su movimiento legisferante. Sea esto bajo los dobles del poder constituyente y el constituido,⁵⁹ de la policía y la política,⁶⁰ de la diferencia y la equivalencia,⁶¹ de la política y lo político.⁶² En todos los casos, la política aparece duplicada en el juego de la empiricidad de los poderes sociales y de la trascendencia de un acontecimiento fundador.

Postular, en cambio, que la política está en todas partes, que la política lo es todo, implica fundir sus dobles en una superficie regular e indiferenciada. Implica negar la dimensión de trascendencia de la política en su radicalidad instituyente. Implica desmultiplicar el acontecimiento en todos los puntos del cuerpo social, si es que por acontecimiento entendemos “una relación de fuerzas que se invierte, un poder que se confisca, un vocabulario recuperado y vuelto contra los que lo utilizan.”⁶³ Implica, en suma, pensar la política en un tiempo que es otro respecto de aquel abierto por la revolución. Puede así entenderse por qué, para quienes abrevan de una concepción duplicada de la política, la apuesta de Michel Foucault aparezca como una anulación de la política.

⁵⁷ “Les rapports de pouvoir passent à l'intérieur des corps.” *Dits et écrits II, op. cit.*, p. 233 [Traducción: “Las relaciones de poder penetran en los cuerpos.” *Microfísica del poder, op. cit.*, pp. 168-169].

⁵⁸ “Non au sexe roi.” *Dits et écrits II, op. cit.*, p. 266 [Traducción: “No al sexo rey.” *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Buenos Aires: Alianza, 1995, p. 160].

⁵⁹ Negri, Antonio. *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*. Madrid: Libertarias Prodhufi, 1994. Es de notar el esfuerzo de Antonio Negri por integrar poder constituyente y constituido en un mismo plano de inmanencia. La ponderación del éxito de estos esfuerzos excede las pretensiones de este trabajo.

⁶⁰ Rancière, Jacques. *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1996.

⁶¹ Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal. *Hegemonía y estrategia socialista*. 2º edición. Buenos Aires: FCE, 2003.

⁶² Lefort, Claude. “La cuestión de la democracia.” *La incertidumbre democrática*. Madrid: Anthropos, 2004.

⁶³ “Nietzsche, la généalogie, l'histoire.” *Dits et écrits I, op. cit.*, p. 1016 [Traducción: *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pre-textos, 2004, p. 48].

2. La inteligibilidad bélica de la política

Y, sin embargo, el de Foucault no es un llamado a la anulación de la política. Se trata más bien de un esfuerzo por sustraer el pensamiento de la política de las coordenadas de la regla y de su localización discreta en las instituciones y aparatos del Estado. Si la política es la lucha por el poder, postular entonces que todo es político implica desmultiplicar esta lucha, indicándola en todos los puntos donde se traban relaciones asimétricas entre prácticas.

Darse al estudio de la política es darse al estudio de las luchas por el poder que operan en todos los puntos del cuerpo social. Luchas por conservar y profundizar las asimetrías, luchas también por neutralizarlas y revertirlas. Estas luchas, en tanto inhieren a las prácticas, tienen también ellas sus regularidades. El análisis de la política implica entonces una reconstrucción de la regularidad inherente a las luchas por el poder; regularidad que puede ser cernida a partir de la grilla de inteligibilidad de la guerra. La política: continuación de la guerra por otros medios.

Se trata, en suma, de orientarse hacia una concepción del poder que reemplaza el privilegio de la ley por el punto de vista del objetivo, el privilegio de lo prohibido por el punto de vista de la eficacia táctica, el privilegio de la soberanía por el análisis de un campo múltiple y móvil de relaciones de fuerza donde se producen efectos globales, pero nunca totalmente estables, de dominación. El modelo estratégico y no el modelo del derecho. Y ello no por opción especulativa o preferencia teórica, sino porque uno de los rasgos fundamentales de las sociedades occidentales consiste, en efecto, en que las relaciones de fuerza -que durante mucho tiempo habían encontrado en la guerra, en todas las formas de la guerra, su expresión principal- se habilitaron poco a poco en el orden del poder político.⁶⁴

La grilla de inteligibilidad bélica constituye el método genealógico que Foucault moldea a partir de Friedrich Nietzsche. En ocasión del texto de 1971 *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Foucault delinea este método en contraste y polémica con la búsqueda del origen presente en los análisis históricos. Estos análisis, indica Foucault, se orientan a la identificación de un origen solemne, sede de la verdad y de la esencia de las cosas, y corrompido posteriormente por el decurso histórico; se articulan así en una concepción metahistórica de significaciones ideales y decursos teleológicos. Es contra esta mirada histórica que Foucault delinea los rasgos del método genealógico. Recuperemos tres elementos. En primer lugar, ya no se trata aquí de reconstruir los comienzos en su verdad y su

⁶⁴ *Histoire de la sexualité 1, op. cit.*, p. 135 [124-125].

esencia, sino de reponer las procedencias en el juego de los azares, los accidentes y los errores; no se trata de reconstruir el origen solemne y anterior a la caída; más bien, las procedencias participan ya del régimen de lo caído. En segundo lugar, el azar que inhiere a los comienzos es el de un estado de fuerzas que se conmueve. La emergencia es la entrada en escena de las fuerzas y el enfrentamiento de los adversarios. “Nadie es, pues, responsable de una emergencia, ni nadie puede vanagloriarse de ella; siempre se produce en el intersticio.”⁶⁵ Por último, la mirada genealógica es renuente a la teleología y a la resolución escatológica:

Sería equivocado creer, según el esquema tradicional, que la guerra, agotándose en sus propias contradicciones, acaba por renunciar a la violencia y acepta suprimirse en las leyes de la paz civil. La regla es el placer calculado del ensañamiento, la sangre prometida. Permite relanzar sin cesar el juego de la dominación; pone en escena una violencia meticulosamente repetida.⁶⁶

En suma, contra la solemne verdad de un origen, los azares, accidentes y errores de una procedencia; contra el elogio del fundador, la emergencia de las fuerzas y el choque de los adversarios; contra el progreso hacia la regla que pacifica, la regularidad de la dominación. “La humanidad no progresa lentamente de combate en combate hacia una reciprocidad universal, en la que las reglas sustituirán para siempre a la guerra; instala cada una de estas violencias en un sistema de reglas, y va así de dominación en dominación.”⁶⁷ Se trata de modular la mirada histórica a efectos de captar, por debajo de las reglas y sus orígenes solemnes, la contingencia de unas luchas prorrogadas e indefinidamente repetidas.

Es esta grilla bélica la que caracteriza las investigaciones genealógicas de Foucault correspondientes a la primera mitad de la década del '70; aquellas en las que Foucault desarrolla sus trabajos en torno al poder disciplinario. A partir de la genealogía de los procesos judiciales, de las formas del castigo, del poder psiquiátrico y de las pericias jurídico-médicas, Foucault identifica la emergencia de una novedosa tecnología de poder, la de las disciplinas, que ya no tiene por modo de funcionamiento el de la represión, sino el de la producción de cuerpos dóciles y útiles.⁶⁸ El tratamiento de estas tecnologías positivas de poder ocupa los cursos en el Collège de France que corresponden al período, así como el dossier

⁶⁵ “Nietzsche, la généalogie, l'histoire.” *Dits et écrits I, op. cit.*, p. 1012 [38].

⁶⁶ *Ibid*, p. 1013 [39].

⁶⁷ *Ibid*, p. 1013 [40].

⁶⁸ El poder disciplinario es presentado en el apartado 4.2. de este trabajo, ver *infra*. pp. 102 y ss.

Pierre Rivière⁶⁹ publicado en 1973 y, finalmente, su libro de 1975, *Vigilar y castigar*.⁷⁰ En todas estas investigaciones, Foucault se ajusta a la grilla de inteligibilidad bélica, indicando que a la verdad inhieren “las luchas reales y las relaciones de dominación;”⁷¹ que la relaciones de poder se definen en “las luchas que las atraviesan;”⁷² que “la guerra civil se despliega sobre el teatro del poder;”⁷³ que el poder tiene como modelo “una batalla perpetua;”⁷⁴ que “en el asilo se organiza, efectivamente, un campo de batalla;”⁷⁵ que las pericias médico jurídicas deben ser restituidas “en esos enfrentamientos;”⁷⁶ que, por último, en la prisión “hay que oír el estruendo de la batalla.”⁷⁷ Las ocurrencias de la hipótesis bélica son, en este período, innumerables.

El desarrollo más explícito de esta grilla de la guerra opera en dos de los cursos que Foucault dictó en el Collège de France. El primero de ellos, a inicios de 1973 bajo el título de *La sociedad punitiva*. Este curso, dedicado a la táctica punitiva emergente a mediados del siglo XVIII, está subtendido por una crítica al par exclusión/transgresión como grilla de análisis del poder. Foucault reconoce que, durante un tiempo, estas nociones han sido de eficacia en tanto “inversores críticos en el campo de la representación jurídica, política y moral;”⁷⁸ pero esta eficacia no ha obstado al hecho de quedar atrapadas al interior del sistema jurídico-político que pretendían contestar. Insistiendo aquí en sus sospechas respecto de la ley y la represión como grillas de inteligibilidad del poder, Foucault se propone inscribir los procesos de exclusión y sus transgresiones al interior de la grilla de inteligibilidad más general de la guerra. “La guerra civil es la matriz de todas las luchas de poder, de todas las estrategias del poder y, por ende, la matriz también de todas las luchas a propósito, contra el poder.”⁷⁹ Ahora bien, a efectos de poner en marcha la guerra civil como grilla de inteligibilidad del poder, Foucault considera necesario contestar la operatoria de esta noción al

⁶⁹ Yo, Pierre Rivière, *habiendo degollado a mi madre, a mi hermana y a mi hermano...* Barcelona: Tusquest Fábula, 2001.

⁷⁰ *Surveiller et punir. Naissance de la prison*. París: Gallimard, 1975 [Traducción: *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. 4ª reimpresión. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005].

⁷¹ *La volonté de savoir*, op. cit., p. 2.

⁷² “Théories et institutions pénales. Résumé du Cours au Collège de France (1971-1972).” *Dits et écrits I*, op. cit., p. 1257.

⁷³ *La société punitive. Cours au Collège de France (1972-1973)*. París: Bibliothèque Générale du Collège de France, mimeo, p. 29.

⁷⁴ *Surveiller et punir*, op. cit., p. 31 [33].

⁷⁵ *Le pouvoir psychiatrique. Cours au Collège de France (1973-1974)*. París: Gallimard, 2003, p. 8. [Traducción: *El poder psiquiátrico, Curso en el Collège de France, 1973-1974*. Buenos Aires: FCE, 2005, p. 22].

⁷⁶ Yo, Pierre Rivière, op. cit., p. 18.

⁷⁷ *Surveiller et punir*, op. cit., p. 315 [314].

⁷⁸ *La société punitive*, op. cit., p. 6.

⁷⁹ *Ibid*, p. 17.

interior de la teoría jurídico-política de los siglos XVII y XVIII. Es en este marco que se dedica a desarmar la ecuación hobbesiana entre guerra civil y guerra de todos contra todos.

Es sabido: la guerra de todos contra todos es el estado inicial a partir del cual el soberano puede constituirse; y representa a su vez el estado terminal de la disolución de la soberanía. Foucault esquematiza la caracterización hobbesiana de la guerra de todos contra todos a partir de los elementos de la rivalidad, la desconfianza y la gloria. El punto de partida es la igualdad natural entre los individuos; igualdad manifiesta en aquello que cada uno desea para sí y en los medios que permiten atender estos deseos. Esta universal convergencia del deseo hace a los hombres sustituibles entre sí, llamando a cada quien a tomar el lugar del otro y apropiarse de sus objetos. La sustituibilidad de los iguales conduce naturalmente a la rivalidad y a la mutua desconfianza. La manera de prevalecer en este estado de combate perpetuo es la de hacerse no sólo del objeto de deseo sino también de instrumentos que tengan por efecto manifestar un plus de poder que atemorice a los otros. Esta necesidad de signos exteriores de un sobrepoder respecto de los otros aparece identificada con la gloria como deriva de la rivalidad y desconfianza universales. De esta manera, Foucault indica en Hobbes una conceptualización de la guerra de todos contra todos que encuentra su asiento en relaciones entre individuos; caracterizando así el estado anterior a la constitución del poder político. Contra esta doble caracterización de la guerra en términos de individualismo y de exterioridad respecto del poder político, Foucault argumenta que la guerra civil es una guerra eminentemente colectiva e inmanente al poder político.

En primer lugar, “no hay guerra civil que no sea enfrentamiento de elementos colectivos: parentelas, clientelas, religiones, etnias, comunidades lingüísticas, clases, etc.”⁸⁰ Tomando los ejemplos históricos de la constitución del campesinado europeo hacia fines de la Edad Media, y de la emergencia del pueblo francés y de los *sans-cullottes* como personajes de la Revolución francesa, Foucault indica que la guerra civil opera en el elemento de lo colectivo. “No hay que ver la guerra civil como algo que disolvería el elemento colectivo de la vida de los individuos, y los llevaría a algo del orden de su individualidad originaria: la guerra civil es al contrario un proceso en el que los personajes son colectivos y, más aún, un proceso en el cual los efectos son la aparición de nuevos sujetos colectivos.”⁸¹

En segundo lugar, Foucault sostiene que la guerra civil no cesa con la constitución del poder político. La guerra civil no es la antítesis del poder, no es algo que exista con

⁸⁰ *Ibid*, p. 27.

⁸¹ *Ibid*, p. 28.

anterioridad al poder y se manifieste sólo allí donde el poder se disgrega. Más bien,

...la guerra civil se despliega sobre el teatro del poder. No hay guerra civil sino en el elemento del poder político constituido; ella se despliega para cuidar o para conquistar el poder, para confiscarlo o para transformarlo; ella no es lo que ignora o destruye pura y simplemente al poder, sino que se apoya siempre sobre elementos de poder.⁸²

Foucault releva esta intimidad entre poder y guerra civil a partir de una caracterización de las luchas en términos de tácticas de reactivación, inversión y revestimiento simbólico y mítico del poder. Las luchas contra el poder político toman así las formas, las técnicas, los símbolos y los mitos que caracterizan el ejercicio mismo del poder que contestan. La guerra civil no se resume entonces en el rechazo y la transgresión; ella misma es una táctica de poder, que se apropia de las armas del adversario para ponerlas en su contra. Esta reversibilidad táctica de las relaciones de poder permite identificar que tanto las luchas contra el poder como su ejercicio regular son, ambos, formas de prosecución de la guerra.

...el ejercicio cotidiano del poder debe poder ser considerado como una guerra civil; ejercer el poder es de una cierta manera llevar adelante la guerra civil; y todos estos instrumentos, estas tácticas que se pueden recortar, estas alianzas deben poder analizarse en términos de guerra civil (...) El poder no es lo que suprime la guerra civil, sino aquello que la conduce y la continúa.⁸³

En suma, si la guerra de todos contra todos se resuelve en el elemento de la individualidad y en la exterioridad respecto del poder, la guerra civil es, al contrario, una guerra colectiva e inmanente al poder. Y, si la ecuación entre guerra civil y guerra de todos contra todos es rechazada, es posible observar cómo el ejercicio del poder tiene la regularidad de una guerra permanente. Los dispositivos de poder que estabilizan las asimetrías sociales no conjuran la guerra; más bien la perennizan en un ejercicio regular.

Si a la política, entendida como lucha por el poder, inhiere una regularidad, esta regularidad debe observarse a partir de la grilla bélica de unas luchas, unas tácticas y unas estrategias.

⁸² *Ibid*, p. 29.

⁸³ *Ibid*, p. 33.

3. La apuesta de las genealogías

Indicamos que, en dos ocasiones, Foucault desarrolla en mayor detalle la hipótesis de la guerra. La primera de ellas corresponde al curso de 1973, *La sociedad punitiva*; la segunda, al curso de 1976, *Defender la sociedad*, dedicado al estudio del discurso histórico de la guerra de razas en los siglos XVII y XVIII. El comienzo de este curso está marcado por una confesión desconcertante:

Bien, ¿qué quería decir este año? Que estoy un poco harto: vale decir que querría tratar de cerrar, de poner, hasta cierto punto, fin a una serie de investigaciones (...) a las que me dedico hace cuatro o cinco años, prácticamente desde que estoy aquí, y con respecto a las cuales me doy cuenta que se acumularon inconvenientes.⁸⁴

Foucault se llama a una rectificación de sus investigaciones previas. El período que es blanco de rectificación y fuente de hartazgo es el de los años 1971-1975.⁸⁵ ¿Qué caracteriza la serie de investigaciones de este período? Y bien, este período está centrado en la identificación de las tecnologías positivas de poder, en la analítica del poder disciplinario, en sus investimentos en la práctica punitiva,⁸⁶ asilar,⁸⁷ jurídico-médica.⁸⁸ Desde el curso *La voluntad de saber*, de 1971, hasta el curso *Los anormales*, de 1975; pasando por la publicación del dossier *Pierre Rivière...* y del libro *Vigilar y castigar*; éste es el período que Foucault llama a una revisión. ¿A qué remite, entonces, el hartazgo de Foucault? ¿Qué, de este período, debe ser revisado, recalculado, abandonado, en última instancia?

Foucault indica que sus trabajos del período constituyeron investigaciones fragmentarias, dispersas, repetitivas por momentos; investigaciones muy próximas entre sí; investigaciones que, sin embargo, no constituyeron un conjunto coherente ni una continuidad sistemática. Fragmentariedad, dispersión, discontinuidad que remitieron, según Foucault, a

⁸⁴ 'Il faut défendre la société', *op. cit.*, p. 5 [17].

⁸⁵ Foucault refiere de manera algo vaga a los últimos "cuatro o cinco años." *Ibid*, p. 5 [17]. La enumeración de los diferentes contenidos de las investigaciones que motivan su hartazgo permiten reponer la periodización 1971-1975. Basta comparar esta enumeración con los resúmenes de cada uno de los cursos en el Collège de France. "La volonté de savoir." *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1108-1112. "Théories et institutions pénales." *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1257-1261. "La société punitive." *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1324-1338. "Le pouvoir psychiatrique." *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1543-1554. "Les anormaux." *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1690-1696.

⁸⁶ *La volonté de savoir, op. cit.*; "Théories et institutions pénales." *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1257-1261; *La société punitive, op. cit.*

⁸⁷ *Le pouvoir psychiatrique, op. cit.*

⁸⁸ *Les anormaux. Cours au Collège de France (1974-1975)*. París: Gallimard, 1999 [Traducción: *Los anormales, Curso en el Collège de France, 1974-1975*. 3ª reimpresión. Buenos Aires: FCE, 2006].

dos fenómenos profundos afirmados desde la posguerra: por un lado, la eficacia de las ofensivas dispersas y discontinuas; por otro lado, la insurrección de los saberes sometidos. Ofensivas contra el poder psiquiátrico, contra la clínica psicoanalítica, contra las prisiones, contra el poder judicial fueron expresivas de luchas que han mostrado su eficacia; luchas que, sin embargo, no se reprodujeron ni se sostuvieron en estrategias de conjunto ni en saberes sistemáticos. Un doble fenómeno, entonces, de luchas fragmentarias, dispersas, discontinuas, que se produjeron y se apoyaron en saberes también fragmentarios, dispersos, discontinuos. Ofensivas sostenidas en los saberes descalificados por la verdad científica; pero también en los saberes de aquéllos descalificados por el poder (el saber del psiquiatrizado y del enfermo, de los enfermeros y trabajadores sociales; el saber del recluso y de sus familiares; de los guardas y los abogados; el saber, en suma, *de la gente*). Se trata de la insurrección de los saberes sometidos en el acople de los saberes de gente y los saberes eruditos; acople nutrido de la memoria de los combates olvidados.⁸⁹ No se trató de reponer un saber científico coherente y articulado a efectos de una lucha política global y sistemática; sino de recuperar los saberes menores, las anticiencias, a efectos de luchas locales, fragmentarias, discontinuas y efectivas. Ya no la lucha global sino las ofensivas locales; ya no la ciencia, sino las anticiencias, las genealogías.⁹⁰ Se trató así de recuperar el saber histórico de las luchas y utilizar estos saberes en las tácticas ofensivas.

Ahora bien, “¿por qué no continuar con una teoría tan linda (...) de la discontinuidad?”⁹¹ Y bien, dice Foucault, porque la lucha ha cambiado, ha cambiado la coyuntura, han cambiado las relaciones de fuerza; la batalla tiene, ahora, otro rostro. Es

⁸⁹ *'Il faut défendre la société'*, op. cit., p. 10 [21]. En esta evocación de los saberes *de la gente* resuenan tres temas recurrentes en las intervenciones de Foucault de la primera mitad de la década del '70. En primer lugar, la figura del intelectual específico que, en tanto portador de un saber e inscripto en relaciones de poder, articula una denuncia específica al interior de luchas concretas. Ver en particular “Le discours de Toul.” *Dits et écrits I*, op. cit., pp. 1104-1007. En segundo lugar, el proyecto de una crónica de la memoria obrera y del saber de sus luchas. Ver “Pour une chronique de la mémoire ouvrière.” *Dits et écrits I*, op. cit., pp. 1267-1268 y “L'Intellectuel sert à rassembler les idées mais son savoir est partiel par rapport au savoir ouvrier.” *Dits et écrits I*, op. cit., pp. 1289-1291. Por último, el proyecto de las *enquêtes-intolérance* desarrollado al interior del Grupo de Información sobre las Prisiones (GIP), que tenían por objeto recuperar la experiencia de reclusos, familiares, guardas, médicos y trabajadores sociales a los efectos de dar lugar a un saber político. Ver, en particular “Enquête sur les prisons: brisons les barreaux du silence.” *Dits et écrits I*, op. cit., pp. 1044-1050. También AA.VV. *Le Groupe d'Information sur les Prisons. Archives d'une lutte 1970-1972*. París: IMEC, 2003.

⁹⁰ “En dos palabras, yo diría lo siguiente: la arqueología sería el método propio de análisis de las discursividades locales, y la genealogía, la táctica que, a partir de estas discursividades locales así descritas, pone en juego los saberes liberados del sometimiento que se desprenden de ella. Esto, para restituir el proyecto de conjunto.” *'Il faut défendre la société'*, op. cit., pp. 11-12 [24]. En el siguiente capítulo, se considera la noción de discurso, en sus relaciones con los procedimientos de análisis arqueológico, genealógico y estratégico.

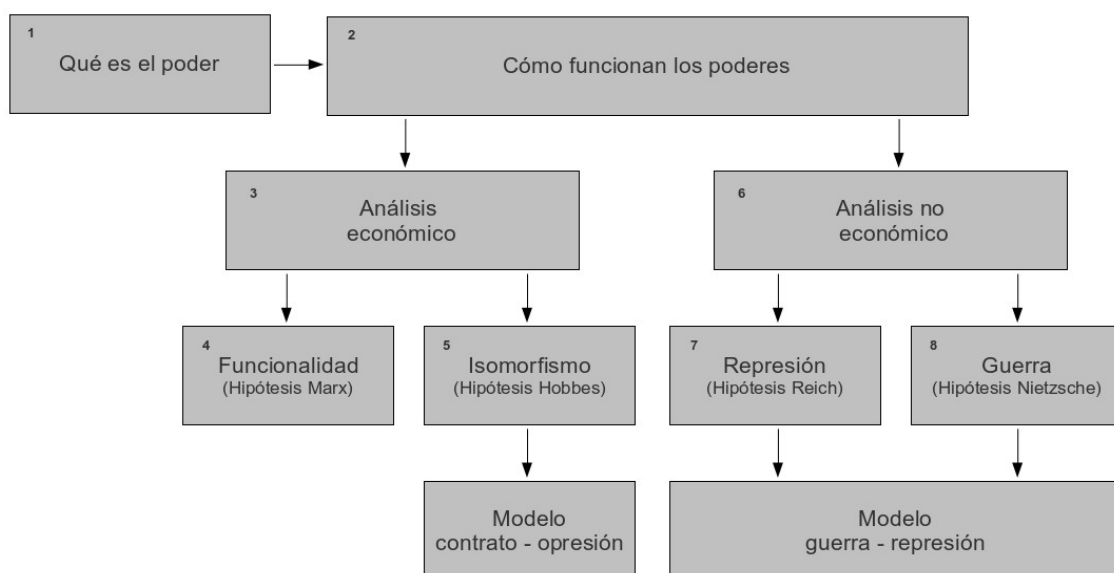
⁹¹ *Ibid*, p. 12 [24].

necesario, entonces, recalculer la eficacia de las ofensivas dispersas, de las genealogías y, con ello, de las investigaciones que el propio Foucault desarrolló durante la primera mitad de la década.

Foucault advierte que la batalla tiene otro rostro; la lucha, de continuar, debería hacerlo por otros medios; y se pregunta si estas luchas y saberes fragmentarios, dispersos, discontinuos, no corren ahora más que antes el riesgo de ser capturados, recodificados, domesticados por las instituciones y los efectos de saber y poder. Tal vez, el rostro de la batalla haya dejado de ser el de la guerra entre los poderes englobadores y las ofensivas discontinuas, la guerra entre las ciencias y las genealogías; tal vez se esté ante nuevas formas de captura de las luchas. Tal vez, la eficacia de las luchas, el silencio del adversario, no indiquen el éxito de las ofensivas; sino, más bien, un desplazamiento de los juegos de poder y saber. En 1976, en el momento histórico de bisagra entre el Mayo Francés y la reacción conservadora del neoliberalismo, Foucault advierte que la batalla podría comenzar a tener otro rostro.

En suma, se hace necesario recalculer la apuesta de las genealogías. De esto se trata, dice Foucault, el curso *Defender la sociedad* y de los cursos que le habrían de seguir en los años sucesivos. De modo que estamos ante un programa de estudios para los próximos años: se trata de recuperar la apuesta de las genealogías a efectos de recalculer su eficacia en el marco de una nueva coyuntura, de un nuevo rostro de las batallas.

Y bien, ¿cuál es, entonces, la apuesta de las genealogías? A efectos de su identificación, Foucault articula un número de preguntas que se suceden por desplazamientos y ramificaciones. Una vez desplegadas estas preguntas, queda delineada una serie de alternativas que Foucault ponderará diferencialmente. La línea del argumento puede ser recuperada a partir del siguiente esquema.



Reconstruyamos, entonces, el argumento. En primer lugar, la apuesta de las genealogías aparece vinculada a la pregunta por el poder. Contamos con una primera pregunta, entonces:

[1] ¿Qué es el poder?⁹²

Foucault advierte que preguntarse por el *qué* del poder implica asumir que el poder es algo, que el poder es un objeto con sus coordenadas, su localización, su régimen de escasez, sus distribuciones actuales y posibles. Preguntarse por el *qué* del poder habilita así la posibilidad de una teoría general que brindaría “un suelo teórico, continuo y sólido a todas las genealogías dispersas.”⁹³ Articular una respuesta a la pregunta por el *qué* del poder importaría una teoría del poder que borraría la dispersión aparente de las genealogías en un sistema englobador y comprensivo. Es necesario, entonces, desplazarse lateralmente hacia otra formulación de la pregunta.

⁹² 'Il faut défendre la société', op. cit., p. 13 [26].

⁹³ Ibid, p. 13. Debe advertirse, en este punto, un error de traducción en la edición de Fondo de Cultura Económica. En la edición francesa: “Et il s'agira donc de donner non pas un sol théorique continu et solide à toutes les généalogies dispersées...” 'Il faut défendre la société', op. cit., p. 13. En la edición de Fondo de Cultura Económica, se traduce “Se tratará, por lo tanto, no sólo de dar un suelo teórico continuo y sólido a todas las genealogías dispersas...” *Defender la sociedad*, op. cit., p. 26. Como puede verse, en la edición francesa, el “sólo” no está presente. La traducción de Altamira no comete este error: “No se trata, sin embargo, de dar un terreno teórico continuo y sólido a todas las genealogías dispersas...” *Genealogía del racismo*. Buenos Aires: Altamira, 1996, p. 22.

[2] ¿Cuáles son, en sus mecanismos, sus efectos, sus relaciones, esos diferentes dispositivos de poder que se ejercen, en niveles diferentes de la sociedad, en ámbitos y con extensiones tan variadas?⁹⁴

Foucault desplaza la pregunta por el poder. Ya no se trata de saber *qué* es el poder sino, más bien, cuáles son sus mecanismos, efectos, relaciones, dispositivos; en suma, se trata de preguntarse cómo opera, cómo funciona, cómo se ejerce el poder en la multiplicidad de sus ámbitos, niveles y dispositivos. Pasaje, entonces, del *qué* del poder al *cómo* de los poderes. Ahora bien, esta pregunta abre una ramificación, orientada a precisarla:

[3] “¿Puede el análisis del poder o los poderes deducirse, de una manera u otra, de la economía?”⁹⁵

Foucault indica que preguntarse por la operatoria de los poderes al interior de la sociedad, por su funcionamiento en los diferentes niveles, ámbitos y extensiones sociales, implica preguntarse por la relación entre poder y economía. Y esta relación es caracterizada por dos líneas divergentes que configuran una ramificación ulterior. Por un lado, el poder parece enlazarse con la economía a partir de una relación funcional: el poder se presenta así como la sanción y la prórroga de las relaciones de explotación. El poder funciona traduciendo en todos los niveles sociales las asimetrías que rigen las relaciones económicas. De modo que la pregunta por la relación entre poder y economía se enuncia en términos más precisos:

[4] ¿El poder está siempre en una posición secundaria con respecto a la economía? ¿Su finalidad y, en cierto modo, su funcionalidad son la economía? ¿El poder tiene esencialmente por razón de ser y por fin servir a la economía?⁹⁶

Ahora bien, Foucault suspende las derivaciones abiertas por esta nueva precisión y se mueve lateralmente; indica otra enunciación posible para la pregunta por la relación entre poder y economía. Tal vez esta relación no implica funcionalidad, sanción y prórroga. Tal vez entre economía y poder haya una relación más íntima, una relación de isomorfismo, del tipo de la que caracteriza a la concepción jurídico-política de la soberanía. Precisamente, Foucault indica que los filósofos políticos desde el siglo XVII conciben al poder como un conjunto de recursos, medios, bienes a disposición de cada individuo. Recursos, medios, bienes que pueden transferirse, acumularse, intercambiarse; haciendo del poder un bien susceptible de

⁹⁴ 'Il faut défendre la société', *op. cit.*, pp. 13-14 [26].

⁹⁵ *Ibid*, p. 14 [26].

⁹⁶ *Ibid*, p. 15 [27].

operaciones contractuales, de operaciones jurídicas que serían del orden del intercambio mercantil. Isomorfismo, entonces, entre el poder y la mercancía. Nueva reformulación para la pregunta sobre el poder y la economía:

[5] ¿El poder toma como modelo a la mercancía? ¿El poder es algo que se posee, que se adquiere, que se cede por contrato o por la fuerza, que se enajena o se recupera, que circula, que irriga tal región y evita tal otra?⁹⁷

Hasta aquí, se abandona la pregunta “¿qué es el poder?” y se postula la pregunta por su funcionamiento al interior de lo social. Inmediatamente, la pregunta por el *cómo* se precisa en la pregunta por la relación entre poder y economía. Y esta última pregunta se descompone en dos preguntas divergentes: ¿el poder es funcional a la economía? ¿el poder es isomórfico a la mercancía? Antes de proseguir por alguna de estas líneas, Foucault sospecha del economicismo común a ambas preguntas.⁹⁸ Entonces, antes que avanzar en este par de preguntas, Foucault prefiere retroceder nuevamente: ¿debe pensarse económicamente al poder...?

[6] ¿O bien, al contrario, para analizarlo hay que tratar de poner en acción instrumentos diferentes, aunque las relaciones de poder estén profundamente imbricadas en y con las relaciones económicas? (...) ¿De qué se dispone actualmente para hacer un análisis no económico del poder?⁹⁹

Nuevo retroceso, entonces. Foucault suspende la pregunta por el isomorfismo poder-economía; suspende también la pregunta por la funcionalidad económica del poder; suspende finalmente la pregunta por la relación entre poder y economía. Estamos, nuevamente, ante la pregunta por el *cómo* del poder; pregunta que ahora se ramifica hacia la posibilidad de un análisis no económico del poder. ¿De qué se dispone? Y, bien, dice Foucault, se dispone de la idea de que el poder es algo que se ejerce, algo que es en acto. Se trata de la idea extendida que postula que el poder se ejerce y su ejercicio es eminentemente represivo. Nueva pregunta, entonces:

⁹⁷ *Ibid.*

⁹⁸ En una entrevista de mediados de 1976, Foucault indica que tanto a izquierda como a derecha se han sostenido concepciones economicistas del poder, “...pero nunca se analizaba la mecánica del poder. Sólo se pudo comenzar a hacer este trabajo tras 1968, es decir, a partir de las luchas cotidianas llevadas a cabo por la base, por los que tenían que debatirse en las mallas más finas de la red del poder.” “Entretien avec Michel Foucault.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 142 [Traducción (fragmentos): “Verdad y poder.” *Microfísica del poder*, op. cit., pp. 134-135 (lig. mod.)].

⁹⁹ ‘Il faut défendre la société’, op. cit., p. 15 [27].

[7] ¿El análisis de éste, no debe ser ante todo, y en esencia, el análisis de los mecanismos de represión?¹⁰⁰

El *cómo* del poder equivaldría aquí al *cómo* de la represión. La apuesta, entonces, de las genealogías sería analizar, en sus funcionamientos, el ejercicio represivo del poder. Ahora bien, Foucault suspende también este desarrollo, avanzando lateralmente hacia otra pregunta.

[8] ¿No hay que analizarlo en primer lugar, y ante todo, en términos de combate, enfrentamiento o guerra?¹⁰¹

Analizar el poder en su funcionamiento es, finalmente, preguntarse por el ejercicio del poder a partir de la grilla de los enfrentamientos, las luchas, las batallas. Foucault sugiere entonces que las nociones de guerra y represión bien podrían configurar un modelo de análisis del poder que integrara sus momentos de confrontación (en la forma de la guerra) y sus momentos de supuesta pacificación y estabilización (en unas leyes e instituciones represivas). Este modelo guerra/represión se opondría así al modelo contrato/opresión derivable del isomorfismo mercantil. Mientras la opresión aparecería allí donde se violara el contrato, la represión en cambio no sería más que la prosecución de la guerra en la regularidad de unas leyes y unas instituciones.

Así presentadas estas preguntas, la apuesta de la genealogía se define en la serie abierta por cuatro hipótesis de análisis del poder: hipótesis Marx de la funcionalidad económica; hipótesis Hobbes del isomorfismo mercantil;¹⁰² hipótesis Reich del ejercicio represivo; hipótesis Nietzsche de la guerra. No se trata aquí de indicar la autoría de cada una de estas hipótesis: más bien, se trata de reponer aquello que, en la opinión corriente, pasa por ser una concepción marxista, hobbesiana, etc.¹⁰³ Veamos cada una de ellas.

La primera de estas hipótesis no parece ser la de Foucault. Esta hipótesis, que pasa por ser la de cierto marxismo corriente, sostendría que las relaciones de poder son segundas y derivadas respecto de las asimetrías económicas. Funcionalidad económica de las relaciones de poder respecto de una base irradiadora de efectos generales. Así planteada, la hipótesis Marx se distingue del análisis foucauldiano. La insistencia de Foucault en la inmanencia del poder en todos los puntos del cuerpo social; su rechazo a identificar el poder en una

¹⁰⁰ *Ibid.*

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 16 [28].

¹⁰² Esta es la única hipótesis que Foucault no sindicó explícitamente a un pensador. Sin embargo, su filiación hobbesiana es evidente.

¹⁰³ *'Il faut défendre la société'*, *op. cit.*, p. 14 [26].

localización discreta y determinante en última instancia; su rechazo igualmente sostenido a postular que las relaciones de poder son producto de la pericia de un sujeto, incluso de clase: todas estas apuestas hacen que el análisis foucauldiano del poder sea un elemento extraño en el medio marxista.¹⁰⁴ Rechazo de toda determinación en última instancia (incluso la económica), rechazo del sujeto (incluso del de clase) como *explanans* de las luchas históricas.

La segunda de estas hipótesis ha constituido el adversario permanente del método genealógico. Hemos visto cómo Foucault recorta su grilla de inteligibilidad del poder a partir de la recusación del esquema hobbesiano de la guerra de todos contra todos. Su apuesta genealógica implica un sistemático rechazo a las concepciones del poder asentadas en unos individuos que, acumulando sus poderes mediante operaciones contractuales, darían lugar a un poder unitario, pacificador y trascendente respecto de unas prácticas y relaciones sociales neutralizadas.

La tercera hipótesis, la hipótesis represiva, aparece en cambio más próxima a sus investigaciones. En varias entrevistas,¹⁰⁵ Foucault indica que, en el período que va desde la *Historia de la locura en el época clásica* (su tesis doctoral publicada en 1961) hasta su discurso inaugural de 1970 en el Collège de France (publicado con el título *El orden del discurso*), primó en su pensamiento una concepción restrictiva, negativa del poder. En palabras de Foucault:

¹⁰⁴ Volveremos sobre este punto en este capítulo y el siguiente; trazar las relaciones entre Foucault, Marx y la tradición marxista excede, sin embargo, las pretensiones de este trabajo. Podemos, así y todo, indicar que esta relación es profundamente elusiva a toda resolución unívoca. Me permito indicar cuatro elementos: (1) Su militancia de juventud en el PCF y el “comunismo” de algunos de sus primeros trabajos (en particular, *Enfermedad mental y personalidad*. 1º reimpresión. Paidós: Buenos Aires, 2006, pp. 103-114). Este “comunismo” aparece mucho más como una autocrítica posterior que como un elemento explícito en sus trabajos iniciales. Ver “Entretien avec Michel Foucault.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 869. (2) La sonada recusación de la “revolución teórica de Marx,” identificada en *Las palabras y las cosas* como no más que una derivación de la *épistémè* abierta con David Ricardo. *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*. París: Gallimard, 1966, pp. 273-274 [Traducción: *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. 2ª reimpresión. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 255-257]. Su consecuente fustigación al “humanismo marxista.” (3) El elogio de lo que podríamos llamar “la revolución analítica de Marx,” tanto en términos de su método de interpretación, como de su método histórico y de su método de análisis del poder. El elogio, en esta línea, a la persona y pensamiento de Louis Althusser (ver *infra*, p. 55, n. 128). “Nietzsche, Freud, Marx.” *Dits et écrits I*, op. cit., pp. 592-607 [Nietzsche, Freud, Marx. Buenos Aires: El cielo por asalto, 1995]; *L'Archéologie du savoir*, op. cit., pp. 21-22 [19]; “Les mailles du pouvoir.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 1006-1008. (4) El rechazo al programa de un “regreso a Marx:” la recusación del canon marxista, la denuncia de las distracciones del marxismo ante los crímenes del GULAG, y la identificación del marxismo en los términos de una conversión espiritual. “De l'archéologie à la dynastique.” *Dits et écrits I*, op. cit., pp. 1274-1277; ‘Il faut défendre la société’, op. cit., pp. 10-11 [23]; “La grande colère des faits.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 278-279; *Herméneutique du sujet. Cours au Collège de France (1981-1982)*. París: Gallimard, 2001, pp. 40-42 [Traducción: *La hermenéutica del sujeto. Curso del Collège de France (1982)*. Madrid: Akal, 2005, pp. 30-32].

¹⁰⁵ Ver, entre otras, “Entretien avec Michel Foucault.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 140-160; “Les rapports de pouvoir passent à l'intérieur des corps.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 228-236 [Traducción: “Las relaciones de poder penetran en los cuerpos.” *Microfísica del poder*, op. cit., pp. 163-172].

...me parece que aceptaba la concepción tradicional del poder, el poder como mecanismo esencialmente jurídico, lo que dice la ley, lo que prohíbe, lo que dice “no”, con toda una letanía de efectos negativos: exclusión, rechazo, barrado, denegaciones, ocultamientos... Ahora bien, creo que esta concepción es inadecuada.¹⁰⁶

La hipótesis represiva, entonces, parece caracterizar los trabajos de Foucault de la década del '60. Su formulación es ya explícita en el prefacio a la primera edición de su *Historia de la locura*, donde se anticipa un programa de investigaciones del orden de una historia de los límites, las exclusiones y los rechazos gracias a los cuales una cultura forma su espesor y adquiere un rostro.¹⁰⁷ Si bien sus investigaciones iniciales sobre la enfermedad mental, la experiencia clásica de la locura y la clínica médica identifican que el gesto de rechazo y exclusión debe ser analizado recuperando también las prácticas que le dan su positividad al elemento excluido,¹⁰⁸ lo cierto es que el programa general de la década del '60 parece ser el de unas investigaciones con eje en la hipótesis represiva. A partir de la década del '70, en el marco de sus investigaciones sobre el poder disciplinario, Foucault comienza a desplazar la hipótesis represiva, integrándola al interior de un ejercicio del poder de orden productivo más que represivo. Así y todo, sus análisis de la emergencia de las tecnologías positivas de poder no implican el abandono de la noción de represión; más bien, la represión aparece como una táctica segunda y parcial al interior de unos dispositivos de poder que son de manera preeminente productivos. De modo que el recálculo que Foucault opera en su reflexión sobre el poder hacia inicios de la década del '70 no es tanto el de un abandono de la hipótesis represiva en función de la hipótesis positiva del poder; se trata más bien de una inversión del énfasis al interior del modelo guerra/represión, que trae ahora al primer plano los mecanismos productivos, relegando pero no abandonando las tácticas de la represión.¹⁰⁹

¹⁰⁶ “Les rapports de pouvoir passent à l'intérieur des corps.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 228-229 [163-164].

¹⁰⁷ “Préface; in Foucault (M.), *Folie et déraison*.” *Dits et écrits I*, op. cit., p. 189. Es de indicarse que en la reedición de 1972, Foucault elimina el prefacio original.

¹⁰⁸ Así, en *Enfermedad mental y personalidad* (1954) tanto como en su reedición bajo el título *Enfermedad mental y psicología* (1962), Foucault indica que la enfermedad mental no es sólo aquello que la sociedad expulsa como patológico, sino que está caracterizada por una positividad en sí misma. Ver *Enfermedad mental y personalidad*. 1º reimpresión. Buenos Aires: Paidós, 2006, pp. 83-87; *Maladie mentale et psychologie*. París: PUF, 1962, pp. 71-75. Así también, en *Historia de la locura* (1961) sostiene que la experiencia clásica de la locura no consiste “en un gesto negativo de apartar, sino de todo un conjunto de operaciones que elaboran en sordina durante un siglo y medio el dominio de la experiencia en que la locura va a reconocerse.” *Histoire de la folie à l'âge classique* (reedición de *Folie et déraison. Histoire de la folie à l'âge classique*). París: Gallimard, 1972, p. 139. [Traducción: *Historia de la locura en el época clásica*. 5ª reimpresión. Buenos Aires: FCE, 2004, t.1, p. 161].

¹⁰⁹ “Nunca he pretendido decir que no hay represión de la sexualidad. Sólo me he preguntado si, para descifrar las relaciones entre poder, saber y sexo, el conjunto del análisis está obligado a orientarse sobre el concepto de represión; o si no se podría comprender mejor insertando las interdicciones, las prohibiciones, las forclusiones y las disimulaciones en una estrategia más compleja y más global que no estuviera orientada a la denegación como objetivo principal y fundamental.” “Sexualité et vérité.” *Dits et écrits II*, op. cit., p.

Por último, la cuarta hipótesis, la hipótesis Nietzsche de la guerra como analizador de las relaciones de poder es, como hemos visto, la hipótesis sostenida por Foucault en sus trabajos de la primera mitad de la década del '70. De modo que la apuesta de las genealogías se resuelve en los pares de la guerra y la represión. ¿No funciona, acaso, el poder haciendo la guerra y perennizando su victoria mediante la represión? Se trata entonces de analizar el *cómo* del poder a partir de su doble ejercicio guerrero y represivo.

Hemos llegado finalmente a la apuesta de las genealogías: analizar el poder en la heterogeneidad de sus mecanismos, a partir de la grilla de inteligibilidad de la guerra, de la filigrana de las luchas. Analizar, claro está, los mecanismos represivos, pero resituándolos al interior del panorama más amplio de una guerra civil en curso. Atrás queda la pregunta por el *qué* del poder, por su relación con la economía, por el isomorfismo y la funcionalidad económica. El ejercicio del poder no es más que una guerra continua, que la guerra continuada por otros medios. Finalmente, entonces, la apuesta de las genealogías: pensar el *cómo* del poder a través de la grilla de la guerra. Sin embargo, Foucault confiesa su incomodidad respecto del modelo guerra/represión:

[¿E]n qué medida el esquema binario de la guerra, de la lucha, del enfrentamiento de las fuerzas, puede identificarse efectivamente como el fondo de la sociedad civil, a la vez principio y motor del ejercicio del poder político[?] ¿Hay que hablar precisamente de la guerra para analizar el funcionamiento del poder? ¿Son valederas las nociones de *táctica, estrategia, relación de fuerza*? ¿Y en qué medida? ¿El poder es sencillamente una guerra proseguida por otros medios que las armas o las batallas? (...) ¿hay que entender, sí o no, que la sociedad, en su estructura política, está organizada de manera tal que algunos pueden defenderse de los otros, o defender su dominación contra la rebelión de los otros, o simplemente, una vez más, defender la victoria y perennizarla en el sometimiento?¹¹⁰

El par guerra/represión se revela problemático. ¿Es posible analizar el poder mediante el esquema binario de la guerra? De ser éste el caso, ¿es posible hacerlo sin tener en consideración cuáles son los bandos trabados en lucha? En una entrevista del mismo año, Foucault reitera sus sospechas respecto de la grilla bélica:

137. Esto permite relativizar en gran medida el llamado de Jean Baudrillard a “olvidar a Foucault.” Entre sus imprecaciones, Baudrillard indica que la hipótesis de un poder productivo no escapa al mecanismo general de la represión, y que Foucault desatiende, ingenuo o irresponsable, el carácter represivo de las tecnologías que analiza. Baudrillard pareciera estar criticando a Foucault cuando no hace otra cosa que repetir, indignado, argumentos que el mismo Foucault sostiene. Baudrillard, Jean. *Olvidar a Foucault*. 2ª edición. Valencia: Pre-textos, 1986.

¹¹⁰ *‘Il faut défendre la société’, op. cit., p. 18 [31].*

¿La guerra de quién contra quién? ¿Lucha entre dos o más clases? ¿Lucha de todos contra todos? (...) Todo esto debe ser estudiado. En todo caso, es sorprendente constatar con qué facilidad, con qué cuasi-evidencia se habla de relaciones de fuerzas o de lucha de clases sin precisar jamás con claridad si se trata de una forma de guerra, o de qué forma podría tratarse.¹¹¹

Creo que esta crítica que Foucault descarga sobre cierto marxismo corriente en su época se duplica en una autocrítica a sus trabajos genealógicos previos.¹¹² Pues, si bien Foucault no presenta de manera sistemática cuáles son los bandos en lucha, los rastros textuales que pueden reponerse en la obra del período parecen inequívocos: se trata de la lucha de clases. En sus análisis del poder disciplinario, Foucault no deja de indicar que la emergencia de las disciplinas fue estratégica para el desarrollo capitalista y la hegemonía de la clase burguesa. El desarrollo del capitalismo fue posible gracias a una coincidencia entre la acumulación originaria de capital y la acumulación originaria de cuerpos disciplinados y prestos a constituir una fuerza de trabajo.¹¹³ Convergentemente, las formas de castigo se adecuaron a la necesidad de la clase burguesa de controlar los ilegalismos contra las nuevas formas de riqueza mercantil.¹¹⁴ La prisión “es muy importante para la estructura de poder la clase dominante.”¹¹⁵ “La burguesía es inteligente, lúcida, calculadora;”¹¹⁶ “la burguesía -insiste Foucault- es inteligente y cínica.”¹¹⁷ En suma, la emergencia del poder disciplinario no opera en el marco de “la guerra de todos contra todos, sino de la guerra de los ricos contra los pobres, de los propietarios contra quienes no tienen nada, de los patrones contra los

¹¹¹ “Entretien avec Michel Foucault.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 152. Convergentemente, “L’œil du pouvoir.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 206.

¹¹² Esta autocrítica se inscribiría dentro de la polémica desatada por los llamados *nuevos filósofos*, vinculada a un repudio del ideario marxista y nietzscheano a la base del pensamiento de Mayo del '68. Ver Lévi, Bernard-Henri. *La barbarie con rostro humano*. Caracas: Monte Ávila, 1978; Glucksmann, Alain. *Los maestros pensadores*. Barcelona: Anagrama, 1978. Si bien Foucault no fue objeto privilegiado de estos ataques, y si bien él mismo recibió elogiosamente la obra de Glucksmann, las críticas al pensamiento del '68 marcaron la recepción posterior de Foucault en Francia. Ver Cusset, François. *French Theory*, op. cit., pp. 310-316. Hacia fines de los '80, Luc Ferry y Alain Renaut sindicaron a Foucault de sostener de manera inconsistente un pensamiento a la vez nietzscheano y marxista, coincidente con la vulgata antidemocrática y la “cansoneta antirrepresiva” característica del '68. Ferry, Luc y Renaut, Alain. *La Pensée 68*. París: Folio, 2008. pp. 129-195. Si la lectura que aquí proponemos es correcta, Foucault mismo habría identificado las inconsistencias denunciadas por Ferry y Renaut. Claro que estos últimos no podrían haberlo previsto: se han dado el lujo de reponer el pensamiento político de Foucault sin mencionar los libros *Vigilar y castigar* e *Historia de la sexualidad 1*.

¹¹³ *Surveiller et punir*, op. cit., p. 222 [223].

¹¹⁴ *Ibid*, p. 89 [88-89]. En la misma línea, “Prisons et révoltes dans les prisons.” *Dits et écrits I*, op. cit., pp. 1298-1299; y “À propos de l’enfermement pénitentiaire.” *Dits et écrits I*, op. cit., pp. 1303-1306.

¹¹⁵ “La prison vue par un philosophe français.” *Dits et écrits I*, op. cit., p. 1597.

¹¹⁶ “Sur la sellette.” *Dits et écrits I*, op. cit., p. 1593.

¹¹⁷ “Entretien sur la prison: le livre et sa méthode.” *Dits et écrits I*, op. cit., p. 1616. Ver también “Des supplices aux cellules.” *Dits et écrits I*, op. cit., pp. 1587-1588.

proletarios.”¹¹⁸

De modo que, ahora, nos es posible decir que la llamada “hipótesis Marx” no fue en todo extraña a las investigaciones de Foucault. Nos es posible decir que sus trabajos genealógicos de la primera mitad de la década del '70 estuvieron subterráneos por un fondo clasista que enhebraba subrepticamente las múltiples relaciones de poder en una lucha general entre clases. De esta manera, las investigaciones fragmentarias, dispersas y repetitivas que Foucault habría conducido durante el período habrían estado convocadas por la hipótesis Marx de una codificación clasista de las relaciones y dispositivos de poder.

Por un lado, la articulación de los dispositivos de poder que dieron lugar a la generalización de una “sociedad disciplinaria” respondieron a los objetivos políticos de la burguesía ante la necesidad de controlar la población flotante y fijarla al aparato de producción. Acumulación de hombres funcional al desarrollo de la sociedad capitalista. Cuando, en *Vigilar y castigar*, Foucault describe cómo la multiplicidad de instituciones disciplinarias se integra en una estructura disciplinaria global, no hace otra cosa que indicar la presencia de la lucha de clases como andarivel fundamental de la política.¹¹⁹

Al mismo tiempo, en varias de sus intervenciones del período relativas al Grupo de Información sobre las Prisiones (GIP),¹²⁰ Foucault insiste en una interpretación clasista de la lucha antipenitenciaria, identificando en la prisión una estrategia burguesa de cesura de la clase obrera, que separa al proletariado de la “plebe no proletarizada” y opone unos a otros. En palabras de Foucault:

...hay en la masa global de la plebe un corte entre el proletariado y la plebe no proletarizada, y creo que instituciones como la policía, la justicia, el sistema penal son algunos de los medios utilizados para profundizar sin cesar este corte necesario para el capitalismo (...) [este corte] es un instrumento de poder en las manos de la burguesía.¹²¹

¹¹⁸ *La société punitive, op. cit.*, p. 18.

¹¹⁹ *Surveiller et punir, op. cit.*, pp. 220-229 [221-230].

¹²⁰ El Grupo de Información sobre las Prisiones (GIP) fue creado por Michel Foucault, Jean-Marie Domenach y Pierre Vidal-Naquet en 1971, con el objetivo de hacer visible la situación del sistema penal francés. Este grupo se expande a lo largo de Francia, publicando una serie de informes en base a entrevistas y documentos de presidiarios, ex presidiarios y familiares. Entre sus demandas, se exige la abolición de los antecedentes penales. Ver Eribon, Didier. *Michel Foucault*. Buenos Aires: Anagrama, 1992, pp. 275-292; AA.VV. *Le Groupe d'Information sur les Prisons. Archives d'une lutte 1970-1972, op. cit.*

¹²¹ “Table ronde.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1202-1204. Ver también “Préface à *Enquête dans vingt prisons*.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1063-1065.

Y así como la lógica de articulación de dispositivos de poder parece responder a los objetivos políticos de la burguesía, la lógica de articulación de las luchas contra el poder parece responder a los objetivos políticos del proletariado. Consultado por la relación entre las luchas antipenitenciarias, estudiantiles y antipsiquiátricas, Foucault indica que “es una larga lucha, repetitiva, incoherente en apariencia: el sistema cuestionado le da su unidad, así como el poder que se ejerce a través de él.”¹²² Por debajo de la apariencia de fragmentación, dispersión y repetitividad de las luchas, parece subentenderse una codificación de clase que garantiza su convergencia.

Ahora bien, hacia mediados de la década del '70, Foucault manifiesta sus dudas respecto de esta articulación de luchas. Indica en la experiencia del GIP la imposibilidad de sortear el aislamiento que caracterizó a la lucha antipenitenciaria y la imposibilidad de articular esta lucha con otras.¹²³ Estas dificultades llevan a Foucault a la necesidad de problematizar la lógica de articulación de las relaciones y las luchas en torno al poder.¹²⁴ Y, si hasta entonces, la presencia de unas luchas fragmentarias, dispersas y repetitivas no parecía generar mayores inconvenientes, a partir de aquí Foucault se verá en la necesidad de preguntarse cuál es la lógica de articulación de estas luchas.

Es posible, entonces, sostener que las investigaciones de Foucault del período 1971-1975 estuvieron asentadas en una grilla de inteligibilidad bélica, en una hipótesis Nietzsche. Y, sin embargo, esta grilla de inteligibilidad bélica apareció subterránea por una codificación clasista, que encauzaba la multiplicidad de los poderes y las luchas en una oposición binaria entre burguesía y proletariado. Cuando, en 1976, Foucault se llama a una reconsideración de la grilla bélica, lo que se pone en marcha es la sospecha respecto de un análisis bélico que desatiende las lógicas de articulación de las luchas y constitución de los grandes clivajes sociales; o que, en todo caso, asienta la grilla bélica sobre el fondo incuestionado de la lucha de clases.

¹²² “Par-delà le bien et le mal.” *Dits et écrits I, op. cit.*, p. 1101 [Traducción: “Más allá del bien y del mal.” *Microfísica del poder, op. cit.*, p. 44].

¹²³ “La lucha a propósito de la prisión, del sistema penal, del aparato policíaco-judicial, por haberse desarrollado 'en solitario' con trabajadores sociales y antiguos detenidos, se ha separado cada vez más de todo aquello que podía permitirle expandirse. Ella se ha dejado penetrar por toda una ideología ingenua y arcaica que hace del delincuente a la vez la víctima inocente y el puro revoltoso, el cordero del gran sacrificio y el joven lobo de las revoluciones futuras. Este retorno a los temas anárquicos de fines del siglo XIX no ha sido posible sino gracias a una falta de integración en las estrategias actuales.” “La fonction politique de l'intellectuel.” *Dits et écrits II, op. cit.*, p. 111.

¹²⁴ “Le grand enfermement.” *Dits et écrits I, op. cit.*, p. 1164: “Desearía que no se establezca ninguna relación entre mi trabajo teórico y mi trabajo en el GIP (...) Pero probablemente haya una relación.”

En suma, el hartazgo que Foucault manifiesta al comenzar su curso de 1976 está vinculado a esta insuficiente elaboración de la hipótesis de la guerra. No se trata todavía de abandonar la grilla de la guerra: más bien, Foucault se propone para los años posteriores proseguir la investigación en torno a ella: “durante los últimos cinco años, las disciplinas; en los cinco años próximos, la guerra, la lucha, el ejército.”¹²⁵ *Defender la sociedad* es el ensayo de una hipótesis bélica que se sustrae de definir los bandos en lucha bajo una codificación clasista. Esto es decir que el curso *Defender la sociedad* se despliega en el intervalo abierto entre el abandono de la hipótesis Marx y el posterior abandono de la hipótesis Nietzsche. Y, si bien este tratamiento conducirá ulteriormente a la caída de la grilla bélica y a su reemplazo por la noción de gobierno; lo cierto es que, en el marco de este curso de 1976, Foucault despliega toda una analítica de la guerra que permite identificar las lógicas de coordinación de las relaciones de poder y de lucha.

En suma, en lo que sigue, se trata de sostener que, hacia mediados de la década del '70, Foucault se llama a una reelaboración de su analítica del poder; una reelaboración orientada a dar cuenta de las lógicas de articulación efectiva de las relaciones de poder y de sus luchas. La apuesta de este trabajo es la de sostener que, en este contexto de reelaboración conceptual y analítica, emerge en la obra de Foucault un dominio específico de articulación política de los poderes y las resistencias.

¹²⁵ 'Il faut défendre la société', *op. cit.*, p. 21 [33].

Capítulo 2. La política como estrategia

1. La emergencia del dominio político

En el capítulo anterior dejamos delineada una hipótesis de lectura. Se trata de postular que, hacia mediados de la década del '70, Foucault identifica una serie de problemas en sus investigaciones genealógicas y se convoca a una rectificación de su trabajo. Sostuvimos que estos problemas están vinculados a un déficit en la elaboración de su grilla de inteligibilidad bélica; déficit asociado a la desatención de las lógicas de articulación de las relaciones de poder y de las luchas que las inhieren. Sostuvimos que esta grilla de inteligibilidad bélica reposaba sobre un fondo clasista no elaborado, que permitía articular las relaciones de poder en términos de hegemonía burguesa, y las luchas en torno al poder en términos de lucha de clases. Por detrás de la fragmentación, dispersión y repetitividad de los dispositivos de poder, una codificación de clase aseguraba su funcionalidad respecto de los objetivos de la burguesía. Por detrás de la fragmentación, dispersión y repetitividad de las resistencias y las luchas, una codificación de clase aseguraba su convergencia en un frente proletario. Sostuvimos que Foucault explicita hacia mediados de la década del '70 esta ausencia de elaboración de las lógicas de articulación de los poderes y las luchas. Si de una guerra se trata, y bien, ¿de qué guerra se trata? ¿Es posible seguir asumiendo de manera incuestionada que los surcos que orientan las articulaciones tácticas y estratégicas son los de la lucha de clases? ¿Puede seguir sosteniéndose esta codificación clasista como garantía última de la articulación de las luchas?

Sostuvimos por último que el dominio de problematización que se abre a partir de estas preguntas es el de la política; que, a partir de estas preguntas, emerge en la obra de Foucault una conceptualización y una analítica del dominio político en su especificidad. Este capítulo habrá de argumentar aquello que se sostuvo como hipótesis.

En ocasión de dos entrevistas, se solicita a Foucault una definición de la política. La primera de ellas, en diálogo con el filósofo italiano Giulio Preti en 1972; la segunda, con la francesa Lucette Finas en 1977. En ambas entrevistas, Foucault ensaya una presentación del dispositivo de la sexualidad, argumentando la especificidad política que la sexualidad asume en el presente. En ambos casos, es la postulación del carácter político de la sexualidad lo que motiva a los entrevistadores a reclamar una definición de la noción de política.

Si nuestra hipótesis tiene algún asidero, habremos de identificar, en el intervalo entre ambas respuestas, un desplazamiento que se correspondería con la especificación de un nuevo dominio. Me permito, a efectos de este asidero posible, reponer extensamente las dos citas. 1972, 1977: respuestas, entonces, a la pregunta “¿Qué es la política?”

[Primera entrevista:] G. Preti: Pero ¿qué diferencia existe, según Usted, entre relaciones políticas y relaciones sociales?

M. Foucault: Yo llamo “político” a todo aquello que concierne a la lucha de clases y “social” a todo aquello que deriva de ella como consecuencia en las relaciones humanas y en las instituciones.

G. Preti: Para mí, lo político es todo lo que concierne a la lucha por el poder y que, por ende, si uno quiere, no constituye sino un aspecto de la lucha de clases. Lo social es lo que concierne a las relaciones entre los hombres en general.

M. Foucault: Si le damos al término “política” el sentido que Usted le atribuye, que (debo reconocer) es más preciso, mi definición ya no es válida. Yo también atribuyo a política el sentido de la lucha por el poder; pero no se trata de un poder entendido en el sentido de gobierno o de Estado; se trata de un término que comprende también al poder económico.¹²⁶

[Segunda entrevista:] M. Foucault: La idea de que la fuente o el punto de acumulación del poder estaría en el Estado y que es a él a quien hay que preguntar sobre todos los dispositivos de poder, me parece sin mucha fecundidad histórica o digamos que su fecundidad histórica se ha agotado actualmente. El proceso inverso me parece actualmente más rico (...)

L. Finas: A partir de este replanteo de aquello que llamamos poder, ¿es posible adoptar respecto de él un punto de vista político? Puesto que Usted habla de la sexualidad como un dispositivo político. ¿Quisiera Usted definir la acepción que atribuye a “político”?

M. Foucault: Si es verdad que el conjunto de las relaciones de fuerza en una sociedad dada constituye el dominio de la política, y que una política es una estrategia más o menos global que intenta coordinar y finalizar estas relaciones de fuerza, creo que se puede responder a sus preguntas de la siguiente manera: la política no es lo que determina en última instancia (o lo que sobredetermina) unas relaciones de fuerza elementales y por naturaleza neutras. Toda relación de fuerza implica a cada momento una relación de poder (que respecto de aquella es, en cierto modo, un corte momentáneo), y cada relación de poder reenvía, como a su efecto pero también como a su condición de posibilidad, a un campo político del que forma parte. Decir que “todo es político” es decir de esta omnipresencia de las relaciones de fuerza y de su inmanencia a un campo político.¹²⁷

¹²⁶ “Les problèmes de la culture. Un débat Foucault-Preti.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1247-1248. Notamos en este punto la equivocidad del intercambio: Pretti sostiene “Le politique, c’est tout ce qui concerne la lutte pour le pouvoir et qui *ne constitue* donc, si l’on veut, *qu’un aspect* de la lutte de classes” (énfasis mío). De modo que aquí Pretti estaría sosteniendo que la política es uno de los aspectos de la lucha de clases. A su turno, Foucault le da la razón a Pretti y, sin embargo, responde: “Moi aussi, j’attribue à la politique le sens de la lutte pour le pouvoir; mais il ne s’agit pas d’un pouvoir entendu au sens de gouvernement ou d’État, il s’agit d’un terme *qui comprend aussi* le pouvoir économique.” (énfasis mío). De modo que, para Foucault, el poder económico estaría comprendido dentro de la política. En tal caso, ambas propuestas serían divergentes: Pretti incorpora a la política dentro de la lucha de clases; Foucault incorpora la lucha de clases dentro de la política. Sospecho que este equívoco remite a un error en la traducción del italiano al francés.

¹²⁷ “Les rapports de pouvoir passent à l’intérieur des corps.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 232-233 [168-169 (lig. mod.)]. Indico en este punto que la versión en castellano de *La Piqueta* traduce “finaliser” por “darles

Quisiera comenzar indicando las permanencias entre ambas respuestas y entreteniéndome la posibilidad que no haya gran dispersión en el intervalo que ellas abren. Efectivamente, entre ambas ocurrencias puede trazarse la continuidad de ciertos temas y la persistencia de ciertas articulaciones. De manera esquemática, podemos decir que tres ejes son recurrentes: la estatalidad, la economía, la guerra; o, si uno quiere, la hipótesis Hobbes, la hipótesis Marx, la hipótesis Nietzsche.

En primer lugar, ambas ocurrencias desmarcan a la política de su definición institucional en términos de Estado y gobierno, identificando que su funcionamiento excede a toda localización en las instituciones tradicionalmente identificadas como políticas: rechazo de la hipótesis Hobbes de un poder que emerge cuando, conjurada la guerra de todos contra todos, se constituye una instancia jurídico-institucional que monopoliza la política.

En segundo lugar, ambas ocurrencias se miden en relación con la economía. En el primer caso, la política, si no es estrictamente lucha de clases, al menos comprende dentro de su dominio a las luchas económicas. En el segundo caso, la política, si no es determinación en última instancia, al menos integra en su dominio todas las relaciones de fuerza, incluyendo a las económicas. Desplazamiento respecto de una hipótesis Marx de funcionalidad económica. El dominio de la política no se agota en la lucha de clases o en la determinación económica. Más bien, las relaciones económicas inhieren al dominio político sin por ello agotarlo ni dictarle su ley.

Tercer eje: es común a ambas ocurrencias el empleo de una terminología bélica: lucha, estrategias, relaciones de fuerza. En ambos casos, es posible identificar la persistencia de una hipótesis Nietzsche que subtiende con su grilla bélica la conceptualización y el análisis del dominio político.

Indiquemos ahora los desplazamientos entre una y otra pregunta, entreteniéndome la posibilidad de una discontinuidad. Respecto, en primer lugar, de la estatalidad, ambas

un sentido.” La elección de este término es pertinente mientras nos mantengamos en su acepción estrictamente geométrica. Pero, lo cierto es que la noción de “sentido” constituye para Foucault un término polémico y problemático, que corre el riesgo de reducir las prácticas históricas a un sujeto (sentido como intencionalidad de un individuo), a una teleología (sentido como secuencia de mediaciones dialécticas) o a un texto (sentido como relación reglada de palabras y cosas). En esta línea, Foucault sentencia que “la historia no tiene 'sentido,' lo que no quiere decir que sea absurda, o incoherente. Al contrario, es inteligible y debe poder ser analizada hasta en sus mínimos detalles: pero según la inteligibilidad de las luchas, las estrategias y las tácticas. Ni la dialéctica (como lógica de la contradicción), ni la semiótica (como estructura de la comunicación) pueden dar cuenta de lo que es la inteligibilidad intrínseca de los enfrentamientos.” “Entretien avec Michel Foucault.” *Dits et écrits II, op. cit.*, p. 145 [133-134]. Es por ello que preferimos traducir “finaliser” por “finalizar,” entendiendo este último en términos de “dar una orientación,” “orientar hacia un fin determinado.”

respuestas parecen ensayar una misma intuición: la concepción habitual de la política, definida en las coordenadas institucionales del Estado y el gobierno, debe ser abandonada a efectos de identificar la multiplicidad de puntos de ejercicio de poder y de lucha en el cuerpo social. Se trata de abandonar una topografía que identifica en el ámbito discreto del Estado y sus instituciones el asiento del poder, su fuente irradiadora, o su punto de acumulación. Ambas entrevistas manifiestan un mismo rechazo. Sin embargo, en la intervención de 1977 la referencia a los aparatos del Estado, en la línea de Louis Althusser, parece inequívoca.

El desplazamiento respecto del eje económico confirma esta toma de distancia respecto de Althusser.¹²⁸ En relación con la economía, el primer desplazamiento opera al interior mismo del intercambio de Foucault con Preti de 1972. Preti postula la pregunta por la diferencia entre relaciones políticas y sociales. Foucault brinda una respuesta concisa y taxativa: la política es todo lo relativo a la lucha de clases. Preti objeta la respuesta de Foucault, contraponiendo una concepción de la política identificada con la lucha por el poder en general. Foucault concede sin mayor objeción a la contrapropuesta de Preti, sosteniendo que la lucha de clases es parte de una lucha más general por el poder; y que esta lucha general por el poder constituye el dominio de la política. En la secuencia de este intercambio, Foucault comienza por brindar una respuesta de ocasión y no parece demasiado atribulado por la posibilidad de abandonarla. Si bien esta identificación de la política con la lucha de clases constituye su respuesta inmediata, lo cierto es que, puesta en cuestión, esta primera respuesta se revela superficial y algo irreflexiva. Ahora bien, en la entrevista de 1977, Foucault recupera la relación entre política y economía, indicando que la política no es aquello que determina en última instancia unas relaciones anteriores y políticamente neutras. De esta manera, Foucault

¹²⁸ Didier Eribon indica que la distancia entre Althusser y Foucault comienza a abrirse con la publicación de *Las palabras y las cosas* en 1966. Eribon, Didier. "El pasado es largo (Foucault y Althusser)." *Michel Foucault y sus contemporáneos*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1995, pp. 295-330. A contrapelo de "la revolución teórica de Marx," Foucault sostiene en su libro de 1966 que el marxismo no es más que una de las derivaciones posibles de la *épistémè* abierta a partir de David Ricardo. Esta indicación vuelve en *La arqueología del saber*. Convergentemente, en varias entrevistas de la década del '70, Foucault insistirá en recusar un cierto "marxismo académico" que se pretende científico. Cuando Foucault se desplace hacia sus estudios genealógicos, su recusación sistemática a los análisis descendentes del poder indica un rechazo también sistemático a la noción althusseriana de aparatos del Estado. La ocurrencia más virulenta opera, sin embargo, en ocasión de la publicación del libro *Los maestros pensadores* de Alain Glucksmann: "Toda la izquierda ha querido explicar el Gulag, si no como guerras, por medio de la teoría de la historia, al menos mediante la historia de la teoría. Masacres: sí, sí; pero era un error espantoso. Retomen pues a Marx y a Lenin, compárenlo con Stalin y verán dónde se equivocó este último. Tantos muertos, como es evidente, no podían provenir más que de un error de lectura. Se lo podía prever: el estalinismo-error ha sido uno de los principales agentes de ese retorno al marxismo-verdad, al marxismo-texto al que hemos asistido durante los años sesenta." "La grande colère des faits." *Dits et écrits II*, op. cit., p. 278. Es de notarse finalmente que la relación personal entre ambos se mantuvo a pesar de estas divergencias. Esto explica el hecho misterioso de que, al tiempo que Foucault levantaba estas críticas, sólo mencionaba explícitamente a Althusser para elogiarlo.

recusa la prioridad asociada a las relaciones económicas como determinantes de todo otro tipo de relaciones. Las relaciones económicas ni saturan ni determinan el dominio de la política; más bien, la política inhiere a todas las relaciones de fuerza. En suma, el desplazamiento entre ambas preguntas puede plantearse en los siguientes términos: si en 1972 Foucault lanza una respuesta clasista que, muy pronto, se demuestra poco elaborada y presta a ser relativizada; en la entrevista de 1977, en cambio, Foucault explicita taxativamente que las relaciones económicas deben ser destronadas de toda localización privilegiada y relocalizadas al interior de las relaciones de fuerza. Toda determinación en última instancia habrá de ser suspendida. En el rechazo a la hipótesis Marx, la referencia a Althusser es, nuevamente, inequívoca.

Finalmente, el eje de la guerra. Si en 1972 Foucault puede identificar a la política con la lucha por el poder, sin caracterizar en qué consiste esa lucha; en 1977, la definición de la política se ve necesitada de pasar por una descripción de la forma en que operan y se articulan las relaciones de fuerza. Continuidad de un léxico bélico, claro está, pero introducción de la noción de estrategia. La política es una estrategia más o menos global que intenta coordinar y finalizar las relaciones de fuerza. La política sigue siendo la lucha por el poder, pero adquiere en este caso la caracterización de un dominio y la operatoria de una estrategia: el dominio de la política es el del conjunto de las relaciones de fuerza, la política opera en las estrategias de coordinación y finalización de este conjunto.

Resumamos: entre ambas respuestas, observamos la recurrencia de tres ejes, pero los modos de su tratamiento son susceptibles de distinción.

1. La política se define en uno y otro caso en oposición a la concepción tradicional, identificada con el Estado y el gobierno. La política es, más bien, una lucha por el poder que excede toda localización institucional. Continuidad del rechazo a la hipótesis Hobbes que, en 1977, se extiende a un rechazo de los aparatos del Estado.
2. En la entrevista de 1972, Foucault sostiene una codificación clasista de la lucha por el poder, que se demuestra poco elaborada y superficial. En la entrevista de 1977, en cambio, su recusación al economicismo es frontal, taxativa y, en sentido estricto, definitoria. Entre una y otra entrevista, abandono de la hipótesis Marx, en la explicitación de un rechazo a la determinación en última instancia.
3. En la entrevista de 1972, Foucault define a la política como lucha. En 1977, la política es en cambio un campo específico en el concurso de las relaciones de fuerza, y su

definición importa la especificación de la operatoria de este dominio. Ya no simple lucha por el poder, más bien dominio específico en el que las relaciones de fuerza son coordinadas estratégicamente. Entre una y otra respuesta, refinamiento de la hipótesis Nietzsche, innovación conceptual a partir de la introducción de la noción de estrategia.

En suma, el intervalo que se abre entre estas dos respuestas no es la duración muda de unos temas que se repiten sin más. Es más bien desplazamiento conceptual y analítico en el doble gesto de una hipótesis que se enrarece y se abandona y un tema que se especifica y se define. Abandono, por un lado, de una codificación clasista del poder, mediante un gesto que encuentra en Louis Althusser su blanco implícito y predilecto. Definición, por otro lado, de la grilla bélica en los términos de una coordinación estratégica de relaciones de fuerza, formando conjuntos articulados. La política define su dominio en términos del conjunto, del ensamble, de las relaciones de fuerza; y define también su operatoria en términos de las estrategias de coordinación y finalización de estas relaciones. En el intervalo que se abre entre ambas definiciones, intervalo atravesado por el hartazgo de Foucault, emerge una concepción de la política en la especificidad de una operatoria y un dominio propios.

Dominio de la política: el conjunto de las relaciones de fuerza. Operatoria de la política: estrategias de coordinación y finalización de las relaciones de fuerza. Sigamos, entonces, el rastro de la noción de estrategia a efectos de cernir la operatoria específica de la política. En el primer tomo de *Historia de la Sexualidad* (1976), Foucault propone una conceptualización del poder que convoca a la noción de estrategia.

Me parece que por poder hay que comprender, primero, la multiplicidad de las relaciones de fuerza inmanentes y propias del dominio en que se ejercen, y que son constitutivas de su organización; el juego que por medio de luchas y enfrentamientos incesantes las transforma, las refuerza, las invierte; los apoyos que dichas relaciones de fuerza encuentran las unas en las otras, de modo que formen cadena o sistema, o, al contrario, los corrimientos, las contradicciones que aíslan a unas de otras; las estrategias, por último, que las tornan efectivas, y cuyo dibujo general o cristalización institucional toma forma en los aparatos estatales, en la formulación de la ley, en las grandes hegemonías sociales.¹²⁹

De modo que el análisis del poder comporta el análisis de (1) la multiplicidad de las relaciones de fuerza, (2) las luchas y enfrentamientos que las caracterizan, (3) los apoyos o bloqueos mutuos que se operan entre las diversas relaciones de fuerza, y (4) las estrategias

¹²⁹ *Histoire de la sexualité 1*, op. cit., pp. 121-122. [113-114].

generales que las atraviesan produciendo, como formas terminales, al Estado, la ley o las grandes dominaciones sociales. El poder no opera desde un centro privilegiado o un vértice distinguible del cual emanan aparatos, instituciones, ideologías que penetran en todos los resquicios del cuerpo social; más bien, si existe una dimensión global del poder (expresada en el Estado, la ley o la dominación de clase), es porque diversas estrategias atraviesan las relaciones de fuerza, capturando sus efectos en función de grandes hegemonías de conjunto.

...hay que suponer que las relaciones de fuerza múltiples que se forman y actúan en los aparatos de producción, las familias, los grupos restringidos y las instituciones, sirven de soporte a amplios efectos de escisión que recorren el conjunto del cuerpo social. Éstos forman entonces una línea de fuerza general que atraviesa los enfrentamientos locales y los vincula; y, por supuesto, como contrapartida, éstos proceden sobre aquéllos a redistribuciones, alineamientos, homogeneizaciones, arreglos de serie, establecimientos de convergencia. Las grandes dominaciones son los efectos hegemónicos sostenidos continuamente por la intensidad de todos estos enfrentamientos.¹³⁰

De modo que, si las grandes hegemonías son posibles, si vemos operar poderes globales al interior de la sociedad, es sólo porque estos poderes se montan estratégicamente sobre la multiplicidad de relaciones de fuerza presentes en la sociedad, operando reenvíos estratégicos, orientaciones globales, coordinaciones de conjunto. Si es posible hablar de la “hegemonía burguesa” o del “poder estatal,” es a condición de comprender estos poderes globales como estrategias de captura y encabalgamiento, como coordinaciones y bloqueos selectivos que religan incesantemente relaciones de poder múltiples, segmentarias y discretas. Foucault indica, entonces, un juego de codeterminaciones mutuas entre estrategias y tácticas: las estrategias globales de poder están condicionadas por las tácticas inmanentes a las múltiples relaciones de fuerza presentes en la sociedad; y, al mismo tiempo, las tácticas locales de poder son transformadas, catalizadas o bloqueadas, fortalecidas o acorraladas por efecto de las estrategias globales que las atraviesan. Doble condicionamiento: de las estrategias por las tácticas, y de las tácticas por las estrategias. Así, las grandes hegemonías no son la fuente de los poderes locales; más bien, sólo coordinando, articulando, finalizando los poderes locales es posible la constitución de poderes globales. Y, a su vez, esta constitución de poderes globales no opera sin producir efectos sobre las mismas tácticas en que se apoya.

La política aparece, en suma, como el campo de las estrategias globales que operan coordinando y finalizando las relaciones de fuerza omnipresentes en la sociedad. Política es la

¹³⁰ *Ibid*, p. 124. [114-115 (lig. mod.)].

captura de los efectos globales de estas relaciones locales. De modo que la política no constituye una esfera discreta de lo social pero tampoco coincide con toda la sociedad: la política no es definida como el conjunto de las instituciones y prácticas estatales, partidarias, electorales; pero la política tampoco es definida como la totalidad de relaciones de poder omnipresentes en la sociedad. Es decir, no “todo es político” sino, más bien, “lo político es el todo.” La política opera a nivel de las estrategias más o menos globales de coordinación de la multiplicidad de los poderes inmanentes a lo social.

Nos es posible imaginar la sociedad como un mosaico de poderes locales, segmentarios, discretos. Poderes locales que, sin embargo, son comunicados, enlazados, encabalgados por estrategias de conjunto que capturan sus efectos y los relanzan en función de hegemonías más amplias. “Los procedimientos dispersados, heteromorfos y locales de poder son reajustados, reforzados, transformados por estas estrategias globales y todo ello coexiste con fenómenos numerosos de inercia, de desniveles, de resistencias.”¹³¹ De este modo, la política no trasciende a lo social pero tampoco se identifica con la sociedad. La política se pone en juego en el cálculo estratégico que opera a nivel de los efectos de conjunto de las relaciones locales de poder, nunca por fuera, siempre a través de ellas y gracias a ellas. En la identificación de las estrategias de conjunto se resume la emergencia de una acepción ceñida de la política en el pensamiento de Foucault.

Ahora bien, esta distinción entre tácticas locales y estrategias globales importa el problema de la intencionalidad de los sujetos. En el primer tomo de *Historia de la sexualidad*, Foucault postula que las relaciones de poder son intencionales y no subjetivas, indicando con ello que si, por un lado, toda táctica local de poder se ejerce en función de miras, objetivos y cálculos; por otro lado, a nivel estratégico, las relaciones de poder no son producto de un sujeto hegemónico que calcula y dispone, desde la cima, el entramado global de las diversas relaciones. “Carácter implícito de las grandes estrategias anónimas, casi mudas, que coordinan tácticas locuaces.”¹³² Esta precaución de método es reforzada en su curso de 1976, *Defender la sociedad*, al afirmar que el análisis de los poderes no debe partir de las intenciones de un Leviatán sino de la capilaridad de unas relaciones de fuerza múltiples. De modo que el conjunto articulado de las relaciones de fuerza que constituye el dominio de la política emerge de unas estrategias anónimas, de unas estrategias sin sujeto.

¹³¹ “Pouvoirs et stratégies.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 425. [Traducción: “Poderes y estrategias.” *Microfísica del poder*, op. cit., p. 181].

¹³² *Histoire de la sexualité 1*, op. cit., p. 125 [116].

Esta noción de “estrategias sin estrategias” es cuestionada en una conversación de 1977 en ocasión de la publicación del primer tomo de *Historia de la sexualidad*. Ante la insistencia de sus interlocutores, Foucault concede que la ocurrencia de una “estrategia anónima” puede no ser pertinente. A efectos de aclarar su perspectiva, Foucault delinea la noción de estrategia en relación con la idea de una clase dominante:

Que una clase devenga dominante, que ella asegure su dominación y que su dominación se reconduzca es efecto de un cierto número de tácticas eficaces, reflexionadas, funcionando al interior de grandes estrategias que aseguran esta dominación. Pero entre la estrategia que fija, conduce, multiplica, acentúa las relaciones de fuerza y la clase que se identifica como dominante, uno encuentra una relación de producción recíproca. Se puede entonces decir que la estrategia de moralización de la clase obrera es la estrategia de la burguesía. Se puede también decir que es la estrategia la que permite a la clase burguesa ser clase burguesa y ejercer su dominación. Pero que sea la clase burguesa la que, a nivel de su ideología o su proyecto económico, como una suerte de sujeto a la vez real y ficticio, haya inventado esta estrategia y la haya impuesto a la clase obrera por la fuerza... creo que esto no puede decirse.¹³³

Foucault se resiste a pensar que, detrás de las grandes articulaciones de conjunto, exista un estratega, individual o colectivo, al que pueda tributarse la coordinación de las relaciones de poder. Y, sin embargo, esto no obsta a que, como resultado de estas coordinaciones, se constituya o afirme una cierta hegemonía. Éste es un punto especialmente anudado en el pensamiento de Foucault.¹³⁴ Moviéndonos a tientas, y sin ánimos de simplificar una cuestión que, en sí misma, se presenta compleja, podemos decir que coinciden aquí dos distinciones que Foucault pareciera alternar y, por momentos, confundir.

Por un lado, Foucault distingue estas estrategias mudas respecto de unas tácticas locuaces. Es que, a nivel de las tácticas locales de poder, es posible recuperar un profuso campo documental de reglamentaciones institucionales, proyectos arquitectónicos, programas, disposiciones reglamentarias. No más pensar en todo el campo documental con el que Foucault reconstruye el nacimiento de los asilos, de los hospitales, de las prisiones. Si bien las relaciones de poder emergentes no son producto de la programación de un sujeto, es posible

¹³³ Foucault, Michel. “Le jeu de Michel Foucault.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 307.

¹³⁴ Charles Taylor reclama una aclaración de la idea foucauldiana de estrategias “intencionales pero no subjetivas,” ofreciendo tres alternativas: (1) la presencia de intenciones inconscientes en los actores; (2) la concatenación sistémica de las acciones intencionales a partir de una “mano invisible;” (3) la imposibilidad de prever las consecuencias de las propias acciones. Taylor critica a Foucault por no brindar orientación alguna en este punto: “Un patrón estratégico no puede quedar en el aire, sin relación alguna con nuestros fines y proyectos conscientes.” Taylor, Charles. “Foucault on Freedom and Truth.” *Political Theory*, op. cit., pp. 168-169.

sin embargo identificar la intervención de intenciones, cálculos, objetivos y tácticas que, en su concurso con otras tácticas, dan lugar a los dispositivos de poder. En cambio, a nivel de las estrategias, a nivel de la articulación de las diferentes tácticas locales, la coherencia del conjunto no puede reconstruirse a partir de un programa, un cálculo, una intención. La articulación global de las relaciones de poder aparece como efecto del enjambramiento anónimo de esta multiplicidad de tácticas. Las relaciones de poder se articulan formando un conjunto, pero “no hay nadie que haya pensado el conjunto.”¹³⁵

Por otro lado, Foucault parece sostener lo contrario. Efectivamente, existen a nivel estratégico reflexiones, cálculos, proyectos de articulación global. Incluso, “en ciertas épocas aparecen agentes de coordinación.”¹³⁶ Pero, en todo caso, aquello en lo que Foucault insiste es en el hecho de que ninguna articulación global se agota en la programación exhaustiva de un sujeto. “La coherencia no resulta de la puesta en marcha de un proyecto, sino de la lógica de las estrategias que se oponen unas a otras.”¹³⁷ Es decir, si bien puede existir una multiplicidad de proyectos de hegemonización a nivel estratégico, si bien pueden existir programas explícitos y locuaces de coordinación de las relaciones de poder, la configuración general de conjunto no es producto de ningún programa en particular, sino más bien del concurso inestable de proyectos divergentes y antagónicos.

En el primer caso, la intencionalidad estaría reservada al nivel táctico, siendo las estrategias anónimas. En el segundo caso, habría intencionalidad a nivel táctico y estratégico, pero la articulación de conjunto resultaría del concurso de las intenciones, de una especie de enjambramiento inintencionado de cálculos, programas y estrategias intencionales. Es decir, en el primer caso se distinguen tácticas intencionales de estrategias no intencionales. En el segundo caso, se distinguen las tácticas y estrategias, ambas intencionales, de los efectos que ellas producen; efectos que exceden siempre la intención de los sujetos que las pusieron en marcha.¹³⁸

¹³⁵ “Pouvoirs et corps.” *Dits et écrits I, op. cit.*, p. 1627 [Traducción: “Poder-cuerpo.” *Microfísica del poder, op. cit.*, p. 117 (lig. mod.)].

¹³⁶ *Ibid*, pp. 1627-1628 [117].

¹³⁷ *Ibid*, pp. 1627 [117 (lig. mod.)].

¹³⁸ Esta segunda alternativa será la que se afirme a partir de la emergencia de la noción de “gubernamentalidad.” Ver *infra*, p. 181 y ss. En esta línea, la distinción entre prácticas y efectos es sostenida por Colin Gordon: “Es importante evitar la fusión del concepto de estrategia con el de programa, por obra de la imagen de un gran estratega y su plan (...) el punto en que la perspectiva de la estrategia deviene indispensable para la genealogía es allí donde la no correspondencia entre discursos, prácticas y efectos crea posibilidades para operaciones cuyo sentido, de diversas maneras, no está enunciado o no es enunciable al interior de un discurso. La estrategia es la arena de lo cínico, lo promiscuo, lo tácito en virtud de su capacidad lógica general de síntesis de lo heterogéneo. Esto es lo que Foucault llama el carácter 'anónimo' de ciertos efectos al interior del campo de las relaciones de poder: no se trata de que estos efectos

2. Los dominios estratégicos

En todo caso, queda claro en este punto que Foucault asocia la política con el campo estratégico de coordinación y finalización de las relaciones de poder. Hasta aquí, la noción de estrategia se distingue de la noción de táctica; ambas aparecen como valores diferenciales de una variable de nivel de agregación. Al interior del dominio de las relaciones de poder es posible, así, identificar dos niveles: por un lado, el nivel táctico correspondiente a las relaciones locales de poder; por otro lado, el nivel estratégico, correspondiente a las coordinaciones más o menos globales que articulan estas relaciones y dan lugar a configuraciones y efectos de conjunto.

Ahora bien, esta no es la única acepción de “estrategia” presente en la obra de Foucault. Quisiera, en lo que sigue, dar cuenta de algunos de sus desplazamientos. A estos efectos, propongo detenernos en un célebre texto de 1982, “El sujeto y el poder,” en el que Foucault dedica todo un apartado a definir las estrategias. Aunque la datación de este texto no corresponda al período que estamos hostigando, bien puede brindarnos una lectura retrospectiva que traiga mayor precisión respecto del término en cuestión.

La palabra estrategia se emplea actualmente de tres maneras. En primer lugar, para designar los medios empleados para alcanzar cierto fin; es una cuestión de racionalidad que funciona para llegar a un objetivo. En segundo lugar, para designar la manera en la que actúa una de las partes en un cierto juego en vistas a lo que piensa que podría ser la acción de los otros y lo que él considera que los otros piensan de la suya; es la manera en que uno busca tener ventaja sobre los otros. En tercer lugar, para designar los procedimientos usados en una situación de confrontación para privar al oponente de sus medios de combate y reducirlo a abandonar la lucha; por consiguiente, se trata de los medios destinados a obtener una victoria.¹³⁹

Tres acepciones del término “estrategia” -llamémoslas instrumental, lúdica y bélica. En el primer caso, la acepción instrumental indica la racionalidad de una articulación medios-fines. En el segundo caso, acepción lúdica, esta articulación medios-fines se especifica: por un lado, los medios conciernen al cálculo anticipado y cruzado de las acciones de los jugadores; por otro, el fin es obtener una ventaja y ganar la partida. En el tercer caso, acepción bélica, los medios consisten en procedimientos de rarefacción de los recursos del oponente; el fin es la

carezcan de un agente, sino que carecen de un programador.” Gordon, Collin. “Afterword.” *Power/Knowledge*. Nueva York: Pantheon Books, 1981, p. 251.

¹³⁹ Foucault, Michel. “The subject and power.” Dreyfus, Hubert y Rabinow, Paul. *Michel Foucault: Beyond structuralism and hermeneutics*, op. cit., pp. 224-225 [257].

victoria. Las tres acepciones implican una racionalidad, un cálculo, un procedimiento; es decir, una práctica regular. En los tres casos, esta práctica implica una articulación instrumental a efectos de un objetivo, una ventaja, una victoria. Foucault indica que estas tres acepciones “se unen en situaciones de confrontación,”¹⁴⁰ pero en otras situaciones es necesario mantener los diferentes sentidos de la palabra. Dicho esto, Foucault distingue dos tipos de estrategia: estrategias de poder y de lucha.

Las estrategias de poder remiten a la primera acepción del término, a los medios empleados para alcanzar un fin. En este sentido, los dispositivos y mecanismos regulares del ejercicio del poder pueden interpretarse en términos de estrategias. Las estrategias de lucha, por su parte, responden a las otras dos acepciones del término: el juego y la guerra. Se trata aquí de los modos o procedimientos de confrontación, en función de una ventaja o una victoria. Tras distinguir ambas estrategias, Foucault indica que entre ellas “existe una solicitud recíproca, un enlazamiento perpetuo y una perpetua reversibilidad.”¹⁴¹ Es que las estrategias de poder están por todos lados prestas a ser confrontadas y, como contrapartida, las estrategias de lucha victoriosas pueden estabilizarse en mecanismos regulares de poder. Podemos entonces decir que los mecanismos y dispositivos regulares de poder son la continuación de la confrontación por otros medios; y que, como contrapartida, las estrategias de lucha no son más que la reactivación de estos combates sedimentados. “A cada momento, la relación de poder puede convertirse en una confrontación entre dos adversarios. Del mismo modo, las relaciones entre adversarios en la sociedad pueden, a cada momento, dar lugar a la puesta en funcionamiento de mecanismos de poder.”¹⁴²

Retengamos, entonces, algunos elementos. La noción de estrategia, en sus diferentes acepciones, remite a la racionalidad de una práctica, en su articulación de medios y fines. Esta racionalidad se expresa tanto en las luchas como en los ejercicios regulares del poder. En esta línea, la noción de estrategia remite a la noción de práctica, tal como fue presentada en el capítulo anterior. Se trata de la regularidad de un hacer que, en el caso de las estrategias, implica racionalidad en la prosecución de objetivos.

Ahora bien, en este mismo texto, Foucault oscila entre un empleo general de la noción de estrategia (que involucra por igual a los mecanismos de poder y a las luchas) y un empleo

¹⁴⁰ *Ibid*, p. 225 [257 (lig. mod.)]. Se hace notar que la traducción de Nueva Visión es en este punto problemática. El original “These three meanings come together in situations of confrontation,” se traduce por “Estos tres significados implican todos ellos situaciones de confrontación.”

¹⁴¹ *Ibid*, p. 266 [259 (lig. mod.)].

¹⁴² *Ibid*.

restringido a las estrategias de confrontación. Si bien los mecanismos de poder y las luchas en torno a ellos están ambos subterfundidos por una racionalidad estratégica, Foucault prefiere reservar la noción de estrategia para indicar las confrontaciones. Y en varios pasajes de este mismo texto articula los pares de oposición “relaciones de poder,” “estrategias de confrontación.” Es más, el apartado en cuestión lleva por título “Relaciones de poder y relaciones de estrategia.” Todo indicaría que, si en un sentido amplio, las estrategias incluyen por igual a las relaciones de poder y a las luchas en torno a ellas, en un sentido restringido, la noción de estrategia remitiría exclusivamente a la dimensión confrontativa y a sus acepciones lúdica y bélica.

Esta acepción más restringida de la noción de estrategia está presente también en un texto publicado en 1984 bajo el título “¿Qué es la Ilustración?” Allí, Foucault considera el dominio de los “sistemas prácticos,” entendido como aquello que los hombres hacen y las maneras de hacerlo.

Es decir, las formas de racionalidad que organizan sus maneras de hacer (lo que podría llamar su aspecto tecnológico) y la libertad con la que actúan dentro de esos sistemas prácticos, reaccionando ante lo que hacen los demás, modificando hasta cierto punto las reglas del juego (es lo que podría llamar el lado estratégico de estas prácticas). La homogeneidad de esos análisis histórico-críticos está entonces garantizada por el dominio de las prácticas, con su lado tecnológico y su lado estratégico.¹⁴³

Aquí, se distinguen dos pendientes o aspectos de un mismo dominio. Por un lado, la pendiente tecnológica, vinculada a la racionalidad de un hacer regular; por otro lado, la pendiente estratégica, asociada a la confrontación inherente a estos sistemas prácticos. Esto es decir que la racionalidad que organiza los sistemas de hacer en conjuntos tecnológicos de prácticas (dispositivos) no satura el campo de las prácticas que inviste; más bien, persiste al interior de estos dispositivos un “relleno estratégico,” que da cuenta de las inercias, las reacciones, las reversibilidades que lo habitan.¹⁴⁴ Por un lado, entonces, la acepción instrumental de las estrategias caracteriza el aspecto tecnológico; por otro lado, las acepciones lúdica y bélica caracterizan el aspecto estrictamente estratégico.

Retomando lo presentado hasta aquí, tenemos ante nosotros tres concepciones de la noción de estrategia. En la primera, correspondiente a *Historia de la Sexualidad I*, la

¹⁴³ “What is Enlightenment?” Rabinow, Paul (ed.) *The Foucault Reader*, op. cit., p. 48 [108 (lig. mod.)].

¹⁴⁴ “Le jeu de Michel Foucault.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 299-300. Sobre la noción de “relleno estratégico,” ver Murillo, Susana. *El discurso de Foucault. Estado, locura y anormalidad en la construcción del individuo moderno*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 1996, pp. 89-96.

estrategia corresponde al nivel global de las relaciones de poder, opuesto al nivel local de las tácticas. En la segunda, correspondiente al texto “El sujeto y el poder,” la estrategia remite a la racionalidad general de las relaciones de poder y de las luchas, desde el momento en que en ambas se articula el cálculo de medios y fines. La tercera concepción de estrategia, correspondiente a “¿Qué es la Ilustración?,” se restringe a la dimensión confrontativa del poder: a las luchas que inhieren a las relaciones de poder. En suma, la estrategia concierne a las relaciones de poder en términos de (1) su nivel de agregación, (2) su racionalidad instrumental, (3) su orientación confrontativa. ¿Deberíamos distribuir estas concepciones en términos cronológicos, indicando unos desplazamientos al interior de una secuencia discontinua y discreta? Probablemente. Pero creo que nos es posible también ensayar un modo de integración de estas diferentes concepciones de la noción de estrategia. Creo que nos es posible distribuir estas tres concepciones en los siguientes términos.

En el primer caso, la noción de estrategia es el valor que puede adquirir una relación de poder al interior de la variable de nivel de agregación. De este modo, el dominio de las relaciones de poder tiene diferentes niveles de generalidad y agregación. La noción de táctica remite al nivel más bajo de agregación, a las relaciones locales y discretas de poder; la noción de estrategia remite al nivel más alto de agregación, a las articulaciones globales de relaciones de poder.

En el segundo caso, la noción de estrategia remite al cálculo o racionalidad inherente al poder. Todo ejercicio de poder, toda lucha en torno al poder se articula a partir de una intención, un objetivo, un cálculo de los medios a disposición. En este caso, la noción de estrategia no distingue niveles de agregación; más bien, indica una característica general, común a las relaciones de poder y a sus luchas inherentes.

En el tercer caso, la noción de estrategia remite a la orientación que puede adquirir una práctica al interior de una relación de poder. En caso de que la práctica esté orientada a organizar, conservar y garantizar la asimetría de la relación, esa práctica responde a un aspecto tecnológico. En caso de que la práctica esté orientada a neutralizar, minar o revertir la asimetría de la relación, esa práctica adquiere el nombre de estrategia.

De este modo, nos es posible integrar estas tres concepciones de estrategia en los siguientes términos. Por un lado, la estrategia remite a la racionalidad instrumental como atributo general de toda práctica, sea global o local, sea conservadora o confrontativa. Por otro lado, al interior de esta racionalidad general de las prácticas, es posible identificar dos

variables. Por un lado, una variable de nivel de agregación, que distingue tácticas locales y estrategias globales; por el otro, una variable de orientación, que distingue tecnologías de poder y estrategias de confrontación.

A partir del cruce de estas dos variables, nos es posible construir un cuadro con sus cuadrantes. En todos los casos, estaríamos tratando con prácticas regulares cuya racionalidad instrumentaliza medios en la prosecución de fines. En el primer cuadrante, localizaríamos las prácticas de nivel local orientadas a la conservación de las asimetrías de poder, es decir, los dispositivos de poder. En el segundo cuadrante, localizaríamos las prácticas que, a nivel local, se orientan a la confrontación, la neutralización, la reversión de estas asimetrías de poder; sería éste el caso de las resistencias. En el tercer cuadrante, localizaríamos las prácticas que, a nivel global, intentan coordinar las relaciones de poder a efectos de conservar las grandes hegemonías sociales; sería éste el caso de los dispositivos globales de poder. Por último, localizaríamos en el cuarto cuadrante aquellas prácticas que operan también a nivel global pero, en este caso, articulando las ofensivas locales en grandes líneas de confrontación de conjunto. El cuadro emergente de esta distribución sería el siguiente.

Dominio Estratégico (racionalidad de las prácticas)		Orientación	
		Tecnológica (acepción instrumental)	Estratégica (acepción lúdica/bélica)
Nivel	Táctico (relaciones locales de poder)	Dispositivos locales	Resistencias
	Estratégico (coordinaciones globales)	Dispositivos globales	Articulación de luchas

En este punto, una digresión es oportuna. De identificar a la política con la noción de estrategia, sería posible derivar tres alcances del dominio político: (1) dado que toda práctica está subterrida por una racionalidad estratégica, todo es político; (2) dado que el nivel estratégico es el de la coordinación de los poderes y las luchas, la política indica el campo inmanente de articulación de relaciones de poder; (3) dado, por último, que las estrategias indican la confrontación inherente a las relaciones de poder, la política es el dominio de las luchas. Foucault emplea alternativamente estas tres acepciones de la política.

La primera de ellas aparece allí donde Foucault emplea el adjetivo “política” para

referir a todo lo relativo al poder.¹⁴⁵ Ésta es la caracterización que habitualmente permite acusar en Foucault una expansión indefinida del dominio político, diluyendo su rigor conceptual y su pertinencia analítica.¹⁴⁶ La segunda acepción es la que pretendemos sostener en este trabajo: la política remite en este caso a las estrategias de coordinación y finalización de las relaciones de poder, indicando el nivel de agregación más general de las tecnologías y confrontaciones. La tercera acepción, que identifica a la política con las luchas, aparece allí donde Foucault convoca a la “politización” de relaciones de poder que se presentan como tolerables o aceptables. Politizar, en este caso, es hacer ver la dimensión de confrontación y de lucha que inhiere a las relaciones de poder, bajando los umbrales de tolerancia y convocando a la resistencia.¹⁴⁷ De modo que la acepción de política que pretendemos entretener en los capítulos que siguen no debe ser considerada en los términos de una definición exhaustiva y final de la política en la obra de Foucault; no se trata de aclarar la maraña indefinida de la obra de Foucault a efectos de dar con su verdadera definición de la política. Más bien, se trata aquí de explorar las virtualidades abiertas por esta acepción, considerando que “política” no es más que el nombre que puede dársele al nivel inmanente de agregación de las relaciones y luchas de poder.

Hecha esta digresión, podemos ahora volver al dominio estratégico, tal como fue presentado en el cuadro anterior. A partir de aquí, podemos decir que la obra de Foucault correspondiente a la primera mitad de la década del '70 se concentró en su primer cuadrante: es decir, en la genealogía de los dispositivos locales de poder, si es que por ellos entendemos un conjunto práctico orientado a conservar, ordenar y garantizar las asimetrías de poder en el

¹⁴⁵ Recuperemos, tan solo, tres marcas de esta identificación de política como todo lo relativo al poder: “Los tribunales, las prisiones, los hospitales psiquiátricos, la medicina de trabajo, las universidades, los organismos de prensa y de información: a través de todas estas instituciones y bajo máscaras diferentes, una opresión se ejerce, que es en su raíz una opresión política.” “Préface à *Enquête dans vingt prisons*”. *Dits et écrits I*, op. cit., p. 1063. “En la práctica psiquiátrica encontramos desde el origen algo así como un poder político.” *Le pouvoir psychiatrique*, op. cit., 2003, p. 28. [44]. “En todas estas instituciones [disciplinarias] hay un poder que no sólo es económico sino también político.” “La vérité et les formes juridiques”. *Dits et écrits I*, p. 1486. [Traducción: *La verdad y las formas jurídicas*. 2ª edición. Barcelona: Gedisa, 2003. p. 141].

¹⁴⁶ “El pensamiento de Foucault sobre el poder es útil para la teoría política sólo en la medida en que el poder no sea ecuacionado con la política. Si la política no tiene referentes que excedan la mera presencia del poder, toda acción humana, actividad y relación deviene consecuentemente política y la política deja de ser una categoría significativa de análisis.” Brown, Wendy. “Power after Foucault.” Dryzek, John; Honig, Bonnie; Philips, Anne (eds.) *The Oxford handbook of political theory*, Oxford: University Press, 2006, p. 79. Ver asimismo Brown, Wendy. “At the edge.” *Political Theory*, vol. 30, no. 4 (Aug. 2002), pp. 556-576.

¹⁴⁷ Esta acepción está presente todo a lo largo del período que estamos considerando. Por ejemplo, en 1975 Foucault indica: “Las relaciones de poder son relaciones estratégicas, es decir que cada vez que uno hace algo, quien está frente suyo despliega una conducta, un comportamiento que contra-invierte, se esfuerza por escapar, tergiversar, tomar apoyo sobre el mismo ataque. Por ende, nunca hay nada estable en estas relaciones de poder.” “Radioscopie de Michel Foucault.” *Dits et écrits I*, op. cit., p. 1667.

marco de instituciones locales y circunscritas. En segundo lugar, podemos recuperar en Foucault una profusión de referencias a las luchas fragmentarias, dispersas, repetitivas que marcaron sus investigaciones y que caracterizan sus intervenciones militantes de la primera mitad de la década: luchas antipenitenciarias, luchas antipsiquiátricas, luchas estudiantiles. Emergencia y proliferación de una multiplicidad de puntos de resistencia locales, dispersos, circunscritos. Segundo cuadrante: el de las ofensivas dispersas.

Ahora bien, ¿qué decir de los dos cuadrantes inferiores? Siguiendo la línea de lo expuesto en el capítulo anterior, deberíamos decir que, durante la primera mitad de la década del '70, Foucault asienta sus investigaciones genealógicas y sus intervenciones militantes en una grilla bélica subtendida por una codificación clasista. De modo que la articulación de los dispositivos locales de poder aparece resuelta en la figura algo incuestionada de la hegemonía burguesa. Por su parte, la articulación de las ofensivas dispersas aparece resuelta en un frente antisistémico de lucha, identificado con el proletariado.

Ahora bien, el hartazgo que Foucault manifiesta en su curso de 1976, la necesidad de darse a la reflexión de ciertos inconvenientes acumulados, ¿no es un llamado a suspender esta codificación de clase, abriendo paso a un nuevo nivel de análisis? Cuando Foucault identifica a la política como el campo estratégico de coordinación y finalización de las relaciones de poder ¿no está abriendo paso a una nuevo nivel de análisis, vinculado al estudio de los dispositivos globales de poder? Cuando Foucault advierte sobre el peligro de la dispersión y desarticulación de las luchas, ¿no está convocando a la pregunta por las lógicas estratégicas de articulación de las luchas?

Efectivamente, las investigaciones que Foucault pone en marcha a partir de 1976 responden a esta doble innovación. Por un lado, Foucault pone en marcha una investigación relativa a las estrategias globales de confrontación. Esta pendiente de análisis se despliega en el curso *Defender la sociedad*, mediante la recuperación del discurso histórico político de la guerra, en contraste permanente con el discurso jurídico político de la soberanía. Por un lado, el discurso jurídico aparece como el arma que permitió a las monarquías la constitución de los Estados administrativos, en su lucha contra los poderes feudales. Pero, lejos de disolverse tras la caída del *Ancien Régime*, este discurso se nutre de una vitalidad creciente a partir de las modernas teorías del derecho natural. El discurso histórico, por su parte, emerge a partir de los siglos XVII y XVIII como un arma antiestatal en el contexto de recusación de los Estados absolutistas. Este discurso histórico opera una partición binaria del cuerpo social, indicando la

subyacencia de una confrontación global que permite conmutar y articular las luchas dispersas.¹⁴⁸ Este discurso polémico y antiestatal emerge en el siglo XVII inglés; emerge también en los círculos nobiliarios franceses de comienzos del siglo XVIII. Foucault recupera ambos discursos, indicando sus posteriores bloqueos, capturas y desplazamientos. De este modo, el análisis de los discursos políticos ofrece a Foucault un dominio novedoso, en el que problematizar los modos de articulación de las luchas en unas estrategias globales de confrontación.

En el mismo período, el análisis de las tecnologías globales de ejercicio del poder pone en marcha una novedosa conceptualización de sus dispositivos, que complementa y desborda el análisis de las disciplinas. Foucault indica que, como complemento y refuerzo de los dispositivos disciplinarios, emerge hacia el siglo XVIII una nueva tecnología de poder sobre la vida, que actúa a nivel ya no de relaciones locales y circunscritas de poder, sino a nivel global de la población. Se trata de la emergencia de la biopolítica, entendida como una tecnología de poder que se asienta sobre los dispositivos locales de poder operando, sin embargo, a nivel global. A partir de los cursos *Seguridad, territorio, población y Nacimiento de la biopolítica*, Foucault inscribirá sus análisis de la biopolítica en el marco más general de la gubernamentalidad. Esta racionalidad del ejercicio gubernamental permitirá abordar el poder estatal por fuera de sus coordenadas institucionales, analizándolo a partir de las prácticas, su racionalidad y sus articulaciones.¹⁴⁹

Emergencia, en suma, de un nuevo nivel de análisis, que permite el abordaje de las relaciones de poder en términos de sus articulaciones globales y sus efectos de conjunto. Por un lado, su pendiente tecnológica se expresará en la emergencia de las nociones de biopolítica y, posteriormente, de gubernamentalidad. Por otro lado, su pendiente estratégica se expresará en la emergencia del campo de los discursos políticos. Nuestros cuadrantes quedarían, en principio, presentados en los siguientes términos:

¹⁴⁸ 'Il faut défendre la société', op. cit., p. 75 [p. 85].

¹⁴⁹ *Sécurité, territoire, population*, op. cit., p. 366 [409]; *Naissance de la biopolitique*, op. cit., pp. 77-78 [94-95].

Dominio Estratégico (racionalidad de las prácticas)		Orientación	
		Tecnológica (acepción instrumental)	Estratégica (acepción lúdica/bélica)
Nivel	Táctico (relaciones locales de poder)	Disciplinas	Ofensivas locales
	Estratégico (coordinaciones globales)	Biopolítica Gubernamentalidad	Discursos políticos

En ambos casos, se trata de abrir una indagación sobre las relaciones de poder que, partiendo de los dispositivos y las luchas locales, pueda dar cuenta de los dispositivos globales de poder y las articulaciones estratégicas de las luchas. Ahora bien, mientras las nociones de biopolítica y, en particular, de gubernamentalidad serán recuperadas y exploradas en sus trabajos sucesivos; los discursos políticos constituirán más bien un episodio discreto, limitado en su mayor parte al curso *Defender la sociedad*. El objetivo en lo que siguen es el de reponer una lectura de estos discursos políticos, identificando en ellos unas superficies de inscripción y operadores en las luchas estratégicas de poder. Antes de proceder a esta reposición, debemos detenernos en la noción de discurso.

Capítulo 3. Los discursos estratégicos

Hasta aquí, hemos indicado la ocurrencia de un “hartazgo” de parte de Foucault; y hemos señalado que ese hartazgo se asocia al déficit de problematización de su grilla de la guerra. Hemos indicado que Foucault se propone a partir de entonces observar de cerca la hipótesis bélica, preguntándose de qué tipo de guerra podría tratarse. En esta línea, Foucault suspende la identificación inmediata de la guerra con la lucha de clases, abriendo así una indagación sobre la hipótesis bélica en la especificidad de su operatoria.

Hemos identificado, en segundo lugar, la emergencia de una concepción ceñida de la política, que no remite ya a todo lo relativo al poder. Más bien, la política aparece aquí conceptualizada en los términos de estrategias de coordinación y finalización de las relaciones de fuerza. Esto nos condujo a la recuperación de la noción de estrategia en sus diversas acepciones. Finalmente, indicamos que, a partir de mediados de la década del '70, Foucault da lugar a dos investigaciones que responden al dominio estratégico de la política. Por un lado, las estrategias de coordinación y finalización de las tecnologías de poder son tematizadas en las nociones de biopolítica y gubernamentalidad. Por otro lado, las estrategias de coordinación y finalización de las luchas son tematizadas en las investigaciones relativas a los discursos políticos. A partir de aquí, se hace necesario reponer la noción foucauldiana de discurso.

Al igual que en el caso de la estrategia, la noción de discurso adolece de una inestabilidad persistente en la obra de Foucault, tanto a nivel conceptual como analítico. Inestabilidad que se acrecienta allí donde se trata de evaluar la relación entre discursos y poder.¹⁵⁰ De hecho, a comienzos de la década del '70, Foucault reconoce cierto déficit en sus

¹⁵⁰ Es de indicarse en este punto que la distinción foucauldiana entre lo discursivo y lo no discursivo ha sido objeto de profundas objeciones. Cabe aclarar en este punto que la identificación foucauldiana de lo discursivo no puede ser remitida a los actos de habla y escritura. Más bien, Foucault indica que lo discursivo importa métodos de observación, procedimientos de registro y de transmisión que no se resumen en el hablar o el escribir. Cuando Foucault se desplace, más adelante, hacia la consideración de los dispositivos de poder, volverá a indicar que los instrumentos de vigilancia, sanción y examen que estos dispositivos ponen en marcha incluyen por igual prácticas discursivas y no discursivas. De modo que es posible indicar que las nociones de lo discursivo y no discursivo remiten por lo general a las nociones de saber y poder. Ante las varias objeciones que recibirá respecto de esta distinción, Foucault manifestará su llano desinterés: “no es muy importante decir: esto pertenece a lo discursivo, esto otro no (...) No creo que sea muy importante hacer esa distinción, desde el momento en que mi problema no es lingüístico.” “Le jeu de Michel Foucault.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 302. Creo, en este punto, que no es posible mayor precisión. A efectos de una lectura sensible a los problemas que el mismo Foucault se ha planteado, considero que es necesario sustraerse de dos alternativas. La primera, conducir el análisis de Foucault a los términos de Jacques Derrida, exigiéndole que se ocupe de distinciones y problemas que no son los suyos. La segunda, sostener con Gilles Deleuze que Foucault ha resuelto con precisión la distinción entre lo discursivo y lo no discursivo, a partir del par heterogéneo de lo visible y lo enunciable. Deleuze, Gilles. *Foucault*, op. cit., pp. 57 y ss.

descripciones arqueológicas de los discursos científicos y se propone pasar a la explicación de las condiciones históricas que determinan su emergencia. En esta línea, ensaya una serie de alternativas divergentes y muchas veces desconcertantes. Finalmente, el programa arqueológico de descripción de los discursos será desplazado y relocalizado al interior del método genealógico. El decurso de esta parábola da lugar a un mosaico de rastros textuales sin articulación evidente. A efectos de ordenar esta profusión, podríamos establecer tres momentos. El primero de ellos, vinculado a su libro de 1969, *La arqueología del saber*; el segundo, a su conferencia inaugural en el Collège de France de 1970, publicada bajo el título *El orden del discurso*; por último, considero el período que se abre con el primer tomo de su *Historia de la sexualidad*.

En líneas generales, podríamos caracterizar estos tres momentos de la siguiente manera. En *La arqueología del saber*, Foucault describe las formaciones discursivas con relativa autonomía respecto de las condiciones políticas, sociales y económicas de su emergencia. Poco después, sin embargo, Foucault indica la necesidad de pasar de la mera descripción de estos discursos a la explicación de su formación histórica, considerando las condiciones políticas, sociales y económicas que los determinan. Se trata de conservar el método de descripción arqueológica, yuxtaponiendo una explicación de la emergencia de los discursos. Esta necesidad de explicar la emergencia de los discursos da lugar a un segundo momento, en el que Foucault incorpora la dimensión genealógica. Este proyecto se expresa en su conferencia de 1970, *El orden del discurso*. Aquí, la relación del discurso con el poder es descrita mediante toda una ingeniería de procedimientos de rarefacción, que operan una especie de policía de los discursos. Más tarde, Foucault considera que esta última noción de discurso es inadecuada, abandonando la idea de un poder que controlaría represivamente la producción de las cosas dichas. Así, a partir del primer tomo de *Historia de la sexualidad*, el discurso es considerado como una superficie estratégica al interior de la que operan las luchas y los enfrentamientos.

En suma, el decurso de estos tres momentos puede trazarse en los siguientes términos: en un primer momento, el discurso puede describirse con relativa independencia de sus condiciones históricas; en un segundo momento, el discurso aparece transido por un poder centralmente represivo; finalmente, el discurso constituye el campo mismo del despliegue del poder. Es ésta última la noción de discurso que nos permitirá poner en marcha los capítulos que siguen.

1. La autonomía del saber

Comencemos por considerar *La arqueología del saber* (1969), libro orientado a una reposición de la metodología que habría subterfugado sus análisis arqueológicos previos. Este libro inicia con un trabajo de suspensión, una puesta entre paréntesis de aquellas nociones que permiten agrupar a los discursos en grandes continuidades que remiten a la actividad sintética de un sujeto. Foucault hace el elenco de aquellas nociones que relacionan los discursos entre sí: tradición, influencia, desarrollo, evolución, mentalidad y espíritu; nociones que clasifican a los discursos: tipo, forma, género, libro y obra; nociones que, finalmente, garantizan una continuidad infinita: la asignación de un origen secreto, la interpretación de lo no-dicho detrás de lo dicho. Al poner entre paréntesis estas nociones, Foucault hace surgir un dominio novedoso: “el conjunto de todos los enunciados efectivos (hayan sido hablados o escritos), en su dispersión de acontecimientos.”¹⁵¹ La liberación de este dominio de acontecimientos discursivos pone en marcha un tipo de análisis de las unidades discursivas que se opone a las estrategias de análisis de la formalización y la interpretación. Por un lado, el análisis de los enunciados en tanto acontecimientos discursivos se distingue del análisis lógico de la proposición y del análisis gramatical de la frase.¹⁵² En estos casos, el análisis se pone en marcha a partir de las reglas lógicas o gramaticales de construcción de los enunciados; reglas que, en sí mismas, son extrínsecas a los enunciados efectivos y determinan no sólo a éstos sino al conjunto infinito de los enunciados posibles. “El campo de los eventos discursivos, en cambio, es el conjunto siempre finito y actualmente limitado de las únicas secuencias lingüísticas que han sido formuladas.”¹⁵³ Por otro lado, el análisis de los enunciados efectivos se distingue también de la historia del pensamiento, en su reconstrucción interpretativa de “la intención del sujeto parlante, su actividad consciente, lo que ha querido decir, o también el juego inconsciente que, a pesar suyo, ha emergido en lo que ha dicho.”¹⁵⁴ El análisis de los enunciados en tanto eventos discursivos toma, en cambio, al enunciado en su singularidad de

¹⁵¹ *L'Archéologie du savoir*, op. cit., p. 44 [43].

¹⁵² A efectos de mayor claridad, omito en este punto el contraste entre la noción foucauldiana de enunciado y la noción de “speech act.” Omisión justificada por el hecho de que esta oposición es algo episódica en el texto, si la comparamos con la persistencia de los términos de proposición y de frase. Omisión justificada también por el hecho de que, en diálogo con Hubert Dreyfus y Paul Rabinow, Foucault concedió que su noción de enunciado podría entenderse como un tipo específico de acto de habla. Ver “Interview III Berkeley. 15 octubre 1979.” *Fonds Michel Foucault*. Caen: IMEC, cota C12. Es en este sentido que Dreyfus y Rabinow presentan la noción foucauldiana de enunciado en los términos de un “serious speech act.” *Beyond Structuralism and hermeneutics*, op. cit., pp. 44-46 [71-75].

¹⁵³ *L'Archéologie du savoir*, op. cit., p. 44 [44].

¹⁵⁴ *Ibid.*

acontecimiento, sin remitirlo a interioridad alguna. En suma, contra la regla de una lógica, de una gramática o de una interioridad, Foucault propone darse al análisis de los enunciados efectivamente proferidos, a partir de la reconstrucción de la regularidad que les es inherente.¹⁵⁵ Este análisis comporta sus momentos ascendentes (desde los enunciados hacia las formaciones discursivas) y descendentes (desde las formaciones hacia los enunciados).¹⁵⁶

En primer lugar, Foucault asciende desde los enunciados hacia las formaciones discursivas, preguntándose en qué tipos de unidades discursivas pueden agruparse estos elementos. A estos efectos, postula cuatro posibilidades habituales. Según ellas, una formación discursiva agrupa los enunciados que (1) tratan sobre un mismo objeto, (2) tienen un mismo estilo de enunciación, (3) tratan con los mismos conceptos, o (4) tratan de los mismos temas. Foucault rechaza estas cuatro posibilidades. Ninguno de estos elementos constituye una instancia que, desde el exterior, permitiría agrupar los enunciados en unidades. Más bien, una formación discursiva viene definida por la regularidad intrínseca mediante la que se da sus objetos, determina las posiciones de sujeto, se forma sus conceptos y se abre a opciones temáticas y estrategias teóricas. Este cuádruple sistema de formación es lo que brinda unidad a un discurso. De aquí que un discurso sea “el conjunto de los enunciados que dependen de un mismo sistema de formación.”¹⁵⁷

Así identificado el sistema de formación, es posible la descripción de los enunciados en su positividad. Este descenso a la descripción de las positivities procede a partir de tres exigencias. En primer lugar, un principio de rareza, que se opone a la figura continua de la totalidad estructural. Este principio reposa en el hecho de que los enunciados efectivamente proferidos no configuran una totalidad de plenitud y riqueza indefinidas. Más bien, los enunciados están caracterizados por una rareza que los hace limitados. Contra la imagen de una totalidad cerrada y una plétora, Foucault convoca las figuras de lo lacunar y lo recortado. En segundo lugar, un principio de exterioridad, que renuncia a la interpretación y al recurso a la interioridad de una conciencia. Se trata, en cambio, de mantenerse en la exterioridad y dispersión de las cosas dichas. Por último, un principio de acumulación, que renuncia a las

¹⁵⁵ Mathieu Potte-Bonneville ofrece claridad sobre este punto: “...la puesta entre paréntesis de las grillas de lectura lógica, gramatical, intencional, etc., hace aparecer un orden de regularidades específicas, seleccionando entre todos los enunciados correctos sólo aquellos que serán emitidos en un período dado, o entre todas las proposiciones materialmente verdaderas, sólo aquellas que serán reconocidas en un cierto momento como 'en la verdad'. En el vasto campo de las posibilidades ofrecidas por la lengua, el discurso viene a recortar el dominio más estrecho de aquello que es históricamente efectivo.” Potte-Bonneville, Mathieu. *Foucault, op. cit.*, p. 38.

¹⁵⁶ Dreyfus, Hubert y Rabinow, Paul. *Michel Foucault. Beyond structuralism and hermeneutics, op. cit.*, p. 45 [72].

¹⁵⁷ *L'Archéologie du savoir, op. cit.*, p. 148 [181].

figuras de continuidad y teleología abiertas por un acto constituyente. Se trata, en cambio, de considerar la remanencia específica a los enunciados, indicando los soportes, técnicas e instituciones que permiten su acumulación.¹⁵⁸

De este modo, el análisis arqueológico puede reponerse en tres maniobras mayores: (1) suspensión de las grandes continuidades que le dan unidad al discurso, (2) reconstrucción de los sistemas de formación que caracterizan las unidades discursivas, (3) descripción de los conjuntos de enunciados en su rareza, exterioridad y acumulación.

Ahora bien, ¿cuál es la relación entre el discurso y el poder? En *La arqueología de saber*, esta relación aparece diseminada en una variedad de referencias, que no ofrecen mayor sistematicidad ni claridad. Es posible ensayar un acercamiento a este tema a partir de la relación que las formaciones discursivas entablan con los procesos económicos, políticos y sociales. Foucault indica que las condiciones históricas determinan a los discursos, pero no hace de ellos meras expresiones o transcripciones de estas condiciones. Foucault toma el ejemplo de las nociones clínicas de tejido y lesión orgánica.¹⁵⁹ Estas nociones no son la expresión directa de unas condiciones económicas determinantes. Pero son las condiciones económicas (por caso, el desempleo masivo en Francia de fines del siglo XVIII) las que han dado lugar a un tipo institucional de hospitalización, las que han posibilitado ciertas regularidades de observación, las que han permitido la aparición de ciertas hipótesis, dando lugar, finalmente, al surgimiento de la noción de lesión del tejido. De modo que, entre las condiciones económicas, políticas y sociales y las formaciones discursivas no existe una relación directa de expresión; más bien, estas condiciones determinan las posibilidades de emergencia de los objetos, las modalidades enunciativas, los conceptos y las estrategias teóricas que los discursos forman. El discurso, en suma, “no expresa esas condiciones, aunque ellas lo determinen.”¹⁶⁰

Como contrapartida, Foucault indica que las prácticas discursivas así delineadas

¹⁵⁸ Edgardo Castro identifica en estos principios una renuncia a tres recursos: al sentido en una totalidad estructural o cultural, a la interioridad de la conciencia, y a la historia empírico-positiva: “Con el principio descriptivo de *rareza* Foucault renuncia a una explicación en términos de objetividad totalizante; con el principio de *exterioridad*, a una explicación en términos de subjetividad trascendental o psicológica. No debemos recurrir ni a la estructura ni al sentido como principios explicativos o reductivos de la historicidad del saber. Una tercera posibilidad sería la de analizar los testimonios (documentos) de la actividad científica (textos, discursos) a la manera de la historia empírico-positiva: como la memoria de lo que efectivamente ha ocurrido. El principio de *acumulación* elimina esta tercera alternativa; la memoria histórica no constituye una explicación de la historicidad de los discursos, estos poseen formas de permanencia, de aditividad y recurrencia específicas.” Castro, Edgardo. *Pensar a Foucault. Interrogantes filosóficos de La arqueología del saber*. Buenos Aires: Biblos, 1995, p. 191.

¹⁵⁹ “Entretien avec Michel Foucault.” *Dits et écrits I, op. cit.*, p. 1029.

¹⁶⁰ *L'Archéologie du savoir, op. cit.*, pp. 66-67 [74-75].

operan sobre las instituciones, las técnicas, los procesos económicos, sociales y políticos, permitiendo la unificación de estos elementos heterogéneos. El discurso es entonces el elemento que articula y unifica esta heterogeneidad de prácticas, instaurando el sistema de estas relaciones.¹⁶¹ De modo que Foucault identifica en *La arqueología del saber* una relación doble entre los discursos y los procesos económicos, sociales y políticos. Por un lado, estos procesos condicionan la formación de los discursos; por otro lado, estos discursos así formados articulan la heterogeneidad de estos procesos. Siguiendo con nuestro ejemplo, “el discurso 'utiliza' los varios factores sociales, técnicos, institucionales y económicos que determinan la práctica médica, reuniéndolos y dándoles unidad.”¹⁶² En algún sentido, “el discurso dicta los términos de su propia dependencia.”¹⁶³

2. La policía discursiva

Muy pronto, estas indicaciones se evidencian insuficientes. En varias intervenciones posteriores a *La arqueología del saber*, Foucault indica la necesidad de profundizar en el análisis de estos condicionamientos políticos, sociales, económicos. Aduce que sus análisis arqueológicos se mantuvieron a un nivel meramente descriptivo y que ahora se hace necesario pasar al nivel explicativo, profundizando en la relación entre los discursos y sus condiciones históricas.¹⁶⁴ Foucault se llama así a considerar el problema de “la causalidad en el orden del saber.”¹⁶⁵ Se trata, en todo caso, de estudiar las condiciones históricas, económicas y políticas

¹⁶¹ “Más allá de lo que se entienda por un discurso 'que instaure' un 'sistema de relaciones,' es claro que, en *La arqueología del saber*, la afirmación de que el discurso es autónomo va más allá de la mera idea de que éste puede ser inteligible en sus propios términos. Es más bien la afirmación extrema e interesante (si no implausible en última instancia) de que el discurso unifica la totalidad del sistema de prácticas, y que es sólo en términos de esta unidad discursiva que se reúnen los varios factores sociales, políticos, económicos, tecnológicos y pedagógicos, y funcionan de una manera coherente.” Dreyfus, Hubert y Rabinow, Paul. *Beyond Structuralism and hermeneutics*, op. cit., pp. 65 [92 (lig. mod.)].

¹⁶² Dreyfus, Hubert y Rabinow, Paul. *Beyond Structuralism and hermeneutics*, op. cit., p. 64 [91 (lig. mod.)].

¹⁶³ *Ibid.* Esta propuesta no deja de ser algo enigmática. Mathieu Potte-Bonneville sostiene: “Se trata de mantener un equilibrio delicado: marcar la solidaridad entre las tesis, conceptos, métodos científicos, y el conjunto de prácticas históricas, sociales e institucionales; pero no por ello reducir la ciencia a un simple epifenómeno, gobernado desde el exterior por las condiciones económicas y políticas de la sociedad. La palabra 'saber' tiene también este rol: contestar la autonomía del desarrollo de la ciencia reintroduciendo la exterioridad de la historia; pero subrayar, al mismo tiempo, que esta historia es específica y no se deja deducir mecánicamente de las características materiales de una sociedad dada, como si el saber no tuviese otro destino que el de 'expresar' su tiempo. En este punto, Foucault distingue cerradamente su arqueología del saber respecto de una teoría de la ideología, a la manera marxista.” Potte-Bonneville, Mathieu. *Foucault*, op. cit., p. 40.

¹⁶⁴ “Entretien avec Michel Foucault.” *Dits et écrits I*, op. cit., p. 1030.

¹⁶⁵ “Titres et travaux.” *Dits et écrits I*, op. cit., pp. 873-874 [“Títulos y obras de Michel Foucault.” Eribon, Didier. *Michel Foucault*, op. cit., p. 427]. Este llamado a considerar el problema de la causalidad también es recuperado en el prefacio a la edición inglesa de 1970 de *Las palabras y las cosas*. “Préface à l'édition

de los saberes, pasando así de la arqueología a la “dinástica,”¹⁶⁶ a la relación entre los saberes, las instituciones y prácticas.¹⁶⁷ En principio, este desplazamiento daría cuenta de una ampliación de sus investigaciones: al conjunto descriptivo de la arqueología se yuxtapondría el conjunto de la “dinástica,” que explicaría las condiciones de emergencia de los discursos.

En la inquietud abierta por estas indicaciones se ubica su conferencia inaugural de 1970 en el Collège de France, publicada bajo el título *El orden del discurso*. Aquí, el proyecto inicial de hallar un suplemento explicativo importará, en cambio, una innovación mayor respecto del método arqueológico.¹⁶⁸ En esta conferencia, Foucault indica la hipótesis de que, en toda sociedad, la producción del discurso está controlada, seleccionada, redistribuida por cierto número de procedimientos de rarefacción; procedimientos que toman la forma de sistemas de exclusión (la palabra prohibida, la separación de la locura, la voluntad de verdad), procedimientos de delimitación interna (en las figuras del comentario, el autor, la disciplina), procedimientos de apropiación (en formas rituales, sociedades de discurso, doctrinas, adecuaciones sociales). Y, a poco de comenzada esta conferencia, Foucault indica que “el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse.”¹⁶⁹ Ya en *La arqueología del saber*, Foucault indicaba que el discurso “aparece como un bien -finito, limitado, deseable, útil- que tiene sus reglas de apropiación y de empleo; un bien que plantea, por consiguiente, desde su existencia (...) la cuestión del poder; un bien que es, por naturaleza, objeto de una lucha, de una lucha política.”¹⁷⁰ Ya en este libro,

anglaise.” *Dits et écrits I*, op. cit., p. 879-880.

¹⁶⁶ “Lo que llamo ‘arqueología del saber’ es precisamente la identificación y la descripción de los tipos de discurso y lo que llamo ‘dinástica del saber’ es la relación que existe entre estos grandes tipos de discurso que se pueden observar en una cultura y las condiciones históricas, las condiciones económicas, las condiciones políticas de su aparición y de su formación.” “De l’archéologie à la dynastique.” *Dits et écrits I*, op. cit., p. 1274. Para encontrar otra ocurrencia del término dinastía en la obra de Foucault, debemos movernos a su curso en el Collège de France de 1983. Allí, Foucault identifica la noción de dinastía con el ejercicio del poder: “los problemas de la dynasteia, los problemas de la potencia son, en sentido estricto, los problemas de la política.” *Le gouvernement de soi et des autres*, op. cit., p. 146 [171].

¹⁶⁷ “Un problème m’intéresse depuis longtemps, c’est celui du système pénal.” *Dits et écrits I*, op. cit., pp. 1075-1076.

¹⁶⁸ “*El orden del discurso* se inscribe en la línea de la arqueología, al retomar y afinar el análisis de los ‘procedimientos de exclusión internos’, es decir de las reglas a las que deben adecuarse los enunciados para estar ‘en la verdad’. Sin embargo, este texto se desmarca de los anteriores al afirmar la existencia de ‘procedimientos de exclusión externos’ que se ejercen de igual manera sobre los discursos, a los que asigna una importancia considerable pues es a partir de ellos que comienza su análisis. Por ende, Foucault renuncia implícitamente al postulado de *La arqueología del saber* que afirmaba la posibilidad de estudiar lo discursivo de manera autónoma.” Han, Béatrice. *L’ontologie manquée de Michel Foucault*. Grenoble: Millon, 1998, p. 150.

¹⁶⁹ *L’ordre du discours*. París: Gallimard, 1971, p. 12 [Traducción: *El orden del discurso*. Barcelona: La piqueta, 1996, p. 15].

¹⁷⁰ *L’archéologie du savoir*, op. cit., p. 166 [204].

Foucault vinculaba la positividad de los enunciados a unos procedimientos de rarefacción y de acumulación; *El orden del discurso* trae al frente el análisis de estos procedimientos.

A efectos de abordar el orden del discurso, Foucault propone dos conjuntos de investigaciones, que son más bien dos frentes de ataque a un mismo objeto. Por un lado, un conjunto crítico, orientado por un principio de trastocamiento [*renversement*]. Este principio consiste en una toma de distancia, una puesta entre paréntesis y un cernimiento de las continuidades impuestas por estos procedimientos de rarefacción: disciplina, autor, voluntad de verdad... Se trata de tomar un dominio de discursos y poner entre paréntesis sus agrupamientos habituales, identificando en ellos el trabajo de unas exclusiones, unas delimitaciones y unas apropiaciones.

El segundo conjunto de investigaciones, de orden genealógico, atiende a las series de formación efectiva de los discursos. Si la crítica trastoca las continuidades, indicando los procedimientos de rarefacción del discurso, la genealogía reconstruye la serie de los acontecimientos discursivos en su discontinuidad, especificidad y exterioridad; en aquello que Foucault llama su positividad. Aquí se desplazan en clave explícitamente genealógica los principios que en *La arqueología del saber* guiaban la descripción de los enunciados. Así, las formaciones efectivas de los discursos no se reponen a partir de la continuidad inaugurada por un origen fundador, sino a partir del azar de sus procedencias, del choque de las fuerzas en que emergen, de la serie discontinua en que se prorrogan.

En suma, el conjunto crítico permite tomar distancia respecto de las continuidades habituales y hacer ver los procedimientos de rarefacción; el conjunto genealógico capta los discursos en su discontinuidad, su especificidad y su exterioridad, para inscribirlos en las series de su formación efectiva.

De este modo, *El orden del discurso* abre paso a la consideración de las relaciones entre discurso y poder, a partir de un nuevo conjunto de investigaciones. Pero este conjunto no se yuxtapone a la descripción arqueológica a la manera de un suplemento.¹⁷¹ Más bien, los elementos de la descripción arqueológica son redistribuidos al interior de dos nuevas maniobras generales. Por un lado, se conserva, al interior del conjunto crítico, el trabajo arqueológico de toma de distancia, de puesta entre paréntesis y de trastocamiento de las

¹⁷¹ Mathieu Potte-Bonneville indica los inconvenientes que habría implicado la concreción de un proyecto de ese tipo: "...confiar a la genealogía la misión de asegurar a la vez el acondicionamiento de las transiciones históricas, la asignación de las causas profundas de las que el saber sería efecto, y el establecimiento de un estándar susceptible de fundar los juicios de valor... dicho de otra manera, la genealogía debería jugar el rol de una teoría de los principios, de la que, como hemos visto, la arqueología buscaba precisamente deshacerse." Potte-Bonneville, Mathieu. *Foucault, op. cit.*, p. 50.

continuidades; y se analiza el orden del discurso mediante la reposición ya no del sistema de formación sino de sus procedimientos de rarefacción y acumulación. Por otro lado, se conserva, al interior del conjunto genealógico, la descripción de los conjuntos de enunciados en su rareza, exterioridad y acumulación, glosando aquí el análisis a partir de una genealogía de las procedencias azarosas, de las emergencias violentas y de las series dispersas.

3. Superficie y operador del poder

Quisiera, por último, considerar un desplazamiento ulterior en la noción de discurso, que corresponde al primer tomo de *Historia de la sexualidad*.¹⁷² Foucault indica nuevamente que los discursos no deben ser analizados como simples superficies de proyección de los mecanismos de poder; y a esto agrega: “No hay que imaginar un universo del discurso dividido entre el discurso aceptado y el discurso excluido, o entre el discurso dominante y el discurso dominado, sino como una multiplicidad de elementos discursivos que pueden actuar en estrategias diferentes.”¹⁷³ Aquí, Foucault parece estar glosando su conferencia de 1970, a efectos sin embargo de rechazar sus proposiciones. En una entrevista a propósito de la publicación de *Historia de la sexualidad*, Foucault reconoce:

Creo, en ese *Orden del discurso*, haber mezclado dos concepciones o, más bien, ante una pregunta que creo legítima (la articulación de los hechos de discurso sobre los mecanismos de poder) propuse una respuesta inadecuada. Es un texto que he escrito en un momento de transición. Hasta ese momento, me parece que aceptaba la concepción tradicional del poder, el poder como mecanismo esencialmente jurídico, lo que dice la ley, lo que prohíbe, lo que dice “no,” con toda una letanía de efectos negativos: exclusión, rechazo, barrado, denegaciones, ocultamientos... Ahora bien, creo que esta concepción es inadecuada.¹⁷⁴

Abordar el orden del discurso desde la perspectiva de los procedimientos de rarefacción, considerar el discurso a partir de las exclusiones, delimitaciones y apropiaciones que lo ciernen obsta a la identificación de la reversibilidad táctica de los discursos. Más bien,

¹⁷² ¿Qué sucede en *Vigilar y castigar*? En este libro de 1975, las ocurrencias de la palabra “discurso” son tan numerosas como inespecíficas. Difícil arrancar a este libro una conceptualización del discurso. Sin embargo, es de notarse que en su párrafo final, la noción de discurso adquiere cierta significación, cercana a la que indicaremos de aquí en más: “En esta humanidad central y centralizada, efecto e instrumento de relaciones de poder complejas, cuerpos y fuerzas sometidos por dispositivos de 'encarcelamiento' múltiples, objetos para discursos que son ellos mismos elementos de esta estrategia, hay que oír el estruendo de la batalla.” *Surveiller et punir*, op. cit., p. 315 [314] (énfasis mío).

¹⁷³ *Histoire de la sexualité 1*, op. cit., p. 133 [123].

¹⁷⁴ “Les rapports de pouvoir passent à l'intérieur des corps.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 228-229 [163-164].

“hay que admitir un juego complejo e inestable donde el discurso puede a la vez ser instrumento y efecto de poder, pero también obstáculo, tope, punto de resistencia y de partida para una estrategia opuesta. El discurso transporta y produce poder, lo refuerza pero también lo mina, lo expone, lo torna frágil y permite detenerlo.”¹⁷⁵ En *El orden del discurso* Foucault podía sostener la imagen de una represión de las cosas dichas en la forma de una “policía discursiva.” A partir de aquí, en cambio, la relación entre el poder y el discurso ya no aparece cargada de la negatividad y unilateralidad con que se la caracterizaba. Más bien, se trata de indicar la inherencia del poder al discurso, ya no bajo la forma de la represión, sino bajo la forma bélica de unas tácticas y unas estrategias que se oponen. De manera convergente, en una conversación sostenida ese mismo año, Foucault sostiene:

“Se trata aquí de mostrar el discurso como un campo estratégico, donde los elementos, las tácticas, las armas no cesan de pasar de un campo al otro, de intercambiarse entre los adversarios y de volverse contra aquéllos mismos que los utilizan. Es en la medida en que es común que el discurso puede devenir a la vez un lugar y un instrumento de enfrentamiento. No es porque se piense de manera diferente o porque se sostengan tesis contradictorias que los discursos se oponen. Es, en principio, porque el discurso es un arma de poder, de control, de sujeción, de calificación y de descalificación que él es el juego de una lucha fundamental (...) Para la relación de fuerzas, el discurso no es solamente una superficie de inscripción sino también un operador.”¹⁷⁶

Foucault insiste aquí en el carácter polivalente del discurso, en sus posibilidades de alojar estrategias divergentes y antagónicas. El discurso es el aire común que respiran los adversarios y que permite reversiones tácticas, capturas, desplazamientos. Si bien estos elementos estaban ya presentes en *El orden del discurso*, lo cierto es que a partir de aquí Foucault desplaza el énfasis desde los procedimientos de rarefacción hacia las reversibilidades tácticas. Tiempo después Foucault indicará:

“El tipo de análisis que yo practico (...) examina las diferentes maneras en las cuales el discurso juega un rol al interior de un sistema estratégico donde el poder está implicado, y a través del cual el poder funciona. El poder no está, entonces, por fuera del discurso. El poder no es fuente ni origen del discurso. El poder es algo que opera a través del discurso, porque el discurso es en sí mismo un elemento en un dispositivo estratégico de relaciones de poder.”¹⁷⁷

¹⁷⁵ *Histoire de la sexualité 1*, op. cit., p. 133 [123].

¹⁷⁶ “Le discours ne doit pas être pris comme...”, *Dits et écrits II*, op. cit, pp. 123-124.

¹⁷⁷ “Dialogue sur le pouvoir.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 465 [Traducción: “Diálogo sobre el poder.” *Obras esenciales III: Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona: Paidós, 1999, p. 59].

En todas estas citas, se observa una ambivalencia permanente de la noción de discurso, que sin embargo puede ser ilustrativa de este cambio de énfasis. Indiquemos dos series de nociones: por un lado, el discurso es superficie, campo, medio, lugar del poder; por otro lado, es su arma, instrumento, elemento, operador. Ya en *El orden del discurso*, Foucault sostenía esta ambivalencia: el discurso, “aquello *por lo que*, y *por medio* de lo cual se lucha.”¹⁷⁸ Tal vez, podríamos indicar el corrimiento que se opera en el primer tomo de *Historia de la sexualidad* a partir de un desplazamiento del énfasis de una serie a la otra. Pasaje de la serie superficie-campo-medio-lugar a la serie arma-instrumento-elemento-operador. Esto es decir que las relaciones de poder no parecen ya movilizar al discurso como un bloque, imponiéndole unos procedimientos de rarefacción generales; más bien, estas relaciones se despliegan y se disputan al interior mismo del discurso, tomando sus elementos y haciendo de ellos unos instrumentos reversibles. De aquí se sigue que el orden del discurso no es producto de una policía que despliega sobre él sus procedimientos generales de rarefacción; más bien, el orden del discurso es efecto de las luchas que operan a su interior y que, desde su interior, le dan sus contornos generales, sus delimitaciones internas y sus apropiaciones posibles. Se trata, de un “discurso-batalla y no de un discurso reflejo.”¹⁷⁹ Convergentemente, en su curso de 1976 en el Collège de France, Foucault delinea la noción de táctica discursiva: “un dispositivo de saber y poder que, precisamente, en cuanto táctica, puede transferirse y se convierte, en última instancia, en la ley de formación de un saber y, al mismo tiempo, en la forma común de la batalla política.”¹⁸⁰ De esta manera, los discursos, en tanto forman unas tácticas y están sujetos a capturas y reversiones, constituyen de manera inmanente la misma superficie discursiva en la que ellos se alojan y se despliegan.

Resumamos lo dicho. En *La arqueología del saber*, la emergencia de las formaciones discursivas aparecía condicionada por el contexto político, social, económico; pero la descripción de estas formaciones podía prescindir de sus condicionamientos. La consideración de estas determinaciones se prometía para un nivel explicativo de análisis, yuxtapuesto al de la descripción arqueológica. En *El orden del discurso* se traba una relación más ceñida con el poder, identificando al discurso a partir de la serie de procedimientos de rarefacción que lo determinan. Si aquí la relación entre discurso y poder es mucho más apretada, lo cierto es que el énfasis en los procedimientos de rarefacción sugiere la existencia de un poder represivo que

¹⁷⁸ *L'ordre du discours*, op. cit., p. 12 [Traducción: *El orden del discurso*. Barcelona: La piqueta, 1996, p. 15] énfasis mío.

¹⁷⁹ “Le discours ne doit pas être pris comme...”, *Dits et écrits II*, op. cit, p. 124.

¹⁸⁰ *Il faut défendre la société*, op. cit., p. 169 [175].

se ejercería todo a lo largo de su superficie. Finalmente, en el primer tomo de *Historia de la sexualidad*, el discurso aparece como superficie en la cual las relaciones de poder se traban, se disputan, se revierten. Esta superficie no es ya producto de unos procedimientos globales de rarefacción; más bien es el emergente estratégico de las luchas que inhieren a los discursos y los emplean como armas.

¿Deberíamos distribuir estas caracterizaciones en un plano cronológico, indicando una sucesión de maniobras discretas y mutuamente incompatibles? ¿O deberíamos, más bien, ensayar algún intento de articulación? En todo caso, ¿es posible integrar estos momentos en un análisis articulado, a un tiempo arqueológico, genealógico y estratégico? Efectivamente, ésta es la propuesta que Foucault pone en marcha en una conferencia de 1978, bajo el título “¿Qué es la crítica? [Crítica y *Aufklärung*].” Allí Foucault sistematiza una orientación posible de investigación que integra la arqueología, la genealogía y las estrategias. De esto no resulta un andamiaje metodológico compacto, exhaustivo y en todo coherente. Más bien, Foucault reinscribe aquí sus apuestas anteriores en una serie de prescripciones metodológicas generales que funcionan a la manera de la balizas de una orientación determinada. En esta línea, más que un método acabado, Foucault propone una “vía posible de investigación”¹⁸¹ en la articulación de tres dimensiones de procedimientos.

En primer lugar, la dimensión arqueológica pone en marcha un procedimiento de investigación que toma un conjunto de conocimientos y los somete a la suspensión, la puesta entre paréntesis de sus pretensiones de legitimidad y verdad, optando en cambio por preguntarse qué hace que estos conocimientos sean aceptables en un momento determinado. Esta pregunta por la aceptabilidad pone en marcha el nexo saber-poder:¹⁸² si un saber es aceptable en un momento determinado y en un dominio específico, es precisamente porque se inviste de mecanismos regulares susceptibles de inducir comportamientos y discursos. Este nexo poder-saber permite recortar, más allá de la mera empiricidad del conjunto, su positividad.

En segundo lugar, la dimensión genealógica prosigue la indagación respecto de su aceptabilidad, rastreando las líneas de ruptura que marcan su emergencia. Esta emergencia no es la de la fundación originaria de un saber, ni la de un universal que adquiere, a lo largo de la historia, diferentes concreciones. Se trata de abordar estas positivities como singularidades

¹⁸¹ “¿Qué es la crítica? [Crítica y *Aufklärung*]” *Daimon. Revista de Filosofía*, no. 11 (1995), p. 13.

¹⁸² *Ibid*, p. 14. Esto implica que ningún saber puede desplegarse sin mecanismos susceptibles de inducir comportamientos y discursos; y, como contrapartida, ningún poder puede ejercerse si no pone en marcha mecanismos de producción y distribución de saberes.

puras, ni encarnación de una esencia, ni individualización de una especie. “Ruptura, singularidad, discontinuidad.” ¿Cómo es posible, a partir de aquí, articular una explicación?¹⁸³

Foucault sostiene que la dimensión genealógica rechaza, efectivamente, todo procedimiento explicativo que asigne valor causal sea (1) a una determinación en última instancia, (2) a un origen unitario que se constituye como vértice de una pirámide, o (3) a una secuencia de mediaciones necesarias e inevitables. Pero esto no implica una renuencia general a toda explicación, un rechazo global a toda causalidad. En cambio, este análisis supone una red causal que no obedecería a la exigencia de saturación por un principio determinante, piramidalizante o necesario. Se trata, al contrario, de abordar las positivities en su singularidad, a partir de la reposición de la multiplicidad de relaciones determinantes. Ninguna de ellas accede a la dignidad de la causa. Esto implica que la singularidad nunca es producto de un principio causal de clausura; más bien, ella es efecto de la concurrencia causal de una multiplicidad de relaciones.

De esto se trata, finalmente, la dimensión estratégica. Se trata de articular una explicación de estas singularidades a partir de una causalidad no saturada. Este principio de causalidad se asienta en unas relaciones que no conforman un continente estable, jerarquizado, distribuido en un único plano. Más bien, la movilidad inherente a estas interacciones implica maniobras estratégicas de captura¹⁸⁴ y reversión.¹⁸⁵ Ya no se trata aquí de un plano estable de relaciones de poder que producen un orden general de rarefacción, sino del efecto siempre móvil de rearticulaciones tácticas y estratégicas que reconfiguran constantemente la superficie en que se inscriben.

¹⁸³ *Ibid*, p. 15. En este punto, Foucault refiere a las críticas de las que fue objeto su libro *Las palabras y las cosas*, considerado por varios críticos como un trabajo meramente descriptivo de las *épistémès*, que renuncia, en virtud de una filosofía de la discontinuidad, a todo esfuerzo explicativo. Respecto del asunto, Foucault indica: “Esta historia de la discontinuidad me ha sorprendido siempre un poco. Una edición del *Petit Larousse* que acaba de aparecer dice: ‘Foucault: filósofo que funda su teoría de la historia en la discontinuidad’. Esto me deja estupefacto. Sin duda me expliqué insuficientemente (...) Mi problema no fue en absoluto decir: viva la discontinuidad, estamos en la discontinuidad, permanezcamos en ella.” “Entretien avec Michel Foucault.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 143 [131 (la traducción omite algunos fragmentos de esta cita)]. En una conferencia de 1970, Foucault indica que su intención es, más bien, identificar las continuidades y discontinuidades específicas a cada capa de eventos. No se trata de diseminar la discontinuidad todo a lo largo de la historia, sino de identificar la temporalidad propia a cada investigación concreta: “la historia aparece entonces no como una gran continuidad bajo una discontinuidad aparente, sino como una maraña de discontinuidades superpuestas (...) somos llevados por ello mismo a descubrir al interior de la historia tipos de duración diferentes.” “Revenir à l’histoire.” *Dits et écrits I*, op. cit., p. 1147.

¹⁸⁴ “¿Qué es la crítica? [Crítica y *Aufklärung*].” *Daimon*, op. cit., p. 16: “Ninguna de estas interacciones aparece como primaria o absolutamente totalizante. Cada una puede ser resituada en el juego que la desborda; e, inversamente, ninguna, por muy local que sea, carece de efecto o deja de estar expuesta a tener un efecto sobre la interacción de la que forma parte y la envuelve.”

¹⁸⁵ *Ídem*: “...movilidad constante, esencial fragilidad o, más bien, intrincación entre lo que reconduce el proceso y lo que lo transforma.”

Ahora bien, en esta conferencia, Foucault indica que estas tres dimensiones de procedimientos no deberían ser consideradas como tres instrumentos discretos y sucesivos. “Al hablar de arqueología, de genealogía y de estrategia, no pienso que se trate de señalar con ello tres niveles sucesivos que serían desarrollados unos a partir de otros, sino más bien de caracterizar tres dimensiones necesariamente simultáneas del mismo análisis.”¹⁸⁶ De modo que, aquí, arqueología, genealogía y estrategia no conforman procedimientos discretos y solidarios entre sí; más bien, se trata de tres actitudes¹⁸⁷ o humores.¹⁸⁸

Un humor arqueológico, que toma un conocimiento familiar y establecido (como puede ser el de la filosofía política) y procede a un distanciamiento, a un enrarecimiento de la mirada que lo hace ver como un artefacto extraño. A partir de este extrañamiento, las pretensiones de verdad y legitimidad del conocimiento quedan suspendidas, permitiendo la emergencia de la mera positividad de las cosas dichas. Un humor genealógico, que rastrea las condiciones que hacen aceptable esta positividad. En la renuencia a encontrar orígenes solemnes y padres fundadores, este humor rastrea la procedencia y emergencia de estos discursos en los azares y las luchas en que surgieron. Un humor estratégico, por último, que no se limita a reponer el contexto de emergencia de un discurso, a la manera de un prefacio histórico de lo dicho. Más bien, se trata de identificar al discurso como superficie y operador de las luchas. Siendo así, las persistencias, los umbrales, las transformaciones de estos discursos no son sólo el producto de un contexto histórico de luchas; los discursos más bien son los instrumentos mediante los que estas luchas se despliegan, y sus transformaciones no son otra cosa que efectos estratégicos de unas capturas y unas inversiones.

Resumiendo: podemos compendiar estos tres momentos en términos del esquema que a continuación se presenta. En *La arqueología del saber*, Foucault propondría una descripción en tres maniobras: trastocamiento de las continuidades, descripción de las formaciones discursivas, descripción de los enunciados en su positividad. En *El orden del discurso*, esta descripción es redistribuida en términos de dos conjuntos generales: primero, un conjunto crítico que retoma el trabajo arqueológico de trastocamiento y propone una descripción de los procedimientos de rarefacción; segundo, un conjunto genealógico, que prorroga la descripción de la positividad de los enunciados en su discontinuidad, especificidad y exterioridad. Aquí, el énfasis en los procedimientos de rarefacción desplazaría la descripción de los sistemas de

¹⁸⁶ *Ibid*, p. 16.

¹⁸⁷ *Ibid*.

¹⁸⁸ *L'ordre du discours*, op. cit., pp. 71-72 [67-68].

formación.¹⁸⁹ Por último, “¿Qué es la crítica?” articula tres procedimientos generales. En primer lugar, un procedimiento arqueológico que trastoca los conocimientos, suspendiendo sus pretensiones de verdad y legitimidad, y postulando su positividad en el nexo poder-saber. Segundo, un procedimiento genealógico que describe esta positividad en términos de ruptura, discontinuidad y singularidad. Por último, un procedimiento estratégico que explica esta positividad a partir del juego de las interacciones, la imbricación de niveles y las reversibilidades. Más que indicar rupturas, evoluciones o períodos discretos, este esquema nos permite observar la fatigada persistencia de un número de temas y principios analíticos que se desplazan de un momento a otro.



Aquí, una digresión de alcance general. Hemos ya indicado que, más que conmutar la obra de Foucault al interior de las alternativas de una lectura unitaria o evolutiva, deberíamos concebir la relación de Foucault con su propia obra en términos de una caja de herramientas o de un arcón de recursos. Entre la arqueología del saber y la genealogía del poder pueden trazarse reorientaciones temáticas y rupturas metodológicas. Pero esto no obsta al hecho de

¹⁸⁹ Convergentemente, Mathieu Potte-Bonneville identifica este pasaje de las formaciones discursivas a los procedimientos de rarefacción en términos de un desplazamiento de énfasis. “El discurso aparece atravesado por reglas cuyo rol es al mismo tiempo de exclusión o de delimitación (lo que explica la rareza de los enunciados de cara a todo aquello que podría ser enunciable), y de formación o de producción (explicando la regularidad de los enunciados en la existencia coherente de ‘formaciones discursivas’).” Potte-Bonneville, Mathieu. *Foucault, op. cit.*, p. 39. Sigue al pie: “El examen de estas reglas de formación ocupa toda la primera parte de *La arqueología del saber*, mientras que *El orden del discurso* insiste desde el comienzo en su carácter limitativo.” *Ibid*, p. 39 n. 2.

que los temas de la genealogía se encuentren ya presentes en sus trabajos arqueológicos, distribuidos sin embargo en función de otras preocupaciones. El pasaje de la arqueología a la genealogía implica, entonces, tanto una reorientación como una redistribución. En este sentido, la conceptualización del discurso que emerge a partir de su primer tomo de *Historia de la sexualidad* redistribuye conceptos, análisis y métodos ya presentes en sus intervenciones anteriores.¹⁹⁰

Ya en *La arqueología del saber*, Foucault se preguntaba si el análisis arqueológico no era susceptible de aplicación en dominios discursivos que no correspondan a las figuras epistemológicas y a las ciencias. Allí, sugería el proyecto de una arqueología de la sexualidad, de la pintura y del saber político. Respecto de esta última posibilidad,

Se trataría de ver si el comportamiento político de una sociedad, de un grupo o de una clase no está atravesado por una práctica discursiva determinada y descriptible. Esta positividad no coincidiría, evidentemente, ni con las teorías políticas de la época ni con las determinaciones económicas: definiría lo que de la política puede devenir objeto de enunciación, las formas que esta enunciación puede adoptar, los conceptos que en ella se encuentran empleados, y las elecciones estratégicas que en ella se operan. Este saber, en lugar de analizarlo -lo cual es siempre posible- en la dirección de la episteme a que puede dar lugar, se analizaría en la dirección de los comportamientos, de las luchas, de los conflictos, de las decisiones y de las tácticas. Se haría aparecer así un saber político que no es del orden de una teorización segunda de la práctica, y que tampoco es una aplicación de la teoría.¹⁹¹

Foucault se preguntaba aquí por la posibilidad de analizar los discursos políticos, identificando los objetos que ellos recortan, las formas de enunciación que los caracterizan, los conceptos que emplean y las estrategias que operan en ellos. Hasta aquí, continuidad del método arqueológico tal como fue presentado. Ahora bien, Foucault indicaba entonces que esta arqueología del saber político describiría los discursos políticos no en virtud de aquello que los constituiría en una ciencia, sino en virtud de aquello que los vincularía con las luchas. En este apartado, no hemos hecho otra cosa que rastrear la fatigosa persistencia de este proyecto.

¹⁹⁰ La ponderación de estas continuidades y discontinuidades exige un equilibrio cuidadoso. En el caso particular de los discursos, varios autores han expandido la propuesta de *La arqueología del saber* a la lectura de toda la obra de Foucault, perdiendo de vista la particular reconceptualización del discurso que se opera en el período genealógico. Ver en particular Brown, B.; Cousins, M. "The linguistic fault: the case of Foucault's archaeology." *Economy and Society*, Vol. 9, No. 3, (1980), pp. 251-278; Said, Edward. *El mundo, el texto y el crítico*, op. cit., pp. 243-301; Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal. *Hegemonía y estrategia socialista*, op. cit., pp. 142-146.

¹⁹¹ *L'archéologie du savoir*, op. cit., pp. 263-264 [328].

En suma, conceptualización y análisis del discurso: el discurso es conceptualizado como superficie y operador de las relaciones de poder. Superficie, desde el momento en que el ejercicio del poder y las luchas por el poder se despliegan al interior de unos campos discursivos con sus exclusiones, delimitaciones y apropiaciones. Operador, desde el momento en que estas prácticas se despliegan mediante la captura, la reversión y la transformación de estos discursos; y son estas mismas operaciones las que, al interior del discurso, redefinen constantemente sus contornos, sus delimitaciones y sus apropiaciones posibles.

El discurso es analizado en una triple maniobra de (1) puesta entre paréntesis de las pretensiones de verdad y legitimidad de los conocimientos, a efectos de capturarlos en su positividad; (2) genealogía de las emergencias, las procedencias de estas positivities; (3) explicación de estas positivities a partir de las tácticas y estrategias que las efectúan.

4. Discursos y estrategias

En este punto, es pertinente una recapitulación. En el primer capítulo, hemos identificado y caracterizado la analítica foucauldiana del poder en términos de regularidad. Siendo el poder una relación asimétrica entre prácticas, Foucault despliega un tipo de análisis orientado a reconstruir la regularidad inherente a estas prácticas, tal como pueden ser articuladas en dispositivos. Ahora bien, siendo que un dispositivo no es otra cosa que un conjunto heterogéneo de prácticas, estos dispositivos están por todos lados prestos a resistencias, reversiones, luchas. En principio, Foucault identifica a la política con esta dimensión polémica inherente a todas las relaciones de poder.

Seguidamente, hemos argumentado que Foucault opera un desplazamiento en su concepción de la política, vinculado a la necesidad de problematizar las lógicas de articulación de los poderes y las luchas. Siendo que, hasta entonces, Foucault asumía de manera algo incuestionada una codificación clasista de las articulaciones de conjunto, a partir de mediados de la década del '70, Foucault recusará esta hipótesis Marx, dando lugar al análisis de las lógicas de articulación de las relaciones de poder. En el marco de este programa, emerge una conceptualización ceñida de la política, identificada en términos del campo estratégico de coordinación de las relaciones de poder.

Se hizo necesario, entonces, rastrear la noción de estrategia en la obra de Foucault, a efectos de considerar su ambivalencia y sus desplazamientos. El rastreo de esta noción

permitió la apertura de un campo estratégico, en el que el cruce de dos variables permitió identificar cuatro dominios de análisis. Al interior de estos dominios estratégicos, el análisis foucauldiano de la política presentaba dos vertientes: por un lado, el análisis de las tecnologías políticas que operan a nivel global, coordinando las relaciones de poder; por otro lado, el análisis de las articulaciones de las luchas dispersas en grandes clivajes de conjunto. Identificamos que a la primera vertiente de análisis corresponden las investigaciones foucauldianas relativas a la biopolítica y la gubernamentalidad. Identificamos también que a la segunda vertiente de análisis corresponden las investigaciones relativas a los discursos políticos.

Esta última identificación convocó, finalmente, a una reposición de la conceptualización y analítica del discurso en la obra de Foucault. Recuperamos, en esta línea, los momentos arqueológico, genealógico y estratégico; desembocando en una conceptualización del discurso en tanto superficie y operador del poder.

Regularidad, práctica, ejercicio y dispositivo; poder, política, estrategia y discurso: hasta aquí, hemos especificado los elementos que subtienden el análisis foucauldiano de los discursos políticos. En los capítulos que siguen, repondremos este análisis, tal como es desplegado en el curso que Foucault dictó en el Collège de France en 1976, *Defender la sociedad*. En esta oportunidad, Foucault delinea dos discursos: el discurso jurídico político de la soberanía, el discurso histórico político de la guerra. En estos dos casos, es posible reponer una conceptualización del discurso en los términos de superficie y operador de las estrategias políticas de coordinación y finalización de las relaciones de poder. En estos dos casos, es posible reponer una analítica del discurso que suspende sus pretensiones de veracidad y validez, rastrea su emergencia en una genealogía de las luchas, delinea la serie de sus capturas y reversiones tácticas. En lo que sigue, repondremos cada uno de estos discursos.

En primer lugar, abordaremos el discurso jurídico político de la soberanía. A estos efectos, nos será en principio necesario desmarcarnos de la ambivalencia de la noción de soberanía en sus diversos usos. Comenzaremos, entonces, dando cuenta de los usos de la soberanía en el pensamiento de Foucault. Por un lado, la soberanía aparece como un mecanismo de poder característico del *Ancien Régime*; mecanismo que permite, de manera contrastiva, identificar la emergencia del poder disciplinario. Daremos entonces cuenta de la mecánica soberana y de la tecnología disciplinaria. Por otro lado, la soberanía es identificada en los términos de un discurso jurídico político que coordina y finaliza las relaciones de poder

en función de la legitimación del soberano. Este discurso permite, también de manera contrastiva, identificar la emergencia del discurso histórico político de la guerra.

En segundo lugar, entonces, abordaremos el discurso histórico político de la guerra. Daremos cuenta de la emergencia de este discurso en las preliminares y el desarrollo de la Revolución inglesa, a partir de la recuperación de las tesis del yugo normando. Seguidamente, repondremos el discurso histórico político de la guerra en la tesis nobiliaria del origen germánico de Francia de comienzos del siglo XVIII. En tercer lugar, consideraremos la generalización de este discurso a lo largo el siglo XVIII y su captura y reversión táctica de manos de los partidarios del tercer estado, en el contexto de la Revolución francesa. Señalaremos, por último, las transformaciones que Foucault indica en la matriz del discurso histórico a partir de la Revolución francesa, considerando las nociones de nación, raza y clase. Esto último nos conducirá a la identificación del final abandono de la hipótesis de guerra.

Capítulo 4. El derecho como discurso político

Este capítulo está orientado a una reposición del análisis foucauldiano del discurso jurídico político de la soberanía. El tratamiento de este discurso, en tanto superficie y operador del poder, ocurre en su curso del Collège de France de 1976, *Defender la sociedad*. Sin embargo, la noción foucauldiana de soberanía excede en mucho el tratamiento que en este curso recibe. Es que, si bien Foucault insiste en la recusación de la soberanía como grilla de inteligibilidad del poder, esto no obsta al persistente empleo analítico de esta noción como piedra de toque de su genealogía.

A efectos de aclarar este punto, me permito volver sobre la noción de poder. Hemos presentado la concepción foucauldiana del poder a partir de la noción de regularidad. Una práctica constituye, hemos visto, un hacer regular, cuya regularidad viene determinada por el conjunto de las relaciones que esa práctica traba con otras. Es en la relación entre prácticas que el poder se ejerce. Hemos así indicado el carácter relacional del poder y su funcionamiento en términos de ejercicio. Esto último es decir que el poder no sólo se ejerce sino que, de alguna manera, se ejercita: la noción de ejercicio remite, en su ambivalencia, a la regularidad de un poder que no es fulguración ni descarga episódica, sino relación regular. Hemos visto que esta regularidad del ejercicio del poder, que es regularidad de la relación entre prácticas, se estabiliza en unos dispositivos, unas tecnologías de poder. De modo que, al interior del cuerpo social, las prácticas se articulan en unos conjuntos regulares, revestidos tecnológicamente, a través de los cuales el poder circula. Hemos indicado que esta regularidad del ejercicio del poder está transida por inercias, reacciones, reversibilidades que desmultiplican los puntos de resistencia todo a lo largo del cuerpo social. Es en este sentido que Foucault puede sostener una concepción nominalista del poder: “el poder es el nombre que se le presta a una situación estratégica compleja en una sociedad dada.”¹⁹² En términos generales, la noción de poder nombra el conjunto de los sistemas prácticos que, en una sociedad, articulan entre sí los modos regulares de hacer, con sus vertientes tecnológicas y estratégicas. Así comprendido, el poder es omnipresente: “el poder es coextensivo al cuerpo social; no existen, entre las mallas de su red, playas de libertad elementales.”¹⁹³ Esta omnipresencia del poder implica que mal haríamos en recortar su figura a partir de nociones opuestas al poder; en esta concepción, el poder no constituye un par de oposición con otro

¹⁹² *Histoire de la sexualité 1*, op. cit., p. 123 [113].

¹⁹³ “Pouvoirs et stratégies.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 425 [181].

término simétrico, sea la libertad o la verdad. Más bien, si han de abordarse la libertad o la verdad, éstas han de ser concebidas al interior mismo de las relaciones de poder.

Pero esto no implica que al poder no se le oponga nada. Precisamente, a efectos de hacer del poder una noción analíticamente operativa, Foucault debe encontrar la figura respecto de la cual establecer el contraste y hacer ver las diferencias. Si el poder es una situación estratégica compleja, su análisis puede articularse a partir del contraste con otra situación estratégica compleja. Esto implica que en Foucault no existe una teoría general del poder; más bien, sólo existen analíticas específicas de ésta o aquella tecnología de poder. De este modo, Foucault procede al análisis de una tecnología de poder mediante su contraste con otra tecnología de poder.¹⁹⁴ Y la figura recurrente del contraste es la del poder de soberanía. Esto es decir que, cuando Foucault analiza el hospital psiquiátrico, la prisión, las disciplinas o el biopoder, el punto de partida es el contraste con otras formas regulares del poder. En todos estos casos, es a partir de la caracterización del poder soberano que Foucault puede establecer un fondo de contraste a partir del cual hacer emerger la nueva figura que pretende analizar.

Así es como Foucault presenta la emergencia del poder psiquiátrico.¹⁹⁵ En primer lugar, delinea la soberanía como un poder represivo, de sustracción y gasto; hecho esto, destituye al soberano para dar lugar a la emergencia del poder psiquiátrico, un poder positivo. Así es también como Foucault trabaja el nacimiento de la prisión:¹⁹⁶ tras relatar el suplicio de Damiens y describir la técnica soberana del castigo, hace emerger el poder disciplinario que inviste a la prisión. Así es como Foucault trabaja la emergencia del discurso histórico político:¹⁹⁷ describe, en primer lugar, el discurso jurídico político de la soberanía y, en contraste permanente con este discurso, delinea la emergencia del discurso histórico y su postulado de la guerra como relación social permanente. Así es como, finalmente, Foucault trabaja el nacimiento del biopoder.¹⁹⁸ Indica en primer lugar el derecho soberano de hacer morir y dejar vivir; y, seguidamente, delinea, contra este fondo, el hacer vivir y dejar morir que caracteriza al biopoder.

La soberanía, en todos estos casos, es la piedra de toque que permite identificar y

¹⁹⁴ David Hoy aclara este punto: “Podría pensarse que (...) no hay clase de contraste para su concepto de poder -siendo que un concepto sin contraste es vacío. Sin embargo, Foucault podría responder a esta acusación a través de su nominalismo pragmático. (...) para Foucault la clase de contraste para una configuración de poder-saber es otra configuración tal (por ejemplo, una anterior, como el modelo de castigo previo a la Revolución francesa, en comparación con el que le sucede).” Hoy, David. “Power, repression, progress.” Hoy, David. (ed.) *Foucault, op. cit.*, p. 137.

¹⁹⁵ *Le pouvoir psychiatrique, op. cit.*

¹⁹⁶ *Surveiller et punir, op. cit.*

¹⁹⁷ *‘Il faut défendre la société’, op. cit.*

¹⁹⁸ *Histoire de la sexualité 1, op. cit.; ‘Il faut défendre la société’, op. cit.*

analizar el hospital psiquiátrico, la prisión, el discurso histórico, las disciplinas, la biopolítica. El de la soberanía es un recurso analítico que tiene sus constantes pero también sus variaciones; un recurso que varía en función de la figura que se quiere realzar. De modo que no hay en Foucault una teoría de la soberanía ni una conceptualización estable de este término. Es posible, sin embargo, conducir esta multivocidad a dos grandes agrupamientos que conformarían dos acepciones generales: en el primero de ellos, la soberanía aparece abordada como mecanismo de poder; en el segundo, como discurso político.

Primera acepción, entonces: la soberanía aparece identificada como el mecanismo de poder característico de las sociedades posfeudales¹⁹⁹ y preindustriales; es decir, de aquello que Foucault identifica con los Estados Administrativos. Se trata de un mecanismo de poder tosco, basado en la sustracción y el gasto; un mecanismo de recursos fastuosos y simples, pesados y elementales. La soberanía es un mecanismo de poder que opera mediante la captación, el bloqueo, la represión, la sustracción de todo aquello -multiplicidades de hombres y cosas- que circula por un territorio delimitado. Es un poder negativo, la soberanía. Es un poder absoluto pero dispendioso, torpe para captar el detalle y la globalidad de procesos que lo exceden. Ante este fondo soberano, Foucault hace emerger las figuras de una tecnología positiva de poder; un poder que ya no opera por sustracción, un poder que ya no es negativo ni represivo, sino que produce, induce, facilita, cataliza. Se trata de las disciplinas, a las que se suma más tarde el biopoder como marco englobador. Así, la soberanía como mecanismo de poder es el fondo respecto del cual se recorta el umbral tecnológico del poder positivo de la disciplina y la biopolítica. Primer motivo, entonces: la soberanía como mecanismo de poder.

Hay, sin embargo, una segunda acepción de la soberanía. Ya no se trata de un mecanismo de poder sino de un discurso. El discurso soberano, entonces, es un discurso jurídico político que establece una grilla de inteligibilidad del poder en términos de derechos y de legitimidad. Se trata de un discurso centrípeto, que convoca toda relación de poder hacia la grilla de la relación soberano-súbdito. Este discurso jurídico político aparece como el arma que permitió a las monarquías la constitución de los Estados administrativos, en su lucha contra los poderes feudales. Pero, lejos de disolverse tras la caída del *Ancien Régime*, este discurso se nutre de una vitalidad creciente a partir de las modernas teorías del derecho natural. Contra este discurso jurídico político de la soberanía y su legitimidad, Foucault

¹⁹⁹ “...la soberanía, tal como funcionaba en un gobierno posfeudal, preindustrial...” *Le pouvoir psychiatrique*, op. cit., p. 28 [44]. Esta periodización, útil por el momento, debe ser sospechada. No desconocemos que, en algunos pasajes, Foucault identifica también la soberanía con el feudalismo. Ver *infra*, p. 97, n. 215.

delinea la emergencia en el siglo XVII de un discurso histórico político que subvierte los presupuestos jurídicos y plantea la existencia de una guerra social permanente como grilla de inteligibilidad del poder.²⁰⁰

De modo que, dos acepciones en el abordaje de la soberanía. Por un lado, la soberanía como mecánica de poder; por otro lado, la soberanía como discurso político. En suma, la soberanía: mecánica y discurso del *Ancien Régime*. Esto es, de alguna manera, cierto. Ahora bien ¿de qué manera no lo es? Presentemos una hipótesis: la soberanía, como mecanismo y discurso del *Ancien Régime*, sobrevive a su obsolescencia. Se trata de un poder-saber obsoleto pero revitalizado a cada instante. No hay la era de la soberanía (el *Ancien Régime*), la era post soberana (la sociedad disciplinaria o biopolítica) y, entremedio, una discreta línea de ruptura, una aséptica discontinuidad. Hay más bien preeminencias, solapamientos, incongruencias, complicaciones, integraciones.

Procederemos, en lo que sigue, a reponer estos dos tratamientos de la soberanía en la obra de Foucault. El primero de ellos, la mecánica soberana, nos permitirá identificar por contraste la emergencia del poder disciplinario. Emergerá en este marco la problemática relación entre poder disciplinario y contractualismo. Esta problemática nos conducirá a la recuperación de la segunda acepción de la soberanía, a saber, discurso jurídico político de la soberanía, en tanto superficie y operador del poder.

1. La mecánica soberana

El tratamiento del poder soberano es solicitado por Foucault en un momento de revisión, de rectificación de su analítica del poder. En varias entrevistas,²⁰¹ Foucault indica que en el período que va desde la *Historia de la locura en el época clásica* (su tesis doctoral publicada en 1961) hasta su discurso inaugural en el Collège de France en 1970 (publicado con el título *El orden del discurso*) primó en su pensamiento una concepción restrictiva y negativa del poder. Foucault asocia esta concepción negativa a la tradicional caracterización del poder en términos jurídicos. Bajo esta caracterización, el poder se ejercería en la forma de una ley que establece su régimen de prohibiciones.

²⁰⁰ 'Il faut défendre la société', *op. cit.*, pp. 37-53. [49-66].

²⁰¹ Ver, entre otras, "Entretien avec Michel Foucault." *Dits et écrits II*, *op. cit.*, pp. 140-160; "Les rapports de pouvoir passent à l'intérieur des corps." *Dits et écrits II*, *op. cit.*, pp. 228-236 [163-172].

A medida que Foucault se da al abordaje del poder disciplinario, esta concepción tradicional, jurídica del poder dejará de serle suficiente y, desde entonces, Foucault comenzará a cernir los elementos que caracterizarán de manera duradera su analítica del poder. Este desplazamiento se expresa de manera explícita en su curso del Collège de France del ciclo 1973-1974, *El poder psiquiátrico*, en el que Foucault se dedica a una crítica detallada de su libro *Historia de la locura en la época clásica*.²⁰² En este curso, recupera y reelabora los temas de su tesis doctoral; ahora a la luz de una concepción positiva, no represiva del poder. A efectos de sostener esta nueva mirada, Foucault se precipita sobre la presentación de lo que, a disgusto, llama “poder de soberanía.”

Esta presentación comienza con la postulación de una nueva escena fundadora de la psiquiatría.²⁰³ Hasta entonces, esta escena era identificada con el momento solemne y humanista en que el médico Phillipe Pinel, a cargo del hospicio francés de Bicêtre, ordena la abolición del encadenamiento de los furiosos. En 1793, inscripto en el transcurso de la Revolución francesa, el fin de las cadenas, pasaje del Gran Encierro al hospital psiquiátrico moderno. Ahora bien, Foucault propone identificar otra escena; aquella donde el rey inglés Jorge III cae en la manía y es puesto bajo la dirección del médico Francis Willis. Fines de 1788, el poder soberano es depuesto por el poder psiquiátrico. No se trata de la sucesión de un soberano por otro, sino de la emergencia de un nuevo poder, que doblega al poder de soberanía. Este nuevo poder es el poder disciplinario.

¿En qué consiste el poder disciplinario? Foucault se propone analizarlo a partir del fondo, del contraste respecto del poder de soberanía. “Me parece que podemos oponer el poder disciplinario a un poder que lo precedió históricamente y con el cual, por lo demás, aquél se entrelazó durante mucho tiempo antes de triunfar. En contraste con el poder de disciplina, entonces, daré a este poder precedente el nombre de poder de soberanía.”²⁰⁴ Y bien, entonces ¿en qué consiste el poder de soberanía? Foucault delinea el fondo soberano a partir de tres grandes trazos:

1. Relaciones asimétricas de sustracción y gasto. El poder de soberanía se caracteriza por enlazar soberano y súbdito a partir de un par de relaciones asimétricas. Por un

²⁰² Un año antes, en 1972, este “libro ya viejo” había sido reeditado por Gallimard. En el prólogo a la nueva edición, Foucault se resiste a todo comentario: “no tratemos de justificar este viejo libro”, dice; y se limita a agregar dos textos, como anexos. Ver *Histoire de la folie à l'âge classique*, op. cit. pp. 9-11 [7-9].

²⁰³ *Le pouvoir psychiatrique*, op. cit., pp. 21-39 [35-55].

²⁰⁴ *Ibid*, p. 44 [62].

lado, la relación de sustracción, que opera capturando aquello que circula por el territorio delimitado de la soberanía: captura productos y cosechas, armas y cuerpos, riquezas y servicios. La sustracción soberana remite a los impuestos, las tasas, las gabelas, los estancos, los monopolios, las levas de soldados, los arrestos por deudas que pueblan la historiografía del Estado absolutista.²⁰⁵ Se trata de una relación de poder sustractiva, de captación, de bloqueo y represión. Por otro lado, la relación de gasto: una relación de poder mediante la cual el soberano no restituye aquello que sustrae, pero articula una reciprocidad expresada en la forma de dones, de ceremonias rituales, de acontecimientos festivos, de servicios religiosos, de protección y de guerra.

2. Marca de la autoridad fundadora. “Para que haya relación de soberanía es preciso que exista algo semejante a un derecho divino o a una conquista, una victoria, un acto de sumisión, un juramento de fidelidad.”²⁰⁶ La relación de soberanía está vuelta al pasado, convoca las marcas históricas, naturales o divinas que la fundan en la legitimidad de su origen; exige y produce un saber histórico y jurídico que reafirma incesantemente las marcas de su legitimidad. Y debe convocar estas marcas de manera recurrente, su fragilidad nunca está conjurada; debe reactualizar su pasado fundador, ya sea en los rituales que evocan el origen, ya sea en la necesidad de cierto complemento de violencia que, por detrás, sostiene la legitimidad de la obediencia. Finalmente, su violencia, su guerra es la expresión del sobreponder que anima incesantemente la legitimidad de su origen: “el reverso de la soberanía es la violencia, la guerra.”²⁰⁷

3. Relaciones heterotópicas entre términos heterotópicos. Por último, las relaciones de soberanía no son isotópicas entre sí; no son traducibles las unas en las otras, no tienen medida común. Es decir, la soberanía se despliega en la heterotopía de sus relaciones. Hay soberanía del señor al siervo, pero no tiene medida común con la relación soberana del sacerdote al laico. Hay soberanía del padre sobre la familia, pero no es traducible a la soberanía del monarca sobre los ríos, pantanos o molinos de su territorio. Relaciones heterotópicas entre términos también heterotópicos: la soberanía no sólo relaciona individuos sino también colectividades y fragmentos, cuerpos y objetos. La soberanía se despliega en la heterogeneidad de sus relaciones: no forma un

²⁰⁵ Ver, por ejemplo, Anderson, Perry. *El Estado absolutista*. 18ª edición. México: FCE, 2005.

²⁰⁶ *Le pouvoir psychiatrique*, op. cit., p. 44 [63].

²⁰⁷ *Ibid*, p. 45 [63].

sistema, una jerarquía, una estructura sino que se integra a partir de desplazamientos constantes, litigios siempre prorrogados, superposiciones de competencias, lagunas y excesos, plenos y vanos.

Sustracción y gasto, marca del origen, heterotopía: en esto consiste el poder de soberanía. Dos ejemplos son recurrentes al momento de trabajar la soberanía: por un lado, el castigo; por otro, la guerra. Entre ambos, el derecho soberano de espada ante sus enemigos, ya sean internos o externos. ¿Cómo opera la mecánica del poder de soberanía en el ejercicio de la guerra? En el poder de soberanía, la disciplina militar no existe. El ejército opera en las coordenadas de la sustracción: se sustraen cuerpos mediante levass forzosas, se sustraen recursos económicos mediante impuestos extraordinarios, se sustraen espacios mediante la obligación de alojar campamentos y soldados.

...lo que había era un pasaje constante del vagabundeo al ejército; éste siempre estaba constituido por un grupo de gente reclutada por las necesidades de la causa y durante un tiempo determinado, y a la que se aseguraba la comida mediante el saqueo y el alojamiento a través de la ocupación inmediata de los lugares que podrían encontrar a su paso. En otras palabras, en ese sistema que todavía era del orden de la soberanía se sustraía cierto tiempo de vida de la gente, se sustraían algunos de sus recursos exigiéndoles que acudieran con sus armas y se les prometía algo que era la gran retribución del pillaje.²⁰⁸

Vemos activarse los trazos de la soberanía: en primer lugar, sustracción de cuerpos, armas, riquezas; y gasto en la protección del reino. Segundo, marca de la autoridad fundadora en el despliegue de una violencia que reactiva el pasado, una guerra que reanima y sostiene la legitimidad de la obediencia. Tercero, heterotopía de la guerra respecto de las demás relaciones soberanas. El ejercicio soberano de la guerra no se traduce en las demás formas del ejercicio del poder de soberanía. No hay isotopía, la guerra no es una relación general ni una relación traducible a otras relaciones de soberanía. Esto último es cierto, salvo para el ejercicio del poder soberano de castigar.

¿Cómo opera la mecánica del poder de soberanía en el ejercicio del castigo? El ejercicio soberano del poder de castigar es el poder de espada vuelto al enemigo interno. El derecho de castigar es un aspecto del derecho soberano de hacer la guerra: “castigar pertenece a ese derecho de guerra, a ese poder absoluto de vida y muerte del que habla el derecho romano con el nombre de *merum imperium*, derecho en virtud del cual el príncipe hace

²⁰⁸ *Le pouvoir psychiatrique, op. cit.*, p. 48 [67].

ejecutar su ley, ordenando el castigo del crimen.”²⁰⁹ La justicia soberana es una justicia armada, “el acero que castiga al culpable es también el que destruye a los enemigos;”²¹⁰ hay, entre guerra y castigo soberano una isotopía fundamental.

La soberanía no dispone un poder furioso, desmedido y brutal de castigar; sino que dispone una mecánica precisa con sus principios, sus técnicas, sus instrumentos y sus gradaciones. En el procedimiento penal, el poder de soberanía se despliega mediante el régimen de verdad de la indagación [*enquête*]²¹¹ y la técnica del suplicio.²¹²

En primer lugar, el procedimiento judicial está atravesado por una técnica precisa. Es un procedimiento secreto, opaco tanto para la multitud como para el acusado;²¹³ un procedimiento secreto pero no arbitrario. El principio a la base de la no publicidad del proceso es que, en materia penal, el soberano tiene un derecho absoluto y un poder exclusivo. Con el crimen no sólo se comete un daño a otro súbdito sino que se desafía el poder soberano, se ofende su voluntad expresada en las leyes que han sido violadas. “El delito, además de su víctima inmediata, ataca al soberano; lo ataca personalmente ya que la ley vale por la voluntad del soberano; lo ataca físicamente ya que la fuerza de la ley es la fuerza del príncipe.”²¹⁴ Este derecho absoluto del poder soberano en el proceso penal está, así y todo, regulado por una serie de coacciones formales, por un modelo riguroso de demostración penal. Se debe recabar una serie de indicios y pruebas que tienen su jerarquía, su gradación y su aritmética. Una aritmética penal que puede producir la verdad en ausencia del acusado; pero que se complementa con la confesión del acusado, única prueba irrevocable. Así, el poder soberano de castigar se articula en una producción de verdad del tipo de la indagación [*enquête*]; producción de verdad que recorta la soberanía respecto de las justas, las ordalías y los juicios de Dios medievales.

Foucault indica que, durante el feudalismo,²¹⁵ la guerra privada era el conmutador de

²⁰⁹ *Surveiller et punir, op. cit.*, p. 52 [53].

²¹⁰ *Ibid*, p. 53 [55].

²¹¹ Trabajado en el curso en el Collège de France de 1972. “Théories et institutions pénales.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1257-1261. Anticipamos que la indagación soberana emplea también elementos del régimen de verdad de la prueba; esto será aclarado en los párrafos que siguen.

²¹² *Surveiller et punir, op. cit.*, pp. 36-72 [38-74].

²¹³ Salvo en Inglaterra, donde el procedimiento era público pero se llevaba en francés, la lengua de los normandos conquistadores. Remitimos aquí al próximo capítulo.

²¹⁴ *Surveiller et punir, op. cit.*, p. 51 [53].

²¹⁵ La referencia temporal de Foucault es inespecífica, y comporta así todos los problemas de una definición tan expansiva como la de feudalismo. Foucault indica en este punto un proceso que se inicia en la alta Edad Media y desemboca en los Estados absolutistas; habilitando la identificación de feudalismo y Edad Media. Sin embargo, en otros pasajes, Foucault recupera la doble caracterización del feudalismo a partir de (1) la dispersión política y (2) los vínculos vasalláticos-beneficiales; indicando un empleo de la noción de feudalismo restringido a los siglos centrales de la Edad Media; y heterogéneo, en todo caso, respecto de las

derechos; la justa, la ordalía, la batalla alcanzaban los rasgos de un ritual jurídico, refrendado por una serie de formas ceremoniales y entregado a la sanción divina. Quien triunfaba era quien tenía derecho. La prueba era el régimen de la verdad jurídica. Ahora bien, la emergencia de los Estados administrativos corona un lento proceso de concentración de espada y derecho, de confiscación estatal del poder de las armas y del poder judicial. La soberanía emerge de este largo proceso de concentración de armas y, consiguientemente, de control de los litigios. La formas de producción de verdad jurídica incorporan así un tercer integrante: entre las partes litigantes, el soberano emerge como árbitro, pero también como parte. El daño privado se desdobra en una infracción legal, que es en una ofensa a la soberanía. El soberano es juez y es parte lesionada. Entonces, juez y procurador intervienen en el proceso: la producción de justicia deviene poder soberano. El régimen de verdad jurídica ya no es el duelo, la ordalía, la guerra privada sino la indagación [*enquête*]: el poder judicial del soberano se ejerce haciendo preguntas.²¹⁶ La indagación regula así la producción de la verdad jurídica en el proceso penal. Se deben obtener pruebas plenas, semipruebas, indicios. Se deben articular estos elementos en una aritmética penal: ¿cuántas pruebas son necesarias? ¿cuántas semipruebas son suficientes, en caso de no encontrar ninguna prueba? Ejercicio del poder soberano, en el derecho de castigar, mediante la producción de la verdad bajo el régimen de la indagación.

La prueba más importante, la prueba irrevocable, es la confesión del acusado; sin su confesión, toda la tarea inquisitorial adolece de una fragilidad irrevocable. Esta confesión del acusado se produce mediante la técnica del tormento,²¹⁷ un juego judicial también estricto y regimentado. Un juego sujeto a técnicas que prevén determinación de duraciones, escansión de momentos, gradación creciente de instrumentos de tortura. El cuerpo del acusado es el punto terminal de la indagación, a él se le pide la verdad del crimen. El tormento es la coronación del régimen de verdad de la indagación, su objetivo es la confesión del acusado;

concepciones para las cuales el feudalismo es una fase en la evolución histórica (concepciones popularizadas por pensadores como Adam Smith, Karl Marx o Max Weber). Ver Sergi, Guiseppe. *La idea de Edad Media*. Barcelona: Crítica, 2001. En el caso de la prueba judicial presentado en este punto, Foucault remite este régimen de verdad jurídica al derecho germánico. De modo que la prueba se habría desplegado en los momentos de hegemonía del derecho germánico sobre el romano, especialmente desde la caída del Imperio carolingio (siglo X) hasta el renacimiento del derecho romano (siglos XII en adelante); aunque habría estado también presente, de manera larvada, a lo largo de toda la Edad Media, coexistiendo con formas heterogéneas de producción de la verdad jurídica. Ver “La vérité et les formes juridiques.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1438-1456 [65-92].

²¹⁶ “Théories et institutions pénales.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1257-1261; “La vérité et les formes juridiques.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1438-1456 [65-92]

²¹⁷ En las técnicas del tormento y el suplicio, Foucault indica una dimensión probatoria, característica de la producción de verdad jurídica del feudalismo; de modo que, en la mecánica soberana del poder de castigar se enlazan los regímenes de la indagación y la prueba. “En la tortura para hacer confesar hay algo de la investigación y hay algo del duelo.” *Surveiller et punir, op. cit.*, p. 45 [47].

sus medios son crueles, pero no salvajes.

Por último, la pública retractación y el cadalso. El suplicio tampoco es furor soberano sin ley sino técnica, mecanismo preciso y detallado. Foucault indica que los suplicios no eran frecuentes en el *Ancien Régime*, pero que todo castigo llevaba consigo un elemento supliciante. La técnica escrupulosa del suplicio se descompone en tres elementos: un arte cuantitativo del sufrimiento (con una gradación que va desde la decapitación hasta el descuartizamiento); un ritual organizado para la marcación del cuerpo del condenado (que no es restitución y reconciliación sino marcación indeleble de la ofensa en cuerpo del paciente); y, por último, una función jurídico-política que expresa el sobre poder de la soberanía:

El suplicio desempeña pues una función jurídico-política. Se trata de un ceremonial que tiene por objeto reconstruir la soberanía por un instante ultrajada: la restaura manifestándola en todo su esplendor. La ejecución pública, por precipitada y cotidiana que sea, se inserta en toda la serie de los grandes rituales del poder eclipsado y restaurado (coronación, entrada del rey en la ciudad conquistada, sumisión de los súbditos sublevados); por encima del crimen que ha menospreciado al soberano, despliega ante los ojos de todos una fuerza invencible. Su objeto es menos reestablecer un equilibrio que poner en juego, hasta su punto extremo, la disimetría entre el súbdito que ha osado violar la ley, y el soberano omnipotente que ejerce su fuerza.²¹⁸

Aquí encontramos nuevamente los rasgos de la mecánica de poder soberana: sustracción del cuerpo del delincuente, gasto absoluto en la forma del suplicio, marca del origen fundador, reactivación de la legitimidad de la obediencia, heterotopía respecto de otras relaciones de soberanía. Pero aquí encontramos también una articulación ceñida, imposible de desandar, entre poder soberano de castigar, producción de la verdad del crimen y reafirmación del derecho ultrajado. No se trata de un poder brutal, furioso, ciego sino de una articulación técnica escrupulosa de poder y saber en la producción de derecho.

En el suplicio, el cuerpo atormentado del condenado se desdobra en el alma redimida por el castigo. Así, el cuerpo desdoblado del súbdito se corresponde al cuerpo desdoblado del soberano. En *El poder psiquiátrico*, Foucault indica que el cuerpo del soberano es el punto hacia el cual converge la multiplicidad de relaciones heterotópicas, intraducibles, heterogéneas. Esta individualización del soberano produce un efecto de desdoblamiento de su cuerpo:

Así, en la cumbre misma de ese tipo de poder tenemos algo semejante al rey en su individualidad, con su cuerpo de rey. Pero observamos de inmediato un fenómeno

²¹⁸ *Surveiller et punir*, op. cit., p. 52 [54].

muy curioso, que ha sido estudiado por Kantorowicz en su libro *[Los dos] cuerpos del rey*: para asegurar su soberanía, el rey debe ser un individuo con un cuerpo pero es preciso, además, que ese cuerpo no perezca con la singularidad somática del monarca; cuando éste desaparece, es necesario que la monarquía permanezca; ese cuerpo del rey, que mantiene unidas todas las relaciones de soberanía, no debe desaparecer con el individuo X o Y que acaba de morir. Es menester, por lo tanto, cierta permanencia del cuerpo del rey; éste no debe ser su mera singularidad somática sino, además, la solidez de su reino, de su corona. De modo que la individualización que vemos esbozarse por el lado de la cima de la relación de soberanía implica la multiplicación de los cuerpos del rey.²¹⁹

En *Vigilar y castigar*, Foucault retoma la teoría del derecho divino de reyes y presenta el suplicio en diálogo con ella. Ernst Kantorowicz detalló la emergencia de los dos cuerpos del monarca en el derecho divino de reyes; un cuerpo natural, sujeto al tiempo, las dolencias, la corrupción y la muerte; y un cuerpo político, inmortal, imperecedero, formado por la política y el gobierno.²²⁰ Ahora bien, Foucault sostiene que, en el ejercicio soberano del castigo, el supliciado también se desdobra, dibujando, en el fondo del reino, en la región más oscura del campo político, la figura simétrica e invertida del poder soberano. Sobre el cuerpo mortal del castigado se aplica la marca, el estigma, el tormento, la tortura, la muerte; pero, sobre su cuerpo inmortal, sobre su alma, se despliegan los operadores del resarcimiento, el arrepentimiento, la purificación, la preparación para la justicia divina: “ahora la muerte es segura, y se trata de salvar el alma.”²²¹

En suma, Foucault presenta el poder soberano (sustracción y gasto, marca del origen, heterotopía) y, en la descripción de sus mecanismos, se ve envuelto en un triángulo de poder, verdad y derecho. No hay poder sin comunicación, producción, solicitud de la verdad. Y la verdad, por su parte, sólo emerge a partir de la serie de estos procedimientos y mecanismos que, en sí mismos, están transidos por el poder. Poder-saber, poder-verdad: enlazamiento íntimo que convoca y produce derechos. El poder se estabiliza en unos derechos; estos derechos refuerzan, ritualizan, prorrogan las relaciones de poder. Triángulo, por lo tanto,

²¹⁹ *Le pouvoir psychiatrique, op. cit.*, p. 47 [65-66].

²²⁰ Ver Kantorowicz, Ernst. *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*. Madrid: Alianza, 1985. Bernard Flynn ha indicado la confusión de Foucault respecto de la teoría del derecho divino de reyes, al postular convincentemente que Foucault hace del doble cuerpo del rey un efecto del poder cuando, en realidad, éste es su causa. Ver Flynn, Bernard. *Political philosophy at the closure of metaphysics*. Nueva Jersey: Humanities Press, 1992, pp. 79-96. Debe hacerse notar que el empleo de la obra de Kantorowicz por parte de Foucault es bastante libre y asistemático. Foucault incluso sugiere que, si estudiáramos más de cerca la individualización soberana, encontraríamos varios cuerpos y no sólo dos. Ver *Le pouvoir psychiatrique, op. cit.*, p. 47 [66]. De modo que, efectivamente, la multiplicidad somática del monarca aparece ante Foucault como un efecto de la heterotopía de relaciones de poder en las que se encuentra involucrado, proponiendo una lectura distinta, desapegada en todo caso de la doctrina del derecho divino de reyes tal como es recuperada por Kantorowicz.

²²¹ *Surveiller et punir, op. cit.*, p. 49 [51].

poder-verdad-derecho.²²²

Ahora bien, en el primer tomo de *Historia de la sexualidad*, así como en su curso de 1976, *Defender la sociedad*, Foucault indica que el derecho se refiere siempre a la espada. La ley no puede no estar armada; y su arma por excelencia es la muerte.²²³ De esta manera, se comprende que uno de los privilegios característicos del poder soberano es el derecho de vida y muerte. Derivado formalmente de la *patria potestas* romana, el derecho de vida y muerte es retomado por la teoría jurídico-política en los casos extremos: allí donde la existencia del soberano se halla amenazada, el derecho de vida y muerte opera como una defensa ante enemigos, ya sean interiores o exteriores. Se trata de un derecho de réplica: ante la amenaza exterior, el derecho soberano de disponer la vida y muerte de sus súbditos, enviándolos a la guerra para defender la existencia de la soberanía; ante la amenaza interior, el derecho soberano de disponer la vida y muerte del delincuente en el castigo.

En cierto sentido, decir que el soberano tiene derecho de vida y de muerte significa, en el fondo, que puede hacer morir y dejar vivir; en todo caso, que la vida y la muerte no son esos fenómenos naturales, inmediatos, en cierto modo originarios o radicales, que están fuera del campo del poder político. Si ahondamos un poco y llegamos, por decirlo así, hasta la paradoja, en el fondo quiere decir que, frente al poder, el súbdito no está, por pleno derecho, ni vivo ni muerto. Desde el punto de vista de la vida y la muerte, es neutro, y corresponde simplemente a la decisión del soberano que el súbdito tenga derecho a estar vivo o, eventualmente, a estar muerto. En todo caso, la vida y la muerte de los súbditos sólo se convierten en derechos por efecto de la voluntad soberana. Ésa es, por decirlo de algún modo, la paradoja teórica.²²⁴

A esta paradoja teórica corresponde un desequilibrio práctico, dado que, en el fondo, el derecho soberano de vida y muerte sólo se aplica haciendo morir al súbdito o, caso contrario, dejándolo vivir. El derecho de vida y de muerte sólo se ejerce de manera represiva, sustractiva, sólo se puede captar la vida dándole muerte. No es tanto el derecho de vida y muerte lo que caracteriza la soberanía, sino, más bien, el derecho de “hacer morir o dejar vivir.”²²⁵

El poder de soberanía queda, así, presentado en sus trazos más densos y en sus ejercicios más caros. La guerra y el castigo manifiestan el poder de espada en que se asienta la soberanía, indicando una mecánica de poder que opera por medio de la sustracción de

²²² Con esto hacemos notar que las tres coordenadas de su analítica del poder, explicitadas en el curso *Defender la sociedad*, ya están presentes en los trabajos del período 1973-1975. '*Il faut défendre la société*', op. cit., p. 22 [34].

²²³ *Histoire de la sexualité 1*, op. cit., pp. 189-190 [174].

²²⁴ '*Il faut défendre la société*', op. cit., p. 214 [217].

²²⁵ *Ibid*, p. 214 [218].

productos y cosechas, de armas y cuerpos, de riquezas y servicios, en el límite, de la vida de los súbditos. Se trata de una mecánica negativa de poder, que opera mediante la captación, el bloqueo, la sustracción de todo aquello que circula por un territorio políticamente delimitado. A partir de aquí, y en permanente contraste con la soberanía, Foucault hace emerger el poder disciplinario.

2. La tecnología disciplinaria

Vigilar y castigar comienza con la recuperación de fuentes que relatan un suplicio de 1757; se trata del suplicio de Robert-François Damiens, condenado por intento de regicidio.²²⁶ La escena es brutal, atroz, desmedida. En principio, es una expresión magnífica del sobrepoder soberano, de una maquinaria absoluta operando su omnipotencia sobre el cuerpo del condenado. Y, sin embargo, la escena pronto se vuelve grotesca, torpe, ridícula. La impericia del verdugo es manifiesta en cada paso; le es imposible conducir el procedimiento debidamente. El exento no logra encender el fuego, lo enciende poco más tarde pero las llamas son débiles y no logran calentar el azufre. Es necesario proceder al descuartizamiento, pero las coyunturas del condenado no ceden, los caballos tropiezan, uno de ellos cae al suelo, son necesarios más caballos, alguien va por ellos. La espera impaciente al verdugo, al exento, al escribano, al cura, a los espectadores. Llegan dos nuevo caballos; ahora son seis, pero tampoco se logran resultados. El verdugo se ausenta para solicitar un procedimiento alternativo, que le es negado. El escribano y el cura buscan la confesión del condenado, la necesitan; pero Damiens no maldice ni confiesa, sólo invoca el perdón de Dios. Todo el procedimiento se desmadra; lo que era técnica escrupulosa y regimentada se vuelve torpe furor y ceremonia grotesca. La mecánica soberana se ha vuelto obsoleta.

Foucault indica que de manera creciente en el siglo XVIII se manifiestan las emociones del patíbulo:²²⁷ el pueblo, llamado a la ceremonia del suplicio, cumplía el triple rol del espectador del sobrepoder ejemplar del castigo, de testigo fiador del ejercicio del suplicio y de participante solidario del júbilo soberano en la reposición de su poder. Progresivamente, sin embargo, comienza a operarse una inversión popular del juego del suplicio: en el cadalso, el condenado desquita su furia contra el soberano; las saturnales del supliciado son celebradas por los testigos; el júbilo se vuelve heroización del condenado, solidaridad de la revuelta. Los

²²⁶ *Surveiller et punir, op. cit.*, pp. 9-11 [11-13].

²²⁷ *Ibid.*, pp. 61-72 [62-74].

almanaques y panfletos recuperan las deshonras soberanas proferidas por los condenados junto a una biografía solidaria y heroica de las víctimas del patíbulo. El desquite popular se cataliza, el día del suplicio, en afrentas al verdugo, en delitos y saqueos, en intentos de liberar a los condenados. La mecánica del suplicio se ha vuelto obsoleta: irritante, porque descubre la tiranía; vergonzosa, porque reduce a la inhumanidad al paciente; peligrosa, porque activa el apoyo del pueblo.

Los juristas reformadores del siglo XVIII insisten en la obsolescencia técnica del castigo soberano. Sus proyectos no apuntan a castigar menos, sino a castigar mejor. Se denuncia la brutalidad del suplicio, pero se denuncia también la articulación de un poder judicial excesivo e insuficiente a la vez. Es excesivo porque identifica el poder de castigar con el poder personal del soberano. Este poder judicial absoluto se extiende mediante el otorgamiento arbitrario de privilegios de justicia y la venta de oficios judiciales por razones fiscales, desplegando una maraña de competencias civiles y eclesiásticas superpuestas, múltiples, heterogéneas. Es insuficiente porque estas competencias múltiples y superpuestas generan excesos, pero también confrontaciones, lagunas, discontinuidades a través de las cuales se filtran los ilegalismos. El poder judicial es absoluto, pero entre sus dedos se desliza, impune, la mayoría de los delitos.

Foucault indica que, desde el siglo XVII, el poder de soberanía se ve ante un nuevo contexto, caracterizado por el desarrollo comercial, la acumulación de riquezas en *stocks* de mercancías, el nomadismo alimentado por la explosión demográfica y las nuevas formas de propiedad rural. En este nuevo contexto económico y demográfico, los delitos contra la propiedad aumentan en número y en relevancia económica; se hacen intolerables ante los procesos emergentes, pero escapan todo el tiempo al poder absoluto de castigo soberano. Los reformadores no proponen tanto refundar los principios de la justicia penal como establecer una nueva economía del poder de castigar. Indican, de esta manera, los trazos de un poder absoluto pero permeado, lacunar, discontinuo, inconsistente. Se trata de un poder absoluto de soberanía, pero dispendioso e ineficaz. Contra él arremeten los reformadores:

En una palabra, hacer que el poder de juzgar no siguiera dependiendo de los privilegios múltiples, discontinuos, contradictorios a veces, de la soberanía, sino de los efectos continuamente distribuidos de la fuerza pública (...) hacer del castigo y de la represión de los ilegalismos una función regular, coextensiva a la sociedad; no castigar menos, sino castigar mejor; castigar con una severidad atenuada quizá, pero para castigar con más universalidad y necesidad; introducir el poder de castigar más

profundamente en el cuerpo social.²²⁸

A partir de la soberanía y en contraste con ella, Foucault hace emerger la figura del poder disciplinario. La analítica de esta figura se va tallando desde comienzos de la década del '70, permitiendo la recuperación de una multiplicidad de rastros textuales que preparan, afinan la genealogía del poder disciplinario; tarea que encuentra su elaboración más recortada en el libro de 1975, *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*.

Ya en su curso de 1973-1974 en el Collège de France, Foucault se propone estudiar el poder psiquiátrico a partir de las disciplinas. Para ello, presenta el fondo soberano respecto del cual se recorta. Hecho esto, el poder disciplinario emerge en contrapunto con cada uno de los trazos de la soberanía.

- 1. Relación de captura total y exhaustiva.** Ya no se trata de un poder articulado en relaciones asimétricas de sustracción y gasto. No hay dualismo ni asimetría sino más bien una captura exhaustiva del cuerpo, sus tiempos, sus gestos, sus comportamientos. Ya no se trata de un poder que sustrae fragmentaria, espasmódicamente, ciertas riquezas, ciertos productos, ciertos cuerpos, ciertas armas. Se trata de un poder constante de control de los cuerpos, de una “confiscación general del cuerpo, del tiempo, de la vida.”²²⁹
- 2. Tiempo genético.** Las disciplinas no configuran un poder orientado recurrentemente a un pasado, a un origen pleno y fundador, sino que tienden una trama apretada sobre la totalidad del tiempo de los individuos. Se trata de un control panóptico, sobre un tiempo saturado, continuo, sin fisuras. Se trata de un control exhaustivo de los tiempos, que descompone los gestos corporales en ritmos, calcula sus duraciones, las dispone en series, las acumula en series de series. Se trata, finalmente, de un tiempo genético: un control atento a la génesis individual, a su desarrollo en cada serie temporal, a la relación entre su antigüedad y sus capacidades; un tiempo genético, orientado no al pasado sino al porvenir, a partir de una pedagogía analítica, constante, minuciosa en los detalles.
- 3. Isotopía.** A diferencia de la heterotopía que caracteriza las relaciones y los términos en el poder de soberanía, el poder disciplinario tiende a la isotopía. Por un lado, las

²²⁸ *Ibid*, p. 84 [86].

²²⁹ *Le pouvoir psychiatrique, op. cit.*, p. 48 [67].

relaciones disciplinarias tienden a una medida común, a una traducibilidad general que permite desplazamientos coherentes entre diferentes relaciones. Los dispositivos disciplinarios se comunican entre sí: las calificaciones escolares informan jerarquías laborales; los registros clínicos informan desempeños escolares; los registros penales informan posibilidades laborales. Se dispone un campo documental sobre cada individuo que traza, en un lenguaje comunicable, las relaciones isotópicas entre los diversos dispositivos disciplinarios. Por otro lado, también los términos de la relación disciplinaria son isotópicos: ya no se trata de cuerpos y pantanos, familias y molinos, laicos y embarcaciones. Los términos que las disciplinas ponen en relación son siempre cuerpos individuales, multiplicidades reducidas a individualidades somáticas.

De modo que, en perfecto contrapunto respecto del poder de soberanía, la figura del poder disciplinario encuentra su recorte y caracterización. Ya no se trata de sustracción y gasto sino de captura total y exhaustiva; no se trata del pasado sino de la génesis y el porvenir; no se trata, por último, de relaciones heterotópicas sino de una tendencia a la isotopía más ajustada.

Ahora bien, el análisis más detallado del poder disciplinario tiene lugar en el libro *Vigilar y Castigar*. Allí se indica que el poder disciplinario emerge a partir del siglo XVII. No se trata de un poder novedoso (se encuentra ya en las disciplinas monásticas y en las órdenes religiosas) sino de un poder que se generaliza, inviste instituciones diversas, se enjambra por dentro y fuera de las instituciones, extiende su trama a lo largo del cuerpo social. No es novedoso que el cuerpo sea blanco y objeto del poder. El suplicio da buena cuenta de un poder de soberanía ejercido sobre el cuerpo. Lo novedoso es que esta nueva captura del cuerpo se produce con otras escalas, objetos y modalidades. La escala del control disciplinario no es la del cuerpo sino la de sus diferentes partes; el poder disciplinario descompone el cuerpo en una infinidad analítica de movimientos, gestos, aptitudes sobre los que se opera un control infinitesimal. El objeto del poder disciplinario no se resume, por tanto, en los elementos del cuerpo; su objeto es la economía y la organización interna de los movimientos, gestos, aptitudes. Las modalidades del poder disciplinario, por último, implican una coerción ininterrumpida, constante, que vela sobre los procesos de la actividad más que sobre el resultado, y se ejerce a partir de una codificación que reticula con la mayor aproximación el tiempo, el espacio y los movimientos. “A estos métodos que permiten el control minucioso de

las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les imponen una relación de docilidad-utilidad, es a lo que se puede llamar disciplinas.”²³⁰

Las disciplinas no operan un poder sustractivo, represivo ni negativo. Consisten más bien en una multiplicación de las fuerzas y capacidades de los cuerpos, que son recuperadas a partir de su inserción dócil en dispositivos de vigilancia. Se trata, en suma, de producir cuerpos dóciles y útiles, cuerpos que puedan ser transformados y perfeccionados al tiempo que sometidos y utilizados. Atravesamos así el umbral tecnológico en el ejercicio del poder moderno: ya no sustracción, captura, rechazo, represión; sino producción, transformación, fortalecimiento de cuerpos dóciles.

La disciplina “fabrica” individuos; es la técnica específica de un poder que se da los individuos a la vez como objetos y como instrumentos de su ejercicio. No es un poder triunfante que a partir de su propio exceso pueda fiarse en su superpotencia; es un poder modesto, suspicaz, que funciona según el modelo de una economía calculada pero permanente. Humildes modalidades, procedimientos menores si se comparan con los rituales majestuosos de la soberanía.²³¹

Poder modesto, de humildes modalidades e instrumentos simples: el poder disciplinario articula la producción de individuos como cuerpos dóciles y útiles a partir de tres instrumentos: la vigilancia jerárquica, la sanción normalizadora y el examen.

1. La vigilancia jerárquica. La disciplina supone un dispositivo que coacciona por el juego de la mirada, mediante una arquitectura que no está hecha para ser vista (como el fausto de los palacios soberanos) sino para permitir un control interno articulado y detallado. Aquí, el panóptico de Jeremy Bentham no aparece como una arquitectura onírica sino como un diagrama catalizador, intensificador de toda asimetría de poder; diagrama a disposición de las instituciones, las relaciones y las prácticas más variadas: el campamento militar, el hospital, la escuela, la fábrica disponen así una vigilancia constante, jerarquizada, funcional, anónima y automática.²³² En el poder disciplinario se opera una inversión del eje de la visibilización. A toda jerarquía corresponde un tanto de visible, de modo que, a mayor jerarquía, mayor es el campo que cubre la

²³⁰ *Surveiller et punir, op. cit.*, p. 139 [141].

²³¹ *Ibid*, p. 172 [175].

²³² Gilles Deleuze ha contribuido a precisar la distinción foucauldiana entre dispositivos y diagramas. Si el diagrama remite a una máquina abstracta que impone una conducta cualquiera a una multiplicidad cualquiera (siendo el panóptico su expresión), los dispositivos constituyen los agenciamientos concretos del diagrama, que es decir máquinas concretas que imponen una conducta determinada a una multiplicidad determinada. Deleuze, Gilles. *Foucault, op. cit.*, pp. 60-68.

propia mirada. Y, al mismo tiempo, a mayor jerarquía, menos visible se es. Las disciplinas operan en la disociación del par ver-ser visto: a mayor subordinación, mayor visibilización; a mayor jerarquía, mayor visibilidad.

2. **La sanción normalizadora.** Las disciplinas disponen una infrapenalidad minuciosa, que premia y castiga conductas menores, pueriles; conductas que son indiferentes para los sistemas legales. La sanción compara los desarrollos diferenciales de los individuos, identifica las desviaciones, las registra, las somete a ejercicios correctivos, constituye jerarquías a partir de ellas, las excluye en el extremo. La sanción es un poder que homogeneiza en función de un programa normativo fijado de antemano, al tiempo que permite individualizar cada caso en sus correspondencias y desviaciones.
3. **El examen.** Es el instrumento más ritualizado del poder disciplinario; el examen combina las técnicas de la vigilancia jerárquica y la sanción normalizadora. En él se superponen el ejercicio del poder sobre cada cuerpo y la producción de un saber documental sobre cada caso. El examen aparece así como el régimen de verdad propio de las disciplinas, distinto de las indagaciones [*enquêtes*] monárquicas. El examen ya no implica la restitución de lo sucedido sino, más bien, la producción constante de un saber documental sobre cada individuo a partir de la articulación ritual de la vigilancia y la sanción. El nuevo régimen de verdad y su proliferante campo de saberes sobre las conductas individuales constituyen las coordenadas de emergencia no sólo de las disciplinas sino también de las ciencias humanas.

El poder disciplinario queda, de este modo, delineado en una analítica ajustada. Vigilancia jerárquica, sanción normalizadora, examen: fabricación de individuos como cuerpos dóciles y útiles. Se trata de un poder modesto, humilde, anónimo; un poder que produce cuerpos fortalecidos, capacitados, revitalizados, consolidados. Ya lejos del fondo represivo y sustractivo de la soberanía, con las disciplinas atravesamos el umbral tecnológico de los mecanismos positivos de poder. Lejos, en el fondo del cuadro, en las postales del *Ancien Régime*, quedan las tenazas, el azufre, los potros; los monopolios, los estancos, las levass; fósiles toscos de un poder soberano represivo. Y, sin embargo, una objeción es necesaria en este punto.

La soberanía sobrevive a su obsolescencia técnica. Y se enlaza en relaciones heterogéneas, complementarias y conflictivas también con el poder disciplinario. Tomemos

dos ejemplos que trazan un panorama no exhaustivo de los múltiples enlaces entre soberanía y disciplina.

Primer ejemplo: la familia. En *El poder psiquiátrico* Foucault identifica en el poder familiar la presencia de los mecanismos de la soberanía: relaciones asimétricas, marcas del origen fundador, heterotopía de las relaciones padre-hijo, hermana-hermano, padre-madre. La familia no es una institución investida por el poder disciplinario sino por el poder de soberanía.²³³ Y, sin embargo, la familia se articula con los dispositivos disciplinarios en una densidad de relaciones heterogéneas: la familia es el intercambiador, el nexo, el conmutador entre instituciones disciplinarias. Es el poder soberano de la familia el que envía al niño a la escuela; después, al ejército; posteriormente, a trabajar; dada la ocasión, al hospital. El poder familiar adhiere, fija los individuos a las disciplinas. La familia así también aparece como el fondo, el nexo que vincula las trayectorias individuales a los dispositivos disciplinarios. Al mismo tiempo, la familia, micropoder soberano, es investida ella misma por dispositivos del tipo disciplinario que la reducen a una configuración celular, la intervienen médicamente, disponen vigilancias y sanciones sobre los niños, etcétera.²³⁴

Segundo ejemplo: el nacimiento de la prisión. Contra el fondo atroz de la técnica de los suplicios, emerge el nuevo poder de castigar, un poder disciplinario que opera a partir de los instrumentos de la vigilancia jerárquica, la sanción normalizadora y el examen. El cuerpo del condenado ya no es el teatro de manifestación del sobrepoder monárquico sino el objeto y blanco de producción de nuevas fuerzas y capacidades acompañadas de una docilización general. Cuerpo dócil y útil. Sin embargo, el fondo supliciante no se ha desterrado de la prisión; más bien, la prisión funciona con y gracias a un suplemento punitivo del orden del suplicio: el racionamiento alimentario, la privación de abrigo, los golpes. “De hecho, la prisión en sus dispositivos más explícitos ha procurado siempre cierta medida de sufrimiento corporal.”²³⁵

En suma, Foucault se delinea el poder disciplinario a partir de un contrapunto constante con el poder de soberanía. No se trata de una sucesión temporal de tecnologías de poder, aunque sus preeminencias puedan localizarse históricamente. Más bien, se trata de dos tecnologías de poder distinguibles, aunque solapadas, enlazadas, articuladas en una

²³³ Esto lo lleva a abandonar el modelo familiar para comprender el ejercicio del poder disciplinario en la psiquiatría. Ésta es una de las innovaciones centrales que el curso *El poder psiquiátrico* opera respecto de la obra *Historia de la locura en la época clásica*.

²³⁴ El detalle de esta imbricación familia-disciplinas excede los objetivos de esta ejemplificación. Remitimos, para ello, a los cursos *El poder psiquiátrico* y *Los Anormales*.

²³⁵ *Surveiller et punir*, op. cit., p. 21 [23].

heterogeneidad de relaciones. Foucault insiste en que el poder de soberanía, en su mecánica represiva y sustractiva, ha sido desplazado a partir del siglo XVII por una tecnología productiva de poder. Sin embargo, esta preeminencia del poder disciplinario no implica que la mecánica soberana haya sido definitivamente desterrada.

Ahora bien, Foucault se sustrae de la posibilidad de establecer la lógica que gobierna la integración entre estas dos tecnologías. Más bien, se limita a indicar en casos concretos las maneras en que la persistencia de la mecánica soberana puede articularse con los poderes disciplinarios. Soberanía y disciplinas son heterogéneas entre sí y, sin embargo, pueden ser integradas en estrategias concretas. Más que recuperar la lógica de homogeneización de estas tecnologías, Foucault se limita a indicar algunas estrategias concretas de conexión de estos elementos heterogéneos.²³⁶

3. Disciplinas y derecho

Desde el siglo XVII, estamos ante un nuevo mecanismo de poder, un mecanismo que articula técnicas, dispositivos y diagramas de un refinamiento y una complejidad hasta entonces desconocidas. Ya no se trata de los toscos recursos de la soberanía. El modesto poder de las disciplinas opera a través de humildes modalidades e instrumentos simples; pero, en sus operaciones, dispone una complejidad técnica creciente, prodigiosa. Estamos ante el umbral tecnológico del poder moderno: ya no se trata de una tosca mecánica (como la soberana) sino de una refinada tecnología.

Una tecnología de poder, las disciplinas, que se apoya en un saber que ella misma produce, convocando poder y saber en cada pequeña tarea, en cada operación, en cada instrumento que pone en marcha. Vigilancia, sanción y examen correlativos al campo documental proliferante de las ciencias del hombre. Foucault indica en este punto que las instituciones disciplinarias ofrecieron los objetos que formaron las ciencias humanas. El mismo umbral tecnológico que explica la emergencia de las disciplinas explica también la emergencia de las ciencias humanas. Las disciplinas producen los individuos que las ciencias humanas hostigan hasta sus últimos gestos.²³⁷ Poder y saber, entonces. Ahora bien, ¿cómo

²³⁶ Respecto de la lógica estratégica de conexión de lo heterogéneo, remitirse al curso de 1979. *Naissance de la biopolitique*, op. cit., p. 44 [62].

²³⁷ Hubert Dreyfus y Paul Rabinow han resistido la lectura algo extendida que hace de las ciencias humanas un mero reflejo del poder disciplinario, indicando con precisión la relación que se traba entre ambas: “Foucault afirma que la misma autodefinición de las ciencias humanas como 'disciplinas' académicas (...) se encuentra estrechamente vinculada con la expansión de las tecnologías disciplinarias. Esto es más que una

pensar la relación entre poder-saber de las disciplinas y el derecho?

Foucault indica que, con las disciplinas, emerge una “nueva forma de ley.”²³⁸ Cuando el derecho comienza a ser investido por las tecnologías disciplinarias, ya no se trata de la mera aplicación del poder de espada en la represión de los actos prohibidos. La vigilancia, la sanción, el examen permiten ahora tratar a los delincuentes como casos desviados, objetos de una corrección y de una terapéutica. Y, a su vez, la identificación de casos desviados, de estos individuos peligrosos, permite la articulación de una justicia preventiva. Así, el derecho se articula en un continuo jurídico, médico y administrativo de normalización, y comienza a investirse de funciones correctivas, terapéuticas y preventivas. Se trata de una antropologización del delito²³⁹ ya no centrada en la represión de los hechos delictivos sino en la vigilancia y sanción de los individuos peligrosos. Pasaje del delito al delincuente; pasaje de la represión de lo prohibido al control de los anormales; pasaje, en suma, de la ley a la norma. El derecho queda así investido por la normalización.²⁴⁰

Ahora bien, en la relación entre poder disciplinario y derecho, Foucault enlaza también las teorías del contractualismo. De modo que, si el poder de soberanía se articulaba con el derecho divino de reyes, el poder de las disciplinas aparece a su turno articulado con el moderno derecho natural. En el curso de 1973-1974, *El poder psiquiátrico*, Foucault tiende estas coordenadas. Me permito reponer una extensa cita:

Suele hacerse de la emergencia del individuo en el pensamiento y la realidad política de Europa el efecto de un proceso que es a la vez el desarrollo de la economía capitalista y la reivindicación del poder político por parte de la burguesía; de allí habría nacido la teoría filosófico-jurídica que, en líneas generales, vemos desarrollarse desde Hobbes hasta la Revolución francesa. Pero creo que, si bien es verdad que se puede ver efectivamente cierta idea del individualismo en el nivel del que les hablo, también hay que ver la constitución concreta del individuo a partir de determinada tecnología de poder; y me parece que esa tecnología es la disciplina, propia del poder

simple convergencia retórica. Las ciencias sociales (psicología, demografía, estadística, criminología, higiene social, etc.) se construyeron desde un principio dentro de instituciones disciplinarias (hospitales, prisiones, administraciones) donde su papel devino el de la especialización. (...) Esto *no* implica decir que las ciencias del hombre son un reflejo directo de la prisión, sino sólo que ambas emergieron en una matriz histórica común y que no se han separado de las tecnologías de poder/saber que han investido la prisión.” Dreyfus, Hubert y Rabinow, Paul. *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*, op. cit., p. 160 [190 (lig. mod.)].

²³⁸ *Surveiller et punir*, op. cit., p. 310 [310].

²³⁹ En el curso de 1974-1975, *Los Anormales*, Foucault indica cómo la presencia de pericias psiquiátricas en los juicios penales operan una antropologización del delito. El delincuente ya no es aquel que comete un delito sino un individuo con ciertas predisposiciones “anormales” que imprimen en él una virtualidad delictiva permanente. Esta antropologización ha sido recuperada recientemente por Alain Supiot. Ver *Homo juridicus. Ensayo sobre la función antropológica del derecho*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.

²⁴⁰ *Surveiller et punir*, op. cit., p. 310 [310].

que nace y se desarrolla desde la edad clásica, que aísla y recorta, a partir del juego de los cuerpos, ese elemento históricamente nuevo que llamamos individuo. Habría, por decirlo así, una especie de tenaza jurídico-disciplinaria del individualismo. Tenemos al individuo jurídico tal como aparece en esas teorías filosóficas y jurídicas: el individuo como sujeto abstracto, definido por derechos individuales, al que ningún poder puede limitar salvo si él lo acepta por contrato. Y por debajo de ello, junto a ello, tenemos el desarrollo de toda una tecnología disciplinaria que puso de manifiesto al individuo como realidad histórica, como elemento de las fuerzas productivas, como elemento, también, de las fuerzas políticas; y ese individuo es un cuerpo sujeto, atrapado en un sistema de vigilancia y sometido a procesos de normalización.²⁴¹

Poder disciplinario y contrato social: fabricación del individuo moderno. La operación de Foucault es, en apariencia, simple. En primer lugar, rescata cierta lectura marxista de los teóricos del moderno derecho natural, indicando que en la época clásica se constituye un discurso filosófico-jurídico que, en el marco del capitalismo emergente, hace nacer el individualismo posesivo.²⁴² En segundo lugar, evalúa la plausibilidad de esta lectura con cierta cautelosa distancia: “*si bien es verdad que se puede ver efectivamente cierta idea del individualismo.*” Tercero, insta a ver la “constitución concreta” de los individuos como “realidad histórica” no tanto en las teorías contractuales sino en el desarrollo efectivo de la tecnología disciplinaria; son las disciplinas, mucho más que las teorías contractuales, las que fabrican individuos. En cuarto lugar, constata la presencia de la “tenaza jurídico-disciplinaria” del individualismo: por un lado, la formación abstracta, filosófica y jurídica del individuo con sus derechos y libertades; por el otro, la “realidad histórica” de la “constitución concreta” de los individuos. De modo que disciplinas y contractualismo parecen corresponderse en una articulación que, de manera desconcertante, se acerca en mucho a una perspectiva ideológica.²⁴³ Por arriba, un discurso charlatán y tranquilizador de los derechos, las libertades, la legitimidad y la democracia; por debajo, unas coacciones disciplinarias permanentes.

Esta ocurrencia no es episódica: en *Vigilar y castigar*,²⁴⁴ en *Defender la sociedad*,²⁴⁵ y

²⁴¹ *Le pouvoir psychiatrique*, op. cit., pp. 58-59 [79].

²⁴² No he encontrado en la obra de Foucault referencias explícitas a Crawford B. MacPherson, aunque quienes han establecido los cursos en el Collège de France para su publicación señalan convincentemente que Foucault se refiere a su obra *La teoría política del individualismo posesivo*. Ver Macpherson, Crawford B. *La teoría política del individualismo posesivo*. Barcelona: Editorial Fontanella, 1970.

²⁴³ En su curso de 1972, Foucault indica explícitamente que la teoría contractual constituye el elemento ideológico del poder punitivo. *La société punitive*, op. cit., p. 128.

²⁴⁴ “Suele decirse que el modelo de una sociedad que tuviera por elementos constitutivos unos individuos está tomado de las formas jurídicas abstractas del contrato y del cambio (...) pero no hay que olvidar que ha existido en la misma época una técnica para constituer efectivamente a los individuos como elementos correlativos de un poder y de un saber. El individuo es sin duda el átomo ficticio de una representación 'ideológica' de la sociedad; pero es también una realidad fabricada por esa tecnología específica de poder que se llama la 'disciplina'.” *Surveiller et punir*, op. cit., pp. 195-196 [198].

²⁴⁵ “...esta teoría, y la organización de un código jurídico centrado en ella, permitieron superponer a los mecanismos de la disciplina un sistema de derecho que enmascaraba sus procedimientos, que borraba lo

en el primer tomo de *Historia de la sexualidad*,²⁴⁶ Foucault entretiene esta idea de un discurso jurídico que “enmascara,” “borra” y, por ello mismo, “garantiza” el ejercicio efectivo del poder de las disciplinas. El discurso contractual de la soberanía democrática aparecería, así, como una “ficción,” una “representación ideológica” que ocultaría la efectividad de unas coacciones múltiples, volviéndolas así aceptables. Este punto ha sido fatigado por la crítica, que indicó en el análisis foucauldiano del poder un remanente ideológico, inconsecuente con el perspectivismo nietzscheano que profesaría.²⁴⁷ Adelantemos que en sus cursos de 1978 y 1979 Foucault corregirá la relación entre democracia y disciplinas, a partir de un desplazamiento desde el discurso jurídico hacia la noción de gubernamentalidad liberal.²⁴⁸ Pero, más allá de sus rectificaciones ulteriores, las referencias que acabamos de reseñar siguen siendo desconcertantes. Mantengamos esta dificultad en suspenso.

Ahora bien, en relación con sus intervenciones anteriores, *Vigilar y castigar* opera un distanciamiento entre las teorías contractuales y el poder disciplinario. En este libro, Foucault identifica tres tecnologías del poder de castigar: la mecánica soberana del suplicio, la tecnología disciplinaria de la prisión y, entremedio, el proyecto de los reformadores del siglo XVIII. Se trata de tres tecnologías heterogéneas que encadenan tres series distintas de principios, dispositivos, técnicas e instrumentos. La pregunta del libro es cómo logró finalmente imponerse el poder disciplinario de la prisión.²⁴⁹ Ahora bien, las teorías del contrato social aparecen claramente identificadas con el proyecto de los reformadores. César Beccaria,²⁵⁰ entre varios otros juristas del siglo XVIII, proyectó un nuevo poder de castigar,

que podía haber de dominación y de técnicas de dominación en la disciplina y, por último, que garantizaba a cada uno el ejercicio, a través de la soberanía del Estado, de sus propios derechos soberanos. En otras palabras, los sistemas jurídicos, ya fueran las teorías o los códigos, permitieron una democratización de la soberanía colectiva, en el momento mismo, en la medida en que y porque esta democratización estaba lastrada en profundidad por los mecanismos de la coerción disciplinaria.” *Il faut défendre la société*, op. cit., p. 33 [44].

²⁴⁶ “¿Por qué reducir los dispositivos de la dominación nada más que al procedimiento de la ley de prohibición? Razón general y táctica que parece evidente: el poder es tolerable sólo con la condición de enmascarar una parte importante de sí mismo. Su éxito está en proporción directa con lo que logra esconder de sus mecanismos.” *Histoire de la sexualité 1*, op. cit., p. 113 [105].

²⁴⁷ La denuncia de inconsecuencias normativas en la obra de Foucault ha sido uno de los aspectos más fatigados por la crítica. Las propuestas más articuladas y salientes han sido las de Nancy Fraser, Jürgen Habermas y Charles Taylor. Respecto de la dificultad indicada, este último sostiene que hablar de “máscara, falsedad no tiene sentido alguno sin una noción correspondiente de verdad. La verdad aquí es subversiva del poder: ella está del lado del apartamiento de las imposiciones, de (...) la liberación. Para tener sentido, la noción foucauldiana de poder no sólo exige las nociones correlativas de verdad y liberación, sino también el vínculo estándar entre ellas, que hace de la verdad la condición para la liberación.” Taylor, Charles. “Foucault on freedom and truth.” *Political Theory*, op. cit., pp. 174.

²⁴⁸ Tres ocurrencias de esta rectificación: *Sécurité, territoire, population*, op. cit., 49-50 [70-71]; *Naissance de la biopolitique*, op. cit., 68-69 [87-88]; “Entretien avec Michel Foucault.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 911.

²⁴⁹ *Surveiller et punir*, op. cit., pp. 133-134 [135-136].

²⁵⁰ Beccaria, César. *De los delitos y las penas*. FCE: México, 2000.

distinto del suplicante, centrado en un procedimiento de recalificación de los individuos como sujetos de derecho. La infracción ya no es aprehendida como una ofensa al soberano sino un daño al cuerpo social emergente del contrato.²⁵¹ “El crimen, más que una falta, es aquello que daña a la sociedad, rompiendo el pacto y entrando en guerra contra la propia sociedad: es la guerra de uno contra todos.”²⁵² El infractor es un sujeto de derecho paradójico, que participa del contrato social a la vez que lo incumple:

A nivel de los principios, esta estrategia se formula fácilmente en la teoría general del contrato. Se supone que el ciudadano ha aceptado de una vez y para siempre, junto con las leyes de la sociedad, aquella misma que puede castigarlo. El criminal aparece entonces como un ser jurídicamente paradójico. Ha roto el pacto, con lo que se vuelve enemigo de la sociedad entera; pero participa en el castigo que se ejerce sobre él. El menor delito ataca a la sociedad entera, y la sociedad entera -incluido el delincuente- se halla presente en el menor castigo.²⁵³

El poder de castigar proyectado por los reformadores ya no tendrá el objetivo de restituir el sobrepoder soberano desafiado por el infractor sino el de reconstituir el sujeto jurídico del pacto social. El castigo tiene entre sus funciones la de obligar al infractor a reponer el daño producido al cuerpo social,²⁵⁴ la de recuperarlo como ciudadano y la de producir, por el juego de los intereses y las representaciones, una manifestación ejemplar de lo contraproducente de toda infracción, que bloquee la reincidencia y la emulación.²⁵⁵ Ahora bien, Foucault indica que no es el proyecto de los reformadores el que se afirma en el siglo XVIII sino, más bien, la emergencia de la prisión como tecnología disciplinaria de castigo. “Mientras los juristas o los filósofos buscaban en el pacto un modelo primitivo para la construcción o la reconstrucción del cuerpo social, los militares, y con ellos los técnicos de la disciplina, elaboraban los procedimientos para la coerción individual y colectiva de los cuerpos.”²⁵⁶ El proyecto de los reformadores, entonces, es heterogéneo no sólo respecto del poder soberano sino también respecto del poder de las disciplinas. “Dos maneras, pues, bien distintas de reaccionar a la infracción: reconstituir el sujeto jurídico del pacto social, o formar un sujeto de obediencia plegado a la forma a la vez general y escrupulosa de un poder

²⁵¹ “Sólo las leyes pueden decretar las penas de los delitos, y esta autoridad debe residir únicamente en el legislador, que representa toda la sociedad unida por el contrato social.” *Ibid*, p. 218.

²⁵² *La société punitive*, *op. cit.*, p. 33.

²⁵³ *Surveiller et punir*, *op. cit.*, p. 92 [94].

²⁵⁴ “El daño hecho a la sociedad es la verdadera medida de los delitos (...) Cualquier delito, aunque privado, ofende a la sociedad.” Beccaria, César. *De los delitos y las penas*, *op. cit.*, pp. 230-231.

²⁵⁵ “El fin, pues, no es otro que impedir al reo causar nuevos daños a sus ciudadanos y retraer a los demás de la comisión de otros iguales.” *Ibid*, p. 238. Ver también *Surveiller et punir*, *op. cit.*, pp. 75-116 [77-118].

²⁵⁶ *Surveiller et punir*, *op. cit.*, p. 171 [174].

cualquiera.”²⁵⁷ En el tránsito de la soberanía a las disciplinas, los reformadores y, con ellos, los contractualistas también, se recortan como un episodio singular, heterogéneo. No responden al poder soberano, no responden tampoco al poder de las disciplinas. De modo que el contrato social ya no aparece como el correlato jurídico del poder disciplinario, sino como el andamiaje filosófico-jurídico de los proyectos de los reformadores del siglo XVIII.

Sin embargo, un año más tarde, a partir del curso *Defender la sociedad* y de la publicación del primer tomo de *Historia de la sexualidad*, la teoría contractual quedará definitivamente desmarcada del poder disciplinario y, sorprendentemente, asociada ahora al poder de soberanía. De este modo, las teorías del moderno derecho natural son dos veces desplazadas en la obra de Foucault, permitiendo identificar tres relaciones entre disciplinas y contractualismo:

1. En un principio, las teorías del contrato social se asocian a las disciplinas, constituyendo una tenaza jurídico-disciplinaria que se opone punto a punto al poder soberano.
2. Poco más tarde, el contractualismo aparece identificado con el proyecto de los reformadores del siglo XVIII; una teoría, un proyecto heterogéneo tanto respecto de la soberanía como de las disciplinas.
3. Por último, Foucault desplaza nuevamente la teoría contractual, haciéndola ingresar en el campo del poder soberano. De modo que soberanía y contrato forman un conjunto que se opone al del poder disciplinario.

A partir de entonces, la soberanía expresará no sólo el mecanismo de poder del *Ancien Régime* sino también una superficie discursiva que subsiste en la moderna teoría del derecho natural. Es en este contexto de identificación de soberanía y contractualismo que Foucault indicará las coordenadas del discurso jurídico político.

²⁵⁷ *Ibid*, p. 132 [134].

4. El discurso jurídico

La caracterización del discurso jurídico político se presenta en el curso de 1976, *Defender la sociedad*. Allí, Foucault recupera el contraste entre el poder de soberanía y la tecnología disciplinaria, indicando que hacia el siglo XVII el ejercicio disciplinario del poder se afirma, desplazando a la mecánica soberana. Siendo esta preeminencia del poder disciplinario, Foucault hace notar sin embargo la persistencia de un discurso jurídico de la soberanía, que prorroga una grilla de inteligibilidad del poder en términos de sustracción, represión y prohibiciones. A la obsolescencia técnica de la mecánica soberana subsiste, de esta manera, un discurso jurídico de la soberanía que insiste en una grilla de inteligibilidad del poder en términos de ley y legitimidad; en términos de un poder que se manifiesta bajo la forma represiva de la prohibición, y una legitimidad que funciona como resguardo de los derechos individuales. Foucault se interesa, entonces, por este discurso jurídico, que sobrevive a la obsolescencia de la mecánica soberana. Tras indicar, como hemos visto, su función táctica de enmascaramiento de las disciplinas, Foucault pone en marcha un análisis más pormenorizado del discurso jurídico.

...en las sociedades occidentales, y esto es así desde la Edad Media, la elaboración del pensamiento jurídico se hace esencialmente en torno al poder real. El edificio jurídico de nuestras sociedades se construyó a pedido del poder real y también en su beneficio, para servirle de instrumento o de justificación. En Occidente, el derecho es un derecho de encargo real.²⁵⁸

Foucault rastrea así la emergencia de este discurso jurídico a partir de la reactivación del derecho romano, en el contexto de la lucha entre las monarquías y los poderes feudales. Este discurso jurídico político romano, recuperado a partir del siglo XII, fue arma y vehículo en la centralización de los poderes feudales y la constitución de las monarquías administrativas, territoriales y, finalmente, absolutistas.²⁵⁹ Foucault indica que el papel de los juristas durante este proceso no habría sido otro que el de legitimar los poderes monárquicos emergentes de las luchas contra los poderes territoriales de los feudos. “Formación, por lo tanto, del edificio jurídico alrededor del personaje real, e incluso a pedido y en beneficio del

²⁵⁸ 'Il faut défendre la société', *op. cit.*, p. 23 [35].

²⁵⁹ Convergentemente, Perry Anderson indica que “políticamente, el resurgir del derecho romano correspondía a las exigencias constitucionales de los Estados feudales reorganizados de la época. De hecho, no puede haber ninguna duda de que, a escala europea, el determinante principal de la adopción de la jurisprudencia romana radica en el giro de los gobiernos monárquicos hacia el incremento de los poderes centrales.” Anderson, Perry. *El Estado absolutista*, *op. cit.*, pp. 21-22.

poder real.”²⁶⁰ Foucault señala que, a partir del siglo XVI, este discurso jurídico político será reinvestido en la lucha política y teórica, en el marco de las guerras de religión. Católicos y protestantes, monárquicos y antimonárquicos hablarán un mismo lenguaje: el de la soberanía, su legitimidad, sus verdaderos portadores, los límites de su ejercicio. Posteriormente, en el siglo XVIII será este mismo discurso el que servirá a la construcción de las democracias parlamentarias, de la mano de Rousseau, sus contemporáneos y seguidores.²⁶¹ Finalmente, éste es también el discurso de los partidos de masas que, desde el siglo XIX, operan en torno a la pregunta por su legitimidad en la lucha por el acceso al poder. Ya sean los juristas reales de la Edad Media, los partidarios antimonárquicos de las guerras religiosas, los defensores del Estado absolutista, los constituyentes republicanos del siglo XVIII o los partidos socialistas desde el siglo XIX;²⁶² en todos los casos, se trataba del poder soberano, del poder real.

Y se trataba del poder real de dos maneras: ya fuera para mostrar en qué basamento jurídico se investía ese poder, de qué forma el monarca era efectivamente el cuerpo viviente de la soberanía, cómo su poder, aun absoluto, se adecuaba exactamente a un derecho fundamental; ya fuera, al contrario, para mostrar cómo había que limitar ese poder del soberano, a qué reglas de derecho debía someterse, según y dentro de qué límites tenía que ejercer su poder para que éste conservase su legitimidad. Desde la Edad Media, la teoría del derecho tiene como papel esencial fijar la legitimidad del poder: el problema fundamental, central, alrededor del cual se organiza toda esa teoría, es el problema de la soberanía.²⁶³

Identificamos, entonces, un desplazamiento en el tratamiento foucauldiano de la soberanía: ésta ya no aparece únicamente como el mecanismo de poder específico del *Ancien Régime* que subsiste, obsoleto, a través de la modernidad. La soberanía es ahora el corazón de un modelo, de un discurso jurídico político que hostiga desde la Edad Media la comprensión occidental del poder.

Y bien, ¿en qué consiste este discurso? Foucault describe el discurso de la soberanía a partir de un triple programa de remisión a lo uno; se trata de tres ciclos que aprehenden las relaciones de poder a partir de una triple estrategia centrípeta. Se trata del ciclo que opera de

²⁶⁰ 'Il faut défendre la société', *op. cit.*, p. 23 [35].

²⁶¹ *Ibid*, p. 31 [42-43].

²⁶² “Privilegiar el aparato del Estado, la función de conservación, la superestructura jurídica es, en el fondo, ‘rousseauizar’ a Marx. Es reinscribirlo en la teoría burguesa y jurídica del poder. No es sorprendente que esta concepción supuestamente marxista del poder como aparato del Estado, como instancia de conservación, como superestructura jurídica, se encuentre esencialmente en la socialdemocracia europea desde fines del siglo XIX, cuando el problema era justamente aquel de saber cómo hacer funcionar a Marx al interior de un sistema jurídico que era aquél de la burguesía.” “Les mailles du pouvoir.” *Dits et écrits II*, *op. cit.*, p. 1008 [241-242].

²⁶³ 'Il faut défendre la société', *op. cit.*, p. 23-24 [35].

los sujetos al súbdito; del ciclo que opera desde la multiplicidad de poderes sociales hacia la unidad del poder; se trata, por último, del ciclo que opera de las leyes a la ley fundamental.

1. **El ciclo del sujeto [sujet] al súbdito [sujet].** En primer lugar, el discurso de la soberanía constituye un ciclo de los sujetos al súbdito. Un ciclo que, partiendo del sujeto entendido como individuo dotado con capacidades y libertades naturales, culmina en el sujeto entendido como individuo sujetado, sometido, apresado a partir de un compromiso jurídico. Este discurso parte así de un sujeto que, en estado primitivo, está dotado de ciertos derechos; derechos que sin embargo sólo se harán efectivos allí donde emerja un poder jurídico que los garantice; poder jurídico que, a efectos de esta garantía, constituye a los sujetos en súbditos.
2. **El ciclo de los poderes a la unidad del poder.** El discurso de la soberanía parte de una multiplicidad de poderes que, en sentido estricto, no son más que capacidades, posibilidades, potencias de los individuos, que sólo pueden desplegarse, actualizarse y rendir sus frutos una vez que se hubo constituido la unidad del poder. En su estado primitivo, los sujetos son propietarios de poderes individuales; sin embargo, a efectos de que estos poderes permitan el goce de los derechos y libertades individuales, es necesario que estos poderes dispersos se unifiquen en una instancia centralizadora. “Importa poco que esta unidad del poder adopte el rostro del monarca o la forma del Estado; de ella van a derivarse las diferentes formas, los aspectos, mecanismos e instituciones de poder. La multiplicidad de los poderes, entendidos como poderes políticos, sólo puede establecerse y funcionar a partir de esta unidad del poder, fundada por la teoría de la soberanía.”²⁶⁴
3. **El ciclo de las leyes a la ley fundamental.** Por último, el discurso de la soberanía articula un ciclo en el que la multiplicidad de las leyes convoca de manera centrípeta a una ley fundamental, una ley de leyes, que asegura la legitimidad de todo el ordenamiento. De esta manera, las leyes remiten siempre su legitimidad a una ley de leyes, condición de todo el sistema.

Foucault resume: “la teoría de la soberanía es el ciclo del sujeto al súbdito, el ciclo del poder y los poderes, el ciclo de la legitimidad y la ley.”²⁶⁵ Presupone el sujeto, apunta a fundar

²⁶⁴ *Ibid*, pp. 37-38 [49-50].

²⁶⁵ *Ibid*, p. 38 [50 (lig. mod.)].

la unidad esencial del poder, convoca siempre a la legitimidad fundamental. Así quedan establecidas las coordenadas del discurso jurídico político de la soberanía.

Ahora bien, *Defender la sociedad* es un curso orientado a un “análisis concreto de las relaciones de poder”²⁶⁶ que implica, según Foucault, el abandono de este modelo jurídico de la soberanía. De este modo, la propuesta es pasar del análisis de la soberanía al análisis de la dominación. Esto implica abandonar los supuestos a la base del discurso jurídico político de la soberanía: abandonar el ciclo del sujeto al súbdito, de los poderes a la unidad del poder, de las leyes a la legitimidad. Pasar por fuera del discurso de la soberanía exige, por tanto, no preguntarse cómo el sujeto deviene súbdito sino cómo se produce la subjetividad misma. En segundo lugar, implica mantener una analítica del poder en la heterogeneidad y multiplicidad de sus mecanismos, sin remisiones a un poder unitario y centralizador. En tercer lugar, pasar de la soberanía a la dominación implica descartar la pregunta por la legitimidad para postular la pregunta por los instrumentos técnicos que sostienen los ordenamientos jurídicos y las instituciones.

En vez del triple elemento previo de la ley, la unidad y el sujeto -que hace de la soberanía la fuente del poder y el fundamento de las instituciones-, creo que hay que tomar el triple punto de vista de las técnicas, su heterogeneidad y sus efectos de sometimiento, que hacen de los procedimientos de dominación la trama efectiva de las relaciones de poder y los grandes aparatos de poder. La fabricación de los sujetos más que la génesis del soberano: ése es el tema general.²⁶⁷

Pasar, en suma, de la soberanía a la dominación. Ahora bien, en esta empresa, Foucault se pregunta si no debería ser la guerra la grilla de inteligibilidad de los poderes; el descifrador general de las relaciones de poder. La pregunta de Foucault es por la posibilidad de pensar la política como continuación de la guerra por otros medios. La guerra aparecería así como el origen de la política; pero, a su vez, la política no sería la conjuración de la guerra sino, más bien, su persistencia silenciosa a través de instituciones, leyes, aparatos. La paz no es el fin de la guerra sino su condensación civil, jurídica, institucional. La guerra, entonces, pensada como filigrana de la política.

Ahora bien, Foucault señala que una objeción debe ser considerada. ¿No es, acaso, Thomas Hobbes quien postula, de manera más explícita e influyente, a la política como continuación de la guerra por otros medios? ¿No es Hobbes, precisamente, quien postula la

²⁶⁶ *Ibid, op. cit.*, pp. 124-130.

²⁶⁷ *Ibid, op. cit.*, p. 39 [51].

guerra como filigrana, como grilla de inteligibilidad del orden político? En definitiva, postular la guerra como grilla de inteligibilidad de la dominación ¿no implica reingresar a través de Hobbes en el discurso jurídico político de la soberanía? Esto conduce a una pregunta operativa: ¿cómo opera la guerra en la teoría de Hobbes, en el discurso jurídico político de la soberanía?

Foucault recupera y profundiza aquí las menciones sobre la guerra hobbesiana ya presentes en su curso de 1972, comenzando por indicar la centralidad de la guerra en la teoría política de Hobbes. A lo largo de su obra, Hobbes no sólo sitúa la guerra en el nacimiento del Estado sino que, también, indica que la guerra brota constantemente en sus intersticios y sus límites. De ello, tres ejemplos. Foucault indica en *Leviatán* una guerra permanente que se libra entre quienes roban y son robados. En segundo lugar, los pueblos salvajes de América se hallan en ese estado bestial de guerra permanente. En tercer lugar, los reyes y personas revestidas con la autoridad soberana se hallan también en estado de continua enemistad.²⁶⁸ De modo que la guerra en Hobbes no sólo se despliega en el nacimiento del Estado, sino que lo hostiga en sus intersticios, en sus márgenes, en sus fronteras. Aún después de la constitución del Estado, la guerra amenaza y está presente. De allí, Foucault deriva dos preguntas: ¿de qué se trata esa guerra previa al Estado y que, al mismo tiempo, lo empuja constantemente a su prehistoria? En segundo lugar, ¿cómo es que la guerra engendra al Estado?

Primer pregunta, entonces: ¿de qué se trata esta guerra? Foucault indica que, en Hobbes, la guerra primitiva es una guerra de igualdad, nacida de la igualdad entre los hombres. La naturaleza ha hecho a los hombres iguales en sus facultades físicas (expresadas en la igual capacidad de darse muerte) y en sus facultades mentales (expresadas en la igual capacidad de alcanzar la prudencia). Y es esta igualdad el asiento de la guerra:

Si hubiera diferencias naturales marcadas, visibles, macizas, sucederían dos cosas: o bien habría enfrentamiento entre el fuerte y el débil -pero este enfrentamiento y esta guerra real se saldarían en el acto con la victoria del primero sobre el segundo, victoria que sería definitiva a causa, precisamente, de la fuerza del fuerte- o bien no habría enfrentamiento real, lo que significa, simplemente, que el débil, al conocer, advertir y comprobar su propia debilidad, renunciaría de antemano a él. De modo que -dice Hobbes- si hubiera diferencias naturales marcadas, no habría guerra.²⁶⁹

La diferencia pacífica; la igualdad, en cambio, es asiento y catalizador de la guerra: ninguna diferencia es tan grande como para no ser contestada; nadie es lo suficientemente

²⁶⁸ Ver Hobbes, Thomas, *Leviatán*. 7ª reimpresión. México: FCE, 1996, pp. 103-104.

²⁶⁹ *'Il faut défendre la société', op. cit., p. 78 [88].*

fuerte como para confiarse en su tranquilidad, como para desestimar la amenaza de los demás. Ante esto, ningún procedimiento es más razonable para la protección que anticiparse y dominar a sus iguales.²⁷⁰ “La indiferenciación natural crea, por tanto, incertidumbres, riesgos, albures y, por consiguiente, la voluntad, de una y otra parte, de enfrentarse; el carácter aleatorio en la relación de fuerzas primitiva crea el estado de guerra.”²⁷¹ Igualdad natural, estado de guerra. A partir de aquí, Foucault remarca el desacople hobbesiano entre la guerra y el estado de guerra. La guerra aparece identificada con la batalla, con el acto de luchar; pero el estado de guerra compromete otra definición: Hobbes afirma que, así como el mal tiempo se identifica con la propensión a llover, el estado de guerra es una propensión, una disposición manifiesta a la guerra durante un lapso de tiempo.²⁷² Foucault insiste en esta distinción para definir al estado de guerra hobbesiano a partir de tres elementos.

1. **Representaciones calculadas:** cada hombre imagina la fuerza con que cuentan los otros, calcula su fuerza en relación con los demás, calcula también cuál es la representación de su propia fuerza en la imaginación de los demás.
2. **Manifestaciones enfáticas y notorias de voluntad:** a partir de estos cálculos, cada hombre manifiesta, en un contexto de incertidumbre respecto de las desigualdades mutuas, una voluntad expresa de guerrear que apunta a modificar el cálculo de sus adversarios respecto de su propia fuerza.
3. **Tácticas de intimidación entrecruzadas:** el temor a la guerra sólo puede ser conjurado cuando el temor del adversario es mayor al propio. De modo que la intimidación, la manifestación de la superioridad y la voluntad de la batalla tienen por efecto la disuasión de la guerra.

²⁷⁰ “Dada esta situación de desconfianza mutua, ningún procedimiento tan razonable existe para que un hombre se proteja a sí mismo, como la anticipación, es decir, el dominar por medio de la fuerza o por la astucia o todos los hombres que pueda, durante el tiempo preciso, hasta que ningún otro poder sea capaz de amenazarle.” Hobbes, Thomas, *Leviatán*, op. cit., p. 101.

²⁷¹ ‘Il faut défendre la société’, pp. 78-79 [89].

²⁷² Hobbes distingue la guerra del estado de guerra en tres de sus obras. En *Leviatán*, I, 13; en *De Cive*, I, 12; y en *Elementos...*, I, 14. Respecto de *Leviatán*: “Con todo ello se manifiesta que durante el tiempo en que los hombres viven sin un poder común que los atemorice a todos, se hallan en la condición o estado que se denomina guerra; una guerra tal que es la de todos contra todos. Porque la guerra no consiste solamente en batallar, que es el acto de luchar, sino que se da durante el lapso de tiempo en que la voluntad de luchar se manifiesta en modo suficiente. Por ello la noción de *tiempo* debe ser tenida en cuenta respecto a la naturaleza de la guerra, con respecto a la naturaleza del clima. En efecto, así como la naturaleza del mal tiempo no radica en uno o dos chubascos, sino en la propensión a llover durante varios días, así la naturaleza de la guerra consiste no ya en la lucha actual, sino en la disposición manifiesta a ella durante todo el tiempo en que no hay seguridad de lo contrario. Todo el tiempo restante es de paz.” Hobbes, Thomas, *Leviatán*, op. cit., p. 102.

De esta manera, Foucault describe el estado de guerra presentado por Hobbes. No se trata de la guerra propiamente dicha sino de un lapso de tiempo en el cual se intercambian representaciones calculadas, manifestaciones enfáticas y manifiestas de voluntad y tácticas cruzadas de intimidación:²⁷³

...ese estado que Hobbes describe no es en absoluto un estado natural y brutal, en el que las fuerzas se enfrentan directamente: no estamos en el orden de las relaciones directas de fuerzas reales. Lo que choca, lo que se enfrenta, lo que se entrecruza, en el estado de guerra primitiva de Hobbes, no son las armas, no son los puños, no son unas fuerzas salvajes y desatadas. En la guerra primitiva de Hobbes no hay batallas, no hay sangre, no hay cadáveres. Hay representaciones, manifestaciones, signos, expresiones enfáticas, astutas, mentirosas; hay señuelos, voluntades que se disfrazan de lo contrario, inquietudes que se camuflan en certidumbres. Nos encontramos en el teatro de las representaciones intercambiadas, en una relación de temor que es una relación temporalmente indefinida; no estamos realmente en la guerra.²⁷⁴

De esta manera, Foucault insiste en el desacople entre guerra y estado de guerra a efectos de identificar que, en Hobbes, el nacimiento del Estado no se asienta en una guerra efectiva, de todos contra todos, sino en un teatro de representaciones de fuerzas siempre prorrogadas, una diplomacia infinita de rivalidades que son naturalmente igualitarias. Así, se hace evidente para Foucault que el estado de guerra no es una fase que el hombre abandona definitivamente al nacer el Estado, sino que es un fondo permanente de la vida civil. Primera pregunta, entonces, ¿de qué se trata la guerra en Hobbes? Se trata de un teatro de enfrentamiento de representaciones.

Pasemos, entonces, a la segunda pregunta: ¿cómo es que la guerra, cómo es que este estado de guerra, en todo caso, engendra al Estado? Foucault retoma entonces la distinción hobbesiana entre Estados por institución y por adquisición.²⁷⁵ En el caso de los Estados por institución, Foucault indica la continuidad del juego de las representaciones en el pacto voluntario: el objeto de la transacción que instituye al Estado es el derecho de representación. Voluntades y representaciones se articulan en el pacto, que se constituye así de la misma materia de la que estaba constituido el estado de guerra.

Ahora bien, otro pareciera ser el caso en el Estado por adquisición: en principio,

²⁷³ En un sentido convergente, Norberto Bobbio indica el desacople entre guerra y estado de guerra: “Pero por estado de guerra Hobbes entiende, correctamente, no tanto el estado con conflictos violentos como aquel en el que la tranquilidad es precaria y queda asegurada sólo por el recíproco temor, por la ‘disuasión’, como se diría hoy; en síntesis: es un estado en el que la paz resulta posible únicamente por la amenaza continua de la guerra.” Bobbio, Norberto. *Thomas Hobbes*, Barcelona: Paradigma - Plaza y Janés, 1991, p. 70.

²⁷⁴ *Il faut défendre la société*, op. cit., pp. 79-80 [89].

²⁷⁵ Ver Hobbes, Thomas, *Leviatán*, op. cit., pp. 141-142, 162.

Foucault indica que estamos ante una soberanía fundada en relaciones de fuerza reales, históricas e inmediatas. Ya no se trata de un estado de guerra sino de una guerra como batalla real, con vencedores y vencidos, éstos a merced de aquéllos. Aquí se abren dos posibilidades. La primera: los vencedores matan a los vencidos; con ellos, desaparece toda posibilidad de relación soberana. La segunda: los vencedores dejan con vida a los vencidos. En este caso, dos nuevas posibilidades. La primera: los vencidos se sublevaran, reiniciando la guerra. La segunda: los vencidos, temerosos de sus vidas y conscientes de la asimetría de fuerzas, deciden voluntariamente obedecer. “Desde el momento en que los vencidos prefirieron la vida y la obediencia, con eso mismo reconstituyeron una soberanía, hicieron de sus vencedores sus representantes, volvieron a instalar un soberano en el lugar de quien había sido abatido por la guerra.”²⁷⁶ De modo que la victoria no es conmutador de derechos de soberanía; sino que, a la base del Estado por adquisición se encuentra el pacto suscrito por los vencidos, mediante el cual se manifiesta la voluntad expresa o inferida de transmitir los derechos de representación a quien se erige como soberano.²⁷⁷ De esta manera, la soberanía por adquisición no se diferencia de la soberanía por institución, salvo por el objeto del temor: en la institución, los pactantes se temen mutuamente; en la adquisición, los pactantes temen a quien instituyen. En ambos casos, sin embargo, la voluntad tiene las mismas consecuencias y la celebración del pacto produce un soberano con los mismos derechos.

En línea con la soberanía por adquisición, Foucault remarca el dominio por generación que Hobbes indica en la relación paternal. El dominio de los padres sobre sus hijos se funda en la voluntad del infante de preferir la vida y la sumisión a los padres, antes que la inminencia de la muerte en caso de abandono. Mediante su consentimiento, expreso o inferido, el hijo celebra un pacto, constituyendo una relación de dominio jurídicamente refrendada.

Institución, adquisición, generación: en los tres casos, la voluntad es la fuente de constitución de la soberanía, ya sea expresa o “declarada por argumentos suficientes;” en los tres casos, los derechos y consecuencias emergentes son los mismos. La distinción de

²⁷⁶ Foucault, Michel. *‘Il faut défendre la société’*, op. cit., p. 82 [92]. Según Hobbes: “El dominio adquirido por conquista o victoria en una guerra, es el que algunos escritores llaman despótico, de Δεσπότης, que significa *señor* o *dueño*, y es el dominio del dueño sobre su criado. Este dominio es adquirido por el vencedor cuando el vencido, para evitar el peligro inminente de muerte, pacta, bien sea por palabras expresas o por signos suficientes de la voluntad, que en cuanto su vida y la libertad de su cuerpo lo permitan, el vencedor tendrá uso de ellas, a su antojo.” Hobbes, Thomas, *Leviatán*, op. cit., p. 165.

²⁷⁷ “No es, pues, la victoria la que da el derecho de dominio sobre el vencido, sino su propio pacto. Ni queda obligado porque ha sido conquistado, es decir, batido, apresado o puesto en fuga, sino porque comparece y se somete al vencedor” *Ibid*, p. 165.

orígenes de los Estados contribuye a la indistinción de sus derechos y consecuencias. La soberanía emergente es, así, indiferente en su legitimidad y sus alcances, respecto del origen y las condiciones en las que se manifestó la voluntad.²⁷⁸

Con ello, lo que Hobbes quiere mostrar es que lo decisivo en la constitución de la soberanía no es la calidad de la voluntad y ni siquiera su forma de expresión o su nivel. En el fondo, importa poco que tengamos el cuchillo contra la garganta, importa poco que podamos o no formular explícitamente nuestra voluntad. Para que haya soberanía, es preciso y suficiente que esté efectivamente presente una determinada voluntad radical que hace que queramos vivir aun cuando no podamos hacerlo sin la voluntad de otro.²⁷⁹

Ya se trate de un acuerdo, una batalla o una relación padre-hijo, Foucault insiste en que Hobbes postula una serie idéntica que articula, necesariamente, miedo, voluntad y soberanía. “En el fondo, todo sucedió como si Hobbes, lejos de ser el teórico de las relaciones entre guerra y poder político, hubiera querido eliminarla de la génesis de la soberanía.”²⁸⁰ En este sentido, lejos de ser el padre del discurso de la guerra como grilla de inteligibilidad de las relaciones de poder, Hobbes articula una teoría soberana que es indiferente a la guerra. La constitución de la soberanía ignora la guerra. Al considerar los derechos soberanos, Foucault identifica en Hobbes el intento de olvidar la distinción entre institución, adquisición y generación. La voluntad manifiesta en cualquier contexto, en cualquiera de los casos, produce las mismas consecuencias y los mismos derechos de soberanía.²⁸¹

²⁷⁸ Este énfasis foucauldiano recupera las lecturas de la obra de Hobbes en términos de una legitimación de todo poder *de facto*; lecturas ya presentes desde el mismo siglo XVII. Ver Skinner, Quentin. “The Ideological Context of Hobbes’s Political Thought” *The Historical Journal*, Vol. 9, No. 3. (1966), pp. 286-317. Sin embargo, José Luis Galimidi ha hecho notar que Hobbes discontinúa esta interpretación en su análisis de la Revolución inglesa desarrollado en *Behemoth*: “¿por qué defiende Hobbes en *Behemoth* el derecho de gobierno de un (ex) monarca que ya no tenía ejército para proteger a sus súbditos, ni medios para administrar la obediencia que éstos le debían? Si (...) una de las principales ventajas comparativas de la hipótesis de la república por adquisición respecto de la de institución en *Leviatán* era la de preservar la lógica del contrato fundante respecto de eventuales objeciones basadas en el acontecer histórico, ¿por qué se rechaza ahora el derecho a gobernar de un general victorioso?” Galimidi indica que Hobbes, a sabiendas o por instinto, se detuvo en *Behemoth* ante las derivas revolucionarias que la filosofía política del *Leviatán* podían desencadenar. Hobbes postularía aquí que la continuidad del pueblo inglés a lo largo del siglo XVII indicaría que la soberanía Estuardo mantuvo durante todo el período su derecho soberano. “Primero pasará una ballena por el ojo de la aguja de la Santa Alianza, antes de que Leviatán prometa los cielos de la revolución.” Galimidi, José Luis. *Leviatán Conquistador*. Rosario: Homo Sapiens 2004, pp. 186, 222. Cf. Borrelli, Gianfranco. “Despotismo, conquista y guerra civil en el *Leviatán* de Thomas Hobbes.” *Deus Mortalis*, No. 3 (2004), pp. 267 y ss.

²⁷⁹ ‘Il faut défendre la société’, *op. cit.*, p. 83 [93].

²⁸⁰ *Ibid*, p. 83 [93].

²⁸¹ Según Hobbes: “En suma, los derechos y consecuencias de ambas cosas, el dominio *paternal* y el *despótico*, coinciden exactamente con los del soberano por institución, y por las mismas razones a las cuales nos hemos referido en el capítulo precedente. Si un monarca lo es de diversas naciones, y en una de ellas tiene la soberanía por institución del pueblo reunido, y en la otra por conquista, es decir, por la sumisión de

Así, Foucault inscribe la teoría de Hobbes en los azares y las luchas que traman su emergencia; una teoría que se articula en el marco de la guerra civil inglesa y de cara a un contrincante estratégico bien particular.²⁸² No se trata en la teoría hobbessiana de desmontar solamente determinados contenidos teóricos adversos sino que se trata de oponerse a una formación discursiva que, por todos lados, cifra los derechos monárquicos de los Estuardo en la conquista. Este discurso histórico político, pasaba la pregunta por los derechos y la legitimidad de la soberanía Estuardo a través de la grilla de inteligibilidad de la guerra, la victoria y la conquista normanda del siglo XI. En esta formación discursiva habitaron y se nutrieron los argumentos y las luchas de los parlamentarios, de los juristas que recodificaban el Common Law, de los agitadores del Nuevo Ejército Modelo, de los radicales *levellers* y *diggers* e incluso de los mismos juristas monárquicos. La conquista, el yugo normando en el siglo XVII inglés, establecía las coordenadas de un discurso histórico político en el que se jugaba la verdad histórica, el derecho inglés y el poder monárquico. Es contra este discurso que Hobbes recupera y relanza el discurso jurídico político de la soberanía, con una innovación central: el llamado a olvidar las marcas históricas del origen.²⁸³

De modo que observamos en *Defender la sociedad*, la copresencia de dos discursos políticos heterogéneos: el discurso histórico político de la guerra y el jurídico político de la soberanía; éste último, objeto de una innovación profunda. Desde Hobbes, el discurso de la soberanía ya no tendrá como correlato la violencia, la guerra efectiva, la batalla originaria

cada individuo para evitar la muerte o la prisión, exigir de una de estas naciones más que de la otra, por título de conquista, por tratarse de una nación conquistada, es un acto de ignorancia de los derechos de soberanía. En ambos casos, se es soberano igualmente absoluto, o de lo contrario la soberanía no existe.” Hobbes, Thomas. *Leviatán*, op. cit., p. 166.

²⁸² En línea con Foucault, Gianfranco Borrelli inscribe de lleno la teoría de la soberanía hobbessiana al interior de la guerra civil inglesa: “Para el contexto inglés en particular, conquista y guerra civil se vuelven argumentos que hacen precipitar sobre el presente el problema antiguo, pero todavía vivo, de la dominación normanda, acaecida mediante la conquista, y que se vuelve a proponer en la necesidad urgente de encontrar un remedio a la guerra civil que atormenta a la nación inglesa. Foucault quiso subrayar con particular énfasis este nudo que no puede comprometer a los intérpretes a leer el esfuerzo teórico hobbessiano como puesta a prueba del dispositivo político dirigido a solucionar la guerra civil en Gran Bretaña, vale decir, el programa de la soberanía.” Borrelli, Gianfranco. “Despotismo, conquista y guerra civil en el *Leviatán* de Thomas Hobbes.” *Deus Mortalis*, op. cit., p. 261.

²⁸³ La tesis de Foucault puede ser rastreada en la obra *Diálogo entre un filósofo y un jurista*, donde Hobbes se concentra en una crítica minuciosa a la recodificación del derecho inglés desarrollada por el jurista Edward Coke bajo las coordenadas de la conquista normanda y sus enlaces con las instituciones y libertades sajonas preexistentes. Hobbes insiste aquí en el pacto celebrado entre los conquistadores normandos y los sajones, que dio lugar a un Estado por adquisición; implicando los mismos derechos y consecuencias que los del Estado por institución. “Los estatutos (...) son mandatos y prohibiciones que deben ser obedecidos porque se les ha prestado asentimiento, aquí en Inglaterra mediante la sumisión al Conquistador, y en otras repúblicas a quienquiera que tenga el poder soberano.” Hobbes, Thomas. *Diálogo entre un filósofo y un jurista y escritos autobiográficos*. Madrid: Tecnos, 1992, p. 23. La legitimidad del soberano y de sus leyes son, así, indiferentes a la historia de las exacciones, la violencia, las usurpaciones de los normandos; lo central, en todo caso, es el pacto voluntario ante Guillermo el conquistador o ante quienquiera sea.

perpetuamente convocada en los rituales del poder. Lejos de eso, Foucault indica en la teoría hobbesiana un desplazamiento del discurso soberano, en el establecimiento de una grilla estrictamente jurídica de tratamiento de la verdad y los derechos del poder. Miedo, voluntad y soberanía constituyen la serie de un discurso antihistórico,²⁸⁴ eminentemente filosófico y jurídico, sobre las relaciones de poder.

El de la soberanía es, entonces, un discurso jurídico político. Un discurso articulado en la primitividad del sujeto, la legitimidad y la unidad del poder. Un discurso cuyas coordenadas no son la violencia, la batalla, la guerra; sino los derechos, la representación y la legitimidad. Ya se trate de un hombre, de una asamblea de hombres, o de la voluntad general del pueblo, la soberanía y su discurso no dejan de remitir al personaje del rey, a sus derechos, a la legitimidad de su ejercicio. En la superficie polivalente y múltiple, continua y persistente del discurso jurídico político, se escucha, se profiere una sola pregunta: ¿cuál es la legitimidad del soberano? Ya sea un Estado absolutista o una democracia popular, la máxima ha sido, es siempre la misma: hay que legitimar al soberano.

En este capítulo, hemos recuperado el discurso jurídico político de la soberanía. Comenzamos por indicar la ambigüedad inherente a la noción de soberanía en la obra de Foucault: por un lado, mecánica de poder característica del *Ancien Régime*; por otro lado, discurso jurídico de la legitimidad. La recuperación de la mecánica soberana puso en marcha de manera contrastiva una caracterización del poder disciplinario. Y, al interior de los análisis sobre el poder disciplinario, vimos emerger la pregunta por la relación entre disciplinas y contractualismo. Si bien es cierto que, en un principio, Foucault identifica al discurso jurídico en términos de un velo, una fachada que oculta y, por ello, garantiza el ejercicio efectivo del poder de las disciplinas; también es cierto es que la persistencia de este discurso pronto lo lleva a una consideración más profunda de la teoría política moderna. Es así que, en una entrevista publicada en el invierno de 1977, Foucault podrá sostener:

Se dirá sin duda que, en las sociedades occidentales, el derecho ha servido siempre de máscara al poder. Me parece que esta reflexión es insuficiente. El derecho ha sido un instrumento efectivo de constitución de los poderes monárquicos en Europa, y durante siglos el pensamiento político ha girado en torno al problema de la soberanía y sus derechos. Por otra parte, el derecho ha sido sobre todo en el siglo XVIII, un arma de lucha contra ese mismo poder monárquico que se había servido de él para afirmarse.

²⁸⁴ Ver, en este sentido, Hill, Christopher. *Puritanism and revolution*. Nueva York: Saint Martin Press, 1997, pp. 83, 248-268.

En fin, ha sido el modo de representación principal del poder (y por representación no hay que entender pantalla o ilusión, sino modo de acción real). El derecho no es ni la verdad ni la coartada del poder. Es un instrumento del poder, a la vez complejo y parcial.²⁸⁵

De modo que ya no se trata de abordar el discurso jurídico político en los términos de una fachada o un velo. Se trata de considerarlo en términos de arma, instrumento de un modo de acción real. Esta consideración opera mediante una suspensión de las pretensiones de verdad y legitimidad inherentes a la filosofía política moderna. En todo caso, no se trata de identificar los aciertos y errores de, por caso, Thomas Hobbes; sino de tomar distancia respecto de estos conocimientos y analizarlos en términos de positividad.²⁸⁶ A partir de allí, Foucault delinea tres características generales del discurso jurídico político, identificadas en los términos de los ciclos sujeto-súbdito, poderes-centralización, leyes-legitimidad. De esta manera, el discurso jurídico político constituye una superficie regular donde todo sujeto, todo poder y toda ley encuentra su garantía, su asiento, su legitimidad en una instancia unificadora y centralizadora. Función estabilizadora de este discurso, que permite contestar cualquier lucha en términos de una afrenta general contra una soberanía legítima.

Seguidamente, Foucault rastrea la emergencia y persistencia de este discurso en la serie histórica de las luchas de desfeudalización, las guerras de religión, los movimientos antiabsolutistas del siglo XVII y XVIII, los movimientos de masas del siglo XIX: en todos estos casos, el discurso jurídico político no aparece como un conocimiento verdadero y legítimo, pero tampoco como un conocimiento falso, ideológico. Más bien, aparece como un operador de enfrentamientos, que cifra las luchas en términos del sostén o la recusación de la legitimidad soberana. Si, en principio, el discurso jurídico político emerge como un discurso estabilizador de las relaciones de poder, lo cierto es que su reversibilidad táctica permite capturas, inversiones, desplazamientos. El discurso jurídico político es capturado y puesto en

²⁸⁵ “Pouvoirs et stratégies.” *Dits et écrits II, op. cit.*, p. 424 [180 (lig. mod.)].

²⁸⁶ En este punto, puede indicarse que la lectura que Foucault propone de la obra de Thomas Hobbes se aleja claramente de propuestas como la de Leo Strauss, quien indica en el filósofo inglés una serie de preguntas fundamentales válidas para todo tiempo y lugar. Strauss, Leo. *Natural Right and History*. Chicago: University Press, 1971, pp. 166-202. En este sentido, Foucault parece más bien cercano a la propuesta de Quentin Skinner de inscribir a Hobbes al interior de su contexto discursivo. Sin embargo, la lectura de Foucault va más allá de la consideración de la fuerza ilocucionaria y de la intencionalidad de Hobbes. Más bien, Foucault está interesado en indicar cómo Hobbes trastoca la superficie del discurso jurídico, habilitando capturas tácticas ulteriores. Skinner, Quentin. “Meaning and understanding in the history of ideas.” *History and theory*, No. 8 (1969), pp. 3-53. Por último, es claro también que la propuesta de Foucault se aleja de la de Crawford B. MacPherson, al trabajar la teoría de Hobbes con independencia del contexto económico de su emergencia. MacPherson, Crawford B. *La teoría política del individualismo posesivo, op. cit.*

función de un enfrentamiento contra quienes aparecen ahora como usurpadores de la soberanía. Ya no se trata de legitimar al soberano existente, sino de denunciar una usurpación de la soberanía y exigir la restitución a su verdadero titular.

Aquí, entonces, ninguna referencia al discurso jurídico como velo o como fachada de los poderes disciplinarios; ninguna referencia tampoco a un contractualismo que garantizaría la explotación de una clase por otra. El análisis foucauldiano del discurso jurídico se orienta más bien a indicar en él una superficie y operador de los enfrentamientos políticos, desde el momento en que este discurso permite neutralizar o articular luchas dispersas a partir de un llamado general a garantizar la legitimidad de la soberanía. El discurso jurídico político: superficie y operador de estrategias divergentes de coordinación de las relaciones de fuerza.

Capítulo 5. La historia como discurso político

En el capítulo anterior, repusimos el tratamiento foucauldiano del discurso jurídico político. Mediante el trastocamiento de la filosofía política moderna, la puesta entre paréntesis de sus pretensiones de verdad y legitimidad, Foucault da lugar a un análisis del discurso jurídico político en su positividad. Al suspender las pretensiones de conocimiento de esta teoría, se abre entonces la posibilidad de analizar el discurso en términos de superficie y operador del poder, rastreando su emergencia y recuperando la serie de sus desplazamientos tácticos y estratégicos. El proyecto de conjunto remite a la divisa general de pasar de la pregunta por la legitimidad soberana al análisis de los operadores concretos de la dominación. En este sentido, Foucault indica en *Defender la sociedad* que se trata de poner en marcha la pregunta por el *cómo* del poder.

Estudiar el *cómo* del poder, es decir, tratar de captar sus mecanismos entre dos referencias o dos límites: por un lado, las reglas de derecho que delimitan formalmente el poder y, por el otro extremo, el otro límite, los efectos de verdad que ése produce, lleva y que, a su vez, lo prorrogan. Triángulo, por lo tanto: poder, derecho, verdad.²⁸⁷

Foucault se propone, a partir de estas coordenadas, desmarcar la analítica del poder respecto de la grilla de inteligibilidad de la soberanía. Pero identifica que estas coordenadas - poder, derecho, verdad- están ya presentes en la filosofía política del moderno derecho natural. Precisamente, la pregunta central del discurso jurídico político es cómo puede la filosofía, como discurso de la verdad, fijar los límites de derecho del poder. Hay que legitimar al soberano: y bien, entonces, ¿cuáles son los derechos y los límites de derecho del poder que indica la filosofía política, en tanto discurso por excelencia de la verdad? Poder, derecho, verdad están, así, articulados en el discurso jurídico político.

Se trata entonces, de salir del discurso jurídico político de la soberanía para postular una analítica del poder en términos de guerra, de batalla, de enfrentamiento. Las preguntas, entonces, no orbitan en torno a la verdadera legitimidad del poder sino a forma en que el poder se despliega, se descarga y se sostiene en regímenes jurídicos, en regímenes de verdad. “¿Cuáles son las reglas de derecho que las relaciones de poder ponen en acción para producir discursos de verdad? (...) ¿cuál es el tipo de poder susceptible de producir discursos de verdad que, en una sociedad como la nuestra, tienen efectos tan poderosos?”²⁸⁸ Poder, derecho, verdad

²⁸⁷ 'Il faut défendre la société', op. cit., pp. 21-22 [33].

²⁸⁸ Ibid, p. 22 [34].

configuran así las coordenadas de la analítica foucauldiana del poder; una analítica que intenta pensarse por fuera del discurso jurídico político de la soberanía. No se trata, en Foucault, de legitimar al soberano. Se trata, más bien, de ver cómo las relaciones de poder convocan, producen, dependen de ciertos regímenes de verdad, de ciertos regímenes jurídicos. Solicitación cruzada y densa, entonces, entre poder, derecho y verdad.

El discurso de la soberanía, recordemos, se articula en tres ciclos, tres programas de remisión a lo uno: se trata del ciclo de los sujetos al súbdito; del ciclo de los poderes a la unidad del poder; del ciclo, por último, de las leyes a la legitimidad fundadora. Salir de la soberanía implica, entonces, abandonar estos supuestos a la base del discurso jurídico político. Pasar por fuera del discurso de la soberanía exige, por tanto, no preguntarse cómo el sujeto deviene súbdito sino cómo se produce la subjetividad misma. En segundo lugar, implica mantener una analítica del poder en la heterogeneidad y multiplicidad de sus manifestaciones, sin remisiones a un poder unitario y centralizador. En tercer lugar, pasar de la soberanía a la dominación implica descartar la pregunta por la legitimidad para postular la pregunta por los instrumentos técnicos que sostienen los ordenamientos jurídicos y las instituciones. No tratar de legitimar al soberano, sino de analizar la dominación. Y bien, Foucault descubre que su apuesta genealógica de pasar de la soberanía a la dominación se halla precedida por un discurso antiguo y persistente, un discurso que opone al juridicismo político la tesis de una guerra en curso. ¿Qué sostiene este discurso?

...contrariamente a lo que sostiene la teoría filosófico jurídica, el poder político no comienza cuando cesa la guerra. La organización, la estructura jurídica del poder, de los Estados, de las monarquías, de las sociedades, no se inicia cuando cesa el fragor de las armas. La guerra no está conjurada. En un primer momento, desde luego, la guerra presidió el nacimiento de los Estados: el derecho, la paz, las leyes nacieron en la sangre y el fango de las batallas. Pero con ello no hay que entender batallas ideales, rivalidades como las que imaginan los filósofos o los juristas: no se trata de una especie de salvajismo teórico. La ley no nace de la naturaleza, junto a los manantiales que frecuentan los primeros pastores; la ley nace de las batallas reales, de las victorias, las masacres, las conquistas que tienen su fecha y sus héroes de horror; la ley nace de las ciudades incendiadas, de las tierras devastadas; surge con los famosos inocentes que agonizan mientras nace el día.²⁸⁹

En su esfuerzo por pasar de la soberanía a la dominación, Foucault se descubre precedido por todo un discurso que plantea una grilla de inteligibilidad de la política en términos de una guerra permanente. Aquí, la guerra funciona como analizador de las

²⁸⁹ *Ibid*, p. 43 [55-56].

relaciones de poder, como matriz de los operadores de dominación, de modo que la política, el Estado, las leyes, las instituciones se fundan en una determinada correlación de fuerzas fijada en los enfrentamientos físicos reales que caracterizan la emergencia de los poderes constituidos. Pero esto último implica que el Estado y las instituciones, las leyes y los acuerdos no constituyen la pacificación, el armisticio que da fin a la guerra.

La ley no es pacificación, puesto que debajo de ella la guerra continúa causando estragos en todos los mecanismos de poder, aun los más regulares. La guerra es el motor de las instituciones y el orden: la paz hace sordamente la guerra hasta en el más mínimo de sus engranajes. En otras palabras, hay que descifrar la guerra debajo de la paz: aquélla es la cifra misma de ésta. Así pues, estamos en guerra unos contra otros; un frente de batalla atraviesa toda la sociedad, continua y permanentemente, y sitúa a cada uno en un campo o en el otro. No hay sujeto neutral, siempre se es, forzosamente, el adversario de alguien.²⁹⁰

Debe pensarse, entonces, que la guerra se prorroga, se filtra cotidianamente a través de las instituciones y las leyes. La guerra no está conjurada; la paz civil es, ella misma, una guerra silenciosa, proseguida ahora con otras armas. En este sentido, la política no es lo que sucede a la guerra, sino que es la guerra misma continuada por otros medios. Este discurso de la guerra como grilla de inteligibilidad de la política se remonta, sostiene Foucault, a fines del siglo XVI. Un discurso que denuncia en la política las marcas de la guerra, de la sanción de las victorias pasadas y de la prórroga creciente de las asimetrías. Se trata de un discurso ya no jurídico sino histórico, un discurso que trama la contrahistoria del Estado, las leyes, las instituciones en términos de conquista, derrota, dominación.

Un discurso novedoso respecto de la práctica histórica de la Edad Media, pues ya no está centrado en recuperar la gloria del soberano, en trazar su genealogía heroica, en recuperar la crónica de sus decisiones, tramadas de prudencia y sabiduría. No se trata en este discurso de recuperar la alabanza de Roma, de ensalzar al soberano, su genealogía, su heroísmo, su prudencia. No se trata de recuperar la historia y la gloria ininterrumpida del poder. Se trata, más bien, de un discurso histórico de las derrotas, las exacciones, la injusticia de las leyes, la ilegitimidad del soberano. Es ésta una “historia antirromana.”²⁹¹ Una historia que no está llamada a legitimar al soberano sino, más bien, a defenderse de sus poderes, sus leyes, sus instituciones. Un discurso histórico que postula, siempre, una máxima precisa: “hay que defenderse de la sociedad.” Éste es así “el primer discurso en la sociedad occidental desde la

²⁹⁰ *Ibid*, pp. 43-44 [56].

²⁹¹ *Ibid*, pp. 60 y ss. [71 y ss.].

Edad Media al que puede calificarse de rigurosamente histórico político.”²⁹²

¿Cuáles son, entonces, las características de este discurso? Foucault identifica tres rasgos generales, que se recortan punto a punto respecto del discurso jurídico político de la soberanía. En primer lugar, no se trata aquí de un sujeto neutral, universal que puede acceder a un conocimiento filosófico de la política. Se trata, más bien, de un sujeto implicado, de un discurso en perspectiva. El discurso histórico político no se desarrolla en la imparcialidad filosófica sino en el marco de una guerra de la que es parte, en la que se es, necesariamente, partisano. El sujeto del discurso histórico político no habla de verdades o derechos universales, sino que postula sus derechos y recupera su verdad: “verdad armada y derecho singular.”²⁹³ En segundo lugar, Foucault indica que tampoco se trata aquí de recurrir a una verdad o justicia olvidadas para iluminar el orden. Este discurso trastoca los valores, la inteligibilidad y la racionalidad del orden y exige una explicación por abajo; una explicación que parte de la oscuridad, el azar, la confusión. “En el fondo, lo que ese discurso demanda al dios elíptico de las batallas es que ilumine las largas jornadas del orden, del trabajo, de la paz, de la justicia. Corresponde al furor dar cuenta de la calma y el orden.”²⁹⁴ Es la injusticia lo que cifra la justicia; es la ilegitimidad lo que cifra la legitimidad; es finalmente, la guerra, aquello que cifra la paz. Se trata, por último, de un discurso que se desarrolla íntegramente en la dimensión histórica. El discurso histórico político no postula un derecho universal que ha sido vulnerado, negado, subvertido. No hay referente exterior a la historia para cifrar la historia. No se trata de un pensamiento que remite a un absoluto; por ello mismo, tampoco se trata de un pensamiento relativo. El discurso histórico no refiere, no es relativo a nada exterior a sí mismo. Es un discurso tramado en la inmanencia de la historia.

Se trata de recuperar la sangre que se secó en los códigos y, por consiguiente, no el absoluto del derecho bajo la fugacidad de la historia: no referir la fugacidad de la historia al absoluto de la ley o a la verdad, sino reencontrar, bajo la estabilidad del derecho, el infinito de la historia, bajo la fórmula de la ley, los gritos de la guerra, bajo el equilibrio de la justicia, la disimetría de las fuerzas. En un campo histórico que ni siquiera se puede calificar de relativo, porque no está en relación con ningún absoluto, en cierto modo se “irrelativiza” un infinito de la historia, el de la eterna disolución de unos mecanismos y acontecimientos que son los de la fuerza, el poder y la guerra.²⁹⁵

²⁹² *Ibid*, p. 44 [56-57].

²⁹³ *Ibid*, p. 46 [59].

²⁹⁴ *Ibid*, p. 46 [59].

²⁹⁵ *Ibid*, p. 48 [60-61].

La emergencia de este discurso, hacia fines del siglo XVI, presenta para Foucault una paradoja histórica. En ese mismo período, la constitución de los Estados administrativos implica una centralización de las armas y del control de los litigios que expulsa la guerra del interior de la sociedad, la centraliza y la lleva a los márgenes del territorio. La guerra se convierte en un patrimonio profesional y técnico que da lugar a la emergencia de los Estados. De modo que, al tiempo que los Estados absolutistas borran la guerra con interior de la sociedad, la centralizan en el aparato militar y la exteriorizan en grandes conflagraciones europeas, Foucault indica que, de manera paradójica, emerge un discurso histórico que cifra política y sociedad en términos de una guerra silenciosa y permanente.²⁹⁶ En ajustado contrapunto con el discurso jurídico político de la soberanía, Foucault indica que el discurso histórico político de la guerra subtiende una grilla de inteligibilidad orientada en dos sentidos:

1. **Del salvaje al bárbaro.** A diferencia del discurso jurídico político que parte de la figura bucólica del salvaje, vector de naturaleza; el discurso histórico político parte del bárbaro, que sólo puede definirse en su enfrentamiento con la civilización. El salvaje está investido por una naturaleza que le asigna derechos y lo inscribe en el mecanismo natural del intercambio, constituyendo así el punto de partida de la soberanía y de la sociedad mercantil. El bárbaro, en cambio, no se define en relación con la naturaleza, sino con la civilización. Y su relación con la civilización es de asedio, de rapiña, de guerra; el bárbaro es vector de la dominación. No se trata, entonces, de remitir el orden los periplos civilizatorios del salvaje; se trata más bien de indicar en cada civilización el trabajo silencioso de unos pueblos bárbaros trabados en permanente lucha.
2. **De la constitución a la revolución.** El discurso histórico no recompone la legitimidad del orden político a partir de un contrato originario; más bien, rastrea en la historia el conflicto inicial, el núcleo bélico del que derivan las batallas subsiguientes. Se trata de reencontrar la guerra originaria en que se estableció el equilibrio y la rectitud de las fuerzas; para indicar cómo posteriormente ese equilibrio fue traicionado, subvertido, adulterado. Es en la articulación de una historia cíclica que ese punto constituyente, que no es contrato social sino batalla originaria, promete su retorno en la forma de revolución.

²⁹⁶ *Ibid*, pp. 42-43 [53-54]. Ver también Anderson, Perry. *El Estado absolutista*, op. cit., pp. 27-28.

Puede verse así cómo el discurso histórico político se distancia del discurso jurídico. El discurso jurídico establecía un programa de remisión a la unidad, que convocaba a los sujetos, los poderes y las leyes a una resolución unitaria en la figura del soberano, garantía de los derechos individuales y fuente de legitimidad de los poderes y las leyes. El discurso histórico, en cambio, postula una partición binaria (o, más bien, múltiple) de la sociedad, que opone dominadores y dominados en una historia que no es la del salvaje que deviene súbdito, sino la de una barbarie permanente, prorrogada en las instituciones de la paz civil. Este discurso da lugar a una historia que indica, en primer lugar, el momento originario de constitución del equilibrio y la rectitud de las fuerzas; traza posteriormente el decurso de sus adulteraciones, traiciones y subversiones; y postula, finalmente, el retorno de ese equilibrio traicionado en la forma cíclica de la revolución.²⁹⁷ “En consecuencia, tres tareas en esta [especie] de proyecto de análisis de la inteligibilidad de la historia: recuperar el hilo estratégico, trazar la línea de las divisiones morales y reestablecer la rectitud de algo que puede llamarse el punto constituyente de la política y de la historia.”²⁹⁸

Foucault señala que este discurso histórico político emerge en las preliminares de la Revolución inglesa, en la proliferación de interpretaciones sobre la conquista normanda del siglo XI. Este discurso será empleado por los radicales *levellers* y *diggers* que indicarán en la conquista la destrucción de las viejas libertades sajonas y llamarán a los sajones a recuperar sus antiguos derechos recusando el absolutismo normando. Este discurso será también empleado por los parlamentarios, que se propondrán restaurar el viejo equilibrio entre normandos y sajones refrendado por Guillermo el conquistador; equilibrio corrompido por los posteriores herederos de la corona. Este discurso también será recuperado por los juristas de la monarquía, que cifrarán la legitimidad del monarca en virtud de su derecho de conquista.

Foucault también identifica la generalización de este discurso histórico durante el siglo XVIII francés. Su punto de partida es el de las tesis nobiliarias del origen germánico de Francia. El Conde de Boulainvilliers relatará en ellas cómo los francos, germanos en su origen, cruzaron el Rin para liberar a la Galia de la opresión romana. Estos francos conquistadores dieron estabilidad, industria y felicidad al pueblo conquistado, reservando para ellos la posición de aristócratas. Sin embargo, los antiguos opresores galorromanos,

²⁹⁷ Tal como lo indica Hannah Arendt, la revolución, en tanto metáfora astronómica, remitió hasta fines del siglo XVIII a una temporalidad cíclica. Sólo en el transcurso de la Revolución francesa, esta noción pudo articularse en términos de un tiempo rectilíneo. Ver Arendt, Hannah. *Sobre la revolución*. Madrid: Alianza, 2004, pp. 25-75.

²⁹⁸ *‘Il faut défendre la société’, op. cit., p. 171 [177].*

perrechados en la administración y la justicia, se abrieron paso lentamente, tentando la traición de un noble franco y convirtiéndolo en un emperador romano. El de Boulainvilliers será así un discurso histórico que recusará la traición de la monarquía francesa, en su alianza con una administración y una justicia de origen galorromano. Este discurso histórico será capturado y desplazado durante el siglo XVIII francés, dando lugar finalmente a un historicismo burgués, que invertirá los roles de cada raza y llamará a restaurar las viejas libertades romanas de cara a la opresión germánica de la nobleza.

Por último, Foucault indica que este discurso se desplegará y generalizará en tres direcciones. En primer lugar, una historia lingüísticamente cargada de las nacionalidades; segundo, una historia económicamente cargada de la lucha de clases; por último, una historia biológicamente cargada de la guerra de razas. La nación, la clase, la raza: pericias del discurso histórico político de la guerra.

1. Defenderse de los normandos

Foucault señala que la primera aparición de este discurso histórico político se manifiesta, desde fines del siglo XVI, en las preliminares y el desarrollo de la Revolución inglesa. Se trata de la presencia obstinada de la conquista normanda en los discursos y las luchas políticas que caracterizaron al convulsionado siglo XVII inglés. El yugo normando²⁹⁹ se filtraba en la política inglesa desde la conquista en 1066 de parte de la Casa de Hastings y la coronación de Guillermo el Bastardo. El yugo normando se manifestaba en los rituales de poder que, hasta Enrique VII, establecían que la soberanía real se ejercía en virtud del derecho de conquista. Se manifestaba en cada tribunal, en cada pleito, en cada ley: el uso del francés, de la lengua de los conquistadores, en la administración de justicia no era más que una trampa, una emboscada cotidiana que subyugaba a los ingleses. Se manifestaba también en los avances de los tribunales y cámaras especiales sobre el derecho común, memoria de las

²⁹⁹ La centralidad del yugo normando en la política inglesa, desde el siglo XVI hasta la Revolución, ha sido presentada de manera detallada por el historiador inglés Christopher Hill en su libro *Puritanismo y revolución*. Allí, Hill resume: “La teoría del Yugo Normando, tal como la encontramos desde el siglo XVII en adelante, tomó varias formas; pero en sus líneas principales, sostenía lo siguiente: Antes de 1066 los habitantes anglosajones de este país vivían como ciudadanos libres e iguales, gobernándose a través de instituciones representativas. La Conquista Normanda los privó de esta libertad, y estableció la tiranía de un Rey extranjero y sus lugartenientes. Pero el pueblo no olvidó los derechos que había perdido. Luchó de manera continua para recuperarlos, con éxitos variados. Ciertas concesiones (como la Carta Magna) fueron de tiempo en tiempo arrancadas de sus gobernantes, y por siempre la tradición de la libertad anglosajona perdida fue un estímulo para demandas cada vez más insistentes sobre los sucesores de los usurpadores normandos.” Hill, Christopher. *Puritanism and revolution*. Nueva York: Saint Martin Press, 1997, p. 52.

libertades sajonas asediadas a cada paso por el avance de las exacciones normandas. Se manifestaba en los bosques de Sherwood, en la figura mítica de Robin Hood, subvirtiendo la opresión normanda de Juan Sin Tierra. Se recuperaba también en la memoria histórica de las rebeliones contra el poder normando, en defensa de las antiguas libertades grabadas en el derecho común. Por todos lados, el yugo normando se hacía ver como una prórroga de la conquista, como una continuación de la guerra por otros medios. Por todos lados, el yugo normando establecía la gramática, la codificación de apuestas y discursos políticos no necesariamente convergentes. Es que el discurso de las razas³⁰⁰ en lucha no fue patrimonio de una posición determinada sino que constituyó un campo discursivo que habilitaba diferentes opciones políticas. Polivalencia táctica, entonces, del discurso de razas: el yugo normando aparece realizado en los panfletos de los radicales *levellers* y *diggers*, que indican que las leyes no son más que emboscadas al pueblo inglés. Pero este discurso es también el de los parlamentaristas que, mediante él, dan lugar a una recodificación masiva del derecho inglés. Por último, este discurso es retomado defensivamente en las posiciones del absolutismo real, que se encabalgan entre el derecho divino de reyes y el derecho histórico de los conquistadores. Polivalencia táctica del discurso histórico político, codificación general en la que habitan posiciones antagónicas.

Foucault indica que, desde comienzos del siglo XVII, los rituales de Jacobo I extenuaban la pompa del derecho divino de reyes.³⁰¹ Su legitimidad se respaldaba en la doctrina teológico política de los dos cuerpos del rey, que lo inscribía sin discontinuidad en la genealogía ininterrumpida de un Cuerpo inmortal, infalible, divino.³⁰² Cuando Jacobo afirmaba que los reyes se sientan en el trono de Dios, no hacía más que revestir su legitimidad de remisiones teológicas. Doctrina del derecho divino de reyes, discurso jurídico político, legitimación del soberano. Ahora bien, Jacobo se veía también en la necesidad de intervenir en el discurso histórico político, indicando que esta elección divina tenía una señal y un aval históricos en la victoria normanda.³⁰³ En esta línea, Jacobo y sus partidarios postulaban que los derechos de soberanía sobre Inglaterra eran análogos a los derechos de los soberanos europeos sobre las tierras americanas conquistadas.³⁰⁴ El derecho divino de reyes era así

³⁰⁰ Es de notarse que la noción de razas no remite en la época a una partición biológica, sino a pueblos. Su revestimiento biológico corresponderá a los siglos XIX y XX. Remitimos al apartado 5.4, correspondiente a este capítulo.

³⁰¹ *'Il faut défendre la société'*, op. cit., p. 88 [88-89]. Ver, en este mismo sentido, Hill, Christopher. *La revolución inglesa. 1640*. La Habana: Ediciones Venceremos, 1966, p. 48.

³⁰² Kantorowicz, Ernst. *Los dos cuerpos del rey*, op. cit.

³⁰³ *'Il faut défendre la société'*, op. cit., pp. 88-89 [99].

³⁰⁴ "Pues bien, lo que Carlos V hizo en América, y que nosotros consideramos perfectamente legítimo porque

refrendado por el derecho del colonizador normando sobre Inglaterra. Ahora bien, Foucault explica este recurso realista a la historia en la necesidad de recusar un discurso histórico opositor a las pretensiones absolutistas de los Estuardo. Se trata del discurso de los parlamentaristas de la Cámara de los Comunes.

La réplica parlamentaria al poder absoluto encontró en la conquista normanda un campo discursivo fértil. Éste fue el campo iluminado por una de las estrellas en la constelación intelectual de la Revolución inglesa.³⁰⁵ Se trata del jurista Edward Coke que habilitó, a partir de sus reportes e informes sobre el derecho común, una recodificación masiva del derecho inglés de cara a la naciente sociedad comercial. Para Coke y los parlamentarios, la batalla de Hastings de 1066 y la conquista normanda hicieron de Guillermo el Conquistador el soberano de Inglaterra. Sin embargo, si su soberanía se sostuvo en el tiempo, no fue por la dominación desnuda de los normandos. Lo que permitió el reinado de Guillermo y sus sucesores fue un pacto con el pueblo sajón que implicó un mutuo reconocimiento: por un lado, los sajones concedieron la soberanía al normando; pero, por otro lado, los conquistadores reconocieron y se ajustaron a las leyes sajonas, expresadas desde tiempos inmemoriales en el derecho común.³⁰⁶ De este modo, el juramento de Guillermo implicaba el reconocimiento y el respeto de las libertades sajonas, entre ellas, el reconocimiento del derecho común,³⁰⁷ de las limitaciones al poder monárquico³⁰⁸ y de los

hacemos lo mismo, no nos engañemos, los normandos lo hicieron en Inglaterra. Los normandos tienen en Inglaterra el mismo derecho que nosotros tenemos en América, es decir, el derecho que corresponde a la colonización.” Blackwood, A. *Adversus Georgii Buchanani dialogum...* Poitiers: SD, 1581, p. 69; citado en Foucault, Michel. *Il faut défendre la société*, p. 98 [100].

³⁰⁵ Hill, Christopher. *Los orígenes intelectuales de la revolución inglesa*. Barcelona: Crítica, 1980, pp. 260-304.

³⁰⁶ “Será tarea del Lector considerar la manera de la primera Coronación de Guillermo, y sus sucesores Gobiernos. Su Coronación incuestionada fue la misma que tuvieron todos los antiguos Reyes Sajones; dado que él fue coronado en la Abadía de Westminster por el Arzobispo de York (...) En su Coronación él hizo un solemne Convenio de observación de aquellas Leyes que eran *bonae*, y *approbatae* y *antiquae legis Regni*; de defender la Iglesia y sus hombres; de gobernar al pueblo con justicia; de hacer y mantener Leyes honradas; y de inhibir todo juicio dañino e injusto. El pueblo también entró en Convenio con él: Que tanto al interior de la Tierra como fuera de ella, ellos serían fieles a su Lord Rey Guillermo, y en todos lados sostendrían con toda fidelidad su Tierra y Honores, junto a él, y contra Enemigos y Extranjeros de los que defenderse. Es idéntica en sustancia al Convenio que los Sajones sellaban con sus Reyes.” Bacon, Nathaniel. *An historical and political discourse of the laws and government of England... Collected from the manuscript notes of John Selden*. Londres: S/D, 1740, p. 72.

³⁰⁷ “El derecho común de Inglaterra ha estado desde tiempos inmemoriales anteriores a la Conquista, y no ha sido alterado o cambiado por el Conquistador.” Coke, Edward. “Law Reports II”. *The selected writings of Sir Edward Coke*. Indianápolis: Liberty Fund, 2003, p. 63.

³⁰⁸ En los textos de Coke se indican varias limitaciones al poder monárquico; por ejemplo: “Cuando el Estatuto es hecho por el Parlamento para el bien del *Commonweath*, el Rey no puede otorgar penalidad, beneficio o dispensa de tal Acta a sujeto alguno.” Coke, Edward. “Law Reports I.” *The selected writings of Sir Edward Coke*, op. cit., p. 241.

derechos del parlamento.³⁰⁹ Foucault resume esta posición: “en el fondo, Guillermo no conquistó Inglaterra; son los ingleses los que conquistaron a Guillermo.”³¹⁰

Sin embargo, los herederos de Guillermo en el trono abusaron del poder real, bloqueando y desconociendo las libertades y derechos ancestrales. De esta manera, Foucault indica que los parlamentarios llamaban a restaurar los derechos sajones reconocidos en la conquista normanda pero conculcados posteriormente por los sucesores de Guillermo. Otro parlamentarista, John Selden, identificaba la perfección de leyes sajonas con la expresión de la razón humana en estado natural.³¹¹ El antiguo derecho sajón aparecía identificado, en el orden civil, con el derecho ateniense; en el orden militar, con Esparta; y en materia religiosa, con las leyes mosaicas.³¹² De modo que no había en el derecho común más que virtud; todas las virtudes del derecho inglés se remontan a las leyes sajonas y todos sus vicios, a las posteriores intromisiones normandas; intromisiones que debían ser eliminadas. Convergentemente, el líder parlamentario John Pym indicaba en su discurso en el debate por la Petición de Derechos, que las reformas que los parlamentaristas impulsaban no eran otra cosa que una restauración de las antiguas libertades sajonas.³¹³

A esta tarea de recuperar las huellas persistentes del derecho sajón se dedicó Edward Coke. En sus voluminosos *Laws Reports* y en sus *Institutes of Justice*, Coke trazó una casuística masiva de las leyes e instituciones sajonas, leyes e instituciones milenarias, que debían ser restauradas de cara a los abusos reales. Sin embargo, la restauración propuesta por Coke no era otra cosa que una recodificación masiva del derecho inglés, adecuada a las necesidades de la sociedad comercial emergente; una recodificación que se presentaba

³⁰⁹ “Antes de la Conquista, en los elevados territorios de los Sajones del oeste, leemos que se ha mantenido un parlamento; y desde la Conquista los parlamentos han sido sostenidos por todos los nobles predecesores reyes de Inglaterra.” Coke, Edward. “Law Reports II.” *The selected writings of Sir Edward Coke, op. cit.*, p. 1191.

³¹⁰ ‘*Il faut défendre la société*’, *op. cit.*, p. 91 [102].

³¹¹ *Ibid*, p. 92 [103].

³¹² “El pueblo era libre, gobernado por Leyes, y éstas hechas no según la forma de los Galos (como Cesar indicó) por los grandes hombres, sino por el pueblo mismo; y es por ello que eran llamados un pueblo libre, gobernado por leyes (...) como en las formas de los Atenienenses y Lacedemonios” Bacon, Nathaniel. *An historical and political discourse of the laws and government of England... Collected from the manuscript notes of John Selden*, p. 35.

³¹³ “...hay claras huellas de aquellas Leyes en el Gobierno de los Sajones. Ellas fueron de tal vigor y fuerza que pudieron sobrevivir a la Conquista; pudieron incluso poner coto y límite al Conquistador. Ciertamente es que a menudo han sido quebradas, [pero] a menudo han sido confirmadas por las Cartas de los Reyes y las Actas de los Parlamentos. Pero las peticiones de los Súbditos, sobre las que esas Cartas y Actas se fundaron, fueron siempre Peticiones de Derecho, que exigían las Libertades antiguas y debidas, sin reclamar ninguna nueva.” Pym, John. “Proceedings against Roger Manwaring...” Howell, T.B. (comp.) *A complete collection of state trials and proceedings for high treason and other crimes and misdemeanors: from the earliest period to the year 1783*, Vol. 3, Londres: T.C. Handsar, 1816, p. 342.

restauradora mientras desarrollaba una de las innovaciones más fabulosas.³¹⁴ Así, el historicismo de Coke permitió una reforma jurídica sustraída de las coordenadas teológico políticas del realismo; pero sustraída también del potencial revolucionario del racionalismo e individualismo de las teorías del moderno derecho natural.³¹⁵ De esta manera, Coke contribuyó no sólo a una recodificación del *Common Law* sino también a forjar el mito histórico de la constitución inglesa, un mito con profundos efectos políticos.³¹⁶ En esta línea, Foucault insiste en que el debate parlamentario en torno a los derechos y límites del poder monárquico se articuló a partir de la grilla de inteligibilidad de la guerra entre dos razas.³¹⁷

De cara a esta recodificación general del derecho inglés, los movimientos radicales generalizaban su desconfianza. Para los radicales *levellers*, que constituyeron el corazón y la moral del ejército de Oliver Cromwell, la conquista no fue más que usurpación, despojo, violencia. Guillermo, sus sucesores, sus leyes no eran para ellos más que un yugo persistente, sin ambigüedades ni concesiones. Desde el siglo XI, todas las leyes han sido emboscadas tendidas por los normandos, y esto no exceptuaba al *Common Law*. De modo que no había reforma posible, no se trataba de recuperar el equilibrio logrado entre Guillermo y los sajones. Se trataba, más bien, de suprimir todo el aparato legal y restaurar, sin ambages, las libertades sajonas. Las leyes, los derechos, las propiedades no eran más que la prórroga cotidiana de la guerra en la opresión, la confiscación, el saqueo al pueblo inglés. La denuncia de los radicales indicaba la connivencia de la conquista normanda con la rapiña de la nobleza local.

El gobierno es la guerra de unos contra otros; la rebelión va a ser la guerra de estos contra los primeros. Desde luego, hasta el momento, las rebeliones no tuvieron éxito, no sólo porque triunfaron los normandos, sino también porque los ricos se beneficiaron, por consiguiente, con el sistema normando y aportaron su traicionera

³¹⁴ Según indica Hill, Edward Coke fue el responsable de popularizar un tratado de fines del siglo XIII que, bajo el título *The Mirror of Justice*, compendia las leyes desde la llegada de los ingleses. A partir de la casuística habilitada por este texto, Coke puso en marcha toda una reingeniería del derecho inglés. Finalmente, “la interpretación de la ley de Coke triunfó con la victoria parlamentaria en la guerra civil.” Hill, Christopher. *Puritanism and revolution*, op. cit., p. 60.

³¹⁵ “Los *common lawyers*, los propietarios y la Cámara de los Comunes preferían que el *statu quo* se modificara por precedentes judiciales a que lo racionalizara el gobierno real o, posteriormente, los radicales *levellers* (...) La soberanía hobbiana nunca fue popular entre la mayor parte de los acaudalados. Los embrollos de Coke les resultaban más útiles. ‘La constitución equilibrada’, por ilógica que fuera, les servía para sus fines.” Hill, Christopher. *Los orígenes intelectuales de la revolución inglesa*, op. cit., p. 304.

³¹⁶ *Ibid*, p. 296.

³¹⁷ De manera convergente, Hill indica que ““El reinado de Carlos I fue el único período de la historia inglesa en el que la política de gobierno se ha basado realmente en el análisis histórico.” *Ibid*, p. 303. En cambio, Richard Helgerson indica que Coke no recuperaba en sus reportes las leyes sajonas, sino las leyes inmemoriales, de “un origen que se remontaba a un tiempo fuera de nuestra mente.” Helgerson, Richard. *Forms of Nationhood. The Elizabethan writing of England*. Chicago: University Press, 1992, pp. 81-82.

Éste era para Foucault el discurso de los radicales que insuflaban la moral de los hombres sin amo al interior del Nuevo Ejército Modelo. Éste era el discurso de los panfletos³¹⁹ de John Lilburne, Richard Overton y otros líderes radicales que circulaban durante la primera mitad del siglo XVII y que ponían en entredicho todo el sistema de derecho inglés, sin excepciones. Esto implica, sin embargo, un inconveniente para los radicales de cara a los parlamentarios. Foucault indica que ambos, parlamentarios y radicales, vindicaban las leyes prenormandas; pero, mientras la versión parlamentaria de la conquista implicaba una continuidad relativa de las leyes sajonas al interior de la soberanía normanda, para los radicales, la ruptura implicada en la conquista de Guillermo era absoluta y todo el derecho inglés debía ser recusado como un yugo normando. Esta recusación general del derecho inglés implicaba que, en las leyes inglesas, se había borrado todo trazo de derecho sajón. Y, en ese olvido absoluto de las instituciones y libertades sajonas, se hacía imposible recuperar las viejas libertades mediante el recurso a los documentos históricos. La conquista había borrado por completo el derecho prenормando, entre el derecho sajón y el normando se abría una brecha inexpugnable; la historia, entonces, no tenía fuente alguna para recuperar los viejos derechos. De esta manera, a medida que los radicales avanzaban en posiciones programáticas, la crítica histórica daba lugar a una serie de postulados que ya no se podían sostener en fuentes históricas. Si el *pars destruens* de los radicales se cifraba en el discurso histórico político, su *pars construens*, sus propuestas de sufragio extendido, de reformas judiciales, de libertades políticas, civiles y religiosas ya no recurrían al historicismo sino al derecho natural. La hipótesis *leveller* de una discontinuidad absoluta entre derechos sajones y normandos sólo podía erigirse para recusar el derecho contemporáneo, no para edificar los cimientos de los nuevos derechos. Así, Foucault indica que prontamente los *levellers* tradujeron su crítica histórico política en un conjunto de propuestas fundadas no en la memoria sajona sino en el derecho natural. El discurso histórico fue así recapturado por el

³¹⁸ 'Il faut défendre la société', *op. cit.*, p. 94 [106].

³¹⁹ "El Pueblo es el Comienzo, el Medio y el Fin, y a través de todo el Marco de las Leyes y Gobiernos de Inglaterra así fundado y sostenido por *Nuestros Padres*, sus herederos somos, y [su herencia] debemos reclamar como nuestro supremo Derecho de nacimiento y Heredad: Todo está preparado y listo ante nuestras manos, nuestras Leyes hechas, nuestros Gobiernos fundados: Nuestro trabajo no es ahora el de rasgar estas fundaciones, el de innovar o introducir una nueva Constitución o Marco de Gobierno, sino el de mantener la defensa y preservación de la vieja Libertad ante los despojos y usurpaciones de Reyes, Lores y Sacerdotes." Anónimo. *The Fundamental Lawes and Liberties of England*. Londres: SD, 1653. Citado en Seaberg, R.B. "The norman conquest and the Common Law: the Levellers and the argument from continuity." *The historical journal*, Vol. 24, No. 4 (1981), p. 806.

discurso jurídico político de la soberanía.³²⁰ Así fue que, finalmente, los últimos panfletos y peticiones *levellers* se acercaron en mucho a los argumentos del propio Hobbes.

Más radicales que los *levellers* fueron los *diggers* o *true levellers*, cuyas posturas son también identificadas por Foucault al interior del historicismo político. El de los *diggers* fue un movimiento de acción directa pacifista y protocomunista, nacido de la ocupación de la Colina de Saint George en las afueras de Londres en 1649. El portavoz más encumbrado de este movimiento fue Gerrard Winstanley, que condujo a una radicalización aun mayor de la tesis *leveller* del yugo normando. Winstanley acordaba que las leyes inglesas no eran más que la prórroga de la guerra normanda contra el pueblo inglés. Ahora bien, ¿por qué no pensar que las leyes sajonas eran también un yugo contra el pueblo? En definitiva, ¿qué hay en las leyes que no sea exacción, confiscación, violencia, guerra proseguida por otros medios? Romanos, sajones, normandos: todos hacen la ley como hacen la guerra; y hacen la guerra a través de las leyes.³²¹ De modo que ninguna ley, ninguna soberanía puede analizarse en términos estrictamente jurídicos, sino como un movimiento continuo, indefinido, inmanente de la historia de las relaciones de dominación de unos sobre otros. En la crítica de los *levellers* y los *diggers*, la conquista normanda implica una discontinuidad absoluta con el derecho sajón. Pero mientras los *levellers* recurrían al derecho natural para construir sus plataformas, acercándose de esta manera a los postulados hobbesianos, los *diggers* recusarán todo discurso jurídico, postulando la inmanencia de una historia sin exteriores, sin remisiones posibles al

³²⁰ La tesis de Foucault en este punto recupera las propuestas de JGA Popock, Christopher Hill y Quentin Skinner entre otros. Para JGA Popock, la insistencia en el carácter absoluto de la conquista normanda hizo imposible toda continuidad de las viejas libertades en el contexto posnormando, identificando al *Common Law* con el yugo normando. Postulada la brecha fatal entre el derecho sajón y el derecho normando, los *levellers* debieron moverse del análisis histórico hacia el derecho natural como un campo en el que construir sus plataformas políticas. Ver Popock, JGA. "The origins of study of the past: a comparative approach." *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 4, No. 2. (1962), pp. 209-246. Christopher Hill, por su parte, identifica este desplazamiento a partir de los debates de Putney en 1647. Los *levellers* se habrían movido así "desde la mitología histórica hacia la filosofía política." Hill, Christopher. *Puritanism and revolution*, op. cit., p. 68. Quentin Skinner, por último, confirma este punto a partir de la recuperación de las fuentes históricas que los mismos *levellers* consultaban. Ver Skinner, Quentin. "History and ideology in the English Revolution." *The Historical Journal*. Vol. 8, No. 2 (1965), pp. 151-178.

Una tesis divergente, en este sentido, es la presentada por RB Seaberg, que indica que los líderes *levellers* no recusaban el *Common Law* por completo sino, centralmente, el derecho procesal, manteniendo elementos centrales del derecho de fondo. Esta relativización de la tesis discontinuista permite a Seaberg plantear que los *levellers* conservaron el historicismo en sus propuestas, insistiendo en los elementos de fondo que se habían conservado en la legislación a pesar de la conquista. Ver Seaberg, RB. "The Norman Conquest and the Common Law: The levellers and the argument from continuity." *The historical journal*, op. cit., pp. 791-806.

³²¹ En la letra de Winstanley: "Inglaterra, Ustedes saben, ha sido conquistada y esclavizada en diversas ocasiones. Y las mejores leyes que Inglaterra tiene (a saber, la Carta Magna) fueron obtenidas por nuestros antepasados mediante reclamos insistentes hacia el Rey; y, aún así, estas mejores leyes son yugos y grilletes que atan un tipo de personas para ser esclavos de otras." Sabine, George (ed.) *The works of Gerrard Winstanley*. Nueva York: Russell and Russell, 1965, p. 303.

derecho natural.³²²

De esta manera, el discurso histórico político articulaba en la Inglaterra del siglo XVI y XVII una codificación general de las apuestas políticas, que incluía a realistas, parlamentarios, radicales *levellers* y *diggers*. La reversibilidad táctica de este discurso da cuenta de su consistencia y su expansión. Un discurso que no se articula en los términos del derecho y la legitimidad de la soberanía sino que hace pasar las relaciones de poder por la grilla de la guerra, la conquista, la dominación. Se trata de un discurso partisano, un discurso comprometido en la lucha, incapaz de neutralidad; un discurso que no acude a verdades absolutas ni a derechos universales, sino que postula los propios derechos y las propias verdades. Un discurso que trastoca los valores, que ve injusticia en la justicia; desorden en el orden; guerra en la paz. Un discurso, por último, que se resuelve en la inmanencia de la historia, que se irrelativiza en un fondo permanente, sin exteriores, sin trascendencia, de luchas, exacciones y conquistas.

Dos pueblos bárbaros; uno dominando al otro. Una constitución originaria del equilibrio y la rectitud de las fuerzas que posteriormente fue traicionada y corrompida; un retorno de esta rectitud en la forma de revolución. Un discurso que se resuelve, entonces, en los elementos de la barbarie, la dominación, la constitución y la revolución.³²³ Un discurso que obligó a los realistas a reforzar sus teorías jurídico políticas con una confirmación de la conquista normanda. Un discurso que fue habitado por los parlamentarios, postulando una continuidad selectiva de las libertades sajonas dando lugar a una reforma profunda del derecho inglés. Un discurso histórico que fue extremado por los radicales al punto de su bloqueo. Si la conquista fue absoluta, si todas las leyes son yugos, no hay en la historia un derecho que pueda ser recuperado como plataforma. Ante este bloqueo, los radicales *levellers* abandonaron finalmente el discurso histórico político, abrazando el discurso jurídico político

³²² “Este mismo poder humano que causa divisiones y guerra es llamado, por algunos hombres, el estado de naturaleza, estado que cada hombre trae consigo al mundo [...] Aquí hay desorden, por lo tanto este sutil espíritu de tinieblas dice a la gente [...] 'Debéis hacer a un hombre rey de todos vosotros y dejar que haga las leyes, y que todos, en adelante le sean obedientes'.” Winstanley, Gerrard. *Fire in the bush y The law of freedom*; citado en Christopher Hill en *El mundo trastornado. El ideario popular extremista en la revolución inglesa del siglo XVII*, Madrid: Siglo XXI, 1983, p. 375.

³²³ La reposición del discurso histórico en *Defender la sociedad* es mucho más atenta a la historia francesa que a la inglesa. Por ende, las coordenadas del discurso histórico político se ajustan mucho mejor al discurso histórico que abre Boulainvilliers que al que caracteriza el yugo normando. Con Christopher Hill, debería indicarse en este punto el componente religioso del discurso histórico inglés, que contaminaba la caracterización de las libertades sajonas con relatos sobre el Paraíso en la tierra, previo a la Caída. Hill, Christopher. *Puritanism and revolution*, op. cit., p. 77. Esto implicaría relativizar la temporalidad cíclica en el caso del historicismo inglés, temporalidad que se ajusta mucho mejor a las tesis nobiliarias de Boulainvilliers.

del derecho natural. Ante este mismo bloqueo, los radicales *diggers* se mantuvieron en la inmanencia de una historia que nunca sale de la dominación.

Por consiguiente, la necesidad lógica e histórica de la rebelión se inscribe dentro de todo un análisis histórico que saca a la luz la guerra como rasgo permanente de las relaciones sociales, como trama y secreto de las instituciones y los sistemas de poder. (...) Contra esto, entonces, dirigía Hobbes su análisis del nacimiento de la soberanía. Y si quiso eliminar la guerra con tanta vehemencia, es porque quería, de una manera precisa y puntual, eliminar el terrible problema de la conquista inglesa, categoría histórica dolorosa, categoría jurídica difícil. Había que evitar ese problema de la conquista, alrededor del cual se habían dispersado en definitiva todos los discursos y todos los programas políticos de la primera mitad del siglo XVII. (...) El discurso filosófico jurídico de Hobbes fue una manera de bloquear ese historicismo político que era, en consecuencia, el discurso y el saber efectivamente activos en las luchas políticas del siglo XVII. (...) La operación de Hobbes consistió en conjugar todas las posibilidades, aun las más extremas, del discurso filosófico jurídico, para silenciar el discurso del historicismo político.³²⁴

2. Defenderse de los romanos

En el siglo XVII, Inglaterra ve emerger y desplegarse un discurso histórico político que cifra las posiciones y las luchas en torno a la soberanía y las leyes. No se trata ya de deducir jurídicamente el poder, su legitimidad y los derechos; se trata, más bien, de postular a la historia como grilla de inteligibilidad de las instituciones.³²⁵ Y la historia indica una guerra prolongada que divide en dos a Inglaterra: por un lado, los conquistadores normandos; por otro, los conquistados sajones. Conquista, dualidad nacional y guerra permanente cifran las posiciones políticas en el marco de la crítica al absolutismo Estuardo.

Foucault indica que, en Francia, el desarrollo del discurso histórico político no tiene lugar sino hasta el siglo XVIII. Sin embargo, no puede dejar de indicar que, desde principios de la Edad Media, circuló en Francia el relato del origen troyano de la raza de los francos. Francus, hijo de Príamo, habría huido de la Troya incendiada, refugiándose primero en Germania y, posteriormente, en la Galia. De esta manera, Foucault indica que este relato eludía la invasión romana de la Galia y postulaba la igualdad de Francia y Roma, en tanto hijas de Troya. El relato de este periplo de los francos, desde Troya hasta la Galia, tenía por función igualar los derechos de la soberanía francesa con la del Imperio romano. Elisión de

³²⁴ 'Il faut défendre la société', *op. cit.*, p. 96 [108-109].

³²⁵ De manera convergente, Quentin Skinner indica que durante el período "los argumentos políticos eran de hecho característicamente históricos en su forma." Skinner, Quentin. "History and ideology in the English Revolution." *The Historical Journal*, *op. cit.*, p. 160.

Roma, entonces, en el relato de la Galia, que tenía por efecto una lección de derecho público en la cual la soberanía francesa se igualaba a la romana en su legitimidad, en sus derechos, en sus pretensiones imperiales. Primera función del discurso de razas: el refuerzo de las pretensiones absolutistas de la corona francesa.

Ahora bien, Foucault indica que el trastocamiento de esta vieja mitología medieval es generalmente asociado a las guerras de religión y a la postulación de la dualidad nacional. En esta línea, se recupera el texto de François Hotman, *Franco-Galia*, para dar cuenta de un cifrado racial presente en las guerras de religión del siglo XVI. El relato de Hotman elude el origen troyano de los francos, y los identifica ahora con los germanos. De modo que los francos, germanos en su origen, ingresaron en la Galia, derrotando a los romanos conquistadores y liberando al pueblo galo. Se introduce así el tema de la conquista en el origen de Francia; sin embargo, Foucault indica que el de Hotman no es un relato de la dualidad nacional; al contrario, Hotman insiste en la originaria hermandad entre germanos y galos: cuando los germanos entraron en la Galia, no fue una conquista lo que tuvo lugar sino una liberación respecto del yugo romano.³²⁶ No se trata, entonces de dos razas en lucha al interior de Francia sino del reencuentro de dos pueblos hermanos, acomunados en su origen germánico, que lograron así deshacerse del yugo de Roma. En el contexto de las guerras de religión, este relato de los orígenes tenía una función ya no absolutista sino antiabsolutista. En la tesis de Hotman, la Franco-Galia liberada de la soberanía romana disfrutó de sus instituciones libres y sus leyes durante siglos. Cuando la monarquía francesa se abrió paso, en el siglo XVI, al absolutismo, no hacía más que violar las antiguas libertades del pueblo franco-galo. Esta tesis avanzaba también una posición protestante: el yugo romano hasta el siglo V es análogo al yugo papista del siglo XVI; asimismo, los hermanos de Germania, liberadores de la Galia, son análogos a la religión reformada en la otra orilla del Rin, que pretende liberar a los franceses de la religión de Roma.

Ahora bien, Foucault afirma que esta tesis protestante será muy pronto recuperada y desplazada por los católicos, cuando los reinados de Enrique III y IV se vuelvan hostiles al catolicismo. Historiadores católicos postularán un nuevo relato de los orígenes, centrado ahora en los galos. Para estos historiadores, la Galia fue el origen de todos los pueblos de Europa, incluyendo a los germanos. Cuando, en el siglo V, los germanos ingresaron en la

³²⁶ “Los germanos, por lo tanto, no llegaron como invasores sino como un pueblo hermano que ayudaba a un pueblo hermano a liberarse de los invasores, y de los invasores romanos.” Hotman, François. *La Gaule Francoise*. Colonia: S/D, 1574, pp. 55-56.

Galia, no hicieron más que retornar a su patria. Este retorno no tuvo la forma de una conquista, pero tampoco la forma de una liberación. Más bien, los germanos que regresaban se adaptaron a la Galia romana, adoptando sus valores, su religión y su sistema político. De esta manera, los relatos católicos borraban la distinción entre germanos y romanos, hermanándolos en el pueblo de la Galia.

Origen troyano, germánico, galo; relatos monárquicos y antimonárquicos; católicos y protestantes: en todos los casos, Foucault hace notar la presencia de un discurso de razas que tiene por objetivo postular la unidad nacional, postular la hermandad de la galos con los troyanos, con los germanos, con los romanos según sea el caso. No hay dualismo, no hay dos razas en lucha sino, más bien, reencuentros, integraciones, homogeneidad. En los siglos XVI y XVII, el discurso histórico de las razas no tiene otro fin que el de borrar la división, que el de borrar la idea de razas en lucha. En el contexto de las guerras de religión,

...los partidarios de una religión única -que planteaban, desde luego, el principio de “una fe, una ley, un rey”- no podían reivindicar la unidad religiosa si admitían a la vez una dualidad interna de la nación; por el otro, quienes al contrario exigían la posibilidad de la elección religiosa, la libertad de conciencia, sólo podían lograr que se admitiera su tesis con la condición de decir: “Ni la libertad de conciencia ni la posibilidad de elección religiosa ni la existencia misma de dos religiones en el cuerpo de una nación pueden comprometer, en ningún caso, la unidad del Estado.”³²⁷

De modo que el discurso histórico francés en los siglos XVI y XVII negaba la existencia de razas en lucha.³²⁸ En la Francia de estos siglos, el relato de los historiadores no constituye para Foucault un discurso histórico político. Será en el siglo XVIII que este discurso emerja; y la figura de esta emergencia es el Conde de Boulainvilliers.

Las tesis nobiliarias de Boulainvilliers se habían esparcido desde comienzos del siglo XVIII en los círculos aristocráticos, indicando la exacción creciente que Luis XIV y sus “hombres de tinta” operaban sobre los privilegios feudales de la nobleza francesa.³²⁹ La de Boulainvilliers era la historia de una raza noble, feroz, aristocrática; de la raza de los francos que habían liberado la Galia y que, a lo largo de los siglos, padecían el retorno insidioso de los débiles, que corrompían y degradaban los legítimos derechos de conquista. Asentado en la corte del Duque de Borgoña, Boulainvilliers recibió la tarea de sistematizar y recodificar el

³²⁷ 'Il faut défendre la société', *op. cit.*, p. 105 [115].

³²⁸ Hannah Arendt coincide con Foucault en indicar que Hotman no anticipa la historia racial del siglo XVIII. Arendt, Hannah. “Race thinking before racism.” *The Review of Politics*, *op. cit.*, p. 43, n. 12.

³²⁹ Ver Leffler, Phyllis. “French historians and the challenge to Louis XIV's Absolutism.” *French Historical Studies*, Vol. 14, No. 1 (1985), pp. 1-22.

voluminoso *Balance de Francia* que Luis XIV había destinado a la educación del duque, su nieto y heredero del trono. Desde allí, Boulainvilliers desplegaría sus tesis nobiliarias en un ensayo histórico político sobre los gobiernos y las leyes de Francia. En esta empresa de recodificación del *Balance de Francia*, Boulainvilliers postularía un nuevo relato de los orígenes, funcional a los privilegios, ahora degradados, de la aristocracia francesa.

En sus textos, Boulainvilliers indicaba que los francos conquistaron una Galia sometida, asediada, dominada por el yugo romano. El dominio romano sobre los galos se había operado a partir de una igualación que rebajaba a la nobleza gala y elevaba al pueblo bajo, desmontando las posibilidades de su resistencia. Este igualitarismo romano no hizo más que facilitar el yugo sobre la Galia, destruyendo su aristocracia guerrera y dando lugar a una nobleza civil, jurídica y administrativa. Cuando los francos ingresaron desde Germania a la Galia, no encontraron más que un pueblo sometido, un territorio desolado, un país arruinado por el absolutismo romano; una nación sin guerreros, sin otra nobleza que la de los grises “hombres de tinta:” escribanos, intendentes, administradores. Los francos, en tanto germanos, constituían, en cambio, una raza guerrera, ávida, cruel, feroz. Organizados en una aristocracia guerrera, se daban un jefe sólo en tiempos de guerra. De modo que, cuando entraron en la Galia, su conquista sobre los romanos fue devastadora, y el efecto de esta conquista no fue la erección de una monarquía de tipo romana sino el reparto del botín, el reparto de las tierras entre los guerreros francos. Así, el jefe en tiempos de guerra no devino el soberano de la Galia sino que, obtenida la victoria, se fundió en la aristocracia franca que ahora gozaba de sus derechos de conquista.³³⁰ De allí, Boulainvilliers explica el origen de los privilegios feudales de la nobleza. Desde entonces, el dominio de los francos sobre la Galia borró la desmesurada opresión de los romanos, iniciando un tiempo de calma y prosperidad.

Ahora bien, este tiempo de una Galia feliz, que articulaba una aristocracia guerrera con un pueblo próspero, se vio subvertido por el ascendente absolutista del jefe militar franco que, aliado con los galorromanos, extendió progresivamente su jefatura, más allá de la guerra, sobre los asuntos civiles. El jefe militar de los francos extendió su poder apoyándose en la vieja aristocracia galorromana. Interpelando a estos hombres grises de la administración y la justicia, el jefe de los francos subvirtió el orden de la Galia, degradando los derechos de conquista de sus pares y erigiéndose como un soberano romano. De esta manera, se

³³⁰ “En los comienzos de la primera raza, nada había por encima de la Nobleza más que el Príncipe; el tomaba la cualidad de Noble, siendo el primero de los Nobles; los Historiadores declaran que en las elecciones que precedieron el establecimiento de la Monarquía devenida hereditaria, la Nación consideraba sobre todas las cosas a la Nobleza.” Boulainvilliers, Henri. *Mémoire pour la noblesse de la France*. París: S/D, 1716, p. 17.

constituyó una monarquía usurpadora, respaldada en el saber de los “hombres de tinta,” en el saber de los escribanos, intendentes y administradores.³³¹

Recuperando este relato de los orígenes, Foucault indica que Boulainvilliers dispone así el primer discurso histórico político de Francia. Un discurso articulado en la guerra como grilla de inteligibilidad de la soberanía, el gobierno, las administraciones, las leyes. Un discurso que no identifica la guerra como una interrupción en el orden, como la brecha y el enlace entre un sistema jurídico y otro. Más bien, la guerra se despliega sin exterioridad sobre toda la historia: la paz no es más que una determinada tensión belicosa entre las razas fuertes y las débiles, una tensión siempre inestable, prorrogada o subvertida a cada instante. Inmanencia, entonces, de una historia sin exterior, que es la historia de la guerra de razas. Un discurso que, en segundo lugar, opera un trastocamiento de los valores: la soberanía no es más que usurpación, los derechos no son otra cosa que afrentas, la justicia no es más que la administración mezquina de la exacción por parte de los traidores y los débiles. Por último, un discurso partisano: un discurso que no postula derechos universales ni verdades absolutas, sino que recupera el llamado al contraataque, la defensa de los propios derechos, la vindicación de una libertad que no es otra que la del dominio sobre los débiles.

Estamos así ante el primer discurso histórico político francés: un discurso partisano, un discurso que trastoca los valores, un discurso resuelto en la inmanencia de la historia. El de Boulainvilliers es el relato de unos pueblos bárbaros trabados en lucha, dominándose unos a otros; un relato que identifica en la conquista de los francos el punto constituyente, el equilibrio y rectitud de las fuerzas posteriormente corrompido y traicionado. Un relato que, articulado en un tiempo cíclico, indica el retorno de ese punto constituyente en el elemento de la revolución. No se trata, entonces, de legitimar al soberano o de recusar su legitimidad sino que, más bien, se trata del llamado a defender la raza de los francos de cara a la afrenta gris e insidiosa de los galorromanos.

³³¹ “Experimentamos el destino de la Roma antigua, donde todas las viejas familias murieron o fueron relegadas a la oscuridad cuando la forma de gobierno cambió. Pero debemos también reconocer que éste es un destino común de todos los Estados que han durado por un largo tiempo (...) No se debería estar irritado y celoso a causa de la elevación de estas familias oscuras que tomaron los empleos de nuestros propios padres y llegaron a disfrutar de la gloria que nuestros padres dejaron a su patria.” Boulainvilliers, Henri. *Essais*. Citado en Ellis, Harold. “Genealogy, history and aristocratic reaction.” *The Journal of Modern History*, Vol. 58, No. 2 (1986), p. 447.

3. Defenderse de los germanos

Este discurso histórico político se propagó, más allá de la reacción aristocrática, a lo largo del siglo XVIII, convirtiéndose en un arma discursiva que podían desplegar los diferentes adversarios en el campo político. A los ojos de Foucault, la originalidad de Boulainvilliers no fue tanto la de articular una ideología reaccionaria basada en la historia sino la de habilitar un novedoso campo discursivo en el que, en adelante, se desplegarían las opciones políticas más inconciliables. Esta polivalencia táctica del discurso histórico sería habitada por los nobles reaccionarios, pero también por los realistas y, finalmente, por el tercer estado.

En efecto, a lo largo del siglo XVIII y por medio de cierta cantidad de modificaciones en las proposiciones fundamentales, desde luego, el saber histórico se convirtió, finalmente, en una especie de arma discursiva que podrían utilizar y desplegar todos los adversarios del campo político (...) ese discurso histórico no debe tomarse como la ideología o el producto ideológico de la nobleza y de su posición de clase (...) [se trata de una] táctica discursiva, un dispositivo de saber y poder que, precisamente, en cuanto táctica, puede transferirse y se convierte, en última instancia, en la ley de formación de un saber y, al mismo tiempo, en la forma común a la batalla política. Por lo tanto, generalización del discurso de la historia, pero en cuanto táctica.³³²

Foucault indica que, a lo largo del siglo XVIII, el discurso histórico de la guerra de razas, tal como emergió de las posiciones aristocráticas, fue recapturado y convertido en arma discursiva al servicio de apuestas políticas que no eran ya las de la aristocracia. En esta línea, Foucault recupera tres reelaboraciones de este discurso histórico, que implican una redistribución de los elementos de la barbarie y la dominación, de la constitución y la revolución. “¿Cómo hay que filtrar la dominación bárbara para llevar a cabo la revolución constituyente?”³³³ Se trata, en estos casos, de tres capturas estratégicas del discurso histórico de razas, a partir de tres reconceptualizaciones y filtros de la figura del bárbaro.

La primera captura estratégica del discurso histórico aparece, según Foucault, de manos de los historiadores monárquicos. En este caso, Foucault indica un filtro absoluto de la barbarie. Historiadores como Jean-Baptiste Dubos sostienen que la pretensión de los aristócratas de ser los herederos de los francos conquistadores no tiene asidero alguno. Más bien, la aristocracia fue una minoría beneficiada artificialmente por el monarca, una minoría

³³² 'Il faut défendre la société', *op. cit.*, p. 176 [175].

³³³ *Ibid*, p. 169 [182].

en nada relacionada con una raza conquistadora. Estos historiadores sostienen que los francos no eran la raza noble y guerrera que liberó la Galia, sino una minoría gris y obtusa, desperdigada por el territorio francés. Los invasores bárbaros (identificados aquí con los burgundios y los godos) se apoyaron en los francos pero, dado que estos no conocían el arte de las leyes, la administración y la milicia, muy pronto quedaron relegados y las antiguas instituciones romanas pudieron ser restauradas. Este relato reforzaba la legitimidad del poder monárquico, al tiempo que obliteraba las pretensiones raciales de la aristocracia, haciendo de ellos no más que unos delegados reales que más tarde intentaron usurpar el poder.³³⁴ “Los nobles no son bárbaros, son estafadores, estafadores políticos.”³³⁵

La segunda de estas capturas estratégicas aparece de la mano de historiadores como Gabriel Bonnot de Mably. En este caso, se mantiene la idea de que los francos liberaron a la Galia de los romanos. Pero, a diferencia de Boulainvilliers, estos historiadores sostienen que los francos eran un pueblo democrático que, al cruzar el Rin y expulsar a los romanos, hicieron de la Galia una república.³³⁶ Muy pronto, sin embargo, la rapiña, la avidez y el egoísmo ganó a los conquistadores, que descuidaron sus deberes políticos y permitieron la reemergencia de una soberanía romana. Este discurso histórico se acercaba así a las posiciones del tercer estado. Foucault indica, sin embargo, que no fue éste el discurso que finalmente sostuvo la burguesía.

Foucault repone una tercera captura estratégica del discurso racial, que tenderá las coordenadas del historicismo burgués. En las tesis de historiadores como Louis-Georges de Bréquigny,³³⁷ la Galia romana aparecía caracterizada por la coexistencia de dos sistemas políticos. A nivel central, un sistema romano e imperial; a nivel de las ciudades, un sistema

³³⁴ “La conquista de la Galia por los francos es una ilusión histórica. Los francos vinieron a Galia como aliados, no como enemigos de los romanos (...) No ha habido pues, en los siglos V y VI, ni intrusión de un pueblo enemigo, ni dominación de una raza sobre la otra, ni avasallamiento de los galos. Fue cuatro siglos más tarde cuando el desmembramiento de la soberanía y el cambio de los cargos en señoríos produjeron efectos muy semejantes a los de la invasión extranjera, elevando entre los reyes y el pueblo una casta dominadora, e hicieron de la Galia un verdadero país de conquista.” Dubos, Jean-Baptiste. *Histoire critique de l'établissement de la monarchie françoise dans les Gaules*. Citado en Thierry, Agustin. *Consideraciones sobre la historia de Francia*. Buenos Aires: Nova, 1944, p. 66.

³³⁵ ‘Il faut défendre la société’, *op. cit.*, p. 180 [187].

³³⁶ En la misma línea, Thierry indica: “El abate de Mably admite, con Boulainvilliers, una república germana transplantada a Galia para convertirse en el tipo ideal y primitivo de la constitución francesa (...) lo que resalta más claramente en medio de esta confusión histórica es la predilección del autor por la forma democrática del gobierno de los francos más allá del Rin.” Thierry, Agustin. *Consideraciones sobre la historia de Francia*, *op. cit.*, p. 82.

³³⁷ Thierry identifica que el trabajo histórico de Bréquigny permitió sacar a la luz la historia del tercer estado: “Bréquigny fue el primero que puso las manos en el desenredo de los orígenes del estado llano; es una gloria que nuestro siglo, si es justo, debe unir a su nombre.” Thierry, Agustin. *Consideraciones sobre la historia de Francia*, *op. cit.*, p. 91.

galo de autonomías y libertades municipales. De modo que la Galia romana aparecía para estos historiadores como una época próspera que, por debajo del poder central romano, conservaba una serie de instituciones galas republicanas que aseguraban la libertad e industria de las ciudades. Con las invasiones bárbaras, las ciudades fueron destruidas, pero muy pronto restauraron su autonomía y su prosperidad. Es que los francos invasores constituían un pueblo nómade y campesino, que pronto se alejó de las ciudades y permitió la restitución de sus instituciones y sus economías. Esta interpretación histórica conservaba la oposición de galorromanos y francos, invirtiendo sin embargo la carga moral que les asignaba Boulainvilliers. En este caso, la libertad y la industria pertenecen a los galorromanos; la opresión y la ociosidad, a los francos y germánicos. Finalmente, indica Foucault, esta será la tesis del tercer estado:

Desde ahora, por primera vez, la romanidad, que en el pensamiento histórico y político del siglo XVIII siempre había tenido el color del absolutismo y había estado del lado del rey, va a colorearse de liberalismo (...) La burguesía podrá recuperar la romanidad, en la forma del municipio galorromano, como si se tratara, en cierto modo, de sus cartas de nobleza. La municipalidad galorromana es la nobleza del tercer estado.³³⁸

Foucault indica que, a lo largo del siglo XVIII, la burguesía era adversa al discurso histórico político porque este discurso era adverso a sus reclamos. El tercer estado no encontraba en la historia de razas una fuente para postular y sostener sus derechos. Por mucho tiempo, la burguesía francesa fue antihistoricista y su discurso no fue el de la historia sino el del derecho natural. El de la burguesía fue el discurso jurídico político de la soberanía, apoyado en Jean-Jacques Rousseau y en su llamado a legitimar al soberano, identificado con la voluntad general del pueblo.³³⁹ Ahora bien, durante la Revolución, se produjo en las filas del tercer estado una reactivación y captura del derecho histórico político, un desbloqueo del historicismo burgués y una intelección de los procesos políticos en términos de guerra de razas. Sin embargo, esto no implicó un cifrado racial de la Revolución; más bien operó una resolución estatal y nacional del discurso histórico.³⁴⁰ Foucault indica esta operación a partir

³³⁸ *Ibid*, p. 183 [190].

³³⁹ Foucault indica: “El rousseaunismo de la burguesía de fines del siglo XVIII, antes y al principio de la Revolución, era, exactamente, una respuesta al historicismo de los otros sujetos políticos que se batían en el campo de la teoría y el análisis del poder. Ser rousseauiano, apelar precisamente al salvaje, apelar al contrato, era escapar a todo ese paisaje que definido por el bárbaro, su historia y sus relaciones con la civilización.” *Ibid*, p. 186 [193].

³⁴⁰ Hannah Arendt vuelve sobre este punto con una hipótesis contrafáctica: “Si los hombres de la Revolución francesa se identificaron mentalmente con Roma, no fue porque estuvieran oponiendo al 'germanismo' de su nobleza el 'latinismo' de la burguesía, sino porque se sentían herederos espirituales de los republicanos

del célebre panfleto de Emmanuel Sieyès, *¿Qué es el tercer estado?* Aquí, la innovación central se opera en torno al concepto de nación.

Hasta entonces, las posiciones monárquicas identificaban orgánicamente a la nación con el cuerpo del rey, en su relación físico-jurídica con cada uno de los súbditos. Para ellos, Foucault indica, la nación no formaba un sustrato, un cuerpo sobre el que se asentaba la monarquía; la nación, más bien, estaba en su totalidad en el cuerpo del rey. De cara a esta pretensión, las tesis nobiliarias identificaban una multiplicidad de naciones que entablaban, por debajo y a través de las leyes e instituciones, una relación de guerra y dominación permanentes. Ahora bien, Sieyès marca la emergencia de una concepción completamente distinta de la nación.

Sieyès indicó en su panfleto que una nación se define en términos jurídicos y sustanciales; y, si, por un lado, una nación es un determinado orden político establecido en una ley común y una legislatura, lo cierto es que, por otro lado, una nación sólo puede subsistir y prosperar a partir de una serie de condiciones sustanciales que la definen: por un lado, los trabajos particulares (del campo, de la industria, del comercio y de los servicios); por otro lado, las funciones públicas (de la espada, la toga, la iglesia y la administración). Foucault indica que, si hasta entonces los trabajos y funciones se presentaban como consecuencia del orden jurídico, con Sieyès el planteo será el inverso: una nación no es capaz de existir sin el trabajo de campesinos, trabajadores, comerciantes, profesionales, administradores, soldados, funcionarios; la nación francesa no es capaz de existir sin los trabajos y las funciones que desarrollan los hombres del tercer estado.³⁴¹ Así, el tercer estado es todo de la nación y, sin embargo, no ha recibido su estatuto formal. Los elementos sustanciales que componen la nación francesa están presentes, pero han sido obliterados. Asimismo, Francia carece de los elementos jurídicos que configurarían la nación francesa: es que no tiene una legislatura (sino un régimen de arbitrariedades reales) ni tampoco tiene una ley común (sino una multiplicidad de leyes diferenciales). De modo que la nación francesa se encuentra a un tiempo negada jurídicamente y obliterada en su componente sustancial. Esto, a causa de que el cuerpo social está habitado por un humor maligno que lo corroe desde dentro; se trata de la nobleza y el clero que encadenan al cuerpo de la nación con sus exacciones y

romanos. Esta reivindicación histórica, contrastante con la identificación tribal de la nobleza, debe haber estado entre las causas que no permitieron que el 'latinismo' emergiera como una doctrina racial en sí misma." Arendt, Hannah. "Race thinking before racism." *The Review of Politics*, op. cit., p. 46.

³⁴¹ Sieyès, Emmanuel. "¿Qué es el tercer estado?". *El tercer estado y otros escritos de 1789*. Madrid: Espasa Calpe, 1991, pp. 146-151.

privilegios.³⁴²

Al igual que en el discurso aristocrático, la nación se identifica aquí con una parte, con el tercer estado, con la raza de los galorromanos oprimida por el salvajismo de los francos que conquistaron, desde los bosques y pantanos de la antigua Germania, los territorios de una Galia hasta entonces feliz.³⁴³ Pero, a diferencia de la tesis nobiliaria, la nación del tercer estado constituye la totalidad de Francia. El tercer estado es *una* nación capaz de ser *la* nación. De esta manera, el historicismo burgués recupera la universalidad presente en el historicismo realista. Pero ya no se trata de una nación al interior del cuerpo del rey; ahora, la nación es el tercer estado, que totaliza en su existencia las funciones y trabajos que son sustancia de la vida francesa.

A partir de aquí, Foucault indica que el discurso histórico político se reconfigura en una nueva matriz. Por un lado, este discurso postula que, tras el largo periplo de un comienzo desgarrado y de una historia de luchas, tiene lugar una consumación histórica en la forma de la realización de lo universal. Contra el carácter partisano que había subtendido el discurso histórico de las razas, emerge ahora un relato histórico que parte de las luchas, de las batallas, de las oposiciones binarias, pero postula un momento de resolución en la unificación nacional. Esto trae dos corolarios mayores: en primer lugar, esta nueva matriz implica una transformación en la temporalidad histórica. De un tiempo recurrente y circular, se pasa a un tiempo rectilíneo, cuya resolución escatológica se localiza en el presente. El segundo corolario está vinculado a la definición de la nación: si, hasta entonces, la nación se definía en el eje horizontal que la oponía a otras naciones, a partir de aquí, la nación se definirá en el eje vertical que hace de ella el núcleo activo y constitutivo del Estado. En suma, Foucault indica una transformación mayor en la matriz del discurso histórico político; transformación que puede ser compendiada en los siguientes términos.

1. Comienzo desgarrado. El discurso histórico ya no se trama en la inmanencia de unas batallas infinitamente prorrogadas. Más bien, el desgarramiento de los orígenes, el

³⁴² “No preguntéis por el lugar que deben ocupar las clases privilegiadas en el orden social, pues es como preguntar por el lugar que se desea asignar en el cuerpo de un enfermo al humor maligno que lo mina y lo atormenta.” *Ibid*, p. 252.

³⁴³ “En verdad, si se quiere hacer distingos de origen, ¿no podríamos asegurar a nuestros pobres conciudadanos que el que se remonta a galos y romanos posee por lo menos tanta alcurnia como el de los sicambos, vándalos y otros salvajes salidos de los bosques y pantanos de la antigua Germania? 'En efecto - se nos dirá-, pero la conquista ha alterado todas las relaciones, y la nobleza de nacimiento pertenece por derecho a los conquistadores.' Pues bien, hora es de restituirla a quienes en su día la perdieron; el tercer estado devendrá noble, volviéndose a su vez conquistador.” *Ibid*, p. 154.

relato de las luchas, las batallas y las oposiciones binarias no deja de orientarse hacia un momento de resolución universalizadora en el Estado, subtiendo un tiempo rectilíneo y teleológico.

2. Consumación totalizadora. Este momento de resolución histórica, este momento de ingreso del universal en la historia, se define en la constitución correlativa de la totalidad nacional y la universalidad estatal. La nación así unificada será el poder constituyente del Estado.

A partir de aquí, el discurso histórico político de la guerra no será ya el discurso de naciones en lucha, de la guerra entre una multiplicidad de naciones heterogéneas, sino que será el discurso de una nación completa que pone fin al decurso de la guerra y se erige como totalidad nacional y asiento de la universalidad estatal. Esto implica también que las luchas que de aquí en más se observen no serán la manifestación de naciones trabadas en una guerra permanente; serán más bien la manifestación de un humor maligno, de una sustancia mórbida que, desde el interior mismo de la nación, la mina y la atormenta. Ya no se trata entonces de defenderse del Estado, de sus instituciones, de sus leyes. Se trata, más bien, de defender el Estado, la nación, de la enfermedad que la corroe. De esta manera, Foucault indica que, a partir de la Revolución francesa, el discurso histórico político se vuelve estatal, totalizador y defensivo: se trata ahora de defender la nación.

4. Nación, clase, raza

En suma, Foucault restituye la serie de un discurso histórico político, desplegado desde el siglo XVI. Un discurso que tiende una superficie en la que se disputan las posiciones políticas más inconciliables. Una superficie que cifra las instituciones, las leyes, el Estado en los términos de una guerra permanente: un discurso partisano, un discurso que trastoca los valores, un discurso sin exteriores ni absolutos. Esta superficie discursiva se articula en las coordenadas de la dominación bárbara, de la constitución bélica de la tensión entre las fuerzas y en el retorno cíclico de las batallas en la forma de revoluciones. Ya sea a través del relato de la invasión normanda en Inglaterra o el relato de la invasión bárbara en la Galia, este discurso histórico político opera como un instrumento que puede ser capturado por diferentes posiciones políticas y orientado en función de estrategias divergentes.

Tenemos, por lo tanto, una trama epistémica muy apretada de todos los discursos históricos, cualesquiera sean, en definitiva, las tesis históricas y los objetivos políticos que se propongan (...) Cuanto más regularmente formado está el saber, más posible es que los sujetos que hablan en él se distribuyan según líneas rigurosas de enfrentamiento y que esos discursos, así enfrentados, funcionen como conjuntos tácticos diferentes en unas estrategias globales (donde no se trata simplemente de discurso y verdad sino, también, de poder, status, intereses económicos). En otras palabras, la reversibilidad táctica del discurso está en función directa de la homogeneidad de sus reglas de formación. La regularidad del campo epistémico, la homogeneidad en el modo de formación del discurso van a hacerlo utilizable en unas luchas que, por su parte, son extra-discursivas.³⁴⁴

De este modo, Foucault recorta el discurso histórico político respecto del discurso jurídico político de la soberanía y su legitimidad. No se trata aquí de preguntarse por la legitimidad del soberano sino de indicar cómo la guerra no ha dejado de filtrarse en la paz, cómo el Estado, las instituciones, las leyes constituyen las armas a través de las cuales la batalla se sanciona y se prorroga. No se trata, entonces, del llamado a legitimar al soberano sino, más bien, del llamado a defender la nación. Heterogeneidad, entonces, entre el historicismo y el discurso de la soberanía.

Con Boulainvilliers, con su discurso histórico político de la guerra entre francos y galorromanos, Foucault marca la emergencia de un nuevo objeto y sujeto de la historia. Un nuevo sujeto hablante, un nuevo sujeto que va a tomar la palabra, relatando la memoria de un “nosotros” asediado, despojado; de un “nosotros” partisano, que no se orienta a la universalidad de los derechos y las verdades, sino que reclama sus derechos como privilegios, sus verdades como afrentas. Emergencia también de un nuevo objeto de la historia, de un nuevo tema que ya no es el del reino, con sus hazañas, su genealogía y su gloria. Se trata de un nuevo objeto que fluye por debajo del Estado, los derechos, las instituciones.

Ese algo que en lo sucesivo habla en la historia, que toma la palabra en la historia, y del que ésta va a hablar, es lo que el vocabulario de la época designa con el término “nación.” En esa época, la nación no es, de ningún modo, algo que se defina por la unidad de los territorios o por una morfología política determinada o un sistema de sujeciones a un *imperium* cualquiera. La nación carece de fronteras, de sistema de poder definido, de Estado. La nación circula detrás de las fronteras y las instituciones. La nación o, mejor, las *naciones*, es decir, los conjuntos, las sociedades, los agrupamientos de personas, de individuos que tienen en común un estatuto, costumbres, usos, cierta ley particular -pero ley entendida mucho más como regularidad estatutaria que como ley estatal-. La historia se va a referir a esto, a estos elementos. Y son éstos, es la nación la que tomará la palabra. La nobleza es una nación frente a muchas otras que circulan en el Estado y se oponen unas a otras.³⁴⁵

³⁴⁴ 'Il faut défendre la société', *op. cit.*, p. 185 [192].

³⁴⁵ *Ibid*, p. 117 [129].

De este modo, el discurso histórico político de la guerra de razas no debe comprenderse en términos de una cifra biológica; las razas de los sajones y normandos, de los francos, germanos, galos o romanos no remiten sino a una multiplicidad de pueblos o naciones que coexisten en un mismo cuerpo social sin por ello unificarse.³⁴⁶ Ahora bien, Foucault indica que, con la Revolución francesa, se produce un doble proceso de totalización nacional y universalización estatal. A partir de entonces, ya no existirá, bajo la órbita del Estado, una multiplicidad de naciones, sea que estén en armonía o en conflicto. Más bien, la nación aparece desde entonces como una figura totalizadora, cuya unidad es asiento del poder constituyente del Estado. Desde entonces, la guerra civil ya no será la manifestación de naciones en lucha permanente; será más bien la emergencia de una presencia extraña, mórbida, que corroee desde el interior la unidad de la nación. La vieja divisa que llamaba a “defender la nación” de las instituciones y las leyes que prosiguen la guerra por otros medios, se traduce a partir de aquí en un llamado a “defender la nación,” que es también “defender el Estado,” respecto de una amenaza interior que mina y atormenta la totalidad nacional y su universalidad estatal. De esta manera, Foucault indica que desde fines del siglo XVIII, la guerra es finalmente eliminada del discurso histórico político.

Ahora bien, Foucault sostiene que el elemento de la guerra pervive, en el discurso histórico del siglo XIX, reconfigurado en clave económica. En este sentido, Foucault identifica la continuidad del discurso histórico de la guerra de razas en un cifrado económico de las batallas y las exacciones que dividen el cuerpo social en términos de clases. La noción de lucha de clases se constituye en la remanencia de un discurso histórico de la guerra, cifrado ahora en clave económica. Así, la lucha de clases se conjuga al interior de un discurso histórico que identifica, por debajo del Estado, las instituciones y las leyes, el trabajo silencioso de una guerra proseguida por otros medios. Una división binaria atraviesa a la sociedad, oponiendo unos a otros.

Foucault identifica de manera algo asistemática tres elementos de esta inherencia de la lucha de clases al discurso histórico de la guerra de razas. En primer lugar, la misma palabra de Marx: “No hay que olvidar, después de todo, que Marx, al final de su vida, en 1882, escribía lo siguiente en una carta a Engels: 'Pero sabes muy bien dónde encontramos nuestra

³⁴⁶ Convergentemente, Harold Ellis indica que “Bouvailvilliers rompió el molde realista que todavía daba forma a la escritura de la historia francesa en los términos de narrativas dominadas por el rey, a efectos de escribir, en cambio, la historia de la 'nación' francesa.” Ellis, Harold. “Genealogy, history and aristocratic reaction.” *The Journal of Modern History*, op. cit., p. 417.

lucha de clases: en los historiadores franceses cuando relataban la lucha de razas'.³⁴⁷ En segundo lugar, identifica la presencia del discurso histórico de la guerra en los Estados socialistas, allí donde el tratamiento de enfermos mentales, criminales y adversarios políticos se da bajo la forma de un discurso evolucionista.³⁴⁸ Por último, indica la presencia del racismo en los movimientos socialistas del siglo XIX.³⁴⁹

Las menciones a la lucha de clases son en este punto más bien austeras. Foucault señala hacia el final del curso *Defender la sociedad* que su intención original era la de dedicar toda una sesión al discurso histórico de la lucha de clases; sin embargo, opta por dedicar la última sesión del curso a indicar la pervivencia de la guerra en el discurso histórico, pero no bajo la cifra económica de la lucha de clases, sino bajo la cifra biológica del racismo de Estado. Respecto de la lucha de clases, entonces, poco más que esas menciones puede arrancarse del curso *Defender la sociedad*. Sin embargo, estas menciones son suficientes para señalar que la lucha de clases no constituye ni el fondo de la grilla bélica ni el destino del discurso histórico. Se trata, más bien, de una inflexión singular al interior del discurso de la guerra. Las clases no son, en suma, unos bandos esenciales que subtienden y coagulan las múltiples relaciones de fuerza; la clase constituye más bien un objeto moldeado por operaciones tácticas y estratégicas al interior de la superficie discursiva de la guerra.

Ahora bien, Foucault presenta el racismo de Estado a través de una maniobra ya conocida; maniobra que comienza delineando los trazos de la soberanía, como fondo respecto del cual se recorta una figura heterogénea. Hemos visto ya cómo la mecánica y el discurso soberanos remiten a la espada. El derecho de soberanía se presenta como un derecho de vida y muerte, que se ejerce de manera desequilibrada a través de la muerte. Ante la amenaza exterior, el soberano captura el cuerpo del súbdito y lo manda morir al campo de batalla; ante la amenaza interior, el soberano captura el cuerpo del infractor y despliega sobre él su derecho de castigar. En ambos casos, el derecho de vida y muerte de la soberanía se opera haciendo morir o, en su defecto, dejando vivir. El fondo soberano queda así dispuesto.

En contraste con el derecho soberano, Foucault indica que, a partir del siglo XVII,

³⁴⁷ 'Il faut défendre la société', op. cit., p. 69 [79].

³⁴⁸ *Ibid*, p. 233 [236].

³⁴⁹ "Por lo tanto, cada vez que vemos esos socialismos, unas formas de socialismo, unos momentos de socialismo que acentúan el problema de la lucha, tenemos racismo. De tal modo, las formas de socialismo más racistas fueron sin duda el blanquismo, la Comuna y la anarquía, mucho más que la socialdemocracia, que la Segunda Internacional y que el propio marxismo. En Europa, el racismo socialista recién se liquidó a fines del siglo XIX, por un lado debido la dominación de una socialdemocracia (y, hay que decirlo, de un reformismo ligado a ella) y, por el otro, a causa de una cierta cantidad de procesos como el caso Dreyfus en Francia. Pero, antes del caso Dreyfus, todos los socialistas -bueno, la gran mayoría de los socialistas- eran fundamentalmente racistas." *Ibid*, p. 234 [237].

emerge una nueva tecnología de poder, basada en la fabricación de cuerpos dóciles y útiles. Se trata de las tecnologías disciplinarias que, mediante los instrumentos de la vigilancia jerárquica, la sanción normalizadora y el examen, producen a los sujetos como individualidades somáticas, y producen en los cuerpos fuerzas, capacidades, aptitudes que les son dócilmente sustraídas. Este poder de las disciplinas ya no consiste en hacer morir o dejar vivir sino en fortalecer las capacidades, las habilidades, las aptitudes de los cuerpos; consiste, en suma, en aumentar las fuerzas y la vida de los individuos. Ahora bien, hacia fines del siglo XVIII Foucault indica la emergencia de un nuevo poder ya no disciplinario. Una tecnología de poder que no excluye a las disciplinas sino que las recubre, las engloba, las integra, incrustándose sobre ellas.

A diferencia de la disciplina, que se dirige al cuerpo, esta nueva técnica de poder no disciplinario se aplica a la vida de los hombres e, incluso, se destina, por así decirlo, no al hombre/cuerpo sino al hombre vivo, al hombre ser viviente; en el límite, si lo prefieren, al hombre/especie. Más precisamente, diría lo siguiente: la disciplina trata de regir la multiplicidad de los hombres en la medida en que esa multiplicidad puede y debe resolverse en cuerpos individuales que hay que vigilar, adiestrar, utilizar y, eventualmente, castigar. Además, la nueva tecnología introducida está destinada a la multiplicidad de los hombres, pero no en cuanto se resumen en cuerpos sino en la medida en que forma, al contrario, una masa global, afectada por procesos de conjunto que son propios de la vida, como el nacimiento, la muerte, la producción, la enfermedad, etcétera. (...) Luego de la *anatomopolítica* del cuerpo humano, introducida durante el siglo XVIII, vemos aparecer, a finales de éste, algo que ya no es esa *anatomopolítica* sino lo que yo llamaría una *biopolítica* de la especie humana.³⁵⁰

Se trata de dispositivos orientados al control de la natalidad y la fecundidad de la población; al control de la morbilidad y las endemias; a la higiene pública enlazada con la medicina social; al tratamiento de los fenómenos vinculados a la vejez; al estudio, prevención y tratamiento de accidentes y delitos, de invalidez y anomalías; a la operación sobre el medio urbano, hidrográfico y geográfico. Se trata, en suma, de la disposición de una tecnología que opera a nivel de las regularidades poblacionales, de fenómenos colectivos pertinentes y atendibles sólo al nivel de masa; fenómenos que son objeto de cálculos, estimaciones estadísticas, mediciones globales. “Estamos, por lo tanto, en un poder que se hizo cargo del cuerpo y de la vida o que, si lo prefieren, tomó a su cargo la vida en general, con el polo del cuerpo y el polo de la población. Biopoder, por consiguiente,”³⁵¹ poder que ya no consiste en

³⁵⁰ *Ibid*, p. 216 [220].

³⁵¹ *Ibid*, pp. 225-226 [229]. Se hace notar en este punto que la noción de biopoder incluye dentro de sí al anátomopoder de las disciplinas y a la biopolítica de las poblaciones. Si bien en muchos pasajes Foucault indistingue biopolítica y biopoder, en este punto los distingue en género y especie: el biopoder es el poder

hacer morir o dejar vivir, como en el caso de la soberanía, sino más bien en su opuesto:

Más acá, por lo tanto, de ese gran poder absoluto, dramático, sombrío que era el poder de la soberanía, y que consistía en poder hacer morir, he aquí que, con la tecnología del biopoder, la tecnología del poder sobre la población como tal, sobre el hombre como ser viviente, aparece ahora un poder continuo, sabio, que es el poder de hacer vivir. La soberanía hacía morir y dejaba vivir. Y resulta que ahora aparece un poder que yo llamaría de regularización y que consiste, al contrario, en hacer vivir y dejar morir.³⁵²

De este modo, contra el fondo soberano, contra su derecho de vida y muerte ejercido en el poder de hacer morir o dejar vivir, surge una nueva figura que se recorta en oposición a la soberanía. Esta nueva figura ya no es sólo la de las disciplinas sino la de un complejo de tecnologías del cuerpo y de la población, anatómicas y biológicas, que operan fortaleciendo la vida, haciendo vivir y dejando, en todo caso, morir. Dos tecnologías heterogéneas: por un lado, el derecho soberano de hacer morir y dejar vivir; por el otro, el poder de las disciplinas y la biopolítica, ambas, unidas en un poder de hacer vivir y dejar morir, un biopoder.

Ahora bien, muy pronto Foucault indica que la emergencia de esta doble tecnología de poder sobre la vida coincide con los genocidios coloniales, las guerras mundiales, el armamento nuclear, el holocausto. Y bien, entonces ¿cómo es posible que, en la era del biopoder, pueda desplegarse todo este poder de muerte? ¿Cómo ejercer el poder y la función de muerte en un sistema político centrado en el biopoder? Es en este punto, en que poder de muerte y poder de vida se enlazan, que reemerge la guerra en el discurso histórico político.

Foucault indica que el surgimiento del biopoder, el investimento biopolítico del Estado y sus instituciones no bloqueó ni desplazó el poder soberano de muerte. Más bien, el ejercicio del poder soberano de muerte pasó a cifrarse, paso a depender del ejercicio del poder de vida; de modo que la muerte sólo será aceptable cuando se presente como un medio para fortalecer la vida, para hacer vivir. El enlace entre poder de muerte y poder de vida, entre soberanía y biopolítica, está constituido por el racismo. Y bien, ¿qué es el racismo?

En primer lugar, Foucault indica que el racismo es el medio de introducir una cesura en el continuo biológico de la población, identificando diferentes razas, distinguiéndolas, jerarquizándolas en función de pretendidas evidencias biológicas. En segundo lugar, el racismo establece una correlación estrecha entre la vida de una raza y la muerte de la otra.

de hacer vivir y dejar morir; y, a su interior, la biopolítica es una especie de biopoder, que se distingue por operar a nivel de las poblaciones.

³⁵² *Ibid*, p. 220 [223].

Una relación de tipo guerrera, donde la vida de la propia raza se encuentra amenazada, asediada por la vida de la raza opuesta. De manera que a efectos de hacer vivir, es necesario hacer morir a la raza hostil.

Pero el racismo, justamente, pone en funcionamiento, en juego, esta relación de tipo guerrero -“si quieres vivir, es preciso que el otro muera”- de una manera que es completamente novedosa y decididamente compatible con el ejercicio del biopoder. Por una parte, en efecto, el racismo permitirá establecer, entre mi vida y la muerte del otro, una relación que no es militar y guerrera de enfrentamiento sino de tipo biológico: “cuanto más tiendan a desaparecer las especies inferiores, mayor cantidad de individuos anormales serán eliminados, menos degenerados habrá con respecto a la especie y yo -no como individuo sino como especie- más viviré, más fuerte y vigoroso seré y más podré proliferar.” La muerte del otro no es simplemente mi vida, considerada como mi seguridad personal; la muerte del otro, la muerte de la mala raza, de la raza inferior (o del degenerado o el anormal), es lo que va a hacer que la vida en general sea más sana; más sana y más pura.³⁵³

De este manera, en el acople de los poderes de vida y de muerte, de la soberanía y el biopoder, el racismo es el operador que hace aceptable el ejercicio de la muerte en la producción de la vida. Enlazamiento, entonces, de soberanía y biopoder, de dos mecánicas heterogéneas, irreductibles y, sin embargo, acopladas, solicitadas, bloqueadas mutuamente, opuestas pero también articulables. Mecánica soberana y tecnologías del biopoder se encuentran así en un discurso histórico político de la guerra biológica de razas.

En suma, el discurso histórico político, superficie y operador de las estrategias de lucha, aparece reconfigurado a partir de fines del siglo XVIII. Ya no se trata de sostener la presencia de unas naciones trabadas en lucha; sino de postular la consumación histórica en la unidad nacional. En el contexto de esta reconfiguración, las luchas y conflictos ya no serán unas expresiones de la guerra entre naciones; serán más bien expresión de un elemento peligroso, de un humor maligno que, desde el interior de la nación, la amenaza. A partir de entonces, el discurso histórico político es el discurso de una universalidad amenazada por un elemento que la corrompe. Se trata en suma de “defender la sociedad” respecto de aquello que la amenaza.

³⁵³ *Ibid*, pp. 227-228 [230-231].

Capítulo 6. La política como racionalidad

1. El abandono de la hipótesis bélica

En los últimos capítulos, hemos delineado dos discursos políticos heterogéneos: el discurso jurídico de la legitimidad soberana; el discurso histórico de la defensa de la nación. Hemos señalado en cada uno de ellos las características que configuran su consistencia interna. El discurso jurídico político: una superficie discursiva caracterizada por el ciclo del sujeto al súbdito, el ciclo de los poderes a la unidad del poder, el ciclo de las leyes a su legitimidad fundamental. El discurso histórico político: una superficie discursiva caracterizada por los pares de la barbarie y la dominación; de la constitución y la revolución.

Hemos visto también cómo cada uno de estos discursos habilita múltiples estrategias, reversibilidades tácticas, posiciones en conflicto. El discurso jurídico político: operador de las estrategias de poder de los Estados absolutistas, de los antirrealistas durante las guerras de religión, de los republicanos durante el siglo XVIII, de los partidos socialistas de masas del siglo XIX. El discurso histórico político: operador de las estrategias de poder del absolutismo inglés, de los parlamentarios durante la Revolución inglesa, de los radicales *levellers* y *diggers*; operador también de las estrategias de la nobleza francesa, posteriormente de la monarquía, finalmente del tercer estado.

Hasta aquí, ambos discursos nos han permitido capturar las estrategias de confrontación y lucha ya no en términos locales y discretos, sino en términos de grandes articulaciones de conjunto. Orientación estratégica (y no tecnológica), nivel estratégico (y no táctico). Los discursos de la soberanía y la guerra permiten así reponer el dominio de la política, si por política entendemos “una estrategia más o menos global que intenta coordinar y finalizar [las] relaciones de fuerza.”³⁵⁴

Señalamos, por último, que Foucault identifica una transformación mayor en la matriz del discurso histórico político; un discurso que, a partir de la Revolución francesa, se articulará en una línea temporal tendida entre un origen desgarrado y una consumación totalizadora. En esta línea, el discurso histórico eliminará la guerra del cuerpo social, para concebir el presente en términos de unificación nacional y totalización estatal. A partir de aquí, la guerra quedará eliminada del discurso histórico. Y, sin embargo, esto no implica que

³⁵⁴ “Les rapports de pouvoir passent à l'intérieur des corps.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 233 [p. 169 (lig. mod.)].

el discurso histórico se articule de allí en más en la mera denegación del conflicto.

Esto implica, más bien, que el conflicto ya no será concebido en términos de guerra, en términos de un cuerpo social atravesado por un clivaje que opone a opresores y oprimidos. A partir de aquí, el conflicto será concebido en los términos de un elemento interior a la nación que, desde dentro, amenaza su consistencia, su vitalidad, su seguridad. De este modo puede entenderse el título del curso de 1976, *Defender la sociedad*. Se trata de indicar una transformación mayor en la matriz del discurso histórico político; una transformación implicada en el pasaje de la guerra entre naciones a la seguridad nacional. En este sentido, el discurso histórico ya no es el discurso de dos naciones trabadas en lucha; es más bien el discurso de una sociedad amenazada desde su interior por una presencia peligrosa.

De este modo, Foucault indica que el discurso histórico político abandona la guerra como grilla de inteligibilidad de las luchas. Y, por un gesto simétrico pero de otro nivel, el mismo Foucault abandona de aquí en más la grilla de inteligibilidad de la guerra en sus análisis del poder. En el curso que sigue a *Defender la sociedad*, Foucault no retoma el proyecto de investigación que se había propuesto, a saber, el de una genealogía de “la guerra, la lucha, el ejército.”³⁵⁵ A partir del curso de 1978, *Seguridad, territorio, población*, Foucault se orienta en cambio a seguir la línea de la noción de biopolítica, poniendo en marcha una historia de la gubernamentalidad. Esta nueva línea de investigaciones llevará al reemplazo de la grilla de guerra por la grilla gubernamental.

¿Por qué razones Foucault abandona la hipótesis bélica? Evitando la tentación de reponer una fundamentación biográfica, es posible sin embargo trazar algunas líneas de este desplazamiento. En este punto, es útil recuperar las entrevistas, conferencias, artículos y demás intervenciones que Foucault realiza entre sus cursos de 1976 y 1978. En esta serie dispersa y heterogénea de cosas dichas y escritas, es posible observar dos movimientos. Por un lado, una creciente sospecha respecto de la hipótesis de la guerra.³⁵⁶ Por otro lado, una progresiva insistencia en un tema que devendrá central en sus cursos de fines del '70, tema que podría recuperarse a partir de la serie normalización-peligro-seguridad.

En primer lugar, Foucault vuelve de manera reiterada a su idea de un pasaje de la ley a la norma. En este sentido, varias de sus intervenciones de estos años están orientadas a

³⁵⁵ 'Il faut défendre la société', op. cit., p. 21 [33].

³⁵⁶ “L'illegalisme et l'art de punir.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 86-89; “Entretien avec Michel Foucault.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 152; “L'œil du pouvoir.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 206; “Non au sexe roi.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 268 [162-163]; “Le jeu de Michel Foucault.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 310-311; “La torture, c'est la raison.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 391.

sostener que vivimos en una sociedad extrajudicial;³⁵⁷ una sociedad que prioriza la corrección del anormal sobre la aplicación de la justicia;³⁵⁸ una sociedad que prioriza la norma por sobre la ley.³⁵⁹ Esto es decir que el poder de normalización inviste al derecho y a los aparatos jurídicos y administrativos; esto es decir también que la aplicación de la ley y el recurso a las garantías legales dependen de las exigencias de normalización de la sociedad y, de ser necesario, han de quedar suspendidas.³⁶⁰ Vinculado a esto, Foucault retoma de manera insistente las figuras de la anomalía y la peligrosidad.³⁶¹ Es que la sociedad de normalización no opera aplicando la ley y conmutando castigos en casos de su infracción. Más bien, opera recortando, al interior de la sociedad, unos individuos peligrosos y revistiéndolos de dispositivos de vigilancia y castigo.³⁶² Por último, estos términos de norma y peligrosidad se encuentran en la noción de seguridad. Foucault describe el tratamiento del peligro al interior de la sociedad de normalización en los términos de un “pacto de seguridad,” pacto en virtud del cual el Estado resguardaría a la población de una serie de peligros, pero sólo a condición de una intervención creciente a su interior y una acción constante de neutralización de los “individuos peligrosos.”³⁶³

De este modo, Foucault indica en la serie normalización-peligro-seguridad una estrategia de poder que ya no puede aprehenderse en los términos de la guerra interior, sino en los términos de una población amenazada por peligros y por riesgos que deben ser constantemente identificados y neutralizados. En un artículo publicado más tarde, hacia mediados de 1979, Foucault recupera el título de su curso de 1976: se trata de “defender la sociedad” actuando sobre aquellos elementos de la población que constituyen un peligro para el resto.³⁶⁴

En suma, el cierre del curso *Defender la sociedad* puede marcar el momento de una inflexión en la grilla de inteligibilidad de Foucault. Si hasta aquí, Foucault podía sostener una

³⁵⁷ “L'Asile illimité.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 275.

³⁵⁸ “L'Angoisse de juger.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 288.

³⁵⁹ “Le pouvoir, une bête magnifique.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 374.

³⁶⁰ “Vamos, nosotros, a grandes pasos hacia una sociedad extrajudicial donde la ley tendrá por rol autorizar sobre los individuos unas intervenciones constrictivas y reguladoras.” “L'Asile illimité.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 275.

³⁶¹ Figuras centrales en su curso de 1975, *Les anormaux*.

³⁶² “La sécurité et l'État.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 385-386; “Nous nous sentions comme une sale espèce.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 415; “L'évolution de la notion d'individu dangereux” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 464; “Attention: Danger.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 507.

³⁶³ “Michel Foucault: Désormais, la sécurité est au-dessus des lois.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 366-368; “Va-t-on extraditer Klaus Croissant.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 361-366; “La sécurité et l'État.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 385-386; “Lettre à quelques leaders de la gauche.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 388-389.

³⁶⁴ “La stratégie du pourtour.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 794-797.

hipótesis bélica y, en todo caso, explorar sus posibilidades más allá de las nociones de clase y lucha de clases; en lo sucesivo, sus análisis no estarán ya subterfundidos por la idea de una guerra, sino por la idea de una sociedad de seguridad, que actúa a su interior neutralizando los elementos peligrosos. Así como Foucault identifica en el discurso histórico el pasaje de la guerra entre naciones a la defensa de la nación; asimismo, Foucault opera a partir de entonces un pasaje desde la grilla bélica hacia una grilla de inteligibilidad en condiciones de dar cuenta de la normalización, el peligro y la seguridad como coordenadas del ejercicio del poder sobre las poblaciones. Esta grilla de inteligibilidad que reemplazará a la guerra será definida en el curso de 1978 con la noción de “gubernamentalidad.”

Este capítulo está orientado a reponer esta innovación conceptual y analítica, vinculada a la emergencia de la noción de gubernamentalidad. A estos efectos, nos será necesario pasar antes por una consideración de la biopolítica.

2. La incidencia de la biopolítica

Hemos indicado hasta aquí que el discurso histórico político se desplaza hacia fines del siglo XVIII de la guerra a la defensa social. Sin embargo, hemos indicado también que Foucault señala la persistencia de la guerra al interior del racismo de Estado. Hemos visto en el capítulo anterior cómo, a efectos de explicar las condiciones de existencia de este discurso de la guerra, Foucault repone el concepto de biopolítica, indicando con este término una mutación fundamental en las tecnologías de poder, caracterizada por el ingreso de la vida en los mecanismos y cálculos del poder político. Siendo que el poder se ejerce de aquí en más sobre la vida, en virtud de su fortalecimiento, su proliferación, su pervivencia, ¿cómo es posible explicar el ejercicio del poder de muerte manifestado en las guerras, el armamento atómico, los genocidios? Foucault indica que la condición de existencia del ejercicio de la muerte en la era de la biopolítica pasa por el discurso biológico de la guerra de razas: dado que el enemigo no sólo es un adversario sino una amenaza biológica, la única forma de asegurar la vida es dando muerte a aquello que la mina y la atormenta. En suma, la condición de existencia del discurso de la guerra de razas en la contemporaneidad coincide con la condición de existencia del ejercicio de la muerte en la era de la biopolítica.

Doble acople entonces: acople, por un lado, de la mecánica soberana con las tecnologías del biopoder: el poder soberano de muerte se articula con el poder disciplinario y

biopolítico de vida; haciendo morir se hace vivir. Acople, por otro lado, del discurso histórico político de la unidad nacional y el discurso histórico político de la guerra de razas: defender la nación es defenderse de aquella subraza que, desde su interior, mina y atormenta la vida del conjunto. En esta convergencia múltiple, se manifiesta la incidencia de la biopolítica.

Ahora bien, al hablar de la incidencia de la biopolítica en el pensamiento de Foucault, decimos dos cosas. Por un lado, decimos que la tesis biopolítica presenta una innovación central en el pensamiento de Foucault, con determinaciones múltiples, que implicarán no sólo un desplazamiento de sus preocupaciones en adelante sino también una relectura de trabajos anteriores. Por otro lado, hablar de la incidencia de la biopolítica en el pensamiento de Foucault implica decir que la aparición de la noción de biopolítica tiene el carácter de un incidente, de un episodio que otorga dinamismo a una trama, sin llegar a ser nunca una preocupación central. Amplia incidencia de la biopolítica; carácter incidental, episódico de su tratamiento: la ambivalencia del término permitirá ordenar lo que sigue.

Indicamos en la introducción a este trabajo que la noción foucauldiana de biopolítica ha nutrido una recepción muy vigorosa de su obra, que explica en parte la profunda y persistente actualidad del pensamiento de Foucault. Especialmente en el ámbito de la filosofía política italiana, la noción de biopolítica ha dado lugar a una densa articulación de nuevos diálogos conceptuales, nuevas líneas de investigación, nuevos campos de análisis político. Este fenómeno de renovación conceptual y analítica ha dado lugar, sin embargo, a un efecto de rebote sobre la lectura de Foucault, invitando a reorientar gran parte de su obra en función de esta noción. Es en esta línea que varios autores han repuesto el pensamiento de Foucault, haciéndolo orbitar en torno al problema de la biopolítica. Y allí donde Foucault desatiende este problema, deberíamos o bien denunciar sus lagunas³⁶⁵ o bien sospechar su latencia.³⁶⁶

A efectos de contener los problemas que una interpretación expansiva de la biopolítica podría generar en la lectura de la obra de Foucault, propongo en lo que sigue el ejercicio de

³⁶⁵ Giorgio Agamben, por caso, identifica la imposibilidad de Foucault de superar las dificultades del pensamiento sobre la biopolítica, dificultades manifestadas en el hecho “de que Foucault no haya trasladado nunca su investigación a los lugares por excelencia de la biopolítica moderna: el campo de concentración y la estructura de los grandes Estados totalitarios del siglo XX.” Agamben, Giorgio. *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*, op. cit., p. 13. Por su parte, Roberto Esposito señala en Foucault “lagunas lógicas, pequeñas incongruencias léxicas e imprevistos cambios de tono” que evidencian un “punto muerto,” un “atolladero nunca superado por Foucault.” La identificación del paradigma inmunitario vendría, en este sentido, a salvar a la noción de biopolítica de las incongruencias de Foucault en torno a las nociones de vida, poder y política. Esposito, Roberto. *Bios. Biopolítica y filosofía*, op. cit., pp. 53-63.

³⁶⁶ Antonio Negri, por caso, expande la preocupación biopolítica a los últimos trabajos de Foucault indicando que allí se trama la resistencia política a partir de la vida. Negri, Antonio. “A propósito de la ontología social.” *Guías*. Buenos Aires: Paidós, 2002, pp. 83-88; “Un nuevo Foucault.” *Movimientos en el Imperio*. Buenos Aires: Paidós, 2006, pp. 253-260.

suponer *a contrario* que la biopolítica no es otra cosa que un incidente. La biopolítica no sería entonces el nudo en el que se tensan las líneas de investigación múltiples que hilvanan el pensamiento de Foucault. Más bien, la tesis biopolítica sería un episodio, un incidente, un pasaje necesario, determinante tal vez, pero claramente accesorio a sus investigaciones. En todo caso, una tesis puesta en marcha para hacer funcionar otra cosa. Sostener este programa implicaría una recuperación exhaustiva de los pasajes en los que Foucault puso en marcha la noción de biopolítica. Y bien, intentemos esta exhaustividad.³⁶⁷ Digamos, para empezar, que la recuperación de todos los rastros textuales en los que Foucault mencionó las nociones de biopolítica o biopoder no implica una tarea desbordante. A lo largo de su obra publicada, estas nociones son presentadas en sólo un libro (el primer tomo de *Historia de la sexualidad*), en tres cursos en el Collège de France (correspondientes al período 1976-1979) y en otras seis intervenciones, publicadas en los volúmenes de sus *Dichos y escritos*. En ninguna de estas ocurrencias, anticipamos, el tema central es el de la biopolítica.

La primera ocurrencia del concepto de biopolítica en la obra publicada de Foucault corresponde a la conferencia “El nacimiento de la medicina social,” dictada en la Universidad Estadual de Río de Janeiro en octubre de 1974.³⁶⁸ El objetivo de esta conferencia es el de trazar una historia de la medicalización de las sociedades occidentales a partir del siglo XVIII, entendiendo por medicalización el hecho de que la existencia, la conducta, el comportamiento y el cuerpo humano son integrados en una red médica cada vez más densa. Ante esto, Foucault evalúa dos hipótesis contrapuestas. La primera hipótesis plantea que la medicina moderna sería una medicina individual, desde el momento en que está penetrada por relaciones mercantiles. La medicina moderna, en la medida en que está ligada a la economía capitalista, sería una medicina individualista que no conocería más que la relación mercantil médico-paciente, desconociendo la dimensión global, colectiva, social de la salud. Contra esta hipótesis, Foucault sostiene que la medicina moderna es una medicina eminentemente social, cuyo fundamento es una cierta tecnología del cuerpo social. La medicina moderna es, entonces, para Foucault, una medicina global, colectiva, social, que sólo se individualiza en la relación terminal médico-paciente. En este sentido, Foucault indica:

³⁶⁷ En la elaboración de este apartado, he consultado los libros publicados de Foucault, sus seminarios en el Collège de France y todas las intervenciones contenidas en la compilación *Dichos y escritos*. Remito al apartado bibliográfico de este trabajo, *infra*, pp. 235-243.

³⁶⁸ “La naissance de la médecine sociale.” *Dits et écrits II*, *op. cit.*, pp. 207-228.

Yo sostengo la hipótesis de que, con el capitalismo, no se ha pasado de una medicina colectiva a una medicina privada, sino que se ha producido precisamente lo contrario; el capitalismo que se desarrolla a fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, ha socializado desde el inicio un primer objeto, el cuerpo, en función de la fuerza productiva, de la fuerza de trabajo. El control de la sociedad sobre los individuos no se efectúa solamente por la conciencia o por la ideología, sino también en el cuerpo y con el cuerpo. Para la sociedad capitalista, es lo bio-político lo que importaba antes que nada, lo biológico, lo somático, lo corporal. El cuerpo es una realidad bio-política; la medicina es una estrategia bio-política.³⁶⁹

A partir de esta hipótesis, Foucault presenta el nacimiento de la medicina social en tres momentos: primero, en el siglo XVIII, el desarrollo de la medicina de Estado alemana, en el marco del cameralismo y la ciencia de policía; segundo, hacia fines del siglo XVIII, el desarrollo de la higiene pública en Francia; tercero, en el siglo XIX, el desarrollo de la medicina laboral inglesa y su preocupación por la salud de los trabajadores.³⁷⁰

Ahora bien, en este pasaje, Foucault menciona varios de los elementos que posteriormente serán convocados cada vez que el concepto de biopolítica sea retomado. En primer lugar, la biopolítica aparece vinculada a un tratamiento no individual de los cuerpos, sino a una estrategia que opera a nivel de los procesos colectivos: el cuerpo es una realidad biopolítica desde el momento en que participa en procesos de conjunto que lo atraviesan y exceden su caso (como, por ejemplo, su integración económica en tanto fuerza de trabajo). En segundo lugar, esta noción da cuenta de un acople, una sollicitación mutua entre capitalismo y medicina: la medicina se capitaliza; la sociedad capitalista se medicaliza. En tercer lugar, la biopolítica aparece como una tecnología cuya historia cubre el período que va desde la policía de Estado alemana del siglo XVIII hasta la medicina de trabajo inglesa de fines del siglo XIX, desde el cameralismo alemán hasta el liberalismo decimonónico. Fenómenos globales, desarrollo capitalista, economía política: primera aparición, entonces, la noción de biopolítica.

Dos años más tarde, la noción de biopolítica será recuperada en varias intervenciones. Entre ellas, las más salientes corresponden al primer volumen de *Historia de la sexualidad* y al curso en el Collège de France de 1976, *Defender la sociedad*. En ambos casos, Foucault dedica dos extensos excursos a la biopolítica. Decir “excursos” es decir que la noción de biopolítica es presentada en ambos casos como un desvío del argumento principal, un

³⁶⁹ *Ibid*, pp. 209-210.

³⁷⁰ Ya en la conferencia de 1976 “¿Crisis de la medicina o crisis de la antimedicina?” de 1976, Foucault señalaba que la medicalización moderna daba lugar a una “somatocracia” y a una “bio-historia,” indicando con ello que médicos y biólogos trabajan “al nivel de la vida misma y de sus eventos fundamentales.” “Crise de la médecine ou crise de l’antimédecine?” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 42, 48.

paréntesis necesario a efectos de proseguir con las exposiciones centrales.³⁷¹

En el caso de *La voluntad de saber*, primer tomo de la *Historia de la sexualidad*, Foucault sostiene la hipótesis de que la puesta en discurso del sexo, lejos de sufrir un proceso de represión, silenciamiento o restricción, ha estado, por el contrario, sometida a un mecanismo de incitación creciente. El discurso sobre el sexo no es reprimido por el poder sino, al contrario, incitado, producido, solicitado a cada momento. Con esto, Foucault intenta reprogramar la relación sexo-poder a la base de la teoría psicoanalítica y de las perspectivas freudomarxistas de su época. Foucault indica que, en la obra de Sigmund Freud, puede rastrearse una concepción del sexo como fondo natural, como dato sobre el que opera el poder, mediante un ejercicio represivo. Foucault indica también que otras lecturas de Freud han sido posibles: Jacques Lacan, entre otros, ha relativizado este programa sexo-naturaleza versus poder-represión, indicando que la sexualidad se produce por el poder mismo, sin exterioridad respecto de su ley y su ejercicio represivo. De este modo, la sexualidad no es ya un dato anterior al ejercicio del poder sobre ella, sino que es en el mismo ejercicio del poder que la sexualidad se formula. De esta manera, Foucault indica que se opera un desplazamiento en lo que hace a la naturalidad de la sexo pero, sin embargo, se sostiene una concepción eminentemente represiva del poder; posición que debe ser recalculada. En suma, a efectos de aprehender el dispositivo de la sexualidad, es necesario desembarazarse no sólo de la naturalidad del sexo sino también del carácter represivo del poder. Es aquí donde Foucault indica el carácter productivo del poder que inviste el dispositivo de la sexualidad, descartando la hipótesis que sostiene una represión del sexo por el poder. Ahora bien, si esta hipótesis represiva no puede dismantelar el dispositivo de la sexualidad, si las luchas antirrepresivas no son más que una pericia de este mismo dispositivo, un desplazamiento interior que no lo toca en lo esencial, ¿por qué se persiste en sostener esta hipótesis represiva?³⁷²

Otras son las preocupaciones y los temas del curso *Defender la sociedad*. Como hemos visto, en este curso Foucault da cuenta de la emergencia del discurso histórico político en Occidente a partir de fines del siglo XVI. Un discurso que se articula en una crítica permanente al Estado, las leyes y las instituciones en tanto prosecución de la guerra por otros

³⁷¹ Una objeción posible en este punto: ante la pregunta de Alain Grosrichard respecto de la relevancia del último capítulo de *Historia de la sexualidad 1*, Foucault responde “Sí, esta última parte, nadie habla de ella. Sin embargo, el libro es corto, pero sospecho que mucha gente no ha llegado nunca a ese capítulo. Y es, a pesar de todo, el fondo del libro.” “Le jeu de Michel Foucault.” *Dits et écrits II, op. cit.*, p. 323. Cualquiera sea el sentido de la palabra “fondo” en este contexto, es de notarse que, de allí en más, entrevistadores y entrevistado se interesarán exclusivamente en el problema del racismo, en el pasaje de la simbólica de la sangre a la analítica de la sexualidad; la noción de biopolítica no es siquiera mencionada.

³⁷² *Histoire de la sexualité 1, op. cit.*, pp. 172-173 [158-159].

medios. Hemos visto cómo, desde fines del siglo XVIII, este discurso oposicional, crítico y partisano, es desplazado hacia una estrategia universalizadora, centralizadora y estatal que elimina el componente bélico del discurso histórico. Ahora bien, ¿por qué reemerge la guerra en el discurso histórico político contemporáneo?³⁷³

Tenemos, de este modo, dos líneas de investigación bien diversas, con dos preguntas bien diversas también. Por un lado, la pregunta por la persistencia de la hipótesis represiva en los análisis de la sexualidad; por otro lado, la pregunta por la pervivencia de la guerra en el discurso histórico político contemporáneo. De cara a estas dos preguntas, Foucault articula una misma respuesta: se trata de la emergencia del biopoder.

En ambas intervenciones, los desarrollos de Foucault son muy semejantes. Claramente, en el curso del Collège de France, Foucault estaba anticipando varios párrafos del libro que publicaría ese mismo año. De modo que ambas intervenciones pueden, sin demasiados problemas, ser aprehendidas como un mismo texto, que funciona en dos contextos bien distintos y a fines claramente diferenciados.³⁷⁴ En ambos casos, la biopolítica se caracteriza mediante la identificación de su objeto, de los dispositivos que emplea y de su forma de normalización específica.

- 1. Objeto:** la biopolítica consiste en una tecnología de poder que opera sobre los cuerpos pero sólo en tanto participan de procesos de conjunto; una tecnología de poder vuelta a fenómenos globales como los de natalidad, fecundidad, morbilidad, vejez, accidentes, higiene pública; todos estos, fenómenos pertinentes ya no al cuerpo individual sino a la población. Mientras la mecánica soberana implica un tratamiento de la multiplicidad en tanto súbditos; y mientras las tecnologías disciplinarias operan sobre la multiplicidad en tanto cuerpos; las tecnologías de la biopolítica aprehenden la multiplicidad en tanto población. Es ésta, es la población su objeto específico.
- 2. Dispositivos:** La biopolítica opera, entonces, sobre fenómenos poblacionales, eminentemente aleatorios e imprevisibles; fenómenos que, sin embargo, son susceptibles de inscribirse en series estadísticas. Ante la observación de estas series, se disponen intervenciones a nivel de las determinaciones globales de estos fenómenos, fijando equilibrios, manteniendo promedios, estableciendo una especie de homeostasis. La regularización es, entonces, el dispositivo específico de la biopolítica,

³⁷³ 'Il faut défendre la société', *op. cit.*, p. 213 [217].

³⁷⁴ *Ibid*, pp. 213-234 [217-237]; *Histoire de la sexualité 1*, *op. cit.*, pp. 177-191 [163-176].

que procura estados globales de equilibrio y regularidad.

3. Normalización: Dado este objeto y estos dispositivos, la forma de normalización específica a la biopolítica no es ya la de la ley soberana, que establece lo prohibido, enlazando a ello un castigo. Se trata más bien de la aplicación de una norma tanto sobre el cuerpo que se pretende disciplinar como sobre la población que se pretende regularizar. La norma articula mecanismos continuos, “reguladores y correctivos.”³⁷⁵ Se trata de una norma que, por un lado corrige a los cuerpos y, por otro lado, regulariza a las poblaciones: “la sociedad de normalización es una sociedad donde se cruzan, según una articulación ortogonal, la norma de la disciplina y la norma de la regulación.”³⁷⁶

Hecha esta caracterización de la biopolítica, Foucault recupera las preguntas que dieron lugar a su tratamiento. En el caso de *La voluntad de saber*, Foucault señala que la sexualidad aparece como un dispositivo bisagra, un dispositivo que responde y opera tanto en términos disciplinarios como en términos biopolíticos. El dispositivo de la sexualidad es un dispositivo atento a cada cuerpo: vigilancia, sanción, examen se ciernen sobre cada caso, operando un disciplinamiento corporal insidioso, permanente, atento al detalle. A su vez, la sexualidad también concierne a fenómenos globales de fecundidad, natalidad, morbilidad, higiene. De este modo, el sexo aparece como el fondo de un juego político, atento a la vida del individuo y de la población. La sexualidad, entonces, no es lo reprimido por el poder sino, al contrario, su dispositivo dilecto, el punto de convergencia entre el disciplinamiento de cada cuerpo y la regularización de las poblaciones. En una entrevista publicada en enero de 1977, en ocasión de la publicación de *La voluntad de saber*, Foucault indica que la preocupación esencial de su libro es la de dar cuenta de un poder que se ejerce sobre el cuerpo mismo:

Lo que yo busco es intentar mostrar cómo las relaciones de poder pueden pasar materialmente por el espesor mismo de los cuerpos sin tener que ser transmitidas por la representación de los sujetos. Si el poder alcanza a los cuerpos, no es porque haya estado interiorizado desde el principio en la conciencia de la gente. Hay una red de bio-poder, de somato-poder que es ella misma una red a partir de la cual nace la sexualidad como fenómeno histórico y cultural al interior del cual nos reconocemos y

³⁷⁵ *Histoire de la sexualité 1*, op. cit., p. 189 [174].

³⁷⁶ *'Il faut défendre la société'*, op. cit., p. 225 [229]. Deliberadamente austeros en este punto. Es que las intervenciones de 1976 no brindan mayores precisiones sobre el tipo de normalización que corresponde a las disciplinas y a la biopolítica. La diferencia será establecida posteriormente en el curso de 1978. *Sécurité, territoire, population*, op. cit., p. 59 [76].

nos perdemos.³⁷⁷

De este modo, el dispositivo de la sexualidad se enlaza con el poder disciplinario y biopolítico sobre la vida de cuerpos y poblaciones. La relación que el poder entabla con el sexo no es la de una represión o la de un llamado a la censura. Es la de una producción e incitación constantes. De este modo, la hipótesis represiva no hace más que reproducir la lógica biopolítica del dispositivo de la sexualidad. “Ironía del dispositivo: nos hace creer que en ello reside nuestra ‘liberación’.”³⁷⁸ Esto, respecto de *Historia de la sexualidad*.

En el caso de *Defender la sociedad*, el excursus sobre la biopolítica permite a Foucault indicar la condición de existencia de la guerra al interior del discurso histórico político de una nación, concebida en los términos de consumación totalizadora. La profunda mutación del poder contemporáneo implicada en la emergencia de las disciplinas y, posteriormente, de la biopolítica, configuran un ejercicio del poder en los términos de hacer vivir o dejar morir. En este contexto, el ejercicio del poder soberano de muerte sólo es aceptable cuando se presenta como vital. De esta manera, el racismo aparece como el fondo del juego político, como el intercambiador entre poder de muerte y poder sobre la vida: se mata a unos para fortalecer la vida de otros. La condición de existencia del discurso de la guerra está vinculado al acoplamiento de poder de muerte y poder de vida. Convergentemente, en un seminario dictado en la Universidad de Vermont en 1982, Foucault indica que el Estado “ejerce su poder sobre los seres vivientes en tanto que seres vivientes, y su política es, necesariamente, una biopolítica. La población, que no es más que aquello sobre lo que vela el Estado en su propio interés, bien entendido, puede ser masacrada por el mismo Estado, de ser necesario. La tanatopolítica es, de esta manera, el reverso de la biopolítica.”³⁷⁹ Es entonces en defensa de la vida de la nación que algunos deben morir. Sólo de esta manera es comprensible el retorno de la guerra al interior de un discurso histórico que postula la unidad nacional.

En suma, el episodio biopolítico funciona en estas intervenciones a efectos de aprehender la contemporaneidad de las investigaciones en curso. Ya se trate del dispositivo de la sexualidad o del discurso histórico político, la biopolítica opera en ambos casos como un excursus, un incidente que debe ser recuperado a efectos de iluminar otra cosa.³⁸⁰ Incidencia determinante de la biopolítica sobre el dispositivo de la sexualidad, sobre el historicismo

³⁷⁷ “Les rapports de pouvoir passent à l'intérieur des corps.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 231 [166].

³⁷⁸ *Historie de la sexualité 1*, op. cit., p. 211 [194].

³⁷⁹ “La technologie politique des individus.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 1645.

³⁸⁰ Tanto es así, que en *Defender la sociedad* Foucault pide disculpas por haberse extendido tanto en el tratamiento de la biopolítica. Ver *Il faut défendre la société*, op. cit., p. 226 [229].

político. Carácter incidental, también, de la biopolítica respecto de estas investigaciones.

En octubre de ese mismo año, Foucault publica en *Le Monde* una reseña del libro *De la biologie a la culture* del médico y antropólogo Jacques Ruffié.³⁸¹ En esta pequeña y elogiosa reseña, Foucault recupera dos conceptos centrales del libro de Ruffié. Se trata de los conceptos de especie y de raza. En su lectura del libro de Ruffié, Foucault indica que la especie humana aparece ante la biología como un todo poliforme, inestable; como un conjunto de variaciones constantes, de comunicaciones, enlaces, mezclas al interior de un patrimonio genético común. En este contexto, la evidencia biológica recabada por el libro indica que las razas nunca han existido en la especie humana: en la naturaleza no hay razas. El racismo, en este sentido, no es un discurso que se apoya sobre el dato natural, biológico; sino que es un discurso político, que establece una cesura irremediablemente arbitraria sobre el continuo de la especie humana. Es en esta línea que Foucault recupera el concepto de biopolítica:

La humanidad es un “pool de genes intercomunicantes:” de poblaciones, es decir, de conjuntos de variaciones que no cesan de formarse y de deshacerse. Es la historia la que dibuja estos conjuntos antes de borrarlos; no hay que buscar unos hechos biológicos brutos y definitivos que, desde el fondo de la “naturaleza,” se impondrían a la historia. La obra de Jacques Ruffié contiene otros análisis de este tipo. Todos son importantes: dado que allí se ven formuladas con toda claridad las cuestiones de una “bio-historia” que no sería más la historia unitaria y mitológica de la especie humana a través del tiempo y una “bio-política” que no sería aquella de las particiones, las conservaciones y las jerarquías, sino aquella de la comunicación y de los polimorfismos.³⁸²

En esta pequeña reseña, Foucault plantea la posibilidad de otra biopolítica, distinta de la del racismo de Estado. De esta manera, identifica nuevamente a la biopolítica como un poder que actúa sobre las poblaciones, en tanto “conjuntos de variaciones.” Un poder sobre la vida que, en el caso del racismo, opera mediante particiones, conservaciones y jerarquías. Contra la biopolítica racial, el libro de Ruffié reseñado por Foucault indicaría la posibilidad de otra política sobre la vida, atenta a la comunicación y los polimorfismos que caracterizan a la especie humana.

Ahora bien, en estas intervenciones, Foucault insiste en la correlación entre nacimiento de la biopolítica y desarrollo capitalista. En el primer tomo de *Historia de la sexualidad* se señala al poder de hacer vivir y dejar morir como un elemento indispensable en

³⁸¹ “Bio-histoire et bio-politique.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 95-97.

³⁸² *Ibid*, p. 97.

el desarrollo del capitalismo. Disciplinas y biopolítica contribuyen ambas a la acumulación de cuerpos necesaria a efectos de la acumulación del capital; evidenciando un ajuste, una sollicitación mutua entre biopoder y desarrollo capitalista. En el curso *Defender la sociedad*, Foucault recupera también esta imbricación. Recupero una extensa cita:

...todo sucedió como si el poder, que tenía la soberanía como modalidad y esquema organizativo, se hubiera demostrado inoperante para regir el cuerpo económico y político de una sociedad en vías de explosión demográfica e industrialización a la vez. De manera que muchas cosas escapaban a la vieja mecánica del poder de soberanía, tanto por arriba como por abajo, en el nivel del detalle y en el de la masa. Para recuperar el detalle se produjo una primera adaptación: adaptación de los mecanismos de poder al cuerpo individual, con vigilancia y adiestramiento; eso fue la disciplina. Se trató, desde luego, de la adaptación más fácil, la más cómoda de realizar. Por eso fue la más temprana -en el siglo XVII y principios del XVIII- en un nivel local, en formas intuitivas, empíricas, fraccionadas, y en el marco limitado de instituciones como la escuela, el hospital, el cuartel, el taller, etcétera. Y a continuación, a fines del siglo XVIII, tenemos una segunda adaptación, a los fenómenos globales, los fenómenos de población, con los procesos biológicos o biosociológicos de las masas humanas. Adaptación mucho más difícil porque implicaba, desde luego, órganos complejos de coordinación y centralización.³⁸³

De modo que las disciplinas y la biopolítica aparecen como tecnologías de poder adecuadas al desarrollo capitalista. Con esto Foucault no indica el proyecto o la estrategia de una clase (notar el “todo sucedió como si...”); tampoco establece una determinación económica de las tecnologías de poder. Más bien, sugiere que fueron estas tecnologías de poder las que hicieron posible el desarrollo capitalista; capitalismo que a su vez catalizó, reforzó, profundizó el desarrollo del biopoder. En todo caso, es posible indicar que capitalismo y biopoder emergen ambos de unas mismas condiciones de existencia -las expansiones demográficas y las crisis económicas que irrumpen durante la época clásica. Ambos términos aparecen así subtendidos en la simultaneidad de unas condiciones de existencia comunes y en la solidaridad cruzada de sus determinaciones.

Como sea el caso, en ese mismo año, Foucault dicta una conferencia en la Universidad de Bahía donde retoma el concepto de biopolítica también en relación al capitalismo.³⁸⁴ Se indica en este seminario la obsolescencia técnica del poder de soberanía de cara al capitalismo emergente; un poder de soberanía discontinuo y oneroso, que deja escapar el detalle y los procesos globales. Ante esto, nuevamente se identifica la emergencia de las disciplinas y, posteriormente, de la biopolítica.

³⁸³ *'Il faut défendre la société'*, op. cit., pp. 222-223 [226].

³⁸⁴ “Les mailles du pouvoir.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 1001-1020 [235-254].

Intento mostrar (...) cómo esta mutación de la tecnología del poder forma parte absolutamente del desarrollo del capitalismo. Ella forma parte de este desarrollo en la medida que, por un lado, es el desarrollo del capitalismo lo que ha hecho necesaria esta mutación tecnológica, pero esta mutación ha hecho posible el desarrollo del capitalismo; en suma, una implicación permanente de dos movimientos, que son de una cierta manera adaptados el uno al otro.³⁸⁵

A partir de estas intervenciones, vemos reiterarse las características de la biopolítica: una tecnología de poder que se da por objeto a las poblaciones; por dispositivo a la regularización; un poder que normaliza cuerpos y poblaciones; un poder imbricado, enlazado íntimamente con el desarrollo capitalista.

Ahora bien, en los cursos del Collège de France de 1978 y 1979, Foucault se propone trabajar las nociones de biopoder y biopolítica. No estaríamos ya ante un tratamiento episódico, incidental, sino ante un par de cursos que tienen por objeto a la biopolítica. Se trata de los cursos *Seguridad, territorio, población y Nacimiento de la biopolítica*. En ambos, Foucault se ve en la necesidad de abordar de frente esta mutación tecnológica fundamental implicada por el ingreso de la vida en los mecanismos y cálculos del poder. En la primera clase de *Seguridad, territorio, población* Foucault explicita:

Este año querría comenzar el estudio de algo que hace un tiempo llamé, un poco en el aire, biopoder, es decir una serie de fenómenos que me parece bastante importante, a saber, el conjunto de mecanismos por medio de los cuales aquello que, en la especie humana, constituye sus rasgos biológicos fundamentales, podrá ser parte de una política, una estrategia política, una estrategia general de poder; en otras palabras, cómo, a partir del siglo XVIII, la sociedad, las sociedades occidentales modernas, tomaron en cuenta el hecho biológico fundamental de que el hombre constituye una especie humana. Esto es, en líneas generales, lo que llamo, lo que he llamado biopoder.³⁸⁶

A efectos del estudio del biopoder, Foucault dedica tres clases al análisis de los dispositivos de seguridad, refinamiento y profundización de los dispositivos regularizadores identificados con el ejercicio de la biopolítica. Pero, a partir de la cuarta clase del curso, Foucault se dedica al trabajo de las nociones de gobierno y gubernamentalidad, que comprometen el resto de la cursada. De este modo, el estudio del biopoder queda desplazado en función de una historia de la gubernamentalidad. En su curso del año siguiente, *Nacimiento de la biopolítica*, Foucault se propone retomar la historia de la gubernamentalidad liberal a efectos de un estudio de la biopolítica. Pero ya en la primera sesión anticipa: “creí

³⁸⁵ *Ibid*, p. 1009 [252-253].

³⁸⁶ *Sécurité, territoire, population, op. cit.*, p. 3 [15-16].

que este año podía hacer un curso sobre la biopolítica;”³⁸⁷ y, tras dos meses de dictado de clases, admite: “les aseguro que en un comienzo tuve en verdad la intención de hablarles de biopolítica pero después como las cosas son lo que son, resulta que terminé por hablarles extensamente -demasiado extensamente tal vez- del neoliberalismo.”³⁸⁸ De esta manera, Foucault atraviesa ambos cursos sin elaborar una genealogía de la biopolítica. En ambos casos, la operación es la misma. De cara al estudio de la biopolítica, se hace necesario comenzar reponiendo la historia de la gubernamentalidad en la que ésta se inscribe; una historia que exige un tratamiento extenso, prorrogado, creciente; y que finalmente no deja lugar para el estudio de la biopolítica en sí. Todo sucede como si la hipótesis biopolítica, para ser efectiva, reclamara, exigiera su inscripción en un marco más amplio;³⁸⁹ este marco está constituido por la gubernamentalidad, entendida como el conjunto de procedimientos, saberes y tácticas que tienen por objeto a la población, por dispositivo a la seguridad y por forma de saber a la economía política.³⁹⁰ Seguridad, economía, población constituyen las coordenadas del poder bajo la forma del gobierno. Es en la inserción en este marco más amplio que la biopolítica puede ser estudiada.

Ahora bien, ¿en qué consisten los dispositivos de seguridad? Foucault dedica las primeras tres clases de 1978 a trabajar en torno a estos dispositivos, identificando su tratamiento del espacio, del tiempo, de la multiplicidad y de la norma,³⁹¹ en contraste permanente con la mecánica soberana y la tecnología disciplinaria.

En primer lugar, entonces, los espacios de seguridad. Los dispositivos de seguridad operan sobre el territorio a partir de su acondicionamiento, disponiendo una serie de intervenciones destinadas a estimular y catalizar ciertas circulaciones mientras se dificultan y se desfavorecen ciertas otras. Tomando el ejemplo de los proyectos de urbanismo del siglo XVIII, Foucault indica que estos dispositivos trabajan observando las regularidades en la circulación de personas y cosas en el territorio, identificando los amontonamientos, las dispersiones; y disponiendo intervenciones sobre el medio que favorecen la higiene pública, el intercambio comercial, la vigilancia. Si el poder de soberanía opera sobre el territorio fijando límites y jerarquías; si, por otro lado, la tecnología disciplinaria opera sobre un territorio saturado de reticulaciones que permiten una vigilancia constante; los dispositivos de

³⁸⁷ *Naissance de la biopolitique*, op. cit., p. 23 [40].

³⁸⁸ *Ibid*, p. 191 [217].

³⁸⁹ Esto es indicado en Senellart, Michel. “Situation des cours.” *Sécurité, territoire, population*, op. cit., pp. 381-410 [417-453].

³⁹⁰ *Sécurité, territoire, population*, op. cit., pp. 111-112 [136].

³⁹¹ *Ibid*, p. 13 [27].

seguridad intervienen acondicionando el medio.

Los dispositivos de seguridad trabajan, fabrican, organizan, acondicionan un medio aun antes de que la noción se haya constituido y aislado. El medio será entonces el ámbito en el cual se da la circulación. Es un conjunto de datos naturales, ríos, pantanos, colinas, y un conjunto de datos artificiales, aglomeración de individuos, aglomeración de casas, etc. El medio es una cantidad de efectos masivos que afectan a quienes residen en él. (...) El medio aparece por último como un campo de intervención donde, en vez de afectar a los individuos como un conjunto de sujetos de derecho capaces de acciones voluntarias –así sucedía con la soberanía–, en vez de afectarlos como una multiplicidad de organismos, de cuerpos susceptibles de prestaciones, y de prestaciones exigidas como en la disciplina, se tratará de afectar, precisamente, a una población.³⁹²

Segunda coordenada de los dispositivos de seguridad: el tiempo, el tratamiento del acontecimiento, de lo aleatorio. En el caso de las disciplinas, se articula un tiempo saturado, de vigilancias e intervenciones permanentes en función de una captura total del tiempo y de una determinación minuciosa de fases evolutivas, desarrollos esperables, intervenciones correctivas. El tratamiento del tiempo por los dispositivos de seguridad es bien distinto al de las disciplinas: en este caso, se opera mediante la disposición de series abiertas, donde es posible observar acontecimientos, fenómenos aleatorios, probabilidades, ocurrencias incalculadas. Lo aleatorio no es expulsado del tiempo de seguridad sino que, más bien, es incorporado en sus probabilidades. No se trata, entonces, de una captura saturada del tiempo en función de un programa disciplinario sino de una observación de los fenómenos regulares y aleatorios que permite un recálculo constante de series abiertas y de las disposiciones sobre el medio a efectos de favorecer ciertos fenómenos en detrimento de otros.

En tercer lugar, los dispositivos de seguridad implican un tratamiento de la multiplicidad no en tanto súbditos, tampoco en tanto cuerpos, sino en tanto población. Es la población el objeto de estos dispositivos, el nivel pertinente para el desarrollo de su análisis y ejercicio. Se establece así una cesura entre los niveles de intervención. La seguridad es indiferente a los fenómenos individuales; a ella atañen los procesos globales, los procesos poblacionales que permiten calcular probabilidades, recurrencias, costos de intervención. Ya no se trata de curar al enfermo, educar al estudiante, castigar al delincuente. Se trata, más bien, de controlar las endemias, mantener tasas de escolarización adecuadas, reducir las tasas de criminalidad a umbrales aceptables. No es el súbdito ni el cuerpo sino la población el objeto y el nivel de intervención pertinente de los dispositivos de seguridad.

³⁹² *Ibid*, pp. 22-23 [40-41].

Por último, los dispositivos de seguridad articulan una forma de normalización específica. No se trata ya de establecer de antemano lo prohibido o lo anormal y, en función de este programa, castigar o normalizar. Se trata de partir de la observación de las series, de las probabilidades, de las distribuciones normales y, en función de ellas, intervenir sobre los casos desviados. No se trata de imponer la norma a la realidad sino de solicitarle a la realidad la definición de lo normal, a efectos de la intervención sobre el medio, lo aleatorio, la población.

En suma, los dispositivos de seguridad vienen a refinar, a ajustar el análisis de los dispositivos de regularización indicados por Foucault en sus intervenciones anteriores; y permiten, de esta manera, ajustar las características de la tecnología biopolítica en función de los siguientes elementos:

1. **Objeto:** se trata, al igual que en las intervenciones de 1976, de la población, de sus fenómenos de conjunto. Es la población el objeto y el nivel de intervención pertinente de la tecnología biopolítica.
2. **Dispositivos:** el refinamiento de los dispositivos de regularización en términos de dispositivos de seguridad brinda ahora una serie de precisiones respecto del tratamiento del espacio, del tiempo, de la multiplicidad y de la norma: operaciones sobre el medio, tratamiento de lo aleatorio, cifra de la multiplicidad en términos de población y normalización aparecen como las coordenadas de los dispositivos de seguridad que articula la biopolítica.
3. **Normalización:** Ya no se trata de la “normación”³⁹³ disciplinaria, que impone a la realidad un modelo definido de antemano donde se distingue normal y anormal, sino que se trata de una “normalización” de seguridad, que desplaza y recalcula constantemente sus coordenadas en función de regularidades estadísticamente observables. Así, mientras las disciplinas parten de una determinación prescriptiva de lo normal que aplican en segundo lugar sobre los cuerpos, la biopolítica parte de la observación estadística de las distribuciones normales y, en función de ellas, modula

³⁹³ “En otras palabras, lo primero y fundamental en la normalización disciplinaria no es lo normal y lo anormal, sino la norma. Para decirlo de otra manera, la norma tiene un carácter primariamente prescriptivo, y la determinación y el señalamiento de lo normal y lo anormal resultan posibles con respecto a esa norma postulada. A causa de ese carácter primario de la norma en relación con lo normal, el hecho de que la normalización disciplinaria vaya de la norma a la diferenciación final de lo normal y lo anormal, me gustaría decir, acerca de lo que ocurre en las técnicas disciplinarias, que se trata más de una normación que de una normalización” *Ibid*, p. 59 [76].

su intervención.

- 4. Marco de racionalidad:** a la caracterización de la biopolítica presente en las intervenciones de 1976 se agrega un nuevo elemento. El marco de racionalidad en que la biopolítica se inscribe aparece caracterizado por la gubernamentalidad, por un conjunto de procedimientos, saberes y tácticas más amplio. Gubernamentalidad que tiene su historia y su desarrollo. La racionalidad gubernamental, condición de inteligibilidad de la biopolítica, se despliega en una historia trazada desde las artes de gobierno y la policía de Estado hasta la economía política.

Así, la obra publicada de Foucault permite identificar los rasgos de esta novedosa mutación en el poder en Occidente, vinculada a la emergencia de la biopolítica. Permite identificar su objeto, sus dispositivos, su forma de normalización específica, su marco de racionalidad. Ahora bien, no hay en la obra publicada de Foucault una genealogía de la biopolítica; no hay en su obra una analítica sistemática, extendida, rigurosa del biopoder. Es el mismo Foucault quien indica esta ausencia. En una entrevista de 1983, Foucault explicita que sus investigaciones están determinadas por una elección ético política central, que es la de determinar a cada paso cuáles son los principales peligros. Ante esta definición, los entrevistadores le preguntan si no sería lógico dar lugar a una genealogía del biopoder. Foucault responde: “No tengo tiempo para hacer eso ahora, pero podría hacerse. De hecho, debo hacerlo.”³⁹⁴ No deja de ser sugerente que, cuando Foucault revise la traducción francesa de esta entrevista, opte por eliminar toda referencia a la biopolítica.³⁹⁵

Hemos, hasta aquí, sostenido la hipótesis de una biopolítica incidental. Esto no obsta, sin embargo, a la plausibilidad de sostener la incidencia de la biopolítica. Es que, tal como hemos indicado más arriba, Foucault emplea su propia obra como un arcón de recursos o una caja de herramientas. De manera que, cada vez que Foucault identifica nuevos temas, problemas o conceptos, lo hace poniendo en marcha una relectura de su obra anterior, recuperando una serie de elementos y redistribuyéndolos en dirección a estas nuevas preocupaciones. En este sentido, es posible decir que gran parte de los elementos constitutivos de la biopolítica se encuentran presentes desde un principio en la obra de Foucault. Si la biopolítica es algo más que un incidente menor al interior de su obra, si la biopolítica puede

³⁹⁴ “On the genealogy of ethics. An overview of work in progress.” Dreyfus, Hubert y Rabinow, Paul. *Michel Foucault. Beyond structuralism and hermeneutics*, op. cit., p. 232 [264].

³⁹⁵ “À propos de la généalogie de l'éthique: un aperçu du travail en cours.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 1431.

ser un tema de amplia incidencia, es precisamente porque en ella se recupera y se reordena una serie de elementos persistentes todo a lo largo de las investigaciones foucauldianas. A título meramente indicativo y sin ánimos de proseguir esta línea de investigaciones, es posible conmutar los antecedentes de la biopolítica al interior de sus cuatro elementos característicos.

1. Objeto. La población constituye una preocupación constante en la obra de Foucault.

Esta noción ya es problematizada en su tesis doctoral, *Historia de la locura en la época clásica*, allí donde Foucault relata el proceso de diferenciación de la locura respecto de otras formas de la sinrazón.³⁹⁶ El problema de las poblaciones reaparece en *El nacimiento de la clínica*, cuando Foucault identifica la puesta en tela de juicio de los hospitales.³⁹⁷ En ambos casos, Foucault ciñe un mismo período (fines del siglo XVIII) y recupera un mismo debate (el debate económico en torno a las instituciones de asistencia). La noción de población aparece lateralmente en *Las palabras y las cosas*, en el momento que Foucault considera la emergencia de la economía política.³⁹⁸ Finalmente, todo su análisis respecto del poder disciplinario está subtendido por la expansión demográfica del siglo XVIII y la necesidad de fijar la masa de población flotante al aparato productivo.³⁹⁹

2. Dispositivos. Como es explícito en la conceptualización foucauldiana de la biopolítica, el gran antecedente de esta tecnología viene dado por la medicina.⁴⁰⁰ De modo que los dispositivos de regulación y de seguridad han de rastrearse en todos los pasajes en los que Foucault trata la medicalización de Occidente. Habrá de considerarse *El nacimiento de la clínica*, especialmente aquellos pasajes referidos a la emergencia de la probabilística.⁴⁰¹ En el curso dictado en el Collège de France en 1975, Foucault describe la medicalización del poder judicial y de la familia.⁴⁰² Por último, esta noción ocupa toda una serie de conferencias brindadas ya desde fines de la década del '60.⁴⁰³

³⁹⁶ *Histoire de la folie à l'âge classique*, op. cit., pp. 477-524 [t. 2, pp. 66-123].

³⁹⁷ *Naissance de la clinique. Une archéologie du regard médical*. París: PUF, 1963, pp. 37-52 [Traducción: *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. 1º reimpresión. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003, pp. 63-83].

³⁹⁸ *Les mots et les choses*, op. cit., pp. 265-275 [248-258]. Posteriormente, Foucault indicará que la ruptura epistémica que marca el pasaje del clasicismo a la modernidad está vinculada a la emergencia de la población. *Sécurité, territoire, population*, op. cit., pp. 78-81 [103-108].

³⁹⁹ *Surveiller et punir*, op. cit., pp. 222-229 [221-230].

⁴⁰⁰ Incluso en *Seguridad, territorio, población*, Foucault identifica a la biopolítica como el marco de racionalidad del instituciones médicas. *Sécurité, territoire, population*, op. cit., pp. 123-124 [145-146].

⁴⁰¹ *Naissance de la clinique*, op. cit., pp. 87-106 [129-153].

⁴⁰² *Les anormaux*, op. cit.

⁴⁰³ Entre ellas, "Les déviations religieuses et le savoir médical." *Dits et écrits I*, op. cit., pp. 652-663; "Les

- 3. Normalización.** La noción de normalización ocupa, de la misma manera, un lugar privilegiado y persistente. Antes incluso de identificar en *Vigilar y castigar* la normalización disciplinaria,⁴⁰⁴ Foucault había ya insistido en *Historia de la locura* en los efectos generales de normalización vinculados al internamiento;⁴⁰⁵ y, en *El nacimiento de la clínica*, había señalado la medicalización del conocimiento sobre el hombre a partir de la trasposición de las nociones médicas de lo normal y lo patológico.⁴⁰⁶ El poder de normalización es también objeto del curso *Los anormales*.⁴⁰⁷
- 4. Marco de racionalidad:** Finalmente, el marco de racionalidad de la biopolítica, articulado en términos de la economía política, ocupa un lugar preeminente. Tanto en *Historia de la locura*⁴⁰⁸ como en *Nacimiento de la clínica*,⁴⁰⁹ las innovaciones institucionales de la época clásica vienen inscriptas en la parábola que se delinea entre la policía de Estado y el liberalismo económico. La policía de Estado es también recuperada en *Vigilar y castigar*,⁴¹⁰ al tiempo que la economía política es objeto privilegiado de análisis en *Las palabras y las cosas*.⁴¹¹ Finalmente, de expandir el marco de racionalidad al concepto de gubernamentalidad, debería considerarse la definición y el tratamiento de la noción de gobierno en el curso de 1975.⁴¹²

En suma, si bien las nociones de biopoder y biopolítica son consideradas en una serie de ocurrencias muy limitadas y, en algún sentido, incidentales; esto no obsta a la incidencia de la biopolítica en la obra de Foucault, desde el momento en que esta noción pone en marcha una serie de preocupaciones que subtienden toda su obra: la población, la medicalización, la normalización y la economía política. Ahora bien, quisiera identificar dos términos asociados al de biopolítica; el primero de ellos, la disciplina; el segundo, el gobierno.

La biopolítica implica una innovación respecto de las tecnologías disciplinarias, pero a su vez una integración y una articulación de las disciplinas. En el curso *Defender la sociedad*,

grands fonctions de la médecine dans notre société.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1248-1250; “Crise de la médecine ou crise de l’antimédecine?” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 40-58; “La naissance de la médecine sociale.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 207-228; “L’incorporation de l’hôpital dans la technologie moderne.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 508-521.

⁴⁰⁴ *Surveiller et punir, op. cit.*, pp. 180-186 [182 y 189].

⁴⁰⁵ *Histoire de la folie, op. cit.*, pp. 115 y ss. [t. 1, pp. 132 y ss.].

⁴⁰⁶ *Naissance de la clinique, op. cit.*, pp. 35-36 y 201-203 [61-62 y 227-280].

⁴⁰⁷ *Les anormaux, op. cit.*, pp. 23-24 [37-60].

⁴⁰⁸ *Histoire de la folie, op. cit.*, pp. 70-109 y 477-524. [t. 1, pp. 79-125; t. 2, pp. 66-124].

⁴⁰⁹ *Naissance de la clinique, op. cit.* Considerar, en este caso, los primeros cinco capítulos.

⁴¹⁰ *Surveiller et punir, op. cit.*, pp. 214-218. [216-220].

⁴¹¹ *Les mots et les choses, op. cit.*, pp. 265-275 [248-258].

⁴¹² *Les anormaux, op. cit.*, p. 45 [55-56].

Foucault describe esta relación entre disciplinas y biopolítica.

Se trata de una tecnología de poder que no excluye a la primera sino que la engloba, la integra, la modifica parcialmente y, sobre todo, la utiliza implantándose en cierto modo en ella, incrustándose, efectivamente, gracias a esta técnica disciplinaria previa. Esta nueva técnica no suprime la técnica disciplinaria, simplemente porque es de otro nivel, de otra escala, tiene otra superficie de sustentación y se vale de instrumentos completamente distintos.⁴¹³

A efectos de indicar la relación que se traba entre estas dos tecnologías solidarias pero heterogéneas, Foucault acude a los ejemplos de las ciudades obreras y de la sexualidad. En las ciudades obreras, Foucault indica una serie de dispositivos disciplinarios (familias,⁴¹⁴ fábricas, escuelas) articulados con regulaciones biopolíticas (políticas de ahorro y vivienda, campañas de escolarización, políticas de higiene pública). En el caso de la sexualidad, Foucault indica la presencia de una serie de dispositivos también disciplinarios (familia, hospital, escuela) articulados también con regulaciones biopolíticas (campañas médicas, de higiene pública). En ambos casos, es posible notar que los niveles, objetos y dispositivos de intervención de la disciplina y la biopolítica son profundamente heterogéneos. En ambos casos también, es posible notar que la biopolítica depende de los dispositivos disciplinarios, se incrusta en ellos y da lugar a sus intervenciones a partir de su articulación. Por caso, las campañas de higiene pública se apoyan en las familias, las escuelas, los hospitales, las fábricas, articulando y coordinando estas relaciones en función de un objetivo general. De modo que la biopolítica, tecnología heterogénea respecto de las disciplinas, no puede operar sin incrustarse en las instituciones disciplinarias. En este sentido, Foucault desliza una aclaración que, en términos estrictos, es una rectificación de *Vigilar y castigar*:

En estas condiciones, la sociedad de normalización no es, entonces, una especie de sociedad disciplinaria generalizada cuyas instituciones disciplinarias se habrían multiplicado como un enjambre para cubrir finalmente todo el espacio; ésta no es más, creo, que una primera interpretación, e insuficiente, de la idea de sociedad de normalización.⁴¹⁵

Si, en *Vigilar y castigar*,⁴¹⁶ Foucault podía hablar de una sociedad disciplinaria, producto del “enjambre” de las disciplinas, a partir de 1976 esta lógica de articulación de las

⁴¹³ 'Il faut défendre la société', op. cit., pp. 215-226 [219].

⁴¹⁴ En el apartado 4.2. señalamos que, si bien la familia es en principio identificada en los términos de la soberanía, Foucault posteriormente da cuenta de la disciplinarización de las relaciones familiares de poder.

⁴¹⁵ 'Il faut défendre la société', op. cit., p. 225 [229].

⁴¹⁶ *Surveiller et punir*, op. cit., pp. 213-214. [214-216].

disciplinas resulta insuficiente. Y, en su lugar, emerge la biopolítica como un tecnología de poder que, si bien es heterogénea respecto de las disciplinas, las engloba, las integra y las articula en grandes intervenciones de conjunto. En este sentido, si la biopolítica es una tecnología de poder, su nivel de intervención es el nivel de la articulación de las tecnologías locales de poder. Es tiempo de recuperar, entonces, el cuadro de los dominios estratégicos presentado en el capítulo 2 de este trabajo.

Dominio Estratégico (racionalidad de las prácticas)		Orientación	
		Tecnológica (acepción instrumental)	Estratégica (acepción lúdica/bélica)
Nivel	Táctico (relaciones locales de poder)	Disciplinas	Ofensivas dispersas
	Estratégico (coordinaciones globales)	Biopolítica Gubernamentalidad	Discursos políticos

Hemos indicado en los capítulos anteriores la manera en que los discursos políticos sirven de operadores de estrategias de coordinación y finalización de relaciones de fuerza. En este sentido, los discursos políticos constituyen el nivel de agregación de las luchas. Ahora intentamos sostener que la biopolítica constituye el nivel de las coordinaciones globales de las tecnologías de poder. Esto no implica sostener que entre disciplinas y biopolítica exista una diferencia cuantitativa de alcance o de mera agregación numérica. Claramente, la biopolítica no es un dispositivo disciplinario a escala poblacional. Y, sin embargo, la biopolítica constituye el nivel de articulación, cualitativamente distinguible, de los dispositivos disciplinarios.

Presentados estos dos conjuntos, los discursos políticos por un lado, la biopolítica por otro, estaríamos dando cuenta del nivel estratégico, que es decir político, del análisis foucauldiano del poder. Por un lado, las tecnologías que operan a nivel estratégico, coordinando y finalizando las relaciones de poder. Por otro lado, los discursos que operan a nivel estratégico, coordinando y finalizando las relaciones de fuerzas. De esta manera, Foucault estaría dando respuesta a las preguntas que, indicamos, motivaron su hartazgo: ¿cómo se articulan efectivamente las diferentes relaciones de poder en unos conjuntos estratégicos? ¿cómo es posible articular las ofensivas dispersas en unos conjuntos

transversales de lucha?

El segundo término asociado al de biopolítica es el de gobierno. Indicamos hasta aquí que la gubernamentalidad constituye el marco de racionalidad de la biopolítica. Indicamos también que Foucault dedica los cursos en el Collège de France de 1978 y 1979 a una historia de la gubernamentalidad, lo que implica una larga parábola, desde la pastoral cristiana hasta el neoliberalismo. Sea que sostengamos una lectura minimalista o maximalista de la biopolítica, sea que la biopolítica constituya un pequeño incidente momentáneo o un momento de gran incidencia, lo cierto es que en ambos casos huelga una reposición del noción de gobierno y del neologismo asociado de gubernamentalidad. A explorar estas nociones nos dedicaremos en lo que sigue.

3. La emergencia de la gubernamentalidad

Respecto de la noción de biopolítica, nos fue posible entretener la idea de un tratamiento incidental y accesorio. La emergencia de la noción de gobierno a partir del curso en el Collège de France de 1978 comporta, en cambio, una renovación mayor en las investigaciones de Foucault sobre el poder. Un primer índice de esta relevancia viene dado por un dato de superficie: tres de los cinco cursos dictados por Foucault en el Collège de France durante la siguiente década llevarán en sus títulos la palabra “gobierno:” se trata de *Del gobierno de los vivos* (1980), *El gobierno de sí y de los otros* (1983), y *El gobierno de sí y de los otros. El coraje de la verdad* (1984). A esto, sumado el hecho de que Foucault sugiere que su curso *Seguridad, territorio, población* (1978) debería haber llevado por título *Historia de la gubernamentalidad*.⁴¹⁷ Hasta aquí, podemos indicar que contamos con dos términos asociados (gobierno, gubernamentalidad) que prometen una renovación mayor en los análisis foucauldianos del poder. Estos términos no mantienen, sin embargo, una acepción unívoca ni estable. Es posible, sin embargo, remitir esta inestabilidad a dos desplazamientos.

El primero de ellos, correspondiente a los cursos de 1978 y 1979, podría describirse en los términos de un ascenso, una elevación y un cambio de perspectiva en relación con los estudios sobre las tecnologías de poder. La noción de gubernamentalidad implicaría, en este caso, la apertura de un dominio más elevado de intelección de las relaciones de poder. El segundo desplazamiento, correspondiente a los cursos de la década del '80, podría describirse en los términos de una expansión del dominio del gobierno, al punto de incorporar dentro de

⁴¹⁷ *Sécurité, territoire, population*, op. cit., p. 111 [135-136].

sí las dimensiones de la ética y la política. Dos desplazamientos, entonces: el primero, definido en un eje vertical y en los términos de un ascenso; el segundo, definido en un eje horizontal y en los términos de una expansión. Estos dos desplazamientos no se acumulan en una misma acepción; se trata, más bien, de dos maniobras discretas que dan cuenta de dos acepciones diferentes de las nociones de gobierno y gubernamentalidad. En lo que sigue, repondremos estas dos maniobras.

La noción de gobierno recibe su primera tematización en el curso en el Collège de France de 1975, *Los anormales*. Este curso, orientado a la elaboración de la noción de anomalía a partir de las pericias médico-legales, está subterfido por la emergencia de los análisis disciplinarios. En este marco, Foucault resalta la inventiva de la época clásica, sumando al elenco de renovaciones científicas, industriales e institucionales, la emergencia de las disciplinas, “la invención de las tecnologías positivas de poder.”⁴¹⁸ En esta línea, Foucault indica que la época clásica elaboró todo un “arte de gobernar” que, en el sentido de la época, remitía al gobierno de los niños, de los locos, de los pobres, de los obreros. Notamos aquí una primera maniobra conceptual: se trata de desmarcar la noción de gobierno de su localización político institucional en el Estado. Seguidamente, Foucault avanza una definición de gobierno, indicando tres elementos:

Primero, por supuesto, el siglo XVIII, o la edad clásica, inventó una teoría jurídico política del poder, centrada en la noción de voluntad, su alienación, su transferencia, su representación en un aparato gubernamental. El siglo XVIII, o la edad clásica, introdujo todo un aparato de Estado con sus prolongaciones y sus apoyos en diversas instituciones. Y además (...) puso a punto una técnica general de ejercicio del poder, técnica transferible a instituciones y aparatos numerosos y diversos.⁴¹⁹

Por ende, la noción de gobierno remite, en principio, a tres elementos yuxtapuestos: la teoría jurídica de la representación, el Estado y sus aparatos, la tecnología disciplinaria. Esta yuxtaposición es seguidamente rectificada: las disciplinas constituyen el reverso de las teorías jurídicas y la condición de funcionamiento y eficacia del Estado y sus aparatos.⁴²⁰ De modo que, aquí, la noción de gobierno remite centralmente a una técnica general del ejercicio del poder (las disciplinas) que es primera y determinante de las teorías jurídicas, del Estado y sus aparatos. En suma, en *Los anormales* Foucault desacopla la noción de gobierno de su

⁴¹⁸ *Les anormaux*, op. cit., p. 44. [55].

⁴¹⁹ *Ibid*, p. 45 [56].

⁴²⁰ Recordamos aquí que, en este período, Foucault sostiene que la teoría jurídica constituye un discurso que enmascara, borra y, por ello, garantiza el ejercicio efectivo del poder sobre los cuerpos. Remitimos, en este punto, al apartado 4.3. de este trabajo.

localización institucional en el Estado, para asociarla de manera preeminente al poder de las disciplinas.

La noción de gobierno es posteriormente recuperada en el curso *Seguridad, territorio, población*. Tal como hemos indicado, este curso estaba originalmente orientado al estudio del biopoder. El punto de partida de este estudio viene dado por el análisis de los dispositivos de seguridad, que insumen las primeras tres sesiones. Hecho esto, Foucault comienza su cuarta clase explicitando la necesidad de reorientar los contenidos a ser trabajados.

A través del análisis de algunos mecanismos de seguridad intenté ver cómo aparecían los problemas específicos de la población, y al observar con un poco más de detenimiento esos problemas de la población, la vez pasada, como [se] acordarán, pronto nos vimos en la necesidad de abordar el problema del gobierno. En suma, se trataba de la introducción, en esas primeras clases, de la serie seguridad-población-gobierno. Pues bien, lo que ahora querría intentar inventariar es ese problema del gobierno.⁴²¹

Tras indicar la proliferación de la noción de gobierno a partir del siglo XVI (gobierno de sí mismo, de los niños, de las almas, de los Estados) y trazar los primeros lineamientos de esta problematización, Foucault avanza una definición de “gubernamentalidad.” Este neologismo pone en marcha, como es evidente, las nociones de gobierno y de mentalidad.⁴²² Ahora bien, este segundo término del neologismo no deja de ser problemático en el marco de las investigaciones foucauldianas.

En *La arqueología del saber*, Foucault indicaba en la mentalidad una de aquellas nociones que imponen su continuidad al discurso, en virtud de la tarea sintética de un sujeto. Según Foucault, la noción de mentalidad “permit[e] establecer entre los fenómenos simultáneos o sucesivos de una época dada una comunidad de sentido, lazos simbólicos, un juego de semejanza y de espejo, o que hac[e] surgir como principio de unidad y de explicación la soberanía de una conciencia colectiva.”⁴²³ La mentalidad aparece así como una noción de la que es necesario liberarse, a efectos de abrir el campo de los enunciados en su

⁴²¹ *Sécurité, territoire, population, op. cit.*, p. 91 [109-110].

⁴²² La convergencia de ambos términos en el neologismo “gubernamentalidad” es indicada por Pablo de Marinis y Mitchell Dean. De Marinis Cúneo, Pablo. “Gobierno, gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaultianos.” García Seglas, Fernando y Ramos Torre, Ramón (comps.) *Globalización, riesgo, reflexividad, op. cit.*, p. 84; Dean, Mitchell. *Governmentality, op. cit.*, p. 16. Es de notarse el hecho de que Wendy Brown eluda la presencia del término “mentalidad,” indicando que este neologismo integra los términos “gobierno” y “racionalidad.” Esta elusión puede ser indicativa de los problemas que el término “mentalidad” acarrea al interior de la obra de Foucault. Brown, Wendy. “Power after Foucault.” Dryzek, John; Honig, Bonnie; Philips, Anne (eds.) *The Oxford handbook of political theory, op. cit.*, p. 73.

⁴²³ *L'archéologie du savoir, op. cit.*, p. 34 [34].

positividad de acontecimientos. La sospecha que, en este libro de 1969, pesa sobre la noción de mentalidad no puede ser remitida a un momento específico de su obra. Ya en *Las palabras y las cosas*, la noción de *épistémè* venía a liberar un campo intermedio de investigaciones, que no respondía ni al conocimiento científico ni a la mentalidad de una época.⁴²⁴ En esta línea, la presentación de Foucault a efectos de su candidatura en el Collège de France localizaba el campo de su *Historia de los sistemas de pensamiento* (tal el título de su cátedra) entre las ciencias constituidas y los fenómenos de opinión, llamando explícitamente a desmarcar la investigación de una historia de los “meros hábitos mentales.”⁴²⁵ Esta persistencia en el rechazo a la noción de mentalidad llega hasta su curso de 1983, donde Foucault vuelve a distanciarse de una historia de las mentalidades. Allí indica que una historia de ese tipo implicaría, de manera esquemática, pasar del análisis de los comportamientos efectivos a las expresiones que pueden acompañar estos comportamientos, ya sea bajo la forma de transcripción, de prescripción, de justificación o de ocultamiento.⁴²⁶ De modo que la noción de gubernamentalidad circula en un andarivel muy estrecho, que será necesario cernir con especificidad. Y bien, ¿de qué se trata la gubernamentalidad? Foucault avanza nuevamente una definición triple, no necesariamente articulada ni homogénea.

Con esta palabra, “gubernamentalidad,” aludo a tres cosas. Entiendo el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esa forma bien específica, aunque muy compleja, de poder que tiene por blanco principal la población, por forma mayor de saber la economía política y por instrumento técnico esencial los dispositivos de seguridad.⁴²⁷

Nos detengamos en este punto. Primera acepción de gubernamentalidad: un conjunto muy heterogéneo de elementos que permite ejercer una forma específica de poder. Tomemos, en primer lugar, este conjunto. Foucault avanza una enumeración que, a primera vista, no parece guiarse más que por una vocación de heterogeneidad. Esta enumeración parece orientada a evitar todo tipo de agrupamiento bajo una rúbrica común. Así y todo, este elenco pareciera remitir a tres dimensiones: poderes (instituciones, procedimientos), saberes (análisis y reflexiones) y estrategias (cálculos y tácticas).

⁴²⁴ “Este *a priori* (...) tampoco está determinado, sin duda alguna, por lo que llamamos la mentalidad o los ‘marcos del pensamiento’ de una época dada, si con ello debe entenderse el perfil histórico de los intereses especulativos, de las credulidades o de las grandes opciones teóricas.” *Les mots et les choses*, op. cit., p. 171 [158]. Ver también “Entretien avec Michel Foucault.” *Dits et écrits I*, op. cit., p. 1040.

⁴²⁵ “Titres et travaux.” *Dits et écrits I*, op. cit., p. 870 [424].

⁴²⁶ *Le gouvernement de soi et des autres*, op. cit., p. 4 [18].

⁴²⁷ *Sécurité, territoire, population*, op. cit., p. 111 [136].

En segundo lugar, Foucault indica que este conjunto de técnicas, saberes y estrategias permite ejercer una forma específica de poder. Aquí la resolución no presenta dificultades: esta forma específica de poder tiene por blanco a la población, por técnica a los dispositivos de seguridad y por forma mayor de saber a la economía política; evidentemente, se trata de la biopolítica. De modo que, en esta primera ocurrencia, la gubernamentalidad remite al conjunto de técnicas, saberes y estrategias que permiten ejercer el poder biopolítico. Esto parece confirmarse cuando Foucault avanza la segunda definición de gubernamentalidad:

Segundo, por “gubernamentalidad” entiendo la tendencia, la línea de fuerza que, en todo Occidente, no dejó de conducir, y desde hace mucho, hacia la preeminencia del tipo de poder que podemos llamar “gobierno,” sobre todos los demás: soberanía, disciplina, y que indujo, por un lado, el desarrollo de toda una serie de aparatos específicos de gobierno, [y, por otro] el desarrollo de toda una serie de saberes.⁴²⁸

En esta segunda ocurrencia, la gubernamentalidad remite a un proceso histórico: el subtendido en la serie soberanía, disciplinas, gobierno. En este caso, Foucault parece estar simplemente reemplazando el término “biopolítica” por el de “gobierno.” En este caso, el gesto pareciera ser el mismo que el desplegado en su curso de 1975: allí había avanzado la ecuación de gobierno y disciplinas; aquí, sostendría la ecuación de gobierno y biopolítica. Sin embargo, es de notarse que el término gubernamentalidad no remite simplemente a todo lo relativo al gobierno. En la primera y segunda definición, la gubernamentalidad aparece como la condición del ejercicio efectivo o condición de la preeminencia histórica del ejercicio del poder. Esto es decir que la noción de gubernamentalidad implica dar un paso atrás respecto del ejercicio mismo del poder, para dar cuenta del marco en que se inscribe.

Por último, creo que habría que entender la “gubernamentalidad” como el proceso o, mejor, el resultado del proceso en virtud del cual el Estado de justicia de la Edad Media, convertido en Estado administrativo durante los siglos XV y XVI, se “gubernamentalizó” poco a poco.⁴²⁹

Nuevamente, en esta tercera definición se remite a la historicidad del proceso, pero se incorpora una referencia institucional precisa: se trata del revestimiento del Estado por parte de un tipo específico de poder. Seguidamente, Foucault identifica que la condición de existencia del Estado desde el siglo XVIII debe comprenderse sobre la base de la gubernamentalidad. De modo que la incorporación del concepto de gubernamentalidad está

⁴²⁸ *Ibid.*

⁴²⁹ *Ibid.*

destinada a permitir una genealogía del Estado. Ahora bien, ¿qué implica analizar el Estado desde la perspectiva de gubernamentalidad?

Foucault indica que este análisis comporta un triple desplazamiento: en primer lugar, un desplazamiento respecto de la institución estatal, a efectos de dar con las tecnologías de poder que invisten al Estado; en segundo lugar, un desplazamiento respecto de la pregunta por la función del Estado, a efectos de analizar las tácticas y las estrategias que determinan sus funcionalidades y disfuncionalidades; por último, un desplazamiento respecto del Estado tomado como un objeto prefijado, a efectos de analizarlo desde el punto de vista de la constitución histórica de los campos, los dominios y los objetos de saber. La gubernamentalidad ofrecería así la perspectiva adecuada para situarse por fuera de la institución, la función y el objeto Estado, a efectos de analizar sus tecnologías de poder, sus reajustes tácticos y estratégicos y el recorte de su objetividad en el juego de los saberes.

En este punto, Foucault pareciera estar recuperando las dimensiones arqueológica, genealógica y estratégica compendiadas en su conferencia “¿Qué es la crítica? [Crítica y *Aufklärung*].”⁴³⁰ Este triple pasaje al exterior puede ser claramente conmutado al interior de estas dimensiones simultáneas de análisis.

En primer lugar, se trata de pasar al exterior de los objetos (sea la locura, la sexualidad, o el Estado) para analizar la constitución histórica del campo de saber en el que estos objetos se formaron. Esta maniobra de trastocamiento de un conocimiento habitual a efectos de hacer ver las condiciones de su aceptabilidad en tanto positividad caracteriza a la actitud arqueológica. Este pasaje al exterior de los conceptos es recuperado también en el curso *Nacimiento de la biopolítica*. Allí, Foucault propone suspender, poner entre paréntesis a los universales a efectos de analizar las prácticas en que estos universales emergen.⁴³¹ En esta misma línea, Foucault propone partir del supuesto de que “los universales no existen.” A partir de este supuesto, es posible identificar cómo la locura, la enfermedad, la delincuencia, la sexualidad, la política o el Estado se inscriben en lo real a partir de un régimen de veridicción, de unas prácticas de partición regular de lo verdadero y lo falso. Si pasamos por fuera de los objetos, si ponemos entre paréntesis su existencia, podemos hacer emerger estos objetos como productos de unas prácticas.⁴³²

En segundo lugar, pasar al exterior de la institución (sea el hospital psiquiátrico, la

⁴³⁰ “¿Qué es la crítica? [Crítica y *Aufklärung*].” *Daimon*, op. cit. Remitimos aquí al apartado 3.3. del presente trabajo.

⁴³¹ *Naissance de la biopolitique*, op. cit., p. 4 [17-18].

⁴³² *Ibid*, pp. 21-22 [36-37].

prisión o el Estado) permite poner entre paréntesis los problemas de su estructura interna y su organización, para analizar las tecnologías de poder que la invisten. Se trata de una actitud genealógica que pone en marcha un análisis de las tecnologías de poder como emergentes de unas relaciones de fuerzas. Se trata de “sustituir el análisis genético por filiación por un análisis genealógico.”⁴³³

Pasar, por último, al exterior de la función (sea correccional, terapéutica o reguladora) permite analizar las tácticas y las estrategias que explican las reorientaciones de estas funciones, los déficits funcionales, la posibilidad de apoyarse en estos mismos déficits funcionales.⁴³⁴ En esta misma línea, Foucault recupera en *Nacimiento de la biopolítica* la necesidad de sostener una causalidad no saturada, un análisis que no intente conducir lo existente a una función determinante. Más bien, se trata de poner en inteligibilidad lo real a partir de una multiplicidad causal.⁴³⁵

De este modo, Foucault recuperaría aquí sus dimensiones de análisis arqueológica, genealógica y estratégica, operando un triple pasaje al exterior respecto del Estado a efectos de analizarlo desde las prácticas de gubernamentalidad. En *Seguridad, territorio, población*, Foucault explicita este objetivo:

Así como para examinar las relaciones entre razón y locura en el Occidente moderno se trató de interrogar los procedimientos generales de integración y segmentación, situándose de este modo detrás del asilo, el hospital, las terapéuticas, las clasificaciones, y así como en el caso de la prisión se intentó situarse detrás de las instituciones penitenciarias propiamente dichas, para procurar encontrar la economía general del poder ¿es posible efectuar la misma inversión en lo concerniente al Estado? ¿Es posible pasar al exterior? ¿Es posible resituar al Estado moderno en una tecnología general de poder que haya asegurado sus mutaciones, su desarrollo, su funcionamiento?⁴³⁶

En esta línea, Foucault explicita una inquietud respecto de sus trabajos anteriores. Sus análisis en torno a los hospitales, prisiones, psiquiátricos ya estaban subtendidos por este esfuerzo de desplazarse fuera de la institución, la función y el objeto. Ahora bien, esta toma de distancia respecto de las instituciones locales y discretas, ¿no implicaba el riesgo de que el análisis quedara atrapado en otra institución, ahora global y totalizadora, como la del Estado? ¿No es acaso el Estado el que determina las tecnologías, las estrategias y los saberes del

⁴³³ *Sécurité, territoire, population, op. cit.*, p. 121 [141].

⁴³⁴ *Ibid*, p. 121 [143].

⁴³⁵ *Naissance de la biopolitique, op. cit.*, pp. 35-38 [51-53].

⁴³⁶ *Sécurité, territoire, population, op. cit.*, pp. 123-124 [145-146].

encierro, el disciplinamiento, la medicalización, la normalización? La emergencia de la noción de biopolítica venía a indicar este nivel global en el que las disciplinas se incrustan y se articulan. Y la emergencia del concepto de biopolítica hizo ineludible el análisis de la práctica estatal. Siendo éste el caso, la noción de gubernamentalidad vendría a proveer un marco de inteligibilidad más amplio para captar el ejercicio estatal de la biopolítica. Así, Foucault pareciera estar dando respuesta a la insistida objeción de la que fuera objeto su genealogía del poder: la de prestar una atención desmedida a las técnicas y prácticas del ejercicio microfísico del poder, desatendiendo y eludiendo el análisis del poder estatal.⁴³⁷

De modo que la gubernamentalidad aparece como el marco del ejercicio del poder estatal. Ahora bien, Foucault indica que este marco gubernamental no es una herramienta analítica que el observador delinea sobre su objeto; no se trata de un marco segundo de inteligibilidad que permite analizar unos fenómenos dispersos. Más bien, la gubernamentalidad indica la racionalidad misma del ejercicio del poder. “Lo sorprendente es que la racionalidad del poder del Estado era reflexiva y perfectamente consciente de su singularidad. No estaba encerrada en prácticas espontáneas y ciegas, y no la sacó a la luz algún análisis retrospectivo.”⁴³⁸ Esto implica la identificación de una locuacidad estrictamente estratégica. Hemos visto ya que, en el primer tomo de su *Historia de la sexualidad*, Foucault podía sostener la idea de unas “estrategias sin estrategias;” la idea de una articulación global de las relaciones de poder definida en términos de un enjambramiento anónimo de la multiplicidad de tácticas locales. Las relaciones de poder se articulan formando un conjunto, pero “no hay nadie que haya pensado el conjunto.”⁴³⁹

La noción de gubernamentalidad viene a rectificar este punto: Foucault se sorprende de la profusión de reflexiones, programas y cálculos explícitos a nivel de las grandes articulaciones de conjunto. Ya no estamos frente a un mutismo estratégico: más bien, a nivel de las grandes estrategias se articula toda una racionalización explícita del ejercicio gubernamental. Esto no implica, sin embargo, que las articulaciones de conjunto sean producto de la programación exhaustiva de un sujeto, individual o colectivo. Más bien, el conjunto de las relaciones de poder es efecto de la concurrencia de estrategias divergentes e

⁴³⁷ Este punto es sostenido por Colin Gordon. “Governmental rationality: an introduction.” Burchell, Graham; Gordon, Colin; Miller, Peter. (eds.) *The Foucault effect*, op. cit., pp. 4-5.

⁴³⁸ “‘Omnes et singulatum’: towards a criticism of political reason.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 969 [Traducción: “‘Omnes et singulatum’: hacia una crítica de la razón política.” *¿Qué es la ilustración?*, op. cit., pp. 44-45.]

⁴³⁹ “Pouvoirs et corps.” *Dits et écrits I*, op. cit., p. 1627 [Traducción: “Poder-cuerpo.” *Microfísica del poder*, op. cit., p. 117 (lig. mod.)].

incluso antagónicas. En todo caso, el nivel estratégico de las relaciones de poder es efecto de estos programas pero no es resultado de ninguno de ellos.⁴⁴⁰

De este modo, vemos conjurarse la guerra en los análisis de Foucault. La lógica de articulación de las relaciones de poder ya no será el emergente del choque y la confrontación de unas relaciones de fuerza. La lógica de estas articulaciones vendrá dada por una racionalización de tácticas y estrategias, sí, pero no ya en un marco bélico sino en el marco de unos planes, unos programas y unos proyectos.

En su curso de 1979, *Nacimiento de la biopolítica*, Foucault vuelve sobre la noción de gubernamentalidad, ahora indicada en los términos de un “arte de gobernar.” En este punto, Foucault insiste que el arte de gobernar no refiere al gobierno mismo, no remite a la práctica gubernamental real tal como se desarrolla con sus tecnologías, sus estrategias y sus saberes. Se trata, más bien, “de la manera meditada de hacer el mejor gobierno y también, y al mismo tiempo, la reflexión sobre la mejor manera posible de gobernar.”⁴⁴¹ Seguidamente, Foucault avanza la idea de una “conciencia de sí del gobierno,” aunque muy pronto identifica los inconvenientes vinculados a un tipo tal de metáfora. En todo caso, no se trata de analizar las tecnologías de poder sino de dar un paso atrás, para analizar la racionalidad que articula estas diversas tecnologías. Se trata, en suma de tomar distancia respecto de la pregunta por los medios técnicos del ejercicio del poder, a efectos de dar con la racionalidad que subtiende a esos medios técnicos. En el curso de 1983, Foucault recapitula sus cursos de fines del '70, indicando que el estudio de la gubernamentalidad estuvo orientado a distanciarse de los análisis relativos al ejercicio del poder, para observarlos desde los procedimientos, las reflexiones y los cálculos que permiten ese ejercicio.⁴⁴²

En suma, no se trata de preguntarse “¿qué es el poder?” pero tampoco se trata de proseguir con la pregunta “¿cómo se ejercen los poderes?” Lo que aquí vemos emerger es una nueva pregunta, a distancia del dominio tecnológico, y articulada ahora en términos de racionalidad: “¿cómo se racionaliza el ejercicio de los poderes?” Esta racionalidad o arte de

⁴⁴⁰ Colin Gordon trae claridad sobre este punto: “Es importante evitar la fusión del concepto de estrategia con el de programa, por obra de la imagen de un gran estratega y su plan (...) el punto en que la perspectiva de la estrategia deviene indispensable para la genealogía es allí donde la no correspondencia entre discursos, prácticas y efectos crea posibilidades para operaciones cuyo sentido, de diversas maneras, no está enunciado o no es enunciable al interior de un discurso. La estrategia es la arena de lo cínico, lo promiscuo, lo tácito en virtud de su capacidad lógica general de síntesis de lo heterogéneo. Esto es lo que Foucault llama el carácter 'anónimo' de ciertos efectos al interior del campo de las relaciones de poder: no se trata de que estos efectos carezcan de un agente, sino que carecen de un programador.” Gordon, Collin. “Afterword.” *Power/Knowledge*. Nueva York: Pantheon Books, 1981, p. 251.

⁴⁴¹ *Naissance de la biopolitique*, op. cit., p. 4 [17].

⁴⁴² *Le gouvernement de soi et des autres*, op. cit., p. 6 [19].

gobierno encuentra su antecedente en el poder pastoral, que Foucault recupera en las fuentes cristianas bajo las rúbricas de “*ars artium*” o “*technè technôn*:” arte de las artes, técnica de las técnicas. Precisamente de eso se trata la gubernamentalidad: de la técnica racional y reflexiva de las tecnologías del ejercicio del poder.

Indicamos al comenzar este apartado que la nociones de gobierno y gubernamentalidad asumen un doble desplazamiento. Hemos repuesto hasta aquí un primer desplazamiento en sentido vertical y en la forma de un ascenso, una elevación del lugar de la mirada a efectos de captar no sólo las tecnologías del ejercicio del poder sino también la racionalidad que envuelve la articulación de estas tecnologías. Es tiempo de indicar un segundo desplazamiento de la noción de gobierno, ya no en sentido vertical, sino en el sentido horizontal de una expansión de su campo semántico. En los cursos de 1975, 1978 y 1979, Foucault no deja de indicar que, más allá del sentido estricto que pretende darle a la noción de gobierno, él es consciente de la multiplicidad de dominios a los que esta noción remite: gobierno de los locos, de los niños, de los pobres, de los obreros. Se trata de un campo mucho más vasto que el definido por el ejercicio del poder estatal. En este sentido amplio, gobernar es “guiar a los hombres, dirigir sus conductas, constreñir sus acciones y reacciones.”⁴⁴³ Si bien sus cursos de fines de la década del '70 emplearán una acepción restringida de las nociones de gobierno y gubernamentalidad, a partir de su curso de 1980 Foucault desplegará un análisis de estos términos en su sentido más amplio. Así, en *Del gobierno de los vivientes* (1980) Foucault tomará la noción de gobierno en el sentido amplio de “mecanismos y procedimientos destinados a conducir a los hombres, a dirigir la conducta de los hombres, a conducir la conducta de los hombres.”⁴⁴⁴ En *Subjetividad y verdad* (1981) incorporará la noción de “gubernamentalidades de sí y de los otros.”⁴⁴⁵ Esta idea remite al hecho de que, si gobernar es conducir conductas, el campo de gubernamentalidad incluye tanto a la conducción de la propia conducta como la conducción de la conducta de los otros. Convergentemente, en *La hermenéutica del sujeto* (1982) Foucault definirá a la gubernamentalidad como “el campo estratégico de relaciones de poder;” campo que no puede analizarse sin pasar por el sujeto y las maneras en que se define por la relación de sí consigo. De esta manera, las relaciones de poder, la gubernamentalidad, el gobierno de sí y de los otros y la relación de sí consigo

⁴⁴³ *Naissance de la biopolitique, op. cit.*, p. 3 [16].

⁴⁴⁴ *Du gouvernement des vivants. Cours au Collège de France (1979-1980)*. París: Fonds Michel Foucault, mimeo, cota D.215 pp. 15-16.

⁴⁴⁵ *Subjectivité et vérité. Cours au Collège de France (1980-1981)*. París: Fonds Michel Foucault, mimeo, cota FCL.63.

“constituyen una cadena, una trama” al interior de la cual se debe analizar “la cuestión de la política y la cuestión de la ética.”⁴⁴⁶ Finalmente, los cursos *El gobierno de sí y de los otros* (1983) y *El coraje de la verdad* (1984) se dedicarán a explorar la noción de decir verdadero (*parrêsia*) en tanto intersección del gobierno de los otros y el gobierno de sí.⁴⁴⁷

De modo que, a partir de la década del '80, las nociones de gobierno y gubernamentalidad abandonan su acepción restringida al gobierno estatal, asumiendo ahora una expansión horizontal que integrará dentro de su dominio a las relaciones de poder con los otros y a las relaciones éticas de sí consigo. En el marco de esta pendiente expansiva de la noción de gobierno, Foucault indicará en un célebre artículo una serie de precisiones que sancionarán este pasaje:

El ejercicio del poder consiste en guiar la posibilidad de conducta y disponer el resultado posible. Básicamente, el poder es menos una confrontación entre dos adversarios, o el vínculo de uno respecto del otro, que una cuestión de gobierno. Esta palabra debe ser entendida en el muy amplio significado que tenía en el siglo XVI. El “gobierno” no se refería sólo a estructuras políticas o a la administración de los Estados; más bien designaba la manera en que podría dirigirse la conducta de los individuos o los grupos: el gobierno de los niños, de las almas, de las comunidades, de las familias, de los enfermos (...) Gobernar, en este sentido, es estructurar el campo posible de acción de los otros. Las relaciones específicas de poder no deberían por ende buscarse por el lado de la violencia o la lucha, ni por el lado de los vínculos voluntarios (...) sino más bien en el área del modo singular de acción, ni belicoso ni jurídico, que el es gobierno.⁴⁴⁸

De aquí resulta el definitivo abandono de la guerra como grilla de inteligibilidad del poder. Tanto en su pendiente vertical como en su pendiente horizontal, la noción de gobierno empuja y desplaza a la noción de guerra. La política seguirá vinculada a las estrategias, pero ya no en términos de una logística bélica, sino en los términos de una programación racional de las conductas poblacionales. Resumiendo las implicancias de este doble desplazamiento, podemos indicar las siguientes innovaciones:

1. Técnica de técnicas: A partir de la noción de gubernamentalidad, Foucault articula un dominio de investigación que implica un distanciamiento respecto de los análisis de las tecnologías de poder. Ya no se trata de preguntarse cómo funciona el poder sino,

⁴⁴⁶ *L'herméneutique du sujet*, op. cit., pp. 241-242 [240-241]

⁴⁴⁷ *Le gouvernement de soi et des autres*, op. cit.; *Le gouvernement de soi et des autres. Le courage de la vérité*, op. cit.

⁴⁴⁸ Foucault, Michel. “The subject and power.” Dreyfus, Hubert y Rabinow, Paul. *Michel Foucault: Beyond structuralism and hermeneutics*, op. cit., p. 221 [253-254 (lig. mod.)].

más bien, cómo se racionaliza este funcionamiento. En este sentido, la gubernamentalidad no constituye una nueva técnica de poder que venga a yuxtaponerse a las restantes. Más bien, la gubernamentalidad es la técnica de las técnicas del ejercicio del poder: “*ars artium*,” “*technè technôn*.”

2. Estrategias y sujetos: La noción de gubernamentalidad implica un desplazamiento respecto de la idea de unas “estrategias sin sujeto.” El nivel global de las relaciones de poder está ahora poblado por una proliferación de proyectos estratégicos reflexivos, conscientes y explícitos. Al analizar estos proyectos, no se trata de identificar cuál de ellos fue efectivamente aplicado a la realidad. Más bien, todos estos proyectos son irremediablemente ineficaces. Pero el conjunto de estas estrategias permite identificar la racionalidad común que articula las apuestas divergentes y muchas veces antagónicas.

3. Dominio de la política: Esto hace emerger un dominio específico de la política. Una política es una estrategia más o menos global que intenta coordinar y finalizar las relaciones de fuerza. Ahora bien, el análisis de estas estrategias no debe proseguirse bajo la grilla de una guerra, sino bajo las coordenadas de una racionalidad programadora, reflexiva, consciente.

En suma, la emergencia de la noción de gubernamentalidad implica el abandono de la hipótesis bélica. Las relaciones de poder y sus articulaciones estratégicas ya no se definen en la lógica de las batallas. Más bien, se trata de una lógica perfectamente racional y explícita de procedimientos, reflexiones y cálculos; un arte reflexivo de gobernar que delinea, por encima del conjunto de las tecnologías de poder, el dominio de la gubernamentalidad. Este dominio del arte de las artes, de la racionalidad de gobierno, será finalmente identificado con el dominio de la política. Precisamente, el curso *Nacimiento de la biopolítica* cierra con la pregunta: “¿Qué es la política, en definitiva, si no el juego de esas diferentes artes de gobernar con sus diferentes ajustes y, a la vez, el debate que ellas suscitan?”⁴⁴⁹

⁴⁴⁹ *Naissance de la biopolitique*, op. cit., p. 317 [358].

Capítulo 7. La economía como racionalidad política

1. Las artes de gobierno

Hemos visto emerger, en el capítulo anterior, un dominio específico y cernido de la política. Pero ya no se trata de una dimensión estratégica de luchas; se trata más bien de la gubernamentalidad, entendida en términos de arte del ejercicio del gobierno o, mejor, técnica de las técnicas del ejercicio del poder. Por medio de esta noción de gubernamentalidad, Foucault desbloquea el acceso microfísico al Estado. Más que abordarlo a partir de sus coordenadas instituciones, funcionales u objetivas, se trata de observarlo desde las prácticas gubernamentales, entendidas como estrategias racionales, reflexivas y conscientes del ejercicio de la soberanía política. Este capítulo está orientado a reponer el análisis foucauldiano de la gubernamentalidad.

Los cursos *Seguridad, territorio, población* (1978) y *Nacimiento de la biopolítica* (1979) están precisamente dedicados a una genealogía del Estado a partir de las prácticas de gubernamentalidad. En estos cursos, Foucault traza una serie que identifica los antecedentes de la gubernamentalidad en el poder pastoral para, desde allí, recorrer la doctrina de la razón de Estado y el liberalismo clásico; y llegar finalmente al neoliberalismo contemporáneo. En lo que sigue, recuperaremos esta serie.

Foucault señala que el poder pastoral no encuentra su antecedente en la experiencia de la Grecia clásica,⁴⁵⁰ sino en el ejercicio del poder político en Oriente; poder pastoral que fue retomado y modificado por el cristianismo a lo largo del primer milenio de nuestra era. ¿Qué caracteriza al poder pastoral?

En primer lugar, Foucault indica que se trata de un poder ejercido sobre un rebaño, sobre una multiplicidad en movimiento y no sobre un territorio. Se trata, en segundo lugar, de un poder benévolo, un poder que vela sobre el rebaño a efectos de asegurar su salvación. Esto implica, en tercer lugar, que el ejercicio del poder adquiere la forma de un deber: el pastor está al servicio de su rebaño. Por último, el poder pastoral es un poder paradójico: debe velar

⁴⁵⁰ Foucault releva la presencia de la noción de poder pastoral en la Grecia clásica y se ocupa de identificar su heterogeneidad respecto de la política. Si bien los poemas homéricos designan a los reyes como pastores y los textos pitagóricos utilizan la metáfora pastoral, el gobierno está, en general, ausente en los textos políticos. La célebre excepción es la de Platón, que en su diálogo *El Político* desarrolla la pregunta por la relación entre política y pastado. Sin embargo, Foucault indica, mediante una apegada lectura del diálogo, que Platón finalmente desestima la definición de la política en términos pastorales. Ver *Sécurité, territoire, population*, op. cit., pp. 139-151 [161-176]. Ver también “‘Omnes et singulatim’: towards a criticism of political reason”. *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 953-980 [17-66].

por el rebaño y, al mismo tiempo, por cada una de sus ovejas. Se trata, en el límite, de un ejercicio trágico: ninguna oveja puede ser resignada en función de las restantes; en la salvación de todas y cada una se va el deber del pastor. Foucault indica que este modelo pastoral está presente en el ejercicio del poder político en Egipto, en Asiria, en Babilonia, donde el rey se presenta como el pastor de su pueblo, participando así del pastorado divino sobre los hombres. El poder pastoral es intensificado y desarrollado entre los hebreos, pero en este caso la relación pastor-rebaño es esencialmente religiosa: Dios es el pastor exclusivo de su pueblo.⁴⁵¹ Ahora bien, Foucault indica que, con el cristianismo, el modelo oriental del pastorado es recuperado a partir de una serie de desplazamientos mayores. A partir del siglo III, el cristianismo desarrolla una pastoral que deviene relación fundamental, envolviendo dentro de sí todas las demás relaciones de poder. A su vez, el poder pastoral se mantiene diferenciado del poder secular, pero esto no implica que se limite a lo espiritual. El poder pastoral se cierne sobre la materialidad de los cuerpos, sus conductas, sus manifestaciones cotidianas. En tercer lugar, este poder pastoral se desarrolla en una densa trama institucional de reglas, leyes, técnicas y procedimientos propios; en suma, desarrolla un arte de gobernar específico, que se constituirá en el arte de las artes.

...el pastorado comienza con un proceso que es absolutamente único en la historia y del que no se encuentra ningún ejemplo en ninguna otra civilización: un proceso por el cual una religión, una comunidad religiosa, se constituyó como Iglesia, es decir como una institución con pretensiones de gobierno de los hombres en su vida cotidiana, so pretexto de conducirlos a la vida eterna en el otro mundo, y esto a escala no sólo de un grupo definido, no sólo de una ciudad o un Estado, sino de la humanidad en su conjunto. Una religión que pretende de ese modo alcanzar el gobierno cotidiano de los hombres en su vida real con el pretexto de su salvación y a escala de la humanidad: eso es la Iglesia, y no existe ningún otro ejemplo en la historia de las sociedades.⁴⁵²

Ahora bien, ¿en qué consiste el poder pastoral en el cristianismo? Foucault advierte que la pastoral cristiana ha atravesado muchos cambios desde el siglo III. En sus inicios, es posible indicar tres rasgos determinantes.

- 1. Salvación.** En primer lugar, el poder pastoral está articulado en una compleja economía de méritos y deméritos. Se entabla, entre el pastor y su rebaño una comunidad de destino: no hay salvación para el pastor si su rebaño no se salva; esto implica una responsabilidad analítica ceñida por parte del pastor, que debe llevar y

⁴⁵¹ Salvo, indica Foucault, en el caso del Rey David. *Sécurité, territoire, population*, op. cit., p. 128 [152].

⁴⁵² *Ibid*, p. 151 [177].

rendir cuentas por cada una de sus ovejas. Se produce, de esta manera, una transferencia exhaustiva e instantánea de los méritos y deméritos de cada oveja hacia el pastor: salvadas las ovejas, se salva el pastor; una oveja perdida es también su perdición. Esta transferencia puede, sin embargo, alternarse: si las ovejas son indóciles, el pastor refuerza su salvación; si son obedientes, su mérito se ve debilitado.

2. Obediencia. Cada una de las ovejas se ve convocada a una obediencia absoluta, autofinalizada, que tiene lo esencial de su razón de ser en sí misma. Se trata de una mortificación de la voluntad que implica una sumisión integral a la voluntad del pastor. La obediencia no tiene otro fin que la obtención de un estado de obediencia incuestionado y permanente, una renuncia de sí.

3. Verdad: El poder pastoral está centrado no tanto en la transmisión de una enseñanza como en una dirección de conducta cotidiana y permanente, que no tiene otro fin que el de profundizar la dependencia. Al interior de esta dirección, se solicita una producción de verdad por parte de cada oveja en la exigencia de confesión de actos, pensamientos, deseos.

Identificación analítica de méritos y deméritos, sujeción de cada oveja a la voluntad del pastor, subjetivación de cada una en la solicitud constante de una verdad sobre sí: en esto consiste la pastoral cristiana. De esta manera, el poder pastoral consiste en una producción de subjetividad a partir de la identificación analítica, la sujeción y la subjetivación.⁴⁵³ Un poder atento a todos y cada uno; un poder que totaliza al tiempo que individualiza.

Ahora bien, Foucault hace notar que la historia de la pastoral cristiana está atravesada de puntos de resistencia, de contraataques, de contraconductas⁴⁵⁴ que asedian al pastorado desde sus inicios y se arremolinan en el siglo XVI en el movimiento de la Reforma. Pero desde mucho antes, las contraconductas articulan múltiples puntos de ataque a la pastoral cristiana. Se recusa, entre otros puntos, la institucionalización pastoral y su separación entre clérigos y laicos, se recusa también el poder sacramental de los sacerdotes, se recusa la obligatoriedad de los sacramentos, se recusa la mediación sacerdotal con la palabra y la experiencia de lo divino. Estas contraconductas, que se manifiestan en prácticas comunitarias y personales, se aceleran y convergen hacia el siglo XVI, dando lugar a la Reforma y la

⁴⁵³ *Ibid*, pp. 187-188 [218-219].

⁴⁵⁴ Foucault es muy cuidadoso en la elección del término “contraconductas”, con el que intenta remitir a prácticas de resistencia ante el poder pastoral articuladas en la postulación de otras formas de conducirse y ser conducidos. *Ibid*, pp. 203-205 [235-238]. Ver *infra*, p. 219 y ss.

Contrarreforma: en ambos casos, se trata de una reorganización de la pastoral en términos renovados, más ceñidos y rigurosos. De modo que la Reforma no da lugar a una desaparición del poder pastoral sino a una problematización creciente y a una intensificación de su ejercicio. Es en esta misma época que se constituye una mutación en la racionalidad política en términos pastorales, en términos de gobierno de los hombres.

Foucault indica que hacia fines del siglo XVI tiene lugar una proliferación de la pregunta por el gobierno. Por un lado, los fenómenos de dispersión religiosa vinculados a la Reforma intensifican las preocupaciones, las técnicas y los procedimientos del gobierno pastoral de las almas. Por otro lado, los fenómenos de concentración del poder político solicitan, convocan y dependen de un replanteo de las formas de conducción política de los hombres. En la turbulencia de este contexto, se produce un desplazamiento del gobierno a la *res publica*; una inédita gubernamentalización de la política que tendrá por antecedente el modelo de la pastoral cristiana. De modo que Foucault traza la emergencia del gobierno político no en términos de una secularización de la política, sino más bien de una cristianización de su ejercicio, de una traducción política del gobierno cristiano de los hombres.

En este proceso múltiple y abigarrado, el personaje central es el de Maquiavelo. No tanto porque su pensamiento haya sido ruptura y punto de partida para la gubernamentalización de la política; sino, más bien, porque Maquiavelo constituye el adversario respecto del cual se elabora toda una serie de tratados políticos novedosos. Hacia fines del siglo XVI y a lo largo de la primera mitad del siglo XVII emerge toda una tratadística novedosa respecto del gobierno político, opuesta a Maquiavelo, antimachiavélica en todo caso. Estos tratados son heterogéneos respecto de los espejos de príncipe antiguos y medievales; son heterogéneos también respecto de los tratados de ciencia política posteriores.⁴⁵⁵ Esta proliferación de preocupaciones, consejos, técnicas novedosas se articula en un nuevo “arte de gobernar;” arte esencialmente antimachiavélico. Ahora bien, ¿cómo leen estos tratadistas la obra de Maquiavelo que recusan?

Ante los ojos de estos tratadistas, la obra de Maquiavelo y, en particular, *El príncipe*, aparece asentada en el principio de exterioridad entre el gobernante y sus gobernados. El príncipe mantiene una relación de trascendencia, de exterioridad respecto de la ciudad que gobierna, relación tramada de sospecha y hostilidad. El corolario de este principio es el de una

⁴⁵⁵ *Sécurité, territoire, population*, op. cit., pp. 91-92 [110]. Ver también Senellart, Michel. *Les arts de gouverner*. París: Seuil, 1995, op. cit., pp. 47-59.

fragilidad y una amenaza constantes del poder del príncipe. Ante esto, el imperativo, el objeto del ejercicio del poder es el de mantener el principado, mediante un análisis y un ejercicio del poder consistente en identificar los peligros y manipular las relaciones de fuerza.⁴⁵⁶ En suma, Foucault indica que la literatura antimaquiavélica aborda *El príncipe* en los términos de un tratado político centrado en la habilidad del gobernante para prorrogar su ejercicio del poder.

Al interior de este género antimaquiavélico, Foucault rescata un tratado escrito en la segunda mitad del siglo XVI por Guillaume de la Perrière bajo el título *Le miroir politique, contenant divers manières de gouverner*. En este tratado, se indica una heterogeneidad de artes de gobierno: se gobierna un reino, una provincia, una familia, un convento; en todos estos casos, el gobernante no trasciende aquello que gobierna. Si el tratado de Guillaume de la Perrière constituye un espejo de príncipe, en ese espejo no se refleja sólo el gobernante, sus habilidades, su destreza; sino que, más bien, el príncipe se descubre en un entorno más amplio que lo incluye.⁴⁵⁷ Interioridad, entonces, del gobernante respecto de aquello que gobierna.

¿Qué es gobierno, en esta relación de interioridad? Se trata de “la recta disposición de las cosas, de las cuales es menester hacerse cargo para conducir las hacia el fin oportuno.”⁴⁵⁸ En esta definición, Foucault identifica una serie de innovaciones profundas en relación al ejercicio del gobierno. Por un lado, el objeto del gobierno no es una ciudad, no es un territorio delimitado, sino que está constituido por “cosas:” riquezas y recursos, terrenos y mercancías, costumbres y hábitos son su objeto. No se trata del gobierno de los súbditos de un territorio delimitado, sino que se trata de la recta disposición de un enmarañado complejo de relaciones entre hombres y cosas.⁴⁵⁹ Se gobierna un reino como el piloto gobierna una nave, disponiendo rectamente a los marineros, a la nave misma, a los cargamentos; considerando los vientos, los escollos, las inclemencias del tiempo.⁴⁶⁰ En segundo lugar, innovación respecto de la finalidad: el gobierno no tiene por fin la prórroga del poder del gobernante, la conservación de

⁴⁵⁶ *Sécurité, territoire, population, op. cit.*, pp. 95-96 [115-116].

⁴⁵⁷ “...es que como en un espejo, aquel que se mira y observa no ve solamente su rostro, sino que allí ve por línea refleja gran parte de la sala o la cámara en la que se encuentra, del mismo modo, todo administrador político que se quiera mirar al presente espejo (un espejo que no es de cristal, de plata, de vidrio o de acero sino de papel), él podrá ver allí compendiado y sumariamente agregado todo lo que le es necesario ver para ejercer correcta y debidamente su oficio, sin que tenga necesidad de hojear muchos autores griegos y latinos que difusamente han escrito sobre ello.” La Perrière, Guillaume de. *Le miroir politique, contenant divers manières de gouverner*. París: Vincent Norment y Jeanne Bruneau, 1567, folio 11j.

⁴⁵⁸ *Ibid*, folio 25r.

⁴⁵⁹ Michel Senellart resiste esta lectura de la obra de La Perrière, indicando que no son los hombres el objeto del gobierno sino sólo las cosas. Senellart, Michel. *Les arts de gouverner, op. cit.*, p. 43.

⁴⁶⁰ La metáfora de la nave es central en la noción de gobierno ya desde la Grecia arcaica. La voz arcaica *kubernao* remite al timón, a la nave y al arte de conducirla a buen puerto. Ver Colombo, Paolo. *Gobierno. Léxico de política*, Buenos Aires: Nueva Visión, 2003.

un estado de obediencia. El gobierno consiste en una disposición de hombres y cosas que las conduce hacia su “fin oportuno.” Cada objeto del gobierno tiene, en sí, una finalización específica, un fin que le es oportuno. El arte de gobernar se despliega en la multiplicidad de estos fines, ha de vérselas con fines plurales y específicos. Por último, el ejercicio del gobierno se opera mediante una cierta disposición; gobernar no consiste en imponer la propia voluntad, no consiste en la ejecución de las leyes que de ella emanan. El arte de gobierno es, más bien, un arte de las disposiciones, tramado de paciencia, sabiduría y diligencia. Quien gobierna lo hace a la manera de un servicio atento a la multiplicidad de los fines y orientado a la recta disposición de hombres y cosas.

Es contra Maquiavelo, pero es también a partir de él, que tiene lugar un nuevo arte de gobernar, una novedosa racionalización del arte de gobierno como recta disposición de hombres y cosas, como sabiduría, paciencia y diligencia orientadas a permitir la prosecución de los fines de cada cosa. Nueva racionalidad gubernamental que, desde mediados del siglo XVI, constituirá la abigarrada y densa tratadística de la razón de Estado.

2. La razón de Estado

Foucault indica que un nuevo arte de gobernar emerge a mediados del siglo XVI. Se trata de la razón de Estado, vivida por sus contemporáneos como una innovación profunda en el ejercicio del poder político. Gubernamentalización de la política bajo las novedosas coordenadas de un arte de gobierno específico, cernido, recortado de otras formas de gobierno. Autonomía, especificidad del gobierno político que es habilitada por la obra de Maquiavelo. Es a partir de Maquiavelo, pero en oposición a él, que se constituye la gubernamentalización de la política.⁴⁶¹

⁴⁶¹ Tal como indica Foucault, la relación entre Maquiavelo y la doctrina de la razón de Estado no está exenta de ambigüedades. La literatura en torno a la razón de Estado coincide en indicar que Maquiavelo constituye su punto de partida, aunque nunca haya utilizado esta noción. De esta manera, Maquiavelo aparece por momentos como la voz más saliente de la doctrina de la razón de Estado mientras que, por otros, aparece como el adversario que esta doctrina construye para articular sus apuestas. En su célebre obra sobre el tema, Friedrich Meinecke indica que “todo su pensamiento político no es otra cosa sino reflexión continuada sobre la razón de Estado”, pero muy pronto se dedica con centralidad a la literatura antimaquiaveliana de los tratadistas de la razón de Estado, haciendo del florentino un pensador a la vez interior y exterior a esta doctrina. Meinecke, Friedrich. *La idea de la razón de Estado en la edad moderna*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1997, *op. cit.*, p. 31. Quentin Skinner, convergentemente, indica la reputación siniestra que los doctrinarios de la razón de Estado construyen de Maquiavelo. Skinner, Quentin. *Los fundamentos del pensamiento político moderno I. El renacimiento*. 1º reimpresión. México: FCE, 1993, *op. cit.*, p. 276-277. Vittorio Dini recupera esta recusación a Maquiavelo para localizarlo al interior de esta doctrina como uno de los pensadores de la “malvada” o “falsa razón de Estado”, recuperando así la indicación de Antonio Palazzo. Dini, Vittorio. “Ragion di Stato”. Galli, Carlo y

Foucault describe esta innovación profunda en contraste con el pensamiento de Tomás de Aquino. El ejercicio del poder político aparece, en el pensamiento de Aquino, inserto en un continuo gubernamental desde Dios hasta la vida de los organismos más simples. Dios gobierna el mundo, los reyes gobiernan sus reinos, los pastores gobiernan sus rebaños, los padres gobiernan sus familias, la fuerza vital de todo organismo lo gobierna, manteniéndolo cohesionado. En este encadenamiento de analogías, el gobierno político no tiene especificidad alguna. El gobierno es la cifra del mundo en todas sus manifestaciones; es el despliegue de un continuo teológico cosmológico que traza una parábola desde Dios hasta el organismo más elemental.⁴⁶² Y bien, es este continuo el que será recusado por la razón de Estado.

La racionalidad del arte del gobierno político será presentada en su especificidad. El gobierno político de los hombres no es análogo al gobierno de Dios sobre el mundo, al gobierno del padre sobre el hogar, al gobierno de cada organismo natural. Existe una racionalidad específica al ejercicio del gobierno político. Y esa razón gubernamental es la del Estado. Tratadistas como Giovanni Botero, Antonio Palazzo y Bogislaus Philipp von Chemnitz se ocupan de definir el descubrimiento de este nuevo continente político. Botero define la razón de Estado en los términos de “un conocimiento perfecto de los medios a través de los cuales los Estados se forman, se fortalecen, perduran y crecen.”⁴⁶³ Por su parte, Palazzo define la razón de Estado como un arte de gobernar heterogéneo respecto de las leyes divinas y naturales. Sin embargo, su razón de Estado es “verdadera” dado que se diferencia de la perfidia maquiavélica, centrada únicamente en el dominio sobre el principado. Según Palazzo, la razón de Estado es “un método o un arte que nos permite descubrir cómo hacer reinar el orden y la paz en el seno de la República.”⁴⁶⁴ De manera convergente, en un tratado destinado a los negociadores de Westfalia, Chemnitz define la razón de Estado como “cierta consideración política necesaria para todos los asuntos públicos, los consejos y los proyectos, cuyo único fin es la preservación, la expansión y la felicidad del Estado; a tal fin que se

Esposito, Roberto (dirs.) *Enciclopedia del pensiero politico*. Roma: Laterza, 2000, *op. cit.*, pp. 580-581.

⁴⁶² Foucault recupera en este punto la obra *De la monarquía* de Tomás de Aquino. Foucault, Michel. *Sécurité, territoire, population*, *op. cit.*, pp. 238-240 [270-273]. Tomás de Aquino. *De la monarquía*. Madrid: Tecnos, 1995. En este punto, Giorgio Agamben ha identificado cierto descuido en la selección que Foucault hace de la obra de Tomás; indicando que, en su tratado *De gubernatione mundi*, Tomás recepta ya la ruptura entre Reino y Gobierno. Agamben, Giorgio. *El reino y la gloria. Una genealogía teológica de la economía y del gobierno*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2008, pp. 196-197.

⁴⁶³ Botero, Giovanni, *Della ragione di stato in dieci libri*. Roma: Pellagallo, 1590. citado en Foucault, Michel. “‘Omnes et singulatim’: towards a critic of political reason”. *Dits et écrits II*, *op. cit.*, p. 969 [46].

⁴⁶⁴ Palazzo, Antonio, *Discorso del governo e della ragion vera di stato*. Venecia: G. de Franceschi, 1606. citado en Foucault, Michel. “‘Omnes et singulatim’...”. *Dits et écrits II*, *op. cit.*, p. 970 [46].

empleen los medios más rápidos y cómodos.”⁴⁶⁵

Foucault indica que, a lo largo de estos tratados, la razón de Estado aparece como un arte de gobierno específico; un arte de gobierno racional desde el momento en que atiende a la naturaleza de aquello que gobierna, a la naturaleza del Estado. Una racionalidad específica, que no se confunde con las leyes divinas, naturales y humanas, sino que se cierne sobre la naturaleza de su objeto. Se trata de una aritmética eminentemente política, que Foucault recupera a partir de tres coordenadas:

- 1. Salvación:** Siendo el Estado el objeto y el fin, su salvación no puede depender ni limitarse a ley alguna. Si bien el Estado se apoya y manifiesta en leyes positivas y morales que le reportan orden y utilidad, existen momentos cruciales en los que las leyes deben ser ignoradas. La necesidad se afirma sobre la moralidad, la salvación llama a suspender las leyes, la razón convoca a una violencia conservadora.⁴⁶⁶ El golpe de Estado⁴⁶⁷ es la persistencia de la razón de Estado más allá del derecho, persistencia en la que se juega la salvación del Estado. Ante esto, tiene lugar una violencia que salva al Estado sacrificando alguna de sus partes. A diferencia de la pastoral cristiana, la salvación de todos no siempre corresponde a la salvación de cada uno; en ciertos casos, la salvación de todos sólo es posible por la perdición de algunos.
- 2. Obediencia:** La razón de Estado ha de vérselas con sediciones y revueltas que no constituyen fenómenos excepcionales sino virtualidades constantemente alimentadas, manifestaciones tan recurrentes como las tempestades. Ante esto, es necesario conocer los signos que las anticipan, identificar las causas que las inflaman y disponer los remedios que las bloquean. Se articula de esta manera una intervención minuciosa que ataca a la desobediencia en sus causas, disponiendo escollos que las inhiban de manera constante.⁴⁶⁸
- 3. Verdad:** Al igual que la pastoral cristiana, la razón de Estado convoca una producción de verdad. Aquel en ejercicio del poder político debe contar con una sabiduría

⁴⁶⁵ Chemintz, Bogislaus Philipp von, *Dissertatio de ratione status*. París: SD, 1647. citado en Foucault, Michel. “Omnes et singulatim’...”. *Dits et écrits II*, op. cit., p. 970 [46-47].

⁴⁶⁶ Esta relación irreductible y compleja entre *cratos* y *ethos* es analizada por Friedrich Meineke en su clásico *La idea de la razón de Estado en la edad moderna*, op. cit., pp. 3-17.

⁴⁶⁷ Identificado, en los tratados del siglo XVII, con lo que contemporáneamente comprendemos como estado de excepción. *Sécurité, territoire, population*, op. cit., p. 267 [302-303]. Ver Bartelson, Jens. “Making exceptions. Some remarks on the concept of Coup d’État and its history.” *Political Theory*, Vol. 25, No. 3. (1997), pp. 323-346.

⁴⁶⁸ En este punto, Foucault refiere, aunque sin mayor desarrollo, a la obra de Francis Bacon, *De las sediciones y disturbios*. Madrid: Aguilar, 1980. *Sécurité, territoire, population*, op. cit., pp. 273-278 [310-319].

específica, que ya no es el conocimiento de las leyes divinas, naturales y humanas, sino el conocimiento de las cosas sobre las que su poder se ejerce, conocimiento de los hombres y cosas que integran el Estado. La estadística, como conocimiento del Estado, pone en marcha la producción de un saber respecto de la población, los recursos naturales, las riquezas circulantes; sobre la naturaleza específica de los elementos del Estado.⁴⁶⁹

Mutación profunda y a la vez continuidad respecto del pastorado cristiano. La razón de Estado articula la salvación, la obediencia y la verdad en una remisión tautológica a sí misma. El Estado es el objeto de esta racionalidad gubernamental, es el principio de inteligibilidad de este saber y esta práctica de gobierno. El Estado constituye la idea reguladora, la forma de concebir, analizar, definir la naturaleza y las relaciones entre hombres y cosas que son objeto del gobierno. El Estado es el objeto del gobierno, pero es también su objetivo: el gobierno del Estado está orientado circularmente a su conservación, su fortalecimiento, su aumento, su crecimiento. El Estado es así el ser y el deber ser de la política; es su objeto y su objetivo. A partir de aquí, Foucault indica la emergencia del Estado en el ejercicio del poder político en Occidente, el Estado como correlato y efecto de una determinada racionalidad en el ejercicio del gobierno.

Ahora bien, Foucault vincula la razón de Estado a una serie de dispositivos específicos de gobierno; y describe cómo, a efectos de asegurar la conservación, el crecimiento, la felicidad del Estado, se delinean, hacia mediados del siglo XVII, dos complejos dispositivos: el aparato diplomático militar y la policía. En el contexto emergente de la Guerra de los Treinta Años, diplomacia, ejército y policía constituirán los dispositivos de la gubernamentalidad de la razón de Estado.

El orden europeo emergente de la Guerra de los Treinta Años presenta para Foucault una serie de innovaciones fundamentales en el ejercicio del poder político. La paz de Westfalia da lugar a un orden interestatal, que desplaza la cifra dinástica de los conflictos internacionales por una cifra progresivamente estatal. La paz de Westfalia implica también el bloqueo de las viejas pretensiones universalistas: las viejas formas de universalidad del Imperio y la Iglesia son bloqueadas en un juego interestatal de limitaciones mutuas. La

⁴⁶⁹ En la relación de la razón de Estado con la verdad, Foucault menciona, sin desarrollarlos, dos elementos más: primero, el saber secreto o los *arcana imperii*; segundo, la opinión pública, su consideración y la intervención sobre ella. *Ibid*, p. 281 [322-323].

balanza de Europa constituye las coordenadas de este juego, haciendo que todo aumento de poder por parte de un jugador sea contrarrestado por la alianza de los jugadores restantes. Las unidades políticas ya no constituyen la presencia incoada del retorno del Imperio universal sino, más bien, realidades discretas, que conviven en la pluralidad de un escenario interestatal de limitaciones recíprocas. El Estado, unidad política absoluta, sin subordinaciones ni dependencias, articulada en un juego siempre prorrogado de competencia política y económica con sus pares. En este contexto, Foucault describe la articulación de dos dispositivos centrales a la gubernamentalidad de la razón de Estado: el aparato diplomático-militar y la policía.

Primer dispositivo, entonces: el aparato diplomático-militar. Por un lado, se constituyen ejércitos profesionales y permanentes, con sus equipamientos y sus saberes específicos. Un aparato militar profesionalizado, equipado y reflexivo, preparado para librar la guerra como última razón de Estado. Podrá decirse, entonces, que la guerra es la continuación de la política por otros medios; inversión curiosa de la fórmula historicista, que planteaba a la política como continuación de la guerra. Por otro lado, se constituye también una red de misiones diplomáticas permanentes, que prorrogan las negociaciones a lo largo de los períodos de paz, producen un saber constante sobre la fuerza relativa de cada Estado y habilitan un cálculo permanente de los desequilibrios, las amenazas, las virtualidades de conflicto.

El segundo dispositivo de la razón de Estado consiste en la policía, una novedosa tecnología vuelta al interior del Estado. Foucault señala que la policía de los siglos XVII y XVIII no tiene la función preventiva y represiva que adquirirá más tarde. Se trata de un dispositivo encargado de asegurar la conservación y el crecimiento constantes de las fuerzas del Estado. En el contexto de un juego interestatal limitado, la policía constituye un dispositivo de fortalecimiento ilimitado del Estado en su interior, que implica una intervención insidiosa y creciente sobre sus elementos. Acople, entonces, entre el aparato diplomático-militar y el aparato de policía: la constante limitación en la política interestatal convoca la intervención ilimitada de la policía de Estado en el fortalecimiento de sus elementos.

Foucault presenta el dispositivo de policía a través de tres documentos convergentes aunque heterogéneos. El primero de ellos es un tratado de registro utópico escrito por Turquet de la Mayerne bajo el título *La monarchie aristodémocratique*. En este tratado, se define a la

policía como todo lo que debe dar ornamento, forma y esplendor a la ciudad.⁴⁷⁰ La policía engloba dentro de sí todas las funciones de gobierno preexistentes (hacienda, justicia, ejército) y se manifiesta en nuevos aparatos y dispositivos que tienen por objeto a los hombres y sus actividades en tanto elementos constitutivos de la fuerza del Estado. La policía se articula en la preocupación constante por la cantidad de hombres, su relación con el territorio y con los recursos naturales, la cobertura de las necesidades vitales, el estado de salud de la población, el desarrollo de los oficios, la circulación de mercancías y de personas a lo largo del territorio. Todo ello constituye la fuerza, el esplendor del Estado.

En el fondo, y de manera general, la policía tendrá que regir –y ése será su objeto fundamental– todas las formas, digamos, de coexistencia de los hombres entre sí. El hecho de que vivan juntos, se reproduzcan, necesiten, cada uno a su turno, determinada cantidad de alimentos, aire para respirar, vivir, subsistir, el hecho de que trabajen, de que trabajen unos al lado de otros en oficios diferentes o similares, y también el hecho de que se encuentren en un espacio de circulación, toda esa suerte de socialidad (para utilizar una palabra que es anacrónica con respecto a las especulaciones de la época), será lo que la policía deba tomar a su cargo. Los teóricos del siglo XVIII lo dirán: en el fondo, la policía se ocupa de la sociedad.⁴⁷¹

Este objeto, estas preocupaciones y esta finalidad del dispositivo de policía son indicados por Turquet de la Mayerne en su utopía de una curiosa “monarquía aristodemocrática,” presentada ante los estados generales de Holanda. Ahora bien, lejos ya de la utopía, estos mismos elementos aparecen en los tratados administrativos de la época. A principios del siglo XVIII, Nicolas de Lamare compiló en su voluminoso *Traité de la police* los reglamentos y las prácticas de policía presentes en la Alemania y Francia de la época. Los ámbitos de intervención de la policía manifiestan una expansión insidiosa en la sociedad: la policía tiene a su cargo la regulación de la tranquilidad pública, la religión y las costumbres; la salud, la subsistencia y la atención a los pobres; el estado de los edificios, plazas y caminos; el ejercicio de las profesiones liberales, las manufacturas, el comercio, las artes mecánicas y los trabajos domésticos; las obras de teatro y los juegos.⁴⁷² La policía se dedica al

⁴⁷⁰ “...se debe comprender bajo el nombre de policía todo aquello que puede dar ornamento, forma y esplendor a la ciudad, y que es en efecto el orden de todo lo que en ella podría verse.” De la Mayerne, Turquet. *La monarchie aristodemocratique*. París, Iean Berjon et Ican le Bouc, 1611, *op. cit.*, p. 17.

⁴⁷¹ *Sécurité, territoire, population, op. cit.*, p. 333 [375].

⁴⁷² “La Policía, según nosotros, está entonces contenida en estas once partes que se acaban de recorrer: la Religión; la Disciplina de las costumbres; la Salud; las Comidas; la Seguridad y la Tranquilidad pública; la Vialidad; las Ciencias y Artes Liberales; el Comercio; las Manufacturas y las Artes Mecánicas; los Servidores Domésticos; los Manufactureros y los Pobres. Cada una de estas partes es a su vez dividida en diferentes especies (como se verá a lo largo de este Tratado), componiendo universalmente toda esa parte de nuestro Derecho que amerita por excelencia el nombre de Policía, que tomamos de conformidad con aquel de las viejas y célebres Repúblicas que nos han servido de modelo.” De Lamare, Nicolas. *Traité de la*

conocimiento y la intervención en la vida social, procurando su conservación pero también su bondad, su comodidad, su esplendor. La policía tiene a su cargo la felicidad de los hombres.⁴⁷³

Foucault señala que esta proliferación de regulaciones responden a una preocupación creciente por el comercio, concebido como el instrumento principal a efectos del fortalecimiento de los Estados. De modo que el ejercicio del poder de policía, la articulación creciente y ceñida del dispositivo policial es indisociable de la emergencia del mercantilismo.⁴⁷⁴ En el contexto de la balanza de Europa, la competencia económica entre los Estados se articula en un juego de suma cero, que supone una riqueza limitada, apropiada por unos Estados siempre en detrimento de otros. El comercio deviene entonces un objeto de preocupación central de los Estados, dado que constituye la fuente de la riqueza y el recurso determinante de la fuerza de cada Estado. La policía se lanza entonces a regular la coexistencia densa de los hombres con el objetivo de reforzar sus capacidades, sus actividades, sus intercambios. Sobre la ciudad se trama un dispositivo policial insidioso, una reglamentación de las actividades del cuerpo y del alma que articula una preocupación creciente por la vida social en su conjunto.

Estamos en el mundo del reglamento, el mundo de la disciplina. Debe advertirse con claridad, por lo tanto, que esa gran proliferación de las disciplinas locales y regionales que se presenció desde fines del siglo XVI hasta el siglo XVIII en los talleres, las escuelas y el ejército se destaca contra el fondo de una tentativa de disciplinarización general, de reglamentación general de los individuos y el territorio del reino, en la forma de una policía ajustada a un modelo esencialmente urbano. Hacer de la ciudad una especie de cuasi convento y del reino una especie de cuasi ciudad, tal es el gran sueño disciplinario que encontramos como trasfondo de la policía. Comercio, ciudad, reglamentación, disciplina: creo que éstos son los elementos más característicos de la práctica de la policía, tal como se la entendía en el siglo XVII y [la] primera mitad del siglo XVIII.⁴⁷⁵

police. Tome I. París: Jean et Pierre Cot, 1705, f. 40.

⁴⁷³ “Esta felicidad del hombre, como cada uno sabe, depende de tres fuentes de bienes; los bienes del alma, los bienes del cuerpo, y aquellos que se llaman de la fortuna (...) Es por lo tanto verdadero decir que en cualquier Estado que el hombre se encuentre, cualquiera sea la parte que desempeñe, la Policía vela continuamente por su conservación y por procurarle todos los bienes que le permitan ser capaz, sea del alma, del cuerpo o de la fortuna, en relación con las disposiciones preferentes que lo reconforten.” *Ibid*, fs. 10-11.

⁴⁷⁴ *Sécurité, territoire, population, op. cit.*, p. 346 [387]. La relación entre la doctrina de la Razón de Estado y el mercantilismo es recuperada por Erik Roll en términos de una interacción compleja, con momentos de convergencia y otros de antagonismo. Roll, Erik. *Historia de las doctrinas económicas*. 8º reimpresión. México: FCE, 1973, pp. 57-58.

⁴⁷⁵ *Ibid*, p. 348 [390-391]. Debe notarse que, en las primeras clases del curso, Foucault correlaciona mercantilismo, poder soberano y derecho. *Ibid*, pp. 104-107 [128-130]. A lo largo del curso, esta correlación no será retomada y finalmente, Foucault imbricará mercantilismo y poder disciplinario, indicando su heterogeneidad respecto del derecho soberano.

El tercer documento que Foucault recupera es un célebre texto académico preparado por Johann Von Justi hacia mediados del siglo XVIII. Se traza así la serie de un refinamiento creciente de la policía, que ya no es programa utópico, como en el caso de Turquet de la Mayerne. No se trata tampoco de un conjunto de prácticas administrativas, como en el caso de Nicolas de Lamare. A lo largo del siglo XVIII, la policía ha devenido ciencia del Estado, tratamiento académico ceñido y riguroso que puebla bibliotecas y universidades. *Ciencia del Estado* es el título del manual de Von Justi; un manual que identifica el objetivo de la policía con la vida de los hombres. La policía aparece definida como todo aquello que hace a la felicidad de los hombres y al fortalecimiento del Estado;⁴⁷⁶ ecuación ceñida de felicidad y fuerza. Asegurando la prosperidad de la agricultura, de las industrias y los talentos; asegurando la salud y el bienestar de los hombres se fortalecen los elementos que componen la fuerza del Estado. La policía está, así, encargada de velar por los individuos en tanto que seres vivientes.⁴⁷⁷ A la política corresponden las funciones negativas vinculadas a los asuntos exteriores; la policía, por su parte, es una ciencia del fortalecimiento de la vida de los hombres que componen la fuerza del Estado. Es una ciencia de la felicidad, la comodidad y el esplendor de la vida de una población como condición del esplendor del Estado. En la ciencia de policía indica Foucault la incoación de la biopolítica.⁴⁷⁸

Dispositivo diplomático-militar, dispositivo de policía: formación del Estado al interior de una novedosa razón gubernamental. En los tratados de la razón de Estado, en los tratados de política internacional y en los tratados de policía se observa el despliegue de una nueva racionalidad política; una racionalidad política que no se resume en la pregunta por el derecho y la legitimidad; una racionalidad política indiferente a la pregunta por la historia y la dominación. Una razón de Estado articulada en la pregunta por el gobierno de sus elementos en función de su conservación y fortalecimiento. Gubernamentalización de la práctica política

⁴⁷⁶ “La palabra policía es derivada del griego *Polis*: ciudad, y significa el orden y la disciplina que reina entre los ciudadanos que la componen (...) Se toma hoy en día esta palabra en dos sentidos diferentes, el uno extendido, y el otro limitado; en el primero se comprenden bajo en nombre de policía, las leyes y los reglamentos que conciernen al interior de un Estado, que tiran a afirmar y aumentar su poder, a hacer un buen uso de sus fuerzas, a procurar la felicidad de los súbditos; en una palabra: el comercio, la hacienda, la agricultura, el descubrimiento de minas, las maderas, los bosques, etc.; atendiendo que la felicidad del Estado depende de la inteligencia con que todas estas cosas están administradas. La palabra policía, tomada en el segundo sentido, comprende todo lo que puede contribuir a la felicidad de los ciudadanos.” Von Justi, Johann. *Ciencia del Estado*. México: Instituto de Administración Pública del Estado de México, 1996, p. 21.

⁴⁷⁷ “La ciencia de la policía consiste en arreglar todas las cosas relativamente al estado presente de la sociedad, en afirmarla, mejorarla y fortalecerla, que todo concurra a la felicidad de los miembros que la componen. La policía debe proponerse por regla fundamental, el hacer servir todo lo que compone al Estado a la firmeza y acrecentamiento de su poder, igualmente que a la felicidad pública.” *Ibid*, p. 22.

⁴⁷⁸ “La technologie politique des individus”. *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 1632-1647.

que articula una preocupación creciente por la población sobre la que se cierne su práctica. Se trata de gobernar el Estado, de gobernarlo de manera tal de fortalecer sus elementos y multiplicar sus fuerzas. Emergencia, en el marco de esta nueva racionalidad gubernamental, del Estado como objeto y como objetivo de la práctica política.

En resumen, lo que debemos tratar de recapturar es la entrada del Estado al campo de la práctica y el pensamiento de los hombres. Y lo que me gustaría mostrarles, lo que intentaré mostrarles, es que, en efecto, se puede resituar el surgimiento del Estado como objetivo político fundamental dentro de una historia más general, la historia de la gubernamentalidad o, si se quiere, el campo de las prácticas de poder. (...) ¿Y si el Estado no fuera más que una manera de gobernar? ¿Si no fuera otra cosa que un tipo de gubernamentalidad? Y de hecho, ¿qué pasaría si todas esas relaciones de poder que vemos formarse poco a poco a partir de procesos múltiples y muy diferentes entre sí y que poco a poco se coagulan y generan efectos, si esas prácticas de gobierno, fueran precisamente el elemento sobre cuya base se constituyó el Estado? Tendríamos que decir entonces que el Estado no es en la historia esa especie de monstruo frío que no dejó de crecer y desarrollarse como un organismo amenazante y colocado por encima de una sociedad civil. La cuestión sería demostrar que una sociedad civil o, más simplemente, una sociedad gubernamentalizada, introdujo a partir del siglo XVI algo, ese algo a la vez frágil y obsesionante que se llama Estado. Pero el Estado sólo es una peripecia del gobierno y éste no es un instrumento de aquél. O, en todo caso, el Estado es una peripecia de la gubernamentalidad.⁴⁷⁹

De esta manera, Foucault indica la emergencia del Estado no en términos de una concentración del poder político en una institución que penetra ininterrumpidamente, desde fines de la Edad Media, en los resquicios más privados de la sociedad. Más bien, se trata de la emergencia de una nueva racionalidad y una nueva práctica política que solicita y produce un objeto de intelección e intervención que denomina Estado. No tanto una insidiosa estatización de la sociedad sino una gubernamentalización de la política; gubernamentalización que tiene por correlato la producción del Estado como su objeto y como su finalidad. No es el Estado el que gobierna sino que son las prácticas gubernamentales las que estatizan. Analizar el gobierno permite de esta manera aprehender al Estado como práctica, por fuera y en contra de todo análisis esencial, institucional y funcional.

El Estado no tiene esencia. El Estado no es un universal, no es en sí mismo una fuente autónoma de poder. El Estado no es otra cosa que el efecto, el perfil, el recorte móvil de una perpetua estatización o de perpetuas estatizaciones, de transacciones incesantes que modifican, desplazan, trastornan, hacen deslizarse de manera insidiosa, poco importa, las fuentes de financiamiento, las modalidades de inversión, los centros de decisión, las formas y tipos de control, las relaciones entre poderes locales, autoridad central, etc. En síntesis, el Estado no tiene entrañas, es bien sabido, no simplemente en

⁴⁷⁹ *Sécurité, territoire, population, op. cit.*, p. 351 [290-291].

cuanto carece de sentimientos, buenos o malos, sino que no tiene en el sentido de que no tiene interior. El Estado no es más que el efecto móvil de un régimen de gubernamentalidades múltiples. (...) No se trata de arrancarle su secreto, se trata de ponerse afuera y examinar el problema del Estado, investigar el problema del Estado a partir de las prácticas de gubernamentalidad.⁴⁸⁰

3. La economía política

En su curso *Seguridad, territorio, población*, Foucault se propone analizar el biopoder y, siguiendo la serie población–seguridad–gobierno, termina presentando ampliamente la emergencia del arte político de gobernar en los siglos XVI y XVII, con antecedente en la pastoral cristiana y con los novedosos dispositivos del aparato diplomático-militar y la policía. Se trata de la emergencia de la razón de Estado, un tipo de racionalidad específica en la práctica gubernamental que permite ajustar la manera de gobernar a un objeto denominado “Estado,” que cumple el rol de dato y de objetivo. Gobernar es, en este marco, actuar de tal modo que el Estado pueda llegar a ser sólido y permanente. A partir de esta práctica, el Estado se define y se recorta como una realidad autónoma y específica.

Al interior de esta gubernamentalidad de la razón de Estado, el mercantilismo emerge como una tecnología de gobierno, una organización de los circuitos de producción y comercialización de acuerdo al principio de que el Estado debe enriquecerse mediante la acumulación de riquezas y el crecimiento poblacional, en un contexto de competencia permanente con las potencias extranjeras. En esta línea, se articula hacia el exterior el dispositivo diplomático-militar y, hacia el interior, el aparato de policía. En suma, la gubernamentalidad de la razón de Estado queda definida en la serie Estado–mercantilismo–ejército–diplomacia–policía.

Ahora bien, en el curso de 1979, *Nacimiento de la biopolítica*, Foucault recupera el trabajo en torno a la gubernamentalidad de la razón de Estado, a efectos de identificar su obsolescencia a partir del siglo XVIII. Entonces, la razón de Estado se encuentra asediada por tres líneas de oposición heterogéneas.

En primer lugar, la oposición a la razón de Estado se manifiesta en un discurso que postula la ilegitimidad del ejercicio del gobierno, en función de la violación de derechos preexistentes. Se trata de un discurso jurídico político que articula la pregunta por la legitimidad soberana a partir de leyes y derechos naturales que sostienen y delimitan el ejercicio de la soberanía. Inversión táctica del discurso jurídico político que, en el siglo XVIII,

⁴⁸⁰ *Naissance de la biopolitique*, op. cit., p. 79 [96].

se constituye como un límite externo al ejercicio del gobierno. “El derecho constituido por esas leyes fundamentales aparece así al margen de la razón de Estado y como su principio de limitación.”⁴⁸¹ En segundo lugar, desde el siglo XVII, Foucault indica la presencia de otro discurso oposicional. Se trata del discurso histórico político, que recusa el ejercicio insidioso, creciente del gobierno, postulando verdades y derechos históricos que limitan o simplemente recusan de plano el ejercicio del poder político. Ante las afrentas de la razón de Estado, la historia se erige como un límite externo a las pretensiones de la novedosa práctica gubernamental. Tanto en Inglaterra como en Francia,

...se intentaba destacar que, históricamente, el poder real durante mucho tiempo había distado de ser un gobierno absoluto, y la razón que reinaba y se había establecido entre el soberano y los súbditos no era en ningún modo la razón de Estado sino una especie de transacción entre, por ejemplo, la nobleza y el jefe militar a quien ésta había investido, durante el período de guerra y tal vez un poco más, con las funciones de jefe. Y el rey habría salido de esta suerte de situación de derecho primitivo, y a continuación habría abusado de ella para invalidar esas leyes históricamente originarias que ahora era preciso recuperar.⁴⁸²

Ahora bien, Foucault indica la emergencia, en el siglo XVIII, de una nueva racionalidad gubernamental destinada a limitar el ejercicio del poder político. Ya no se trata del discurso jurídico político de la legitimidad soberana;⁴⁸³ no se trata tampoco del discurso histórico político de la defensa de la nación. Este novedoso discurso difiere de ambos al postular ya no una limitación externa a la razón de Estado sino un principio de limitación interno a la práctica gubernamental. Se trata de una racionalidad gubernamental novedosa, que emerge al interior mismo de la práctica de gobierno, postulando nuevas herramientas para

⁴⁸¹ *Ibid*, p. 10 [24].

⁴⁸² *Ibid*.

⁴⁸³ Michel Senellart rechaza esta heterogeneidad entre soberanía y gobierno postulada por Foucault, indicando la interioridad del gobierno respecto de la teoría contractual. Senellart indica que ya en Thomas Hobbes está presente la distinción entre el derecho soberano y su ejercicio; siendo el derecho susceptible de aprehensión filosófica, mientras que el ejercicio compete a “los políticos prácticos que enseñan la conducta particular de cada tipo de república.” De esta manera, la posterior distinción rousseauniana entre soberanía y gobierno aparece prefigurada por Hobbes; haciendo de la gubernamentalidad un elemento singular pero de todos modos interior al discurso jurídico político. Senellart, Michel. *Les arts de gouverner, op. cit.*, pp. 34-40. Por su parte, Giorgio Agamben ha cuestionado tanto la perspectiva de Foucault como la de Senellart, indicando que ambos desconocen el germen de la fractura entre Reino y Gobierno presente ya en la *oikonomía* trinitaria. De este modo, Foucault y Senellart identificarían en la modernidad una innovación que no es tal. Para Agamben, la distinción entre reino y gobierno se remonta a la distinción entre *ordinatio* y *executio* presente ya en los teóricos de la tratadística providencial de los primeros siglos de nuestra era. En suma, la corrección que realiza Agamben respecto de la tesis de Foucault no es tanto teórica sino más bien de periodización, ya que su rastreo va más allá del poder pastoral, hasta los primeros siglos de la teología cristiana. Agamben, Giorgio. *El reino y la gloria, op. cit.*, pp. 193-199. Agradezco a Diego Conno por sus precisiones en este punto.

los mismos objetivos.⁴⁸⁴ Se trata de un recálculo de la razón gubernamental a efectos de perfeccionar su ejercicio. Un discurso que articula una nueva racionalidad en el ejercicio del poder político, disponiendo una práctica gubernamental que procura el fortalecimiento del Estado a partir de una economía de medios e instrumentos. Se trata, en suma, de la emergencia del liberalismo como nueva racionalidad de gobierno. Gubernamentalidad liberal cuya primera manifestación es la de la fisiocracia.⁴⁸⁵

Ya en *Seguridad, territorio, población*, Foucault se interesa en un texto de mediados del siglo XVIII escrito por el fisiócrata Louis-Paul Abeille, bajo el título *Lettre d'un négociant sur la nature de commerce des grains*.⁴⁸⁶ Esta carta recupera toda una serie de posturas fisiocráticas de la época, constituyendo un aporte influyente en la discusión sobre la regulación del comercio de granos. Esto hace del texto de Abeille un nodo fértil a efectos de indicar la emergencia de la gubernamentalidad liberal.

En su carta, Abeille trata el acuciante fenómeno de la escasez. Ante este flagelo, Abeille denuncia los efectos nocivos y contraproducentes de la policía de granos de su época.⁴⁸⁷ La proliferación de prohibiciones y reglamentaciones que reticulan insidiosamente el comercio no hace más que obturar las vías naturales de resolución de los problemas de escasez. Foucault señala que el adversario explícito del texto de Abeille es el dispositivo de la policía, tal como aparece compendiado en el tratado de Nicolas de Lamare. La policía de granos actúa ante la escasez disponiendo una ceñida trama de reglamentaciones que limitan el acopio, establecen precios máximos, limitan la exportación, hostigan, en suma, la libertad de comercio. Ante una mala cosecha, las reglamentaciones que pretenden evitar la escasez la catalizan: los consumidores advierten que una escasez se avecina y se lanzan a comprar; los

⁴⁸⁴ “Es preciso tener presente, por supuesto, que no abandonamos el orden de la razón de Estado. Es decir que, en esa nueva gubernamentalidad esbozada por los economistas, siempre se tratará de asignarse como objetivo el aumento de las fuerzas del Estado.” *Sécurité, territoire, population*, op. cit., p. 356 [399].

⁴⁸⁵ Foucault indica un momento de transición determinante en la fisiocracia, que articula la veridicción mercantil y la necesidad de ajustar la práctica de gobierno a sus mecanismos naturales; pero dispone a partir de ello un poder político despótico, aunque ilustrado en la evidencia económica. El liberalismo partirá también de la naturaleza de los intercambios pero postulará, en cambio, una gubernamentalidad autocrítica de sus intervenciones. *Ibid*, p. 63 [82]. De manera convergente, Pierre Rosanvallon insiste en la paradoja fisiocrática: “No pueden disolver la política sino instituyendo al déspota como fortaleza y guardián de un orden natural al que consideran que los hombres no están aún implícita o naturalmente aferrados (...) El despotismo absoluto marca así la posibilidad de una extinción absoluta de la política.” Rosanvallon, Pierre. *El capitalismo utópico*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2006, p. 59.

⁴⁸⁶ Abeille, Louis-Paul. “Lettre d'un négociant sur la nature du commerce des grains.” Depitre, Edgard (comp.) *De l'exportation et inportation de grains et Premières ocuspules sur le commerce de grains*. París: Paul Geutuner, 1911, op. cit., pp. 89-103.

⁴⁸⁷ “Vuestro Reglamento prohibitivo no servirá más que al aumento [de los precios], dado que [con los reglamentos] se advertirá al Pueblo que se está en las vísperas de la escasez, y un dictamen de esta especie aumentará el temor y, por lo tanto, el mal.” *Ibid*, p. 90.

vendedores acopian granos para el consumo propio y para vender el excedente a mejores precios. La policía de granos no sólo es ineficaz y contraproducente sino que incluso es la causa misma de la escasez. Abeille postula que si, en cambio, se libera el comercio interior y exterior de granos, ante una mala cosecha los precios aumentarán, convocando la importación de granos desde el exterior y la posterior reducción de precios. Ante esto, los productores nacionales intentarán vender su cosecha antes que los precios bajen. Por la misma naturaleza del mercado, liberado a su mecanismo, la escasez constituye una quimera. La escasez sólo tiene lugar cuando las prohibiciones y regulaciones bloquean los equilibrios naturales que produce el mecanismo de mercado. Al dejar pasar y dejar hacer los intercambios mercantiles, el flagelo de la escasez es finalmente obturado.⁴⁸⁸

De esta manera, Foucault indica en el texto de Abeille una cifra dilecta de la emergencia de la gubernamentalidad liberal; gubernamentalidad caracterizada a partir de tres rasgos preeminentes:

- 1. Mercado como lugar de veridicción.** Esta racionalidad de gobierno postula la evidencia de los procesos naturales de intercambio. Es un discurso atento a la naturaleza de las relaciones entre hombres y cosas que deduce, a partir de ella, la conveniencia, la utilidad y las limitaciones del ejercicio del gobierno. El mercado se constituye en el lugar de manifestación de la naturalidad de estos procesos, espacio de aparición, de evidencia de la mecánica natural de los intercambios. El mercado es postulado, de esta manera, como el lugar de veridicción, como el espacio de manifestación de los mecanismos naturales, donde se revela una verdad que se constituye en parámetro de verificación y falseamiento de toda práctica gubernamental.
- 2. Gobierno económico.** Ante la evidencia natural manifestada en el mercado, el gobierno debe sustraerse permanentemente de una intervención insidiosa, permitiendo que los mecanismos naturales se desarrollen sin obstáculos, sin injerencias. Se ponen así en evidencia procesos, fenómenos, regularidades que se producen natural, necesariamente en función de mecanismos inteligibles que no pueden ser evitados

⁴⁸⁸ “La escasez, es decir, la insuficiencia actual de la cantidad de granos necesaria para hacer subsistir una Nación, es evidentemente una quimera (...) Nunca hemos visto ningún Pueblo al que el hambre haya hecho desaparecer de la faz de la tierra (...) Es posible que la cosecha de un año no sea suficiente para más de seis meses. Ahora bien, si el temor y los reglamentos prohibitivos que lo aumentan no detuvieran la venta de granos, se tendrían subsistencias por seis meses y por el intervalo de seis meses en mucho más de lo suficiente.” *Ibid*, p. 91.

sino, en todo caso, modulados. Se trata de conocer estos mecanismos naturales, respetarlos en su fatalidad y permitir su despliegue sin intromisiones. Se articula así una racionalidad gubernamental autocrítica, constantemente recalculada en función de la evidencia natural; una racionalidad articulada en la pregunta ¿cómo gobernar menos? ¿cómo no gobernar demasiado?⁴⁸⁹

3. Comercio internacional. Esta racionalidad gubernamental articula un nuevo juego en los equilibrios internacionales. El mercantilismo, como un juego de suma cero en función de un stock limitado de riquezas, es desplazado por otro juego, ahora de suma positiva. El comercio, el intercambio es de una naturaleza tal que su mecánica beneficia a ambas partes, permitiendo un crecimiento correlativo de unos gracias a otros y de todos en detrimento de ninguno. De esta manera, Europa se constituye como un bloque económico articulado en una competencia de suma positiva, que implica una expansión indefinida. “El juego está en Europa pero la apuesta es el mundo.”⁴⁹⁰

Veridicción mercantil, gobierno económico, comercio internacional. El quiasmo entre objetivos interiores y exteriores se invierte.⁴⁹¹ Si, en la razón de Estado, la limitación exterior de la balanza de Europa impulsaba a unos objetivos interiores ilimitados en el ejercicio del poder de policía, en el caso de esta nueva racionalidad, la limitación interior del ejercicio del gobierno es correlativa a la ilimitación de las pretensiones exteriores, en el juego de la competencia europea y los imperialismos mundiales.⁴⁹² Se trata, en suma, de una crítica *de facto*, que denuncia el efecto contraproducente de la intervención policial y postula que, de cara a los mecanismos naturales del intercambio, el gobierno debe articular una práctica frugal, económica, respetuosa de estos procesos y atenta a toda intromisión disruptiva.

Si la razón de Estado regulaba de manera creciente e insidiosa las actividades de los hombres con el doble objetivo de la felicidad de los ciudadanos y el fortalecimiento del Estado, la gubernamentalidad liberal dejaría que los hombres hagan, liberándolos de la intervención insidiosa del gobierno para que, allí donde el Estado se retraiga, florezcan las libertades en su naturalidad. Sin embargo, Foucault resiste esta interpretación, advirtiendo que no debe concebirse esta mutación en términos de un plus de libertad, de un corrimiento de las

⁴⁸⁹ *Naissance de la biopolitique*, op. cit., p. 15 [29].

⁴⁹⁰ *Ibid*, p. 57 [74].

⁴⁹¹ De manera algo convergente, Pierre Rosanvallon indica que el discurso económico viene a salvar los bloqueos de la teoría política moderna al momento de pensar la regulación social al interior y las relaciones internacionales al exterior. Rosanvallon, Pierre. *El capitalismo utópico*, op. cit., pp. 41-55.

⁴⁹² *Naissance de la biopolitique*, op. cit., pp. 23-24, n.* [39-40, n.*].

fronteras del Estado que libera los procesos económicos a su naturalidad. No sólo se trata de indicar que la noción de libertad del liberalismo moderno es inconmensurable con la idea de libertad anterior. Más bien, lo que Foucault señala es que la gubernamentalidad liberal produce y consume libertades. Ella sólo puede operar allí donde ciertas libertades fueron producidas -libertad de mercado, libre movilidad de la fuerza de trabajo, libre disposición de la propiedad, etc. Sólo en este contexto el mercado puede operar como lugar de veridicción, el gobierno puede articularse económicamente, el comercio internacional puede disponerse en un juego de suma positiva. El liberalismo como práctica gubernamental está obligado a producir las libertades que son condición de su ejercicio. El liberalismo opera mediante y a través del juego de libertades que él mismo produce. Ahora bien, a efectos de producir estas libertades, es necesario obturar ciertas otras: por caso, la libertad de mercado implica la restricción de posiciones monopólicas; la libertad de disponer de la propiedad implica la restricción de los derechos reales y las formas relativas de derecho de propiedad, así como la restricción de formas comunales de usufructo de la tierra. De este modo, el discurso y la práctica liberal de gobierno disponen un conjunto de libertades que son condición de su efectividad; libertades que sólo pueden ser producidas mediante la destrucción de otras.

...en el corazón mismo de esa práctica liberal se instaura una relación problemática, siempre diferente, siempre móvil entre la producción de la libertad y aquello que amenaza con limitarla y destruirla. El liberalismo, tal como yo lo entiendo, ese liberalismo que puede caracterizarse como el nuevo arte de gobernar conformado en el siglo XVIII, implica en su esencia una relación de producción/destrucción [con] la libertad [...] una relación [...] de consumo/anulación de la libertad. Es preciso por un lado producir la libertad, pero ese mismo gesto implica que, por otro, se establezcan limitaciones, controles, coerciones, obligaciones apoyadas en amenazas, etcétera.⁴⁹³

De esta manera, el liberalismo opera produciendo libertades y regulando el juego de los intercambios entre ellas a nivel de los determinantes globales. La gubernamentalidad liberal no dispone una grilla ceñida de prohibiciones y reglamentos, sino que produce ciertas libertades y actúa sobre ellas a nivel global, acondicionando el medio en que se operan, estableciendo regularidades, series abiertas que permiten identificar y tratar los fenómenos aleatorios, tratando a la multiplicidad no en el nivel del detalle sino en el nivel de la regularidades poblacionales, operando, por último, una intervención sobre estos fenómenos que no reglamenta el detalle sino que modula las regularidades, incita ciertos flujos, desfavorece otros, en suma, normaliza. El liberalismo opera así a partir del dispositivo de la

⁴⁹³ *Ibid*, p. 65 [84].

seguridad: el medio, lo aleatorio, la población, la normalización son sus coordenadas. La gubernamentalidad liberal articula dispositivos de seguridad sobre una población de individuos libres; pero a efectos de asegurar estas libertades que permiten el ejercicio del gobierno, es necesario sostener un control riguroso de aquellos fenómenos que amenazan estas libertades: control de los monopolios, control del fraude y los abusos, control de la delincuencia. En suma, no alcanza con sustraer el control gubernamental para que las libertades florezcan; más bien, las libertades son el producto, la contracara de un control gubernamental estricto.

El liberalismo está entonces caracterizado por un cálculo permanente de las libertades a producir y obturar. De este modo, la gubernamentalidad liberal está impelida a un recálculo permanente de los costos de producción/destrucción de las libertades y los controles necesarios a efectos de garantizarlas. En esta línea es que Foucault interpreta la crisis de 1930. Se trata de una crisis de la gubernamentalidad liberal que obliga a la producción de nuevas libertades: libertad de consumo, libertad de trabajo, libertades políticas. Esta expansión de las libertades es correlativa a la expansión de los dispositivos de control que deben garantizarlas, dando lugar a toda una serie de intervenciones que minan libertades preexistentes: libertad de comercio, libertad de empresa, libertad del mercado de trabajo. En este sentido, la incorporación gubernamental de nuevas libertades exige controles que destruyen libertades preexistentes. Es en la tensión irremediable de estos recálculos constantes que se define la gubernamentalidad liberal y su crisis. A partir de este análisis, se hace evidente que por gubernamentalidad liberal Foucault no entiende una doctrina económica o una ideología política, sino todo un arte de gobierno que puede ser habitado por posiciones antagónicas. El liberalismo es mucho más que la ideología liberal: es un campo de reflexiones sobre el arte de gobierno al interior del cual se articulan la población como objeto y los dispositivos de seguridad como instrumentos técnicos. De este modo, las posiciones liberales, keynesianas e incluso socialistas⁴⁹⁴ participan de un mismo arte de gobierno, articulado por las mismas

⁴⁹⁴ “Por mi parte, diré que lo que falta en el socialismo no es tanto una teoría del Estado sino una razón gubernamental, la definición de lo que sería en el socialismo una racionalidad gubernamental, es decir, una medida razonable y calculable de la extensión de las modalidades y los objetivos de la acción gubernamental. (...) De hecho, el socialismo -y la historia lo ha demostrado- sólo puede llevarse a la práctica si se lo conecta con diversos tipos de gubernamentalidad. Gubernamentalidad liberal, y en ese momento el socialismo y sus formas de racionalidad cumplen el papel de contrapeso, correctivo, paliativo a sus peligros internos (...) en fin, el socialismo vivió, funcionó efectivamente -y tenemos ejemplos de ello- en gubernamentalidades liberales, dentro de ellas y conectado con ellas. Lo hemos visto y seguimos viéndolo funcionar en gubernamentalidades que suponen sin duda más de lo que el año pasado, como recordarán, llamamos Estado de policía, vale decir, un Estado hiperadministrativo, en el cual entre gubernamentalidad y administración hay en cierto modo fusión, continuidad, constitución de una suerte de

preguntas: a efectos de gobernar la población, ¿qué libertades se deben producir? ¿Cuáles es necesario destruir? ¿Cuáles son los mecanismos de control que deben articularse para asegurar estas libertades?

La economía política, su arte del gobierno no constituyen una ideología, no constituyen una doctrina económica sino que dispone la racionalidad común a las alternativas y los enfrentamientos políticos.⁴⁹⁵ Al interior de la racionalidad liberal, y a partir de una serie de operaciones y desplazamientos novedosos, Foucault verá emerger, en la primera mitad del siglo XX, al neoliberalismo.

La constitución del neoliberalismo como racionalidad gubernamental emerge en el contexto alemán de la posguerra, a partir de una serie de desplazamientos mayores de respecto del liberalismo clásico. Foucault repone estos desplazamientos mediante la descripción de tres operaciones al interior del liberalismo. Analicemos cada una de ellas.

En primer lugar, Foucault delinea el objetivo de la postura neoliberal en contraste con la del liberalismo clásico. En el siglo XVIII, el liberalismo constituía un discurso oposicional al Estado de policía, un discurso que recusaba las prohibiciones y reglamentaciones estatales. Para los economistas del siglo XVIII, el objetivo preeminente era la restricción del Estado en función del despliegue de las libertades. Siendo el Estado ¿cómo es posible la libertad? Ahora bien, Foucault indica que la apuesta neoliberal implica una inversión de la pregunta del liberalismo clásico. En el contexto alemán de la posguerra, la reconstrucción de una estatalidad diezmada por el nazismo⁴⁹⁶ y por la derrota lleva a postular la pregunta por la posibilidad de un Estado fundado en la libertad. El Estado ya no es el dato sino el efecto que

bloque macizo; y entonces, en esa gubernamentalidad de Estado de policía, el socialismo funciona como la lógica interna del aparato administrativo.” *Ibid*, pp. 93-94 [118-119].

⁴⁹⁵ Pierre Rosanvallon sostiene una tesis convergente, al concebir al liberalismo como un campo problemático. “Resulta claro que no hay unidad doctrinal del liberalismo. *El liberalismo es una cultura*, no una doctrina. De allí los rasgos de lo que hace a su unidad y de lo que entreteje sus contradicciones (...) Su unidad es la de un *campo problemático*, de un trabajo, de una suma de aspiraciones.” Rosanvallon, Pierre. *El capitalismo utópico*, op. cit., p. 13.

⁴⁹⁶ Foucault recusa la interpretación del nacionalsocialismo en términos de un Estado omnipotente y total, que fusiona a su interior partido y pueblo. Siguiendo a Roger Bonnard, Foucault indica que en el marco del nacionalsocialismo, el Estado alemán fue progresivamente debilitado y desestructurado por la incidencia del pueblo, el partido y el *Führer*. En su tratado sobre la doctrina jurídica del nacionalsocialismo, Bonnard indica en el nazismo una ruptura fundamental respecto de la teoría alemana del derecho; ruptura centrada en “la supresión de la personalidad jurídica y de la soberanía de Estado.” Bonnard, Roger. *El derecho y el Estado en la doctrina nacionalsocialista*. 2º edición. Barcelona: Bosch, 1950, p. 26. Siguiendo el programa del NSDAP, la obra *Mein Kampf* de Adolph Hitler y una multiplicidad de tratados de derecho (entre los que sobresale la figura de Reinhard Höhn), Bonnard subraya que los pilares de la doctrina nacionalsocialista son el pueblo como comunidad [*Volksgemeinschaft*], el conductor [*Führer*] y el partido. El *Führer*, portador esclarecido del espíritu objetivo del pueblo, es quien conduce a partir de los instrumentos del partido y el Estado. De esta manera, el Estado totalitario no es una figura omnipotente sino que, más bien, se constituye en un instrumento a manos del *Führer*.

se procura. La libertad ya no es el efecto sino el dato del que se parte. Siendo la libertad ¿cómo es posible el Estado? Inversión de la pregunta clásica, que articula el objetivo del discurso neoliberal en la fundación del Estado a partir de la libertad.

El segundo conjunto de operaciones está vinculado al campo de adversidad. Si el campo de adversidad del liberalismo clásico estaba identificado con el Estado de policía, en el liberalismo del siglo XX, el campo de adversidad será reconfigurado a partir de la postulación de una invariante antiliberal. La obra de Friedrich von Hayek, *Camino de servidumbre*,⁴⁹⁷ es expresiva de esta operación. Hayek indica que el ocaso de la experiencia nacionalsocialista no significa el fin de la amenaza que se cierne sobre el liberalismo. Esta amenaza ingente, persistente, es identificada con todas aquellas políticas que postulan un fin social explícito y, en función de este fin, articulan una planificación insidiosa de todas las actividades. Estas políticas, por más bienintencionadas que sean, instrumentalizan a la persona humana, la constituyen en un medio para la obtención de fines abstractos y, de esta manera, servilizan al individuo.⁴⁹⁸ Las políticas proteccionistas, asistenciales, planificadoras y dirigistas; el New Deal, el plan Beveridge, los planes de la Unión Soviética y la política del Nazismo son integradas de esta manera en el continuo de los colectivismos, en una invariante antiliberal. Así, toda planificación es un preludio de experiencias totalitarias; cualquier planificación implica un paso adelante en el camino de servidumbre.⁴⁹⁹

Finalmente, en función de estos objetivos y de este campo de adversidad, el neoliberalismo produce una redistribución de los recursos conceptuales y técnicos a su disposición. Esta redistribución implica tres operaciones. En primer lugar, el abandono del naturalismo: los liberales del siglo XX abandonan la identificación del mercado como el espacio de manifestación de la mecánica natural de los intercambios; y postulan, en cambio, la noción de competencia como un principio de formalización. La competencia no es un dato natural a respetar sino un principio formal en condiciones de asegurar la conformación de un orden social no planificado en función de fines explícitos. La lógica de la competencia genera una articulación espontánea de los fines de cada individuo, evitando así la imposición de una finalidad social explícita. El orden emergente de la lógica competitiva permite a cada individuo autofinalizar sus actividades y habilita, consecuentemente, la constitución de un

⁴⁹⁷ Hayek, Friedrich von. *Camino de servidumbre*. Madrid: Alianza, 1978.

⁴⁹⁸ “Aunque el fin declarado de la planificación fuese que el hombre deje de ser un simple medio, de hecho – como sería imposible tener en cuenta en el plan todas las preferencias y aversiones individuales– el individuo llegaría a ser más que nunca un simple medio, utilizado por la autoridad en servicio de abstracciones tales como el ‘bienestar social’ o el ‘bien común’.” *Ibid*, p. 130.

⁴⁹⁹ *Ibid*, pp. 60-71.

orden social justo. Ahora bien, a diferencia de la ingenuidad naturalista del intercambio mercantil, el principio formal de la competencia no es una manifestación natural espontánea sino que debe ser el producto de una intervención social que le dé lugar. De modo que, en segundo lugar, el neoliberalismo implica el abandono del *laissez-faire*. No se trata ya de dejar pasar y dejar hacer, a efectos de que se manifiesten los mecanismos naturales del intercambio. Más bien, se trata de generar una intervención gubernamental constante a efectos de producir, allí donde sea posible, las condiciones de la competencia. El neoliberalismo se embarca así en la tarea inagotable de producir y asegurar las condiciones para que el principio formal de la competencia tenga lugar; un principio formal que nunca es alcanzado plenamente y que, por lo tanto, exige una intervención activa del gobierno. De manera que, en tercer lugar, ya no se articula una oposición, un juego de suma cero entre Estado y mercado sino que, más bien, se tiende a una coincidencia, a una superposición entre mercado y gobierno: es el gobierno el que asegura la competencia en el mercado; más gobierno es más mercado.⁵⁰⁰

Abandono del naturalismo, abandono del *laissez-faire*, abandono de la oposición Estado-mercado: el neoliberalismo opera una serie de desplazamientos al interior de la racionalidad liberal que implican la postulación del principio formal de la competencia, la asignación de una tarea infinita de intervención gubernamental a efectos de asegurar las condiciones de la competencia, y la relación proporcional entre gobierno y mercado.

[El neoliberalismo d]ebe intervenir sobre la sociedad misma, con su trama y su espesor. En el fondo (...) tiene que intervenir sobre esa sociedad para que los mecanismos competitivos, a cada instante y en cada punto del espesor social, puedan cumplir ese papel de reguladores. Se tratará, por lo tanto, de un gobierno no económico, como el que soñaban los fisiócratas, es decir, un gobierno que no tiene más que reconocer y observar las leyes económicas; no es un gobierno económico, es un gobierno de sociedad (...) Es una política de sociedad (...) que hará precisamente de la sociedad el blanco y el objetivo de la práctica gubernamental.⁵⁰¹

⁵⁰⁰ “Crear las condiciones en que la competencia actuará con toda la eficacia posible, complementarla allí donde no pueda ser eficaz, suministrar los servicios que, según las palabras de Adam Smith, ‘aunque puedan ser ventajosos en el más alto grado para una sociedad, son, sin embargo, de tal naturaleza que el beneficio nunca podría compensar el gasto a un individuo o a un pequeño número de ellos’, son tareas que ofrecen un amplio e indiscutible ámbito para la actividad del Estado. En ningún sistema que pueda ser defendido racionalmente el Estado carecerá de todo quehacer. Un eficaz sistema de competencia necesita, tanto como cualquier otro, una estructura legal inteligentemente trazada y ajustada continuamente. Sólo el requisito más esencial para su buen funcionamiento, la prevención del fraude y del abuso (incluida en este la explotación de la ignorancia), proporciona un gran objetivo –nunca, sin embargo, plenamente realizado– para la actividad legislativa.” *Ibid*, p. 68.

⁵⁰¹ *Naissance de la biopolitique, op. cit.*, pp. 151-152 [179-181].

La gubernamentalidad neoliberal interviene en la sociedad con el objetivo de generar las condiciones para que la competencia sea posible, neutralizando los factores culturales, sociales, psicológicos que obstaculizan el desarrollo de relaciones competitivas. Se trata de una intervención social minuciosa que, en la prosecución del principio formal de la competencia, intenta producir y asegurar mercados competitivos. Hacer de cada resquicio social un espacio de competencia es el objetivo de la gubernamentalidad neoliberal. Allí donde más se gobierne, más competencia habrá. “Es decir que lo que se procura obtener no es una sociedad sometida al efecto de la mercancía, sino una sociedad sometida a la dinámica competitiva. No una sociedad de supermercado: una sociedad de empresas.”⁵⁰²

Se trata de gobernar la sociedad a efectos de producir en ella la generalización de la forma-empresa.⁵⁰³ Cada individuo habrá de ser un empresario de sí mismo, un inversor de su capital humano en el contexto de relaciones competitivas que permean toda la vida social. El individuo se resume en un *homo oeconomicus*, una sede autointeresada de decisiones en la gestión de recursos escasos. La sociedad aparece entonces como un agrupamiento de *homo oeconomicus*, de empresarios de sí mismos en competencia. La intervención gubernamental no se produce a nivel de los individuos sino a nivel del medio en que se relacionan. Producir y asegurar la competencia implica una intervención gubernamental insidiosa que se opera no a nivel de los individuos sino a nivel social, a nivel de las regularidades poblacionales. El discurso y la gubernamentalidad neoliberal se articulan en el llamado a gobernar la sociedad.

El *homo oeconomicus* y la sociedad civil son entonces dos elementos [indisociables]. El *homo oeconomicus* es, si se quiere, el punto abstracto, ideal y puramente económico que puebla la realidad densa, plena y compleja de la sociedad civil. O bien, la sociedad civil es el conjunto concreto dentro del cual es preciso resituar esos puntos ideales que constituyen los hombres económicos, para poder administrarlos de manera conveniente. Por lo tanto, *homo oeconomicus* y sociedad civil forman parte del mismo conjunto, el conjunto de la tecnología de la gubernamentalidad liberal.⁵⁰⁴

Gobernar la sociedad es la divisa del discurso económico político. Y, en su práctica gubernamental, se recorta una última figura: la del Estado de derecho. En el siglo XIX, la emergencia de esta noción se vincula polémicamente con los Estados despóticos (donde se

⁵⁰² *Ibid*, p. 152 [182].

⁵⁰³ Foucault indica que allí donde el neoliberalismo alemán titubea, el norteamericano es radical. Mientras los economistas alemanes limitan los alcances de la competencia, sosteniendo la necesidad de conservar las formas de socialidad preexistentes; el neoliberalismo norteamericano avanza, más allá de todo romanticismo, en una transformación radical de la sociedad en los términos de la forma-empresa. *Ibid*, pp. 244-248 [275-280].

⁵⁰⁴ *Ibid*, p. 300 [336].

indistinguen la ley y la voluntad del soberano) y con los Estados de policía (donde se indistinguen la ley universal y el reglamento particular). En el Estado de derecho, los actos del poder público sólo tienen valor si se los enmarca en leyes, que son siempre disposiciones generales de validez universal. El principio del Estado de derecho en el orden económico implica que no puede haber otra legislación que la formal, es decir: que el Estado debe ajustar su práctica a la disposición de reglas de juego, a disposiciones que no refieren a ningún objeto concreto sino a determinaciones formales y universales que configuran reglas fijas e inmodificables. El Estado de derecho es un Estado ciego, indiferente en todo caso a los procesos económicos; a él sólo compete la determinación de las reglas del juego económico; sin interferencia alguna en los resultados del mismo. En el límite, el Estado de derecho es un Estado que se sustrae de toda decisión a efecto de cada individuo, cada *homo oeconomicus*, sea el único decisor. Un Estado que no plantea finalidad alguna, a efecto de que sean los individuos quienes definan sus propios fines.

De este modo, la gubernamentalidad liberal del siglo XX se constituye en una prórroga de los fines salvíficos del gobierno pastoral.⁵⁰⁵ Entonces y ahora, se trata de salvar a los hombres, articulando un poder benévolo al servicio de sus fines, ya sean la salvación del alma, la felicidad pública o la felicidad privada. Al igual que la pastoral cristiana, y a diferencia de la razón de Estado, la gubernamentalidad liberal articula su poder de salvación sobre todos y cada uno, sin sacrificar parte alguna en la salvación del conjunto. El liberalismo gobierna la sociedad a nivel poblacional, permitiendo así que cada uno quede liberado a la prosecución de sus propios fines: el gobierno de todos para la libertad de cada uno. De esta manera, la gubernamentalidad liberal es indiferente a las cuestiones del origen y la legitimidad. Su criterio de ajuste es el éxito o el fracaso en la salvación de los individuos. De la economía de las almas a la economía política; la pastoral, la razón de Estado, el liberalismo, el keynesianismo, el socialismo, el neoliberalismo articulan un poder gubernamental cifrado por la benevolencia. Se trata, entonces y ahora, de un poder salvífico, al servicio de la vida de aquellos sobre los que se ejerce, un poder benevolente que se funda, más allá de los derechos y de la historia, en la prosecución exitosa de la salvación del rebaño.

⁵⁰⁵ “La salvación física y espiritual de los gobernados en la secuencia salvación-subsistencia-vida: el poder pastoral y biopolítico es por definición benéfico en relación con personas *menores* que deben ser cuidadas, salvadas, protegidas y promovidas. El carácter finalizado y, por tanto, técnico de la política implica el debilitamiento de las problemáticas del origen, del fundamento y de la legitimidad, correlativas al modelo soberano/derechos, a favor de la eficacia; el binomio legítimo/ilegítimo es sustituido subrepticamente por el par éxito/fracaso” Bazzicalupo, Laura. *Il governo delle vite. Biopolitica ed economia*. Roma: Laterza, 2006, p. 37.

4. El arte de no ser gobernado

De esta manera, la gubernamentalidad liberal trama una superficie ceñida. Se trata de un arte de gobierno que postula un poder benévolo, orientado a la felicidad, la prosperidad, la salvación de todos y cada uno; y se articula en un ejercicio a la vez totalizante e individualizante. Una racionalidad articulada en el juego gubernamental entre el Estado y la sociedad; una racionalidad centrada en el recálculo permanente de las libertades a producir y destruir; una racionalidad que habilita posiciones múltiples, divergentes, antagónicas; posiciones que van desde el *laissez faire* fisiocrático y liberal hasta el neoliberalismo contemporáneo, incorporando dentro de sí las alternativas keynesianas y socialistas. En todos los casos, se trata de definir las libertades a producir y destruir, interviniendo todo a lo largo de lo social a efectos de asegurar ciertas libertades mediante el bloqueo de otras.

En suma, la noción de gubernamentalidad da cuenta de la racionalidad en el ejercicio del poder estatal. Se trata de todo un campo de reflexiones, técnicas, procedimientos y cálculos orientados a la articulación de los diversos dispositivos y relaciones de poder en virtud -o so pretexto- de una orientación salvífica. En este contexto ¿qué lugar puede conceder Foucault a las luchas, a las resistencias en torno a la gubernamentalidad?

Precisamente, a lo largo del curso *Seguridad, territorio, población* emerge una figura muy cuidada que es la que pone en movimiento la trama. Foucault se preocupa por recortarla con mucho cuidado, delinearla en su especificidad, su persistencia y su actualidad. Se trata de las luchas contra el poder gubernamental. “¿Cómo designar ese tipo de revueltas o, mejor, esa suerte de trama específica de resistencia a formas de poder que no ejercen la soberanía ni explotan, sino que 'conducen'?”⁵⁰⁶ Foucault no se conforma con los términos rebelión, desobediencia, inconducta e insumisión; términos que se le aparecen inespecíficos de cara a esta trama de resistencias a la gubernamentalidad. Es entonces que evalúa el término “disidencia” como forma específica de las resistencias a los poderes que intentan conducir las conductas. Aquí resuena el eco de sus intervenciones en torno al asilo político del abogado alemán Klaus Croissant.⁵⁰⁷ En su encendida intervención en el caso Croissant, Foucault llama a reconocer no sólo los derechos de asilo político a aquéllos que aspiran al gobierno. Para

⁵⁰⁶ *Sécurité, territoire, population*, p. 201 [235].

⁵⁰⁷ Se trata de un abogado de la República Federal Alemana, que asume la defensa de miembros del grupo Rote Armee Fraktion (RAF), procesados por actividades terroristas. Croissant es acusado de excederse en sus funciones de defensa, apoyando materialmente a sus defendidos. Ante esta acusación, Croissant huye a Francia y solicita un asilo político que, finalmente, le es denegado. Foucault participa muy activamente en el reclamo en favor del asilo de Croissant.

Foucault es imperioso reconocer el carácter político de la persecución que sufren aquéllos que no quieren gobernar ni ser gobernados. El asilo político se garantiza a los opositores que quieren tomar el poder y son perseguidos por ello. Ahora bien, ¿qué hay con aquéllos que no quieren tomar el poder y son perseguidos de todos modos?

La concepción tradicional [del asilo político] situaba lo “político” del lado de la lucha entre los gobernantes y sus adversarios; la concepción actual, nacida de la existencia de regímenes totalitarios, está centrada en torno a un personaje que no es tanto el del “futuro gobernante” sino el del “perpetuo disidente” -quiero decir aquél que está en desacuerdo global con el sistema en el que vive, que expresa su desacuerdo con los medios que están a su disposición y que es perseguido por ello; ésta [concepción] no está ya centrada en el derecho a tomar el poder sino en el derecho a vivir, a ser libre, a partir, a no ser perseguido -en suma, en la legítima defensa de cara a los gobernantes.⁵⁰⁸

La figura del perpetuo disidente aparece ante Foucault como la de un rechazo global a los poderes gubernamentales, una resistencia que tiene por blanco la conducción política de sí por otros, un bloqueo del poder salvífico de la práctica de gobierno. El exilio de Klaus Croissant es un ejemplo de esta figura de la resistencia. Y, sin embargo, Foucault prefiere abandonar el término “disidencia” para dar cuenta de las resistencias al poder gubernamental. Finalmente, el término elegido es el de “contraconducta.”⁵⁰⁹ A diferencia de la disidencia, la contraconducta no implica sólo un desacuerdo global, una denegación reactiva, un rechazo a la conducción de sí por la práctica política gubernamental. La contraconducta, tal como la entiende Foucault, implica una apuesta afirmativa, un intento de conducirse de otra manera ante las estrategias totalizadoras e individualizadoras del poder gubernamental. De este modo, la resistencia encuentra su carácter afirmativo cuando, más allá del rechazo a conducirse como es debido, más allá de la mera “inconducta,” ésta se articula en la postulación de nuevas formas de conducirse, de nuevas formas de subjetividad. Así, la noción de contraconducta remite a una práctica, un arte de no ser gobernado de cierta forma en virtud de una apuesta por otras formas de gobierno.

Foucault indica que este “arte de no ser gobernado” es inherente al proceso de gubernamentalización característico de Occidente. En palabras de Foucault, “al interior de esta gran inquietud por la manera de gobernar y la búsqueda de maneras de gobernar, se encuentra una cuestión perpetua que sería: 'cómo no ser gobernado *de esta forma*, por ése, en nombre de esos principios, en vista de tales objetivos y por medio de tales procedimientos; no

⁵⁰⁸ “Va-t-on extraditer Klaus Croissant?” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 364.

⁵⁰⁹ *Sécurité, territoire, population*, op. cit., p. 205 [238].

de esta forma, no para esto, no por ellos'.”⁵¹⁰ No se trata de la postulación de una anarquía elemental grabada en la naturaleza humana; no se trata, en Foucault, de indicar una voluntad absoluta de resistencia a toda forma de gobierno, un autonomismo enraizado ontológicamente en el hombre.⁵¹¹ Se trata, más bien, de indicar la presencia “perpetua”, al interior del largo proceso de gubernamentalización, de resistencias múltiples que fueron articuladas en la pregunta y la apuesta por otras formas de conducirse, con los principios, objetivos, miras, procedimientos. Foucault indica que estas contraconductas estuvieron presentes en los procesos revolucionarios de la modernidad. Estuvieron presentes en la Reforma, a partir de las prácticas ascéticas y comunitarias, de las experiencias místicas, de las creencias de escatologías cumplidas, del retorno inmediato a la Escritura.⁵¹² Estuvieron presentes en la Revolución inglesa, en cada secta y comunidad religiosa que insufló de radicalidad el siglo XVII inglés.⁵¹³ Estuvieron presentes en los clubes y comunas que prologaron y nutrieron la Revolución francesa. Estuvieron presentes en los soviets, en los consejos obreros de la Revolución rusa.⁵¹⁴

Las contraconductas aparecen ante Foucault como resistencia articuladas en la apuesta por nuevas formas de conducirse, por nuevas formas de relación consigo y con lo demás. Ante un poder totalizante e individualizante, que opera conduciendo las conductas de todos y cada uno, las insurrecciones de conducta aparecen como una práctica de resistencia en la forma de una apuesta por el gobierno de sí, por una nueva subjetividad. Es a partir de esta noción de contraconducta que Foucault pondrá en marcha la serie de investigaciones que, durante la década del '80, imbricarán las dimensiones de la ética y la política en un mismo continuo gubernamental, en el continuo tramado por el gobierno político de los otros y la posibilidad de articular una contraconducta en la forma y en la ética del gobierno de sí.

⁵¹⁰ “¿Qué es la crítica?” *Daimon*, op. cit., pp. 6-7.

⁵¹¹ Y, sin embargo, debe notarse que, si bien Foucault no postula una perspectiva autonomista, claramente la habilita: “No me refería a una especie de anarquismo fundamental, que sería como la libertad originaria rebelde absolutamente, y en su fondo, a toda gubernamentalización. No lo he dicho, pero no quiere decir que yo lo excluya absolutamente” “¿Que es la crítica?” *Daimon*, op. cit., p. 21. En este punto, Foucault indica que postular una tesis sobre el asunto implicaría abordar el problema de la voluntad, un problema respecto del que él ha intentado siempre “escabullirse”. Así y todo, en algunos pasajes de su obra, la tesis autonomista puede ser claramente identificada: “Todas las formas de libertad adquiridas o reclamadas, todos los derechos que se hacen valer, incluso los relativos a cosas aparentemente menos importantes tienen [en las sublevaciones] un último punto de anclaje, más sólido y más próximo que los 'derechos naturales'.” “Inútil de se soulever?” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 791 [Traducción: “¿Es inútil sublevarse?” *Obras esenciales III: Estética, ética y hermenéutica*, op. cit., p. 203].

⁵¹² *Sécurité, territoire, population*, op. cit., pp. 208-219 [244-261].

⁵¹³ Ver también Walzer, Michel. *La revolución de los santos*. Buenos Aires: Katz, 2008. Hill, Christopher. *El mundo trastornado*, op. cit.

⁵¹⁴ *Sécurité, territoire, population*, op. cit., p. 234 [264-265].

Conclusiones

1. Recapitulación del argumento

Es tiempo de recuperar lo dicho y de concluir. Hemos indicado en la introducción a este trabajo la centralidad insoslayable que la política representa para Foucault. En esta línea, hemos señalado en Foucault un efecto de hiperpolitización que abre a la posibilidad de dos evaluaciones divergentes. Por un lado, de ser todo político, todo entonces está transido por las relaciones de fuerza, por el conflicto, por las luchas. La política no se apacigua en la topografía discreta del ejercicio del poder estatal. Más bien, la política se pone en juego en todos los puntos del cuerpo social. Inestabilidad esencial de todas las relaciones, que es apertura de la acción política a un dominio indefinido. De ser todo político, todo es posible de ser contestado.

Pero, por obra de una inversión, que todo sea político implica también que las relaciones de poder se traban todo a lo largo del cuerpo social. Que individuos, cuerpos, poblaciones están transidos por un poder sin exteriores que los captura, los inviste, los produce. La política tampoco se apacigua aquí en la topografía discreta del Estado. Más bien, ella descarga una voracidad indefinida todo a lo largo de la sociedad. Estabilidad esencial de todas las relaciones, que es clausura de la acción política en un dominio saturado de coacciones insidiosas y permanentes.

De este modo, parecen convivir en Foucault dos líneas divergentes de evaluación de la política. Por un lado, la identificación de una lucha permanente que hiere de inestabilidad a toda relación de poder; por otro lado, la identificación de unas coacciones permanentes que bloquean toda posibilidad de lucha. Efecto inmovilizante, este último, que ha sido fatigado por la recepción crítica de Foucault.

Repusimos, en esta línea, tres objeciones generales a la analítica foucauldiana del poder. La primera de ellas, vinculada a la elisión del poder estatal. Se objeta aquí que la insistencia de Foucault en las relaciones microfísicas de poder obsta a la identificación de las grandes estrategias políticas -estrategias que dibujan la trama general al interior de la cual esas relaciones se traban. Desconocer las grandes estrategias de poder, desconocer consecuentemente el trabajo del poder estatal, implica aquí inmovilizar la acción política, conteniéndola al interior de una topografía miniaturizada.

La segunda objeción está vinculada a la elisión de las resistencias. Postular la omnipresencia del poder, describir su trabajo insidioso y permanente todo a lo largo del cuerpo social, implica descargar sobre individuos, cuerpos, poblaciones una red saturada de coacciones que neutralizan toda posibilidad de resistencia. Astucia del poder que, por debajo o por detrás de aquello que los hombres hacen, trabaja una captura indefinida. Cantar la gloria del poder no contribuye a inquietar unas conciencias apaciguadas, convocando intolerancia y resistencia. Más bien, contribuye a un efecto inmovilizante.

La tercera objeción está vinculada a la elisión de la norma. Postular que nuestras concepciones de lo auténtico, lo justo y lo preferible dependen de una voluntad de verdad transida por relaciones de poder; postular que justicia y verdad sólo son posibles al interior de un régimen trabajado de complicidades y astucias, implica obturar toda razón para resistir. Si nuestros criterios de verdad y de justicia son pericia del poder, toda lucha se resuelve al interior de sus expedientes. Si nuestros criterios de verdad y de justicia deben ser sospechados en sus complicidades y sus astucias, ¿qué criterios de recambio podrían informar nuestras opciones? En todo caso, de no contar con criterios para distinguir mejor de peor, ¿por qué habríamos de resistir?

En suma, esta triple elisión -del Estado, de la resistencia y de la norma- caracteriza un pensamiento políticamente inmovilizante. Contra la primera de estas objeciones, hemos indicado que la publicación reciente de los cursos en el Collège de France de 1978 y 1979 permite identificar un tratamiento específico del poder estatal, a partir de las nociones de biopolítica y gubernamentalidad. Esta ocurrencia permitiría entonces resistir las imputaciones que pesan sobre Foucault, allí donde se indica que sus análisis descuidan la consideración de las grandes estrategias políticas. Ahora sabemos que Foucault no descuidó la consideración del poder estatal; bastó una actualización editorial para despejar los malos entendidos.

Indicamos, sin embargo, que esta expansión del análisis microfísico a efectos de dar cuenta del poder estatal exonera a Foucault de la primera imputación, aumentando por el mismo gesto la gravitación de la segunda. Es que este análisis del ejercicio del poder a nivel global no parece compensarse con un análisis de las resistencias en condiciones de operar a un mismo nivel. De modo que, salvando la elisión del Estado, Foucault no haría más que profundizar la elisión de las resistencias. Así, Foucault daría acabada cuenta del poder en todos los niveles de su ejercicio, pero no daría cuenta alguna de las luchas que en torno a él se traban.

En este punto, hicimos intervenir una hipótesis de lectura, que es la hipótesis que subtiende este trabajo. Indicamos en Foucault la presencia de un análisis de las estrategias de articulación de luchas. Esto es decir que es posible rastrear en la obra de Foucault un momento en el cual sus investigaciones se orientan a analizar las lógicas que permiten articular luchas dispersas en grandes estrategias de confrontación. Indicamos que estas investigaciones encuentran su desarrollo en el curso en el Collège de France de 1976, *Defender la sociedad*. En este curso, Foucault se da al análisis de los discursos políticos del derecho y de la historia, indicando en ellos unas superficies y unos operadores de las estrategias de coordinación de las relaciones de fuerza. El discurso jurídico político de la soberanía, el discurso histórico político de la guerra constituyen de esta manera unas armas, unos instrumentos al servicio de las grandes estrategias de confrontación que preludian y nutren las Revoluciones inglesa y la francesa.

Indicamos que estos análisis se localizan en un intervalo muy discreto pero no por ello menos relevante. Se trata del intervalo que se abre entre el abandono de la hipótesis Marx y el posterior abandono de la hipótesis Nietzsche. Al hablar de abandono de la hipótesis Marx indicamos que los análisis genealógicos de Foucault de la primera mitad de la década del '70 estaban subterendidos por una codificación clasista, que resolvía las lógicas de articulación en términos de lucha de clases. De modo que la coherencia global de los poderes disciplinarios aparecía soldada por los objetivos de la clase hegemónica; mientras que, de la misma manera, la coherencia global de las luchas dispersas aparecía convocada por un frente proletario común. Indicamos que, en su curso de 1976, Foucault se pregunta si esta guerra que permite dar inteligibilidad a los poderes es efectivamente una lucha de clases. De este modo, la codificación clasista que subterendía sus análisis previos queda suspendida. Es a partir de allí que, abandonado el supuesto de una resolución clasista, se desbloquea el análisis de las lógicas efectivas de articulación de relaciones de fuerza.

Este desbloqueo permite delinear dos discursos políticos heterogéneos: el discurso jurídico de la legitimidad soberana; el discurso histórico de la defensa de la nación. Hemos señalado en cada uno de ellos las características que configuran su consistencia interna. El discurso jurídico político: una superficie discursiva caracterizada por el ciclo del sujeto al súbdito, el ciclo de los poderes a la unidad del poder, el ciclo de las leyes a su legitimidad fundamental. El discurso histórico político: una superficie discursiva caracterizada por los pares de la barbarie y la dominación; de la constitución y la revolución. Hemos visto también

cómo cada uno de estos discursos habilita múltiples estrategias, reversibilidades tácticas, posiciones en conflicto. El discurso jurídico político: operador de las estrategias de poder de los Estados absolutistas, de los antirrealistas durante las guerras de religión, de los republicanos durante el siglo XVIII, de los partidos socialistas de masas del siglo XIX. El discurso histórico político: operador de las estrategias de poder del absolutismo estuardo, de los parlamentarios durante la Revolución inglesa, de los radicales *levellers* y *diggers*; operador también de las estrategias de la nobleza francesa, posteriormente de la monarquía, finalmente del tercer estado. De este modo, el análisis de los discursos políticos permite dar cuenta de las estrategias de confrontación y lucha ya no en términos locales y discretos, sino en términos de las grandes articulaciones de conjunto. Los discursos de la soberanía y la guerra constituyen de este modo unas superficies y operadores de las estrategias globales de articulación de las luchas.

Seguidamente, indicamos que Foucault describe una transformación mayor en la matriz del discurso histórico político; un discurso que, a partir de la Revolución francesa, señalará un momento de consumación histórica en términos nacionales y estatales. A partir de aquí, este discurso indicará un punto de resolución histórica, en el cual la guerra es finalmente desterrada, dando lugar a la unificación nacional y a la constitución del Estado. Y, sin embargo, esto no implica que el discurso histórico se articule de aquí en más en la mera denegación del conflicto. Esto implica, más bien, que el conflicto ya no será concebido en los términos de una guerra, sino en los términos de un peligro interior a la nación que, desde dentro, amenaza su consistencia, su vitalidad, su seguridad.

Ahora bien, al describir esta rearticulación estratégica del discurso histórico, vimos cómo Foucault pone en cuestión el alcance y la pertinencia de su grilla bélica. Es que las formas del ejercicio del poder ya no parecen responder a la lógica de una guerra proseguida por otros medios, sino a la lógica de un cuerpo social asediado por una amenaza interna que lo mina y lo corrompe. Ya no la logística militar en el campo de batalla; más bien, la intervención sanitaria sobre las poblaciones. En este contexto emerge en Foucault la preocupación por las maneras específicas de ejercicio del poder sobre las poblaciones y los modos de articulación de los dispositivos en grandes estrategias de conjunto. Las nociones de biopolítica y gubernamentalidad vienen así a tramar la lógica estratégica de este poder asegurador. En este contexto, la economía política emerge como el marco de racionalidad del ejercicio del gobierno. Se trata precisamente de una racionalización del ejercicio del poder

que, en función de fines salvíficos, articula y dispone la multiplicidad de intervenciones en el cuerpo social. La emergencia de sus investigaciones sobre la gubernamentalidad liberal implica así el final abandono de la grilla de inteligibilidad de la guerra.

En el decurso de esta parábola general se define la emergencia de un dominio estrictamente político en el pensamiento de Foucault. Si, hasta entonces, Foucault concebía a la política como lo relativo al poder sin más; a partir de aquí, la política constituirá una dimensión específica de las relaciones de fuerza: aquella en la que estas relaciones se articulan en grandes estrategias de conjunto. De este modo, los dispositivos disciplinarios de poder aparecen coagulados por dispositivos biopolíticos que, a su vez, encuentran su marco de racionalidad en la gubernamentalidad. Pero, sin embargo, esto no es todo lo que puede decirse sobre el dominio de la política. Nos interesó indicar que, así como Foucault se dio al estudio de las estrategias globales de poder, también consideró las estrategias globales de articulación de resistencias; y fueron sus análisis de los discursos políticos los que permitieron identificar la lógica estratégica de articulación de las luchas en unas confrontaciones globales. De este modo, quedó delineado un doble dominio estratégico: el de las tecnologías globales de poder y el de las estrategias globales de confrontación.

A partir de aquí, es posible resistir por igual a las objeciones que indican en Foucault la ausencia de un tratamiento del Estado y la ausencia de un tratamiento de las resistencias. El análisis del poder estatal viene dado por las nociones de biopolítica y gubernamentalidad, identificadas en los términos de tecnologías globales de poder y marco de racionalidad del ejercicio del gobierno político. El tratamiento de las resistencias viene dado por las investigaciones en torno a los discursos políticos, que permiten analizar las lógicas estratégicas de coordinación de las relaciones de fuerza en grandes líneas de confrontación.

Ahora bien, es de indicarse que el conjunto de estas investigaciones foucauldianas no aparece integrado en una maniobra simultánea, que presente dos dominios políticos articulados. Más bien, tras presentar sus investigaciones en torno a los discursos políticos, Foucault simplemente deja de lado estos análisis para dedicarse de lleno a los problemas de la biopolítica y la gubernamentalidad. En el marco de estos estudios sobre las tecnologías y las racionalidades del gobierno, los discursos políticos no constituirán más que unas investigaciones superadas.

A partir de aquí, Foucault identificará en sus estudios sobre la gubernamentalidad una nueva figura de las luchas y las resistencias: se trata de las contraconductas. Con la

incorporación de esta figura, Foucault abrirá paso a las investigaciones en torno a las relaciones entre ética y política, problematizando las formas en que los individuos internalizan las coerciones que sobre ellos pesan. En el desarrollo de esta nueva línea de investigaciones, Foucault no volverá a plantear el problema de la articulación de las resistencias.

Ahora bien, el interés del trabajo que estamos concluyendo no fue tanto el de preguntarnos cómo las relaciones de poder constituyen la subjetividad de los individuos, cómo es posible que los procesos de sujeción/subjetivación sean interferidos por la indocilidad de los gobernados, por un trabajo ético de sí consigo. Más bien, el interés de este trabajo tuvo como punto de partida la coyuntura particular con que Argentina se abrió a la década que hoy se cierra. Una coyuntura caracterizada por la presencia efectiva de una multiplicidad de prácticas de resistencia, de una multiplicidad de subjetividades indóciles y reacios al gobierno de los otros. Nuestra pregunta, en este contexto, fue por la posibilidad de que esa diseminación de prácticas salvara la desarticulación y se abriera a la efectividad política. ¿Cómo es posible que estas ofensivas dispersas, fragmentarias, repetitivas conjuren a un tiempo el riesgo de su aislamiento y la amenaza de su neutralización institucional? Fue a partir de estas preguntas que las investigaciones foucauldianas en torno a los discursos políticos ofrecieron una vía de indagación posible. Estas investigaciones nos permitieron delinear la lógica estratégica de articulación de luchas a partir de los operadores discursivos del derecho y de la historia.

Ahora bien, ¿es posible derivar de estas investigaciones teóricas algunas propuestas de intelección de la década que se cierra?⁵¹⁵ En tal caso, habría que indicar que, en el transcurso de la década, esta multiplicidad de prácticas de resistencia ensayó formas de negociación, de articulación, de composición. Habría que indicar que algunas de ellas se diluyeron prontamente. Habría que indicar también que muchas otras perviven con grados diversos de cohesión. Habría que preguntarse hasta qué punto la presencia inicial de un discurso jurídico que recusaba la legitimidad general del Estado y sus instituciones permitió que estas prácticas se articularan. Habría que indicar también hasta qué punto estas prácticas se articularon posteriormente a partir de un discurso histórico, un discurso que postuló una línea general de fractura, llamando a la reactivación de batallas obturadas.

⁵¹⁵ Indicamos en este punto que esta tesis no pretende articular, a partir de la obra de Foucault, un análisis del caso argentino. Se trató más bien de identificar en los sucesos de 2001 la motivación que puso en marcha este trabajo teórico. Sin embargo, no consideramos posible desvincular este esfuerzo teórico de las preguntas históricas que lo pusieron en marcha.

2. Poder y política

En todo caso, el desafío teórico y práctico parece estar vinculado a la posibilidad de repensar la política. Quisiera, entonces, volver sobre la noción de política en la obra de Foucault. Indicamos en la introducción a este trabajo que abordar la obra de Foucault en busca de definiciones constituye una tarea fútil e infructuosa. Es que, señalamos, Foucault articula un esfuerzo de conceptualización sin conceptos; esto es, un esfuerzo conceptual que, sin embargo, no está orientado a establecer de manera definitiva los caracteres genéricos y diferenciales de cada término. Más bien, las nociones emergentes funcionan siempre al interior de juegos circunscritos y delimitados.

Y bien, nuestro análisis puso en marcha una noción de política en tanto campo inmanente de coordinación y finalización de las relaciones de fuerza. Esto es decir que la política constituye el nivel estratégico de articulación de los poderes y las luchas. Ahora bien, tal como indicamos, ésta no es la única acepción que Foucault pone en marcha. Es posible identificar al menos otros dos empleos del nombre “política.” Por un lado, Foucault acostumbra emplear el adjetivo “política” para referir a todo lo relativo al poder. Por otro lado, Foucault identifica por momentos a la política con las luchas, con las resistencias que el poder encuentra a cada paso y en todos los niveles de su ejercicio.

De modo que la acepción que pusimos aquí en marcha no debe ser considerada en los términos de una definición exhaustiva y final: no hemos dado aquí con la verdadera definición de la política en Foucault. Más bien, se trató de explorar las virtualidades abiertas por esta acepción, considerando que “política” no es más que el nombre que puede dársele al nivel inmanente de agregación de poderes y resistencias. De haber prescindido del nombre “política,” de haber empleado cualquier otro, esto en nada habría obstado a la identificación de las estrategias de articulación de las luchas.

Esto implica que la política no es en Foucault una categoría ontológica; la política no es en Foucault el momento trascendente de reactivación e institución de lo social. Resta saber si puede hablarse de una ontología foucauldiana. Resta saber si un pensamiento político puede prescindir de una ontología. Lo cierto es que, cualquiera sea el caso, hay en Foucault un esfuerzo por pensar el poder más allá de aquello que, en *Las palabras y las cosas*, identificó con los dobles antropológicos. Esto implica, en el orden de la política, un esfuerzo por deshacerse de aquellas teorías que postulan una ontología duplicada en la empiricidad de unos

comportamientos instituidos y en la trascendencia del momento que los instituye. Deshacerse de los dobles antropológicos implica conducir el pensamiento de la política a un plano de copresencia de lo que instituye y lo que es instituido.

Al presentar en este trabajo al poder y a la política en términos de regularidad, no hemos intentado otra cosa que evitar de esta duplicidad antropológica. Si el poder es un hacer regular; y si la política es, también ella, un hacer regular, esto implica que la relación entre lo que instituye y lo que es instituido opera al interior de un plano inmanente en el que conviven la monotonía de unas regularidades y la persistencia de unas reversiones. La política, en esta línea, ya no sería la promesa de un momento de trascendencia e institución de lo social; la política, más bien, sería un nombre posible para las estrategias de articulación de los poderes y las luchas que en torno a ellos se traban.

Ahora bien, ¿es posible integrar poderes y luchas en un único plano, sin por ello caer en la entropía de una batalla ilimitada? ¿El posible integrar poderes y luchas en un único plano sin caer en el sosiego de un poder omnipresente? El esfuerzo por salirse de la política y sus dobles, ¿nos entrega de manera inevitable a un pensamiento inmovilizante?

Este trabajo podría, en suma, considerarse en los términos de un esfuerzo por pensar la efectividad de las luchas y sus lógicas de articulación evitando remitir a la duplicidad de un momento trascendente. No se trató de reponer la ley subyacente que gobierna los espasmos instituyentes de la política. Se trató más bien de indicar en la historia la emergencia de unas regularidades del hacer que todavía hoy traman nuestro presente. Esto no da respuesta a las preguntas que consideramos en el párrafo anterior; tal vez sólo venga a indicar los contornos de un problema.

3. Política de la verdad

Resta, finalmente, considerar una objeción que de manera sistemática se ha descargado sobre la obra de Foucault, a saber: la ausencia de un criterio normativo que permita identificar las mistificaciones y los abusos del poder. En esta línea, la recepción crítica ha señalado en Foucault dos pretensiones divergentes y contradictorias: por un lado, la pretensión de distanciarse, de poner en suspenso la familiaridad de unas prácticas determinadas a efectos de observarlas con la neutralidad y la extrañeza de un arqueólogo; por otro lado, la pretensión de hacer de su teoría una “caja de herramientas” al servicio de las luchas.⁵¹⁶

⁵¹⁶ Tal como indicamos en la introducción a este trabajo, las objeciones más salientes en este punto han sido

De este modo, convivirían en Foucault dos figuras desgarradas. La primera es la de un académico orientado por principios de neutralidad valorativa y asepsia normativa; dedicado a la destrucción de evidencias y a la crítica de lo existente. La segunda es la de un militante trabado en luchas políticas, asumiendo fuertes compromisos normativos. Considero que, con algunas rectificaciones menores, ésta es una evaluación correcta de la actitud teórico-práctica de Foucault; y que él mismo ha sostenido de manera explícita esta distancia entre su actividad académica y su militancia.

Quisiera considerar en este punto su evaluación respecto de la efectividad de la teoría, es decir, su evaluación en lo relativo a los efectos del trabajo teórico. Aquí es posible identificar dos consideraciones divergentes, aunque no necesariamente incompatibles.

Por un lado, Foucault indica en varios pasajes de su obra que la lucha política se desencarna, se teatraliza, pierde sentido y eficacia cuando intenta resolverse al interior de las disputas académicas y los discursos teóricos.⁵¹⁷ Allí donde el trabajo académico pretende utilizar la teoría para darle a una práctica política su valor de verdad,⁵¹⁸ este compromiso normativo de la teoría no termina brindando más que unos imperativos estéticos: “desea esto, aborrezca aquello (...) pelee contra esto y hágalo de tal o cual manera.”⁵¹⁹ La teoría aparece aquí como un compromiso estético, teatralizado, identificado de manera autocomplaciente con “el lado de los buenos.”⁵²⁰ Al interior del trabajo teórico, Foucault postula entonces un imperativo “categórico e incondicional: no hacer nunca política.”⁵²¹ La propuesta que Foucault avanza en este punto está vinculada su rechazo de la figura, para él perimida, del intelectual universal: aquel “maestro de la verdad y de la justicia,” que pretendía erigirse en “representante del universal” y manifestar “la conciencia de todos.”⁵²² El intelectual universal aparece para Foucault como la figura de quien da la ley de las luchas, de quien utiliza la teoría para absolver o condenar los poderes, de quien brinda criterios para permitir o prohibir las prácticas políticas. Esta figura del intelectual universal aparece como la de una teatralización

las de Nancy Fraser, Charles Taylor y Jürgen Habermas. En particular, Nancy Fraser sostiene que Foucault “tiende a asumir que su consideración del poder moderno es a la vez políticamente comprometida y normativamente neutral. Al mismo tiempo, no queda claro si suspende toda noción normativa o sólo las normas liberales de legitimidad e ilegitimidad. Peor aún, Foucault por momentos parece no haber suspendido después de todo las normas liberales sino, más bien, estar presuponiéndolas.” Fraser, Nancy. *Unruly practices*, op. cit., pp. 18-19, 33.

⁵¹⁷ *Sécurité, territoire, population*, op. cit., pp. 5-6 [17-18].

⁵¹⁸ “Préface à l'Anti-Œdipe.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 135.

⁵¹⁹ *Sécurité, territoire, population*, op. cit., pp. 5-6 [17-18].

⁵²⁰ “Non au sexe roi.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 264 [159 (lig. mod.)].

⁵²¹ *Sécurité, territoire, population*, op. cit., p. 6 [18].

⁵²² “La fonction politique de l'intellectuel.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 109.

de la práctica política al interior del campo teórico. Futilidad e ineficacia de la teoría cuando pretende erigirse en guardiana del universal: “No creo que el intelectual pueda, sólo a partir de sus investigaciones librescas, académicas y eruditas, postular las verdaderas preguntas que conciernen a la sociedad en la cual vive.”⁵²³ En un célebre diálogo con Gilles Deleuze, Foucault refuerza esta posición.

El intelectual decía la verdad a los que todavía no la veían y en nombre de los que que no podían decirla: conciencia y elocuencia. Ahora bien, los intelectuales han descubierto, después de las recientes luchas, que las masas no los necesitan para saber; ellas saben perfectamente, claramente, mucho mejor que ellos; y además lo dicen muy bien.⁵²⁴

De modo que, aquí, la teoría adolecería de una ineffectividad profunda. Aquellos trabados en la lucha no precisan una justificación teórica para hacerlo. Las luchas suceden más allá de las previsiones y las prescripciones de la teoría.⁵²⁵

Sin embargo, en varios otros pasajes de su obra, Foucault reconoce una profunda efectividad de la teoría, pero esta efectividad no es más que amenaza y peligro. En una conferencia dictada en 1978, Foucault señala que la relación contemporánea entre teoría y práctica ha dado lugar a trabadas relaciones entre regímenes políticos y sistemas filosóficos. No sin paradojas, Foucault indica los pares de Rousseau y el Imperio napoleónico, Hegel y el Estado prusiano, Nietzsche y el nacionalsocialismo, Marx y el Estado soviético. En estos casos, Foucault identifica la emergencia de verdaderos regímenes filosóficos.

...todas estas filosofías que se han convertido en Estados eran, sin excepción, filosofías de la libertad; (...) filosofías de la libertad que han producido a su vez formas de poder que, ya bajo la forma del terror, ya bajo la forma de la burocracia, o incluso bajo la forma del terror burocrático, fueron precisamente lo contrario del régimen de la libertad.⁵²⁶

⁵²³ “Entretien avec Michel Foucault.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 903.

⁵²⁴ “Les intellectuels et le pouvoir.” *Dits et écrits I*, op. cit., p. 1176 [Traducción: “Un diálogo sobre el poder.” *Un diálogo sobre el poder*, op. cit., p. 9]. Este punto ha sido especialmente resistido por Gayatri Spivak. “Can the subaltern speak.” Nelson, C. & Grossberg, L. (eds.) *Marxism and the interpretation of culture*, op. cit., pp. 271-313.

⁵²⁵ “Hay por ende en primer lugar aquello que podríamos llamar un 'principio de modestia' que no permite considerar que el intelectual juegue un rol hegemónico en la sociedad. Según Foucault, es la responsabilidad de cada uno que está comprometido en el cambio y la crítica de la sociedad. La función del intelectual es la de ayudar a formular correctamente los problemas. Si el intelectual, en tanto tal, es incompetente para juzgar cuáles son los problemas de los que debe ocuparse, es porque tales cuestiones no pueden emanar sino de los individuos que están realmente implicados en ellas.” Adorno, Francesco Paolo. “La tâche de l'intellectuel.” Gross, Frédéric. *Foucault. Le courage de la vérité*, op. cit., p. 41.

⁵²⁶ “La philosophie analytique de la politique.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 539 [115 (lig. mod.)].

En este sentido, Foucault advierte la imposibilidad de controlar los efectos de las posiciones normativas que se avanzan teóricamente; y sostiene que incluso las mejores teorías no están exentas de dar lugar a opciones políticas desastrosas.⁵²⁷ Llega incluso a sostener que “la filosofía legitima los poderes irrefrenables en mayor medida que el apoyo dogmático de la religión.”⁵²⁸ Estas sospechas respecto de los efectos incontrolables de la teoría se vuelven condena abierta y virulenta en ocasión de evaluar la reacción de cierto marxismo francés ante los crímenes del gulag:

La prueba decisiva para los filósofos de la antigüedad era su capacidad de producir sabios; en la Edad Media, de racionalizar el dogma; en la época clásica, de fundar la ciencia; en la época moderna, es su aptitud para dar razón de las masacres. Los primeros ayudaban al hombre a soportar su propia muerte, los últimos a aceptar la muerte de los otros.⁵²⁹

Dos evaluaciones, entonces, respecto de la efectividad de la teoría: cuando ella no es teatralización estéril, deviene amenaza profunda. ¿Cómo salvar el trabajo teórico del riesgo doble de su irrelevancia y su peligrosidad? El andarivel que se delinea entre ambos riesgos aparece identificado en los términos de una “política de la verdad.”⁵³⁰ Esta noción remite no tanto a un trabajo teórico orientado a decir la verdad de las cosas políticas; remite más bien a un trabajo teórico advertido de los efectos políticos que podría poner en marcha. Esta advertencia se traduce en una economía de la palabra y en una prudencia en la escritura.

Esta prudencia se manifiesta en un trabajo teórico estrictamente destructivo. Un trabajo que se limita a indicar la ausencia de fundamentos de los poderes y saberes que nos invisten; sin postular una alternativas de recambio, sin proponer ningún sistema de valores.⁵³¹ En esta línea, la teoría renuncia a postular criterios para conmutar la legitimidad o la justicia de los poderes; más bien, se limita a indicar la arbitrariedad, la contingencia, la ausencia de fundamentos y la “no-necesariedad” de todo poder. En una entrevista ofrecida en 1980,

⁵²⁷ “Politics and ethics. An interview” Rabinow, Paul (ed.) *The Foucault reader*, op. cit., p. 374.

⁵²⁸ “*La philosophie analytique de la politique*.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 539 [116].

⁵²⁹ “La grande colère des faits.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 278.

⁵³⁰ Respecto de la filosofía como “política de la verdad,” ver “La vérité et les formes juridiques,” *Dits et écrits I*, op. cit., p. 1418 [29]; “La fonction politique de l'intellectuel,” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 114; “Entretien avec Michel Foucault,” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 160; *Sécurité, territoire, population*, op. cit., p. 5 [17]; “¿Qué es la crítica?” *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, op. cit., p. 8.

⁵³¹ Paul Veyne ha indicado en este sentido: “Foucault jamás escribió: ‘Mis preferencias políticas y sociales son las verdaderas y las buenas’ (...) él no escribió por lo demás: ‘Las preferencias de mis adversarios son falsas’; todos sus libros suponen más bien esto: ‘Las razones por las cuales mis adversarios pretenden que su posición es la verdadera reposan genealógicamente en la nada.’” Veyne, Paul. “El último Foucault y su moral.” *Zona erógena*, No. 11 (2002), p. 8.

Foucault indica: “En algún sentido, soy un moralista.”⁵³² Y confiesa que su moral consiste en “no aceptar jamás nada como definitivo, intocable, evidente, inmóvil.”⁵³³

Esta actitud crítica, esta erosión de los fundamentos y las certidumbres, se articula en un trabajo filosófico e histórico que permite indicar los peligros, las amenazas, pero también los puntos ciegos, las líneas de fragilidad, las coyunturas mal soldadas: se trata de construir y ofrecer “un relevamiento topográfico y geológico de las batallas.”⁵³⁴ De modo que el rol del intelectual no es, para Foucault, el de articular imperativos morales, el de dar consejos e instrucciones.⁵³⁵ Más bien, Foucault propone un imperativo condicional, que pretende funcionar a la manera de indicador táctico: “si quiere luchar, aquí tiene algunos puntos claves, algunas líneas de fuerza, algunos cerrojos y algunos obstáculos.”⁵³⁶ Esta actitud crítica se limita entonces a erosionar las certidumbres, hacer ver lo intolerable e indicar coordenadas tácticas a disposición de aquellos que deseen trabarse en la lucha.

Ahora bien, puede indicarse que esta actitud teórica eminentemente crítica y sustraída de todo componente normativo es traicionada desde el momento en que Foucault despliega una intensa militancia.⁵³⁷ Efectivamente, en muchas de sus intervenciones públicas, Foucault avanza de manera intransigente sus posiciones normativas, sus propuestas políticas y sus imperativos morales. Pero estas tomas de posición aparecen siempre limitadas a las coyunturas concretas en que se inscriben⁵³⁸ y carentes de toda justificación teórica.⁵³⁹ Sus tomas de posición no tienen la forma de un intelectual universal que da la ley e imparte justicia; tienen más bien la forma de un intelectual movido por la experiencia personal de lo intolerable.⁵⁴⁰

De modo que, yuxtapuesta a la actividad académica de un destructor amoral de

⁵³² “Interview with Michel Foucault. San Francisco, 3 novembre 1980 by Michael Bess.” *Fonds Michel Foucault*, mimeo, cota D. 385(a).

⁵³³ *Ibid.*

⁵³⁴ “Pouvoir et corps.” *Dits et écrits I*, op. cit., p. 1627 [117].

⁵³⁵ “Table ronde du 20 mai 1978.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 851.

⁵³⁶ *Sécurité, territoire, population*, p. 6 [18].

⁵³⁷ “Foucault se entiende a sí mismo como un disidente que hace la guerra al pensamiento moderno y al poder disciplinario disfrazado de humanismo [pero] todos sus trabajos están transidos de *engagement*.” Habermas, Jürgen. *El discurso filosófico de la modernidad*. op. cit., p. 337.

⁵³⁸ “Me rehúso a tomar posición o a emitir ideas generales sobre dominios a los que no estoy ligado.” “Asiles, sexualité, prisons.” *Dits et écrits I*, op. cit., p. 1644.

⁵³⁹ Nancy Fraser indicó en este punto la distancia entre sus intervenciones políticas y sus trabajos teóricos, denunciando la presencia de fuertes inconsistencias normativas que incluso acercaban a Foucault a la figura de un demócrata liberal. Fraser, Nancy. *Unruly practices*, op. cit., p. 33.

⁵⁴⁰ “Foucault ya no parte, obviamente, de un principio abstracto o de un concepto ideal -desde cuya norma positiva habría que evaluar la realidad-; su punto de partida es, antes al contrario, la experiencia de lo que no es aceptable.” Schmidt, Wilhelm. *En busca de un nuevo arte de vivir. La pregunta por el fundamento y la nueva fundamentación de la ética en Foucault*. Valencia: Pre-textos, 2002, p. 74.

certidumbres, aparece la figura de un intelectual implicado, trabado en fuertes compromisos normativos. Por un lado, un académico que se limita a la crítica, sin ofrecer criterios normativos de recambio; por el otro, un militante que avanza posiciones fuertemente normativas sin asentarlas en certidumbre teórica alguna. En suma, hay buenas razones para sostener que Foucault es normativamente inconsistente. Foucault, por su parte, tiene sus razones para empecinarse en esta opción por la inconsistencia.

Bibliografía

1. Obra de Michel Foucault

1.1. Libros*

Enfermedad mental y personalidad. 3º edición, 1º reimpresión. Buenos Aires: Paidós, 2006 (traducción al castellano de *Maladie mentale et personnalité*. París: PUF, 1954).**

Maladie mentale et psychologie. París: PUF, 1962.

Histoire de la folie à l'âge classique (reedición de *Folie et déraison. Histoire de la folie à l'âge classique*). París: Gallimard, 1972. Traducción: *Historia de la locura en la época clásica*. 5ª reimpresión. Buenos Aires: FCE, 2004.

Naissance de la clinique. Une archéologie du regard médical. París: PUF, 1963. Traducción: *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. 1º reimpresión. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.

Raymond Roussel. París: Gallimard, 1963. Traducción: *Raymond Roussel*, 4º edición. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines. París: Gallimard, 1966. Traducción: *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. 2ª reimpresión. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.

L'archéologie du savoir, París: Seuil Gallimard, 1969. Traducción: *La arqueología del saber*. 2º reimpresión. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

L'ordre du discours. París: Gallimard, 1971. Traducción: *El orden del discurso*. Barcelona: La piqueta, 1996.

Yo, Pierre Rivière, habiendo degollado a mi madre, a mi hermana y a mi hermano... Barcelona: Tusquest Fábula, [1973] 2001.

Surveiller et punir. Naissance de la prison. París: Gallimard, 1975. Traducción: *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. 4ª reimpresión. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.

Histoire de la sexualité 1: La volonté de savoir. París: Gallimard, 1976. Traducción: *Historia de la sexualidad. 1- La voluntad de saber*. 2ª edición Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.

Historie de la sexualité 2: L'usage des plaisirs. París: Gallimard, 1984. Traducción: *Historia*

* Ordenada cronológicamente según el año de la primera edición.

** Dado que el original francés no está disponible, se consigna en este caso la edición en español.

de la sexualidad. 2- El uso de los placeres. 2º reimpresión. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.

Historie de la sexualité 3: Le souci de soi. París: Gallimard, 1984. Traducción: Historia de la sexualidad. 3- La inquietud de sí. 2º reimpresión. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.

1.2. Cursos en el Collège de France*

La volonté de savoir. Cours au Collège de France (1970-1971). París: Bibliothèque Générale du Collège de France, mimeo.

“Théories et institutions pénales. Cours au Collège de France (1971-1972).” Dits et écrits I: 1954-1975, Gallimard: París, 2001, pp. 1257-1261.

La société punitive. Cours au Collège de France (1972-1973). París: Bibliothèque Générale du Collège de France, mimeo.

Le pouvoir psychiatrique. Cours au Collège de France (1973-1974). París: Gallimard, 2003. Traducción: El poder psiquiátrico, Curso en el Collège de France, 1973-1974. Buenos Aires: FCE, 2005.

Les anormaux. Cours au Collège de France (1974-1975). París: Gallimard, 1999. Traducción: Los anormales, Curso en el Collège de France, 1974-1975. 3ª reimpresión. Buenos Aires: FCE, 2006.

‘Il faut défendre la société’. Cours au Collège de France (1975-1976). París: Gallimard, 1997. Traducciones: (1) Defender la sociedad. Curso en el Collège de France 1975-1976. 2ª reimpresión. Buenos Aires: FCE, 2001. (2) Genealogía del racismo. Buenos Aires: Altamira, 1996.

Sécurité, territoire, population. Cours au Collège de France (1977-1978). París: Gallimard, 2004. Traducción: Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France 1977-1978. Buenos Aires: FCE, 2006.

Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France (1978-1979). París: Gallimard, 2004. Traducción: Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France 1978-1979. Buenos Aires: FCE, 2007.

Du gouvernement des vivants. Cours au Collège de France (1979-1980). Caen: Fonds Michel Foucault, mimeo, document D.215.

Subjectivité et vérité. Cours au Collège de France (1980-1981). Caen: Fonds Michel

* Ordenados cronológicamente según el año de dictado.

Foucault, mimeo, document FCL.63.

Herméneutique du sujet. Cours au Collège de France (1981-1982). París: Gallimard, 2001.

Traducciones: (1) *La hermenéutica del sujeto. Curso del Collège de France (1982)*.

Madrid: Akal, 2005. (2) *La hermenéutica del sujeto. Curso en el Collège de France 1981-1982*, 1º reimpresión. Buenos Aires: FCE, 2006.

Le gouvernement de soi et des autres. Cours au Collège de France (1982-1983), París:

Gallimard, 2008. Traducción: *El gobierno de sí y de los otros. Curso en el Collège de France 1982-1983*. Buenos Aires: FCE, 2009.

Le gouvernement de soi et des autres. Le courage de la vérité. Cours au Collège de France

(1983-1984). París: Gallimard, 2009. Traducción: *El gobierno de sí y de los otros. El coraje de la verdad. Curso en el Collège de France 1983-1984*. Buenos Aires: FCE, 2010.

1.3. Dichos y escritos*

1961 “Préface; in Foucault (M.), *Folie et déraison*.” *Dits et écrits I: 1954-1975*. París: Gallimard, 2001, pp. 187-195.

1963 “Préface à la transgression.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 261-278. Traducción: “Prefacio a la transgresión.” *Obras esenciales I: Entre filosofía y literatura*. Barcelona: Paidós, 1999, pp. 163-180.

1967 “Nietzsche, Freud, Marx.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 592-607. Traducción: *Nietzsche, Freud, Marx*. Buenos Aires: El cielo por asalto, 1995.

1968 “Les déviations religieuses et le savoir médical.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 652-663.

1969 “Qu'est-ce qu'un auteur?” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 817-849.

“Titres et travaux.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 870-874. Traducción: “Títulos y obras de Michel Foucault.” Eribon, Didier. *Michel Foucault*. Barcelona: Anagrama, 1992, pp. 423-428.

1970 “Préface à l'édition anglaise.” *Dits et écrits I, op. cit.*, p. 875-881.

“Theatrum philosophicum.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 943-967. Traducción: Deleuze, Gilles y Foucault, Michel. *Theatrum philosophicum seguido de Repetición y diferencia*. 3º edición. Barcelona: Anagrama, 2005.

* Ordenados cronológicamente según el año de la primera edición.

- 1971 “Nietzsche, la généalogie, l'histoire.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1004-1025.
Traducción: *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pre-textos, 2004.
- “Enquête sur les prisons: brisons les barreaux du silence.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1044-1050.
- “Préface à *Enquête dans vingt prisons*.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1063-1065.
- “Je perçois l'intolérable”. *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1071-1073.
- “Un problème m'intéresse depuis longtemps, c'est celui du système pénal”. *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1073-1077.
- “Par-delà le bien et le mal”. *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1091-1104. Traducción: “Más allá del bien y del mal.” *Microfísica del poder*. 3º edición. Madrid: La piqueta, 1992, pp. 33-48.
- “Le discours de Toul.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1104-1007
- “La volonté de savoir.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1108-1112.
- 1972 “Mon corps, ce papier, ce feu.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1113-1136. Traducción: “Mi cuerpo, ese papel, ese fuego.” *Historia de la locura en la época clásica, op. cit.*, t. 2, pp. 340-372.
- “Revenir à l'histoire.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1136-1149.
- “Le grand enfermement.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1164-1174.
- “Les intellectuels et le pouvoir.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1174-1184. Traducción: “Un diálogo sobre el poder.” *Un diálogo sobre el poder*. 3º edición. Buenos Aires: Alianza, 1995, pp. 83-94.
- “Table ronde.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1184-1108.
- “Sur la justice populaire. Débat avec les maos.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1208-1237. Traducción: “Sobre la justicia popular. Debate con los maos.” *Microfísica del poder, op. cit.*, pp. 49-82.
- “Les problèmes de la culture. Un débat Foucault-Preli.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1236-1248.
- “Les grands fonctions de la médecine dans notre société.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1248-1250.
- “Théories et institutions pénales.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1257-1261.
- 1973 “Pour une chronique de la mémoire ouvrière.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1267-1269.
- “De l'archéologie à la dynastique.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1273-1284.

- “L'Intellectuel sert à rassembler les idées mais son savoir est partiel par rapport au savoir ouvrier.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1289-1291.
- “Prisons et révoltes dans les prisons.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1293-1301.
- “À propos de l'enfermement pénitentiaire.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1303-1313.
- “La société punitive.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1324-1338.
- 1974 “Human nature: justice versus power.” Elders, Fons (ed.) *Reflexive Water: The Basic Concerns of Mankind*. Londres: Souvenir Press, 1974 (junto a Noam Chomsky)
Traducción: *La naturaleza humana: justicia versus poder. Un debate*. Buenos Aires: Katz, 2006.
- “Sexualité et politique.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1404-1406.
- “La vérité et les formes juridiques.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1406-1514.
Traducción: *La verdad y las formas jurídicas*. 2ª edición. Barcelona: Gedisa, 2003.
- “Le pouvoir psychiatrique.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1543-1554.
- 1975 “La politique est la continuation de la guerre par d'autres moyens.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1570-1572.
- “À quoi rêvent les philosophes?” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1572-1575.
- “Des suplices aux cellules.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1584-1588.
- “Sur la sellette.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1588-1593.
- “La prison vue par un philosophe français.” *Dits et écrits I, op. cit.*, p. 1593-1599.
- “Entretien sur la prison: le livre et sa méthode.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1608-1622.
- “Pouvoir et corps.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1622-1628. Traducción: “Poder-cuerpo.” *Microfísica del poder, op. cit.*, pp. 111-118.
- “Asiles, sexualité, prisons.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1639-1650.
- “Radioscopie de Michel Foucault.” *Dits et écrits I, op. cit.*, p. 1651-1670.
- “Les anormaux.” *Dits et écrits I, op. cit.*, pp. 1690-1696.
- 1976 “Une mort inacceptable.” *Dits et écrits II, 1976-1988*. París: Gallimard, 2001, pp. 7-9.
- “Crise de la médecine ou crise de l'antimédecine?” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 40-58.
- “L'extension sociale de la norme.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 74-79.
- “Michel Foucault: l'illégalisme et l'art de punir.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 86-89.
- “Bio-histoire et bio-politique.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 95-97.

- “La fonction politique de l'intellectuel.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 109-114.
- “Le discours ne doit pas être pris comme...” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 123-124.
- “Il faut défendre la société.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 124-130.
- 1977 “Préface à l'*Anti-Œdipe*.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 133-136.
- “Sexualité et vérité.” *Dits et écrits II, op. cit.*, p. 136-137.
- “Préface à *Les juges kakis*.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 138-140.
- “Entretien avec Michel Foucault.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 140-160. Traducción (fragmentos): “Verdad y poder.” *Un diálogo sobre el poder, op. cit.*, pp. 129-145.
- “L'œil du pouvoir.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 190-207.
- “La naissance de la médecine sociale.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 207-228.
- “Les rapports de pouvoir passent à l'intérieur des corps.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 228-236. Traducción: “Las relaciones de poder penetran en los cuerpos.” *Microfísica del poder, op. cit.*, pp. 163-172.
- “La vie des hommes infâmes.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 237-253. Traducción: “La vida de los hombres infames.” *La vida de los hombres infames. Buenos Aires: Altamira, 1996*, pp. 121-137.
- “Non au sexe roi.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 256-269. Traducción: “No al sexo rey.” *Un diálogo sobre el poder, op. cit.*, pp. 146-164.
- “L'asile illimité.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 271-275.
- “La grande colère des faits.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 277-281.
- “L'angoisse de juger.” *Dits et écrits II, op. cit.*, p. 282-297.
- “Le jeu de Michel Foucault.” *Dits et écrits II, op. cit.*, p. 298-329.
- “Va-t-on extraditer Klaus Croissant?” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 361-366.
- “Foucault, Michel: 'Désormais la sécurité est au-dessus des lois'.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 366-368.
- “Le pouvoir, une bête magnifique.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 368-382.
- “Michel Foucault: la sécurité et l'État.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 383-388.
- “Lettre à quelques leaders de la gauche.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 388-390.
- “La torture, c'est la raison.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 390-398.
- “Pouvoir et savoir.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 399-414.
- “Nous nous sentions comme une sale espèce.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 415-418.
- “Pouvoirs et stratégies.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 418-428. Traducción: “Poderes y

- estrategias.” *Microfísica del poder*, op. cit., pp. 173-184.
- 1978 “L'évolution de la notion d' 'individu dangereux' dans la psychiatrie légale du XIX^e siècle.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 443-464
- “Dialogue sur le pouvoir.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 464-477. Traducción: “Diálogo sobre el poder.” *Obras esenciales III: Estética, ética, hermenéutica*. Barcelona: Paidós, 1999, pp. 59-72.
- “Attention: Danger.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 507-508.
- “L'incorporation de l'hôpital dans la technologie moderne.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 508-521.
- “La philosophie analytique de la politique.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 534-552. Traducción: “La filosofía analítica de la política.” *Obras esenciales III: Estética, ética, hermenéutica*, op. cit., pp. 111-128.
- “La grille politique traditionnelle.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 506-507.
- “L'armée quand la terre tremble.” *Dits et écrits II: 1976-1988*, op. cit., pp. 662-669.
- “Le chah a cent ans de retard.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 679-683.
- “Téhéran: la foi contre le chah.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 683-688.
- “A quoi rêvent les iraniens?” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 688-695.
- “La révolte a mains nues.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 701-704.
- “Défi à l'opposition.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 704-706.
- “Réponse de Michel Foucault a une lectrice iranienne.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 708.
- “La révolte iranienne se propage sur les rubans des cassettes.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 709-713.
- “Le chef mythique de la révolte de l'Iran.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 713-716.
- 1979 “L'esprit d'un monde sans esprit.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 743-755.
- “Une poudrière appelée islam.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 759-761.
- “Michel Foucault et l'Iran.” *Dits et écrits II*, op. cit., p. 762.
- “Lettre ouverte à Mehdi Bazargan.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 780-782.
- “Pour une morale de l'inconfort.” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 783-788.
- “Inutile de se soulever?” *Dits et écrits II*, op. cit., pp. 790-794. Traducción: “¿Es inútil sublevarse?” *Obras esenciales III: Estética, ética, hermenéutica*, op. cit., pp. 203-207.

- “La stratégie du pourtour.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 794-797.
- “Interview III Berkeley. 15 octobre 1979.” *Fonds Michel Foucault*. Caen: IMEC, cota C12.
- “Interview II Berkeley. 21 octobre 1979.” *Fonds Michel Foucault*. Caen: IMEC, cota C14.
- 1980 “Introduction, in *Herculine Barbin...*” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 828-829.
- “Table ronde du 20 mai 1978, in Perrot (M.), éd., *L'Impossible prison.*” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 839-854.
- “Entretien avec Michel Foucault.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 860-915.
- “Le philosophe masqué.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 923-930.
- “Interview with Michel Foucault. San Francisco, 3 novembre 1980 by Michael Bess.” *Fonds Michel Foucault*, mimeo, cota D. 385(a).
- 1981 “‘Omnes et singulatim’: towards a criticism of political reason.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 953-980. Traducción: “‘Omnes et singulatim’: hacia una crítica de la razón política.” *¿Qué es la ilustración?* Madrid: La piqueta, 1996, pp. 17-66.
- “Les mailles du pouvoir. 1^o partie.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 1001-1021.
- 1982 “The subject and power.” Dreyfus, Hubert y Rabinow, Paul. *Michel Foucault. Beyond structuralism and hermeneutics. 2^o edition.* Chicago: University Press, 1983, pp. 208-226. Traducción: “El sujeto y el poder.” Dreyfus, Hubert y Rabinow, Paul. *Michel Foucault. Más allá del estructuralismo y la hermenéutica.* Buenos Aires: Nueva Visión, 2001, pp. 241-259.
- “Foucault: non aux compromis.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 1155-1157.
- “Michel Foucault: 'Il n'y a pas de neutralité possible'.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 1157-1159.
- 1983 “On the genealogy of ethics. An overview of work in progress.” Dreyfus, Hubert y Rabinow, Paul. *Michel Foucault. Beyond structuralism and hermeneutics, op. cit.*, pp. 229-252. Traducción: Dreyfus, Hubert y Rabinow, Paul. *Michel Foucault. Más allá del estructuralismo y la hermenéutica, op. cit.*, pp. 261-286.
- “Structuralism and Post-Structuralism.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 1250-1276. Traducción: “Estructuralismo y post-estructuralismo.” *Obras esenciales III: Estética, ética, hermenéutica, op. cit.*, pp. 307-334.
- 1984 “What is Enlightenment?” Rabinow, Paul (ed.) *The Foucault Reader.* Middlesex:

- Peregrin, 1986, pp. 32-50. Traducción: “¿Qué es la ilustración? (1984)” *¿Qué es la ilustración?, op. cit.*, pp. 83-111.
- “Politics and ethics. An interview.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 1403-1410.
- “À propos de la généalogie de l'éthique: un aperçu du travail en cours.” *Dits et écrits II, op. cit.*, p. 1428-1450.
- “Foucault.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 1450-1455.
- “Qu'est-ce que les Lumières.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 1498-1507.
- “Face aux gouvernements, les droits de l'homme.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 1526-1527.
- “L'éthique du souci de soi comme pratique de la liberté.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 1527-1549.
- “Une esthétique de l'existence.” *Dits et écrits II, op. cit.*, p. 1549-1554.
- “L'intellectuel et les pouvoirs.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 1566-1571.
- 1988 “Truth, power, self.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 1596-1602.
- “Technologies of the self.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 1602-1632.
- “La technologie politique des individus.” *Dits et écrits II, op. cit.*, pp. 1632-1647.
- 1990 “¿Qué es la crítica? [Crítica y *Aufklärung*].” *Daimon. Revista de Filosofía*, no. 11 (1995), p. 13.

2. Fuentes utilizadas por Foucault

- Abeille, Louis-Paul. “Lettre d'un négociant sur la nature du commerce des grains.” Depitre, Edgard (comp.) *De l'exportation et inportation de grains et Premières ocuspules sur le commerce de grains*. París: Paul Geutuner, 1911, pp. 89-103.
- Bacon, Nathaniel. *An historical and political discourse of the laws and government of England... Collected from the manuscript notes of John Selden*. Londres: S/D, 1740.
- Bacon, Francis. *De las sediciones y disturbios*. Madrid: Aguilar, 1980.
- Beccaria, César. *De los delitos y las penas*. FCE: México, 2000.
- Botero, Giovanni. *Raison et gouvernement d'etat en dix livres*. París: Guillaume Chaudiere, 1599.
- Boulainvilliers, Henri. *Mémoire pour la noblesse de la France*. París: S/D, 1716.
- Boulainvilliers, Henri. *Mémoires présentés à Monseigneur le Duc d'Orléans*. La Haya: S/D,

1727.

- Coke, Edward. *The selected writings of Sir Edward Coke*. Indianapolis: Liberty Fund, 2003.
- De la Mayerne, Tusquet. *La monarchie aristodémocratique*. París: Iean Berjon et Ican le Bouc, 1611.
- De Lamare, Nicolas. *Traité de la police*. París: Jean et Pierre Cot, 1705.
- Friedman, Milton; Friedman, Rose. *Libertad de elegir*, Madrid: Planeta Agostini, 1993.
- Hayek, Friedrich von. *Camino de servidumbre*. Madrid: Alianza, 1978.
- Hayek, Friedrich von. *Derecho, legislación y libertad*. Madrid: Unión, 2006.
- Hobbes, Thomas. *Leviatán*. México: FCE, 1996.
- Hobbes, Thomas. “Diálogo entre un filósofo y un jurista”. *Diálogo entre un filósofo y un jurista y escritos autobiográficos*. Madrid: Tecnos, 1992.
- Hobbes, Thomas. *El Ciudadano*. Madrid: Debate, 2003.
- Hotman, François. *La Gaule Française*. Colonia: S/D, 1574.
- Huntington, Samuel; Crozier, Michel; Watanuki, Joji. *Crisis of democracy*. Nueva York: University Press, 1975.
- La Perrière, Guillaume de. *Le miroir politique, contenant divers manières de gouverner*. París: Vincent Norment y Ieanne Bruneau, 1567.
- Leber, Constant. “Histoire de l'ancien gouvernement de la France par le compte de Boulainvilliers.” *Colection des meilleurs notices et traités particuliers relatifs à l'histoire de la France. 4º partie*. París: D.-A. Dentu, 1838.
- Lilburne, John et. al. *England new chains discovered*. mimeo, 1648.
- Lilburne, John et. al. *An agreement of the free People of England*. mimeo, 1649.
- Milton, Ludwig von. *Acción humana. Tratado de economía*. Madrid: Sopec, 1968.
- Pym, John. “Proceedings against Roger Manwaring...” Howell, T.B. (comp.) *A complete collection of state trials and proceedings for high treason and other crimes and misdemeanors: from the earliest period to the year 1783*, Vol. 3, Londres: T.C. Handsar, 1816.
- Rousseau, Jean-Jacques. *Del Contrato Social – Discursos*. 10ª reimpresión. Buenos Aires: Alianza, 1996.
- Sabine, George (ed.) *The works of Gerrard Winstanley*. Nueva York: Russell and Russell, 1965.
- Sieyès, Emmanuel. *El tercer estado y otros escritos de 1789*. Madrid: Espasa Calpe, 1991.

Thierry, Agustin. *Consideraciones sobre la historia de Francia*. Buenos Aires: Nova, 1944.

Von Justi, Johann. *Ciencia del Estado*. México: Instituto de Administración Pública del Estado de México, 1996.

3. Bibliografía secundaria

3.1. Historia y teoría política

AA.VV. *Lessico di biopolitica*. Roma: Manifestolibri, 2006.

Agamben, Giorgio. *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-textos, 1998.

Agamben, Giorgio. *El reino y la gloria. Una genealogía teológica de la economía y del gobierno*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2008.

Althusser, Louis. "Ideología y aparatos ideológicos del Estado." Žižek, Slavoj (comp.) *Ideología: un mapa de la cuestión*. Buenos Aires: Paidós, 2003.

Althusser, Louis. *La revolución teórica de Marx*. 26ª edición. México: Siglo XXI, 2004.

Anderson, Perry. *Tras las huellas del materialismo histórico*. Madrid: Siglo XXI, 1983.

Anderson, Perry. *El Estado absolutista*. 18ª edición. México: FCE, 2005.

Arendt, Hannah. "Race thinking before racism." *The Review of Politics*, Vol. 6, No. 1, (1944), pp. 36-73.

Arendt, Hannah. *Sobre la revolución*. Madrid: Alianza, 2004.

Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza, 2006.

Bartelson, Jens. "Making exceptions. Some remarks on the concept of *Coup d'État* and its history." *Political Theory*, Vol. 25, No. 3, (1997), pp. 323-346.

Bazzicalupo, Laura. *Il governo delle vite. Biopolitica ed economia*. Roma: Laterza, 2006.

Benhabib, Selya. *Critique, norm, and utopia*. Columbia: University Press, 1986.

Berens, Lewis. *The diggers movement in the days of Commonwealth*. Londres: Simpkin, Marshall, Hamilton, Kent & Co, 1906.

Bobbio, Norberto. *Thomas Hobbes*. Barcelona: Paradigma - Plaza y Janés, 1991.

Borrelli, Gianfranco. "Despotismo, conquista y guerra civil en *Leviatán* de Thomas Hobbes." *Deus Mortalis*, No. 3, (2004), pp. 257-277.

Brown, Wendy. "At the edge." *Political Theory*, vol. 30, no. 4 (Aug. 2002), pp. 556-576.

- Buranelli, Vincent. "The historical and political thought of Boulainvilliers." *Journal of the History of Ideas*, Vol. 18, No. 4. (1957), pp. 475-494.
- Butler, Judith. *The psychic life of power*. Stanford: University Press, 1997.
- Butler, Judith. *Bodies that matter. On the discursive limits of "sex"*. Nueva York: Routledge, 1993.
- Butler, Judith. *Gender trouble. Feminism and the subversion of identity*. Nueva York: Routledge, 1990.
- Butler, Judith; Laclau, Ernesto; y Žižek, Slavoj. *Contingency, hegemony, universality*. Londres: Verso, 2000.
- Caimari, Lila. *Apenas un delincuente*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004.
- Campi, Alessandro. *Nación. Léxico de la política*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2006.
- Colombo, Paolo. *Gobierno. Léxico de política*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2003.
- Cusset, François. *French Theory: Foucault, Derrida, Deleuze & Cía. y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*. Barcelona: Melusina, 2005.
- De Pauley, W.C. "Beccaria and punishment." *International Journal of Ethics*, Vol. 35, No. 4. (1925), pp. 404-412.
- Dean, Mitchell. *Governmentality. Power and rule in modern society*. Londres: Sage, 1999.
- Descombes, Vincent. *Lo mismo y lo otro. Cuarenta y cinco años de filosofía francesa (1933-1978)*. Madrid: Cátedra, 1998.
- Descombes, Vincent. *Philosophie par gros temps*. París: Éditions de Minuit, 1989.
- Digester, Peter. "The Fourth Face of Power." *The Journal of Politics*, Vol. 54, No. 4, (1992), pp. 977-1007.
- Dini, Vittorio. "Ragion di Stato." Galli, Carlo y Esposito, Roberto (dirs.) *Enciclopedia del pensiero politico*. Roma: Laterza, 2000, pp. 580-581.
- Ellis, Harold. "Genealogy, history and aristocratic reaction." *The Journal of Modern History*, Vol. 58, No. 2, (1986), pp. 414-451.
- Eribon, Didier. *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona: Anagrama, 2001.
- Esposito, Roberto. *Communitas*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- Esposito, Roberto. *Immunitas*. Buenos Aires: Amorrortu, 2005.
- Esposito, Roberto. *Bíos. Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- Farge, Arlette. *Efusión y tormento. El relato de los cuerpos. Historia del pueblo en el siglo XVIII*. Buenos Aires: Katz, 2008.

- Ferry, Luc; Renaut, Alain. *La pensée 68. Essai sur l'anti-humanisme contemporain*. París: Gallimard, 1985.
- Flynn, Bernard. *Political Philosophy at the closure of metaphysics*. Nueva Jersey: Humanities Press, 1992.
- Galimidi, José Luis. *Leviatán Conquistador*. Rosario: Homo Sapiens, 2004.
- Galli, Carlo y Esposito, Roberto (dirs.) *Enciclopedia del pensiero politico*. Roma: Laterza, 2000.
- Gellner, Ernest. *Naciones y nacionalismo*. 2º edición. Buenos Aires: Alianza, 1994.
- Giorgi, Gabriel y Rodríguez, Fermín (comps.) *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires: Paidós, 2007.
- Glucksmann, Alain. *Los maestros pensadores*. Barcelona: Anagrama, 1978.
- Grossberg, Lawrence. "Identity and cultural studies. Is that all there is?" Stuart Hall y Paul du Gay (eds.) *Questions of cultural identity*, Londres: Sage, 2003.
- Habermas, Jürgen. "Modernidad, un proyecto incompleto." Casullo, Nicolás (comp.) *El debate modernidad posmodernidad*. Buenos Aires: El cielo por asalto, 1993.
- Hall, Stuart. "Who needs 'identity'?" Stuart Hall y Paul du Gay (eds.) *Questions of cultural identity*, Londres: Sage, 2003.
- Held, David. *La democracia y el orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita*. Madrid: Paidós, 1997.
- Helgerson, Richard. *Forms of nationhood. The Elizabethan writing of England*. Chicago: University Press, 1992.
- Hill, Christopher. *La revolución inglesa. 1640*. La Habana: Ediciones Venceremos, 1966.
- Hill, Christopher. *El siglo de la revolución 1603-1714*. Madrid: Ayuso, 1972.
- Hill, Christopher. *Los orígenes intelectuales de la revolución inglesa*. Barcelona: Crítica, 1980.
- Hill, Christopher. *El mundo trastornado. El ideario popular extremista en la revolución inglesa del siglo XVII*. Madrid: Siglo XXI, 1983.
- Hill, Christopher. *Puritanism and revolution*. Nueva York: Saint Martin Press, 1997.
- Hindess, Barry. *Discourses on power: from Hobbes to Foucault*. Oxford: Blackwell, 1996.
- Hobsbawm, Eric. "The social function of the past: some questions." *Past and present*, No. 55, (1972), pp. 3-17.
- Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismo*. 2º edición. Barcelona: Crítica, 2004.

- Holloway, John. *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. Buenos Aires: Herramienta, 2001.
- Huften, Olwen. *Europa: privilegio y protesta. 1730-1789*. Madrid: Siglo XXI, 1983.
- Isaac, Jeffrey. "Beyond the Three Faces of Power. A Realistic Critique." *Polity*, Vol. 20, No. 1, (1987), pp. 4-31.
- Jay, Martin. *Marxism and totality. The adventures of a concept from Lukács to Habermas*. California: University Press, 1984.
- Jay, Martin. *Songs of experience. Modern American and European variations on a universal theme*. California: University Press, 2005. Traducción: *Cantos de experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal*. Buenos Aires: Paidós, 2009.
- Kantorowicz, Ernst. *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*. Madrid: Alianza, 1985.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal. *Hegemonía y estrategia socialista*. 2ª edición. Buenos Aires: FCE, 2003.
- Lazzarato, Maurizio. *Políticas del acontecimiento*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2006.
- Leffler, Phyllis. "French historians and the challenge to Louis XIV's Absolutism." *French Historical Studies*, Vol. 14, No. 1, (1985), pp. 1-22.
- Lefort, Claude. *La incertidumbre democrática*. Madrid: Anthropos, 2004.
- Lévi, Bernard-Henri. *La barbarie con rostro humano*. Caracas: Monte Ávila, 1978.
- Lukács, Georg. *El asalto a la razón. Trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*. 2ª edición. Barcelona: Grijalbo, 1976.
- Lukes, Steven. *Power. A Radical View (2ª edición)*. Gales: Palgrave Macmillan, 2005.
- Liotard, Jean-François. *La diferencia*. Barcelona: Gedisa, 1996.
- MacIntyre, Alasdair. *Tres versiones de la ética: enciclopedia, genealogía y tradición*. Madrid: RIALP, 1992.
- MacPherson, Crawford B. *La teoría política del individualismo posesivo*. Barcelona: Fontanella, 1970.
- McPhee, Peter. *La Revolución francesa 1789-1799. Una nueva historia*. Barcelona: Crítica, 2007.
- Meineke, Friedrich. *La idea de la razón de Estado en la edad moderna*. 3ª edición. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1997.
- Melman, Billie. "Claiming the Nation's past: the invention of the Anglo-Saxon tradition." *Journal of contemporary history*, Vol. 26, No. 3/4, (1991), pp. 575-595.

- Negri, Antonio. *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*. Madrid: Libertarias Prodhufi, 1994.
- Negri, Antonio. *Guías, cinco lecciones en torno a Imperio*. Buenos Aires: Paidós, 2004.
- Negri, Antonio. *Movimientos en el Imperio*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Negri, Antonio y Hardt, Michel. *Imperio*. Buenos Aires: Paidós, 2002.
- Negri, Antonio y Hardt, Michel. *Multitud*. Buenos Aires: Debate, 2004.
- Neumann, Franz. *Behemoth. Pensamiento y acción en el Nacionalsocialismo*. México: FCE, 2005.
- Nietzsche, Friedrich. *La ciencia jovial*. Caracas: Monte Avila, 1989.
- Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*, Madrid: Alianza, 1998.
- Nietzsche, Friedrich. *Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral*. Madrid: Tecnos, 2002.
- Oakeshott, Michel. *El racionalismo en política y otros ensayos*. México: FCE, 2000.
- Pandolfi, Alessandro. *Naturaleza humana. Léxico de la política*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2007.
- Pasquino, Pasquale. "Teatrum politicum: The genealogy of capital – police and the state of prosperity." Burchell, Graham; Gordon, Colin; Miller, Peter. (eds.) *The Foucault effect. Studies in governmentality, op. cit.*
- Popock, J.G.A. "The origins of study of the past: a comparative approach". *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 4, No. 2, (1962), pp. 209-246.
- Rancière, Jacques. *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1996.
- Roll, Eric. *Historia de las doctrinas económicas*. 8º reimpresión. México: FCE, 1973.
- Rorty, Richard. *Contingency, irony, and solidarity*. Cambridge: University Press, 1989.
- Rosanvallon, Pierre. *El capitalismo utópico. Historia de la idea de mercado*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2006.
- Rudé, George. *La Europa revolucionaria. 1783-1815*. 9º edición. Madrid: Siglo XXI, 1994.
- Said, Edward. *El mundo, el texto y el crítico*. Buenos Aires: Debate, 2004.
- Schiera, Pierangelo. "Legitimacy, discipline and institutions: three necessary conditions for the birth of the modern state." *The journal of modern history*, No. 67, (1995), pp. S11-S33.
- Schrock, Thomas. "The rights to punish and resist punishment in Hobbes's *Leviathan*." *The Western Political Quarterly*, Vol. 44, No. 4, (1991), pp. 853-890.

- Seaberg, R.B. "The Norman Conquest and the Common Law: the Levellers and the argument from continuity". *The historical journal*, Vol. 24, No. 4, (1981), pp. 791-806 .
- Seillière, Ernest. *Introduction à la philosophie de l'impérialisme*. París: S/D, 1911.
- Senellart, Michel. *Les arts de gouverner. Du regimen médiéval au concept de gouvernement*. París: Seuil, 1995.
- Sergi, Guiseppe. *La idea de Edad Media*. Barcelona: Crítica, 2001.
- Skinner, Quentin. "History and ideology in the English Revolution." *The Historical Journal*, Vol. 8, No. 2, (1965), pp. 151-178.
- Skinner, Quentin. "The ideological context of Hobbes's political thought." *The Historical Journal*, Vol. 9, No. 3, (1966), pp. 286-317.
- Skinner, Quentin. "Meaning and understanding in the history of ideas." *History and theory*, No. 8 (1969), pp. 3-53.
- Skinner, Quentin. *Los fundamentos del pensamiento político moderno I. El renacimiento*. 1º reimpresión. México: FCE, 1993.
- Skinner, Quentin. *Los fundamentos del pensamiento político moderno II. La reforma*. 1º reimpresión. México: FCE, 1993.
- Skinner, Quentin. *El nacimiento del Estado*. Buenos Aires: Gorla, 2003.
- Spivak, Gayatri Ch. "Can the subaltern speak." Nelson, C. & Grossberg, L. (eds.) *Marxism and the interpretation of culture*. Basinstoke: Macmillan, 1988.
- Strauss, Leo. *Natural Right and History*. Chicago: University Press, 1971
- Strauss, Leo. *La filosofía política de Hobbes*. Buenos Aires: FCE, 2006.
- Supiot, Alain. *Homo juridicus. Ensayo sobre la función antropológica del derecho*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.
- Virilio, Paul. *Velocidad y política*. Buenos Aires: La marca, 2006.
- Virno, Paolo. *Cuando el verbo se hace carne. Lenguaje y naturaleza humana*. Buenos Aires: Cactus – Tinta Limón, 2004.
- Viroli, Maurizio. *De la política a la razón de Estado*. Madrid: Akal, 2009.
- Voegelin, Eric. *Race and state*. Louisiana: University Press, 1997.
- Wahl, François. *¿Qué es el estructuralismo? Filosofía*. Buenos Aires: Losada, 1975.
- Walzer, Michel. *Las esferas de la justicia*. México: FCE, 1993.
- Walzer, Michel. *La revolución de los santos*. Buenos Aires: Katz, 2008.
- Zarka, Yves Charles. *Hobbes et la pensée politique moderne*. París: PUF, 2001.

Žižek, Slavoj. *El espinoso sujeto*. Buenos Aires: Paidós, 2007.

3.2. Bibliografía sobre Foucault

Abraham, Tomás. *Pensadores bajos*. 2º edición. Buenos Aires: Catálogos, 2000.

Adorno, Francesco Paolo. “La tâche de l'intellectuel.” Gross, Frédéric. *Foucault. Le courage de la vérité*, op. cit.

Amigot, Patricia y Pujal, Margot. “Ariadna danza: lecturas feministas de Michel Foucault.” *Athenea Digital*, No. 9, (2006), pp. 100-130.

Arancibia, Juan Pablo. *Extraviar a Foucault*. Santiago de Chile: Palinodia, 2005.

Artières, Phillippe; Quéro, Laurent; Zancarini, Michelle (eds.) *Le Groupe d'Information sur les Prisons. Archives d'une lutte, 1970-1972*. París: IMEC, 2003.

Artières, Phillippe et.al. (eds.) *Les mots et les choses de Michel Foucault. Regards critiques 1966-1968*. Caen: Presses Universitaires de Caen, IMEC, 2009.

Basaure, Mauro. *Foucault y el psicoanálisis. Gramática de un malentendido*. Santiago de Chile: Palinodia, 2007.

Balibar, Étienne. “Foucault y Marx. La postura del nominalismo.” Canguilhem, Georges et al. *Foucault Filósofo*, op. cit.

Baudrillard, Jean. *Olvidar a Foucault*. Valencia: Pre-textos, 1978.

Birman, Joël. *Foucault y el psicoanálisis*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2008.

Boullant, François. *Michel Foucault y las prisiones*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2004.

Bourdieu, Pierre. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba, 2000.

Brown, B. y Cousins, M. “The linguistic fault: the case of Foucault's archaeology.” *Economy and Society*, Vol. 9, No. 3, (1980), pp. 251-278.

Brown, Wendy. “Power after Foucault.” Dryzek, John; Honig, Bonnie y Philips, Anne (eds.) *The Oxford handbook of political theory*, Oxford: University Press, 2006.

Burchell, Graham. “Civil Society and 'the system of natural liberty'.” Burchell, Graham; Gordon, Colin; y Miller, Peter (eds.) *The Foucault effect*, op. cit.

Burchell, Graham; Gordon, Colin; Miller, Peter (eds.) *The Foucault effect. Studies in governmentality*. Chicago: University Press, 1991.

Butler, Judith. “¿Qué es la crítica? Un ensayo sobre la virtud de Foucault.” *Brumaria*, No. 7, (2007)

- Canguilhem, Georges *et al. Foucault Filósofo*. Barcelona: Gedisa, 1995.
- Castro, Edgardo. *Pensar a Foucault. Interrogantes filosóficos de La arqueología del saber*. Buenos Aires: Biblos, 1995.
- Castro, Edgardo. *El vocabulario de Michel Foucault*. Buenos Aires: UNQUI Prometeo, 2004.
- Chartier, Roger. *Escribir las prácticas. Foucault, De Certeau, Marin*. Buenos Aires: Manantial, 1996.
- Connolly, William. "Taylor, Foucault, and otherness." *Political Theory*, Vol. 13, No. 3 (1985), pp. 365-376.
- De Marinis Cúneo, Pablo. "Gobierno, gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaultianos." García Seglas, Fernando y Ramos Torre, Ramón (comps.) *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1999.
- Deleuze, Gilles. "Posdata sobre las sociedades de control." Ferrer, Christian (comp.) *El lenguaje literario*, 2º tomo, Montevideo: Nordan, 1991.
- Deleuze, Gilles. *Foucault*. 2ª edición. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- Derrida, Jacques. "Cogito e historia de la locura." *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos, 1989.
- Derrida, Jacques. "'Ser justo con Freud.' La historia de la locura en la edad del psicoanálisis." Roudinesco, Élisabeth *et. al.* (comps.) *Pensar la locura. Ensayos sobre Michel Foucault*. Buenos Aires: Paidós, 1996.
- Dews, Peter. "Poder y subjetividad en Foucault." Tarcus, Horacio (comp.) *Disparen sobre Foucault. op. cit.*
- Di Vittorio, Pierangelo. *Foucault e Basaglia: l'incontro tra genealogia e movimenti di base*. Verona: Ombre Corte, 1999.
- Di Vittorio, Pierangelo. "Che cos'è il radicalismo?" *Michel Foucault, L'Islam et la révolution iranienne*. Milán: Mimesis Edizioni, 2005.
- Dreyfus, Hubert y Rabinow, Paul. *Michel Foucault. Beyond structuralism and hermeneutics. 2º edition*. Chicago: University Press, 1983. Traducción: *Michel Foucault. Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2001.
- Eribon, Didier. *Michel Foucault*. Barcelona: Anagrama, 1992.
- Eribon, Didier. *Michel Foucault y sus contemporáneos*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1995.
- Eribon, Didier (dir.) *El infrecuente Foucault. Renovación del pensamiento crítico*. Buenos

- Aires: Letra Viva Edelp, 2004.
- Fine, Bob. "Las luchas contra las disciplinas. La teoría y la política de Michel Foucault." Tarcus, Horacio (comp.) *Disparen sobre Foucault. op. cit.*
- Fraser, Nancy. *Unruly practices. Power, discourse and gender in contemporary social theory.* Minneapolis: University of Minnesota Press, 1989.
- Gordon, Collin. "Afterword." *Power/Knowledge.* Nueva York: Pantheon Books, 1981.
- Gordon, Colin. "Governmental rationality: an introduction." Burchell, Graham; Gordon, Colin; y Miller, Peter. (eds.) *The Foucault effect. Studies in governmentality, op. cit.*
- Gross, Frédéric. *Michel Foucault. Le courage de la vérité.* París: PUF, 2002.
- Gross, Frédéric. *Michel Foucault.* Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- Gutting, Garry (ed.) *The Cambridge Companion to Foucault.* Nueva York: Cambridge University Press, 2005.
- Habermas, Jurgen. *El discurso filosófico de la modernidad.* Madrid: Taurus, 1989.
- Habermas, Jurgen. "Taking aim at the heart of the present." Hoy, David (ed.) *Foucault. A critical reader, op. cit.*
- Halperin, David. *San Foucault. Para una hagiografía gay.* Buenos Aires: Cuenco de Plata, 2007.
- Han, Béatrice. *L'ontologie manquée de Michel Foucault.* Grenoble: Millon, 1998.
- Hiley, David. *Philosophy in question. Essays on a Pyrrhonian Theme.* Chicago: University Press, 1988.
- Honneth, Axel. *Crítica del poder. Fases en la reflexión de una Teoría Crítica de la sociedad.* Madrid: A. Machado Libros, 2009.
- Hoy, David (ed.) *Foucault. A critical reader.* Oxford: Basil Blackwell, 1986.
- Hoy, David. "Power, repression, progress: Foucault, Lukes, and the Frankfurt School." Hoy, David (ed.) *Foucault. A critical reader, op. cit..*
- Kelly, Mark. *The political philosophy of Michel Foucault.* Nueva York: Routledge, 2009.
- Le Blanc, Guillaume. *El pensamiento Foucault.* Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Lecourt, Dominique. "¿Microfísica del poder o metafísica?" Tarcus, Horacio (comp.) *Disparen sobre Foucault. op. cit.*
- Lemke, Thomas et. al. *Marx y Foucault.* Buenos Aires: Nueva Visión, 2006.
- Michon, Pascal; Hauser, Philippe; Carnevale, Fulvia; y Brossat, Alain. *Foucault dans tous ses éclats.* París: L'Harmattan, 2005.

- Miller, James. *La pasión de Michel Foucault*. Barcelona: Andrés Bello, 1996.
- Morey, Miguel. "Para una política de la experiencia." Foucault, Michel. *Obras esenciales I: Entre filosofía y literatura*. Barcelona: Paidós, 1999.
- Murillo, Susana. *El discurso de Foucault. Estado, locura y anormalidad en la construcción del individuo moderno*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 1996.
- Pickett, Brent. "Foucault and the politics of resistance." *Polity*, Vol. 28, No. 4, (1996), pp. 445-466.
- Poster, Mark. *Foucault, el marxismo y la historia*. Buenos Aires: Paidós, 1987.
- Potte-Bonneville, Mathieu. *Michel Foucault, la inquietud de la historia*. Buenos Aires: Manantial, 2007.
- Potte-Bonneville, Mathieu. *Foucault*. París: Ellipses, 2010.
- Rancière, Jacques. "Biopolitique ou Politique?" *Multitudes*, No, 7 (2000).
- Revel, Judith. *Le vocabulaire de Foucault*. París: Ellipses, 2002.
- Revel, Judith. "La pensée verticale: une éthique de la problématisation." Gross, Frédéric (coord.) *Michel Foucault. Le courage de la vérité, op. cit.*
- Rodríguez Jaramillo, Antonio. "Michel Foucault y la filosofía del poder. La política como continuación de la guerra." Grupo Praxis. *Los filósofos, la política y la guerra*. Cali: Universidad del Valle, 2002.
- Rorty, Richard. *Ensayos sobre Heidegger y otros pensadores contemporáneos*. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- Said, Edward. "Foucault and the imagination of power." Hoy, David (ed.) *Foucault. A critical reader, op. cit.*
- Sartre, Jean-Paul. "Jean-Paul Sartre répond." Artières, Phillippe et.al. (eds.) *Les mots et les choses de Michel Foucault, op. cit.*
- Schmidt, Wilhelm. *En busca de un nuevo arte de vivir. La pregunta por el fundamento y la nueva fundamentación de la ética en Foucault*. Valencia: Pre-textos, 2002.
- Senellart, Michel "Situation des cours." Foucault, Michel. *Sécurité, territoire, population, op. cit.* Traducción: "Situación de los cursos". Foucault, Michel. *Seguridad, territorio, población, op. cit.*
- Smart, Barry. "The politics of truth and the problem of hegemony." Hoy, David (ed.) *Foucault. A critical reader, op. cit.*
- Spargo, Tamsin. *Foucault y la teoría queer*. Barcelona: Gedisa, 2004.

- Tarcus, Horacio (comp.) *Disparen sobre Foucault*. Buenos Aires: El cielo por asalto, 1993.
- Tarcus, Horacio y Hora, Roy. "Foucault y el marxismo." Tarcus, Horacio (comp.) *Disparen sobre Foucault*, *op. cit.*
- Taylor, Charles. "Foucault on freedom and truth." *Political Theory*, Vol. 12, No. 2 (1984), pp. 152-183.
- Taylor, Charles. "Connolly, Foucault, and truth." *Political Theory*, Vol. 13, No. 3 (1985), pp. 377-385.
- Vallejo, Mauro. *Incidencias en el psicoanálisis de la obra de Michel Foucault*. Buenos Aires: Letra Viva, 2006.
- Veyne, Paul. "El último Foucault y su moral." *Zona erógena*, No. 11 (2002).
- Veyne, Paul. *Michel Foucault. Sa pensée, sa personne*. París: Albin Michel, 2008.
- Veyne, Paul. *Comment on écrit l'histoire. Foucault révolutionne l'histoire*. París: Points, 1998.
- Vezzetti, Hugo. "Michel Foucault. Apuntes para una arqueología de la psicología" *XXVIII Congreso Interamericano de Psicología*, Santiago de Chile, 29 de julio al 3 de agosto 2001. Disponible en internet: <http://www.elseminario.com.ar>.
- Vezzetti, Hugo. "Nuevas lecturas de Michel Foucault." *Punto de Vista*, No. 83, (2005).
- Walzer, Michel. "The politics of Michel Foucault." Hoy, David (ed.) *Foucault. A critical reader*, *op. cit.*
- Weeks, Jeffrey. "Foucault y la historia." Tarcus, Horacio (comp.) *Disparen sobre Foucault*, *op. cit.*
- Zancarini, Jean-Claude (dir.) *Lectures de Michel Foucault. À propos de «Il faut défendre la société»*. Lyon: ENS Éditions, 2001.
- Zarka, Yves Charles. *Figures du pouvoir. Études de philosophie politique de Machiavel à Foucault*. París: PUF, 2001.